# BRUJA

## por Navidad

Tu vida no volverá a ser la misma

Noa Xireau

*Bruja por Navidad*

NOA XIREAU

Copyright © 2021 by Noa Xireau

All rights reserved.

No part of this book may be reproduced in any form or by any electronic or mechanical means, including information storage and retrieval systems, without written permission from the author, except for the use of brief quotations in a book review.

# Índice

Sinopsis

Capítulo 1
*Noelia*
Capítulo 2
*Noelia*
Capítulo 3
*Hunter*
Capítulo 4
*Hunter*
Capítulo 5
*Grupo de chat de Noelia y sus cojines*
Capítulo 6
*Hunter*
Capítulo 7
*Hunter*
Capítulo 8
*Hunter*
Capítulo 9
*Hunter*
Capítulo 10
*Hunter*
Capítulo 11
*Hunter*
Capítulo 12
*Hunter*
Capítulo 13
*Hunter*
Capítulo 14
*Hunter*
Capítulo 15
*Noelia*
Capítulo 16
*Noelia*
Capítulo 17
*Noelia*
Capítulo 18
*Noelia*
Capítulo 19
*Noelia*
Capítulo 20
*Noelia*

Capítulo 21
*Noelia*
Capítulo 22
*Noelia*
Capítulo 23
*Noelia*
Capítulo 24
*Noelia*
Capítulo 25
*Grupo de chat de Noelia y sus cojines*
Capítulo 26
*Hunter*
Capítulo 27
*Noelia*
Capítulo 28
*Noelia*
Capítulo 29
*Noelia*
Capítulo 30
*Noelia*
Capítulo 31
*Noelia*
Capítulo 32
*Hunter*
Capítulo 33
*Grupo de chat de Noelia y sus cojines*
Capítulo 34
*Hunter*
Capítulo 35
*Noelia*
Capítulo 36
*Hunter*
Capítulo 37
*Noelia*
Capítulo 38
*Hunter*
Capítulo 39
*Noelia*
Capítulo 40
*Noelia*
Capítulo 41
*Noelia*
Capítulo 42
*Noelia*
Capítulo 43
*Noelia*
Capítulo 44
*Noelia*

Capítulo 45
*Noelia*
Capítulo 46
*Noelia*
Capítulo 47
*Noelia*
Capítulo 48
*Noelia*
Epílogo

# Sinopsis

*Noelia*

Huele a galletas recién hechas, resuenan villancicos por doquier, nieva, la magia está en el aire y todo es perfecto… O lo sería si el capullo que me arruinó la infancia no hubiese regresado para estropearme la Navidad con sus gruñidos, ceños fruncidos y brazos cruzados.

Un día de estos voy a retorcerle el cuello y a decorar el escaparate de la pastelería con sus bolas. Ya lo habría hecho si no fuese porque huele mejor que un polvorón de canela, porque me fascina el brillo de sus ojos cuando se mosquea y porque Gwen jura, por activa y por pasiva, que lo necesito para *nosequé* ritual navideño que cambiará mi vida.

*Hunter*

Navidad, mágica Navidad… ¡Y un cuerno!

La Navidad es trabajo, estrés, tener que aguantar a los pesados de la familia recordándote que ya es hora de que encuentres pareja y un montón de dinero tirado por la ventana. Si además te meten a una bruja chiflada en la ecuación, la ansiedad se multiplica al cuadrado, tus planes se joden y las bolas azules no cuelgan precisamente del árbol.

Perdón, se me ha olvidado presentarme: Hunter Méndez, alias la bestia sexi de la ciudad. Aunque eso era antes, ahora sigo siendo sexi, no me entendáis mal, pero más que una bestia he acabado convirtiéndome en el desgraciado que ha sido condenado a ser el familiar de una bruja novata a la que le faltan un par de tornillos. Lo de bruja le va al pelo, porque ganas de estrangularla no me faltan, en cuanto a la magia… ¡Que Dios nos coja confesados!

# *Capítulo Uno*

## NOELIA

Entre las calabazas blancas decoradas con purpurina y pintura dorada, las preciosas hojas otoñales dispersadas a su alrededor y las bandejas de pasteles de calabaza, de nuez pecana y manzana, rodeados por *muffins* galletas y tartas, el escaparate había quedado deliciosamente perfecto. Pegué el cartelito con el horario de la inauguración en el cristal, justo debajo del nombre serigrafiado, con estilizadas letras cursivas, que aparentaban estar escritas con azúcar glasé. Habíamos repartido folletos por la ciudad, aunque no hacía daño recordar a los transeúntes que hoy era la gran ocasión, el día que se hacía realidad mi sueño: la apertura de Dulce Tentación.

Sí, el nombre era un tanto cursi (mucho en realidad), no obstante, podría haber sido aún peor. Es lo que pasa cuando haces una lluvia de ideas con tus mejores amigos después de un par de botellas de vino, un porro y una lasaña precocinada. En especial, cuando una de ellos está como una tapia y el otro deja escapar su pluma púrpura mientras sextea con el taxista que lo trajo desde el aeropuerto.

Frotándome los brazos corrí adentro en busca de calor. Me encantaba la nieve, pero no la nariz colorada ni echar vapor por la boca como un dragón, esas cosas prefiero dejárselas a los ciervos de Papá Noel. A mí los únicos vapores que me van son los que salen de un café bien hecho o de una taza de chocolate caliente. Y sí, lo sé, es irónico cuando lo que tengo es una tetería-pastelería, aunque la idea fue de mi socia y mejor amiga Mary, y del hecho de que ya había tropecientas cafeterías y pastelerías en una ciudad que, con sus diecinueve mil habitantes, más bien se asemeja a un pueblo.

Las campanillas de la puerta sonaron melódicas a mi espalda. No me tomé la molestia de comprobar quién era. Entre el apresurado taconeo, los jadeos y la colonia de jazmín y cítricos que invadió de inmediato el espacio, solo podía ser la única, irrepetible y escandalosa de mi compañera del alma: Mary.

—¿Cómo es posible que, siendo una tetería, lo primero que huela al entrar sea café con canela y chocolate?

Me giré y le dediqué mi sonrisa más dulce mientras daba un sorbo a mi delicioso moka.

—No tengo ni idea —contesté con falsa inocencia, relamiéndome con estudiada parsimonia la espuma de nata del bigote.

Entornando los ojos, Mary cogió uno de los taburetes de la barra y se sentó con la gracia de una modelo de alta costura.

—¿Alguna vez te han dicho que eres una bruja?

—Cada uno de mis ex, las ex de mis ex y mis exsuegras. —Fruncí los labios y alcé el índice—. Aunque esas se lo decían a mis novios y a mis suegros, no a mí.

—Apuesto a que te lo ganaste a pulso.

—Es algo discutible, pero, si me sirve para que te calles y me dejes disfrutar de lo que me queda de tranquilidad, piensa lo que te dé la gana.

—El único motivo por el que te perdono tu sarcasmo es porque has conseguido que este sitio sea mágico, y eso me pone de buen humor. —En el fondo, las dos sabíamos que me adoraba. Jamás habría sido mi socia si no fuésemos como hermanas, ni nos hubiésemos aguantado la una a la otra de no ser así, porque… ¿para qué nos íbamos a engañar? Si ella me consideraba una bruja psicótica, entonces yo a ella una arpía controladora y metomentodo, algo que preferí callarme con tal de que mantuviera esa expresión soñadora mientras pasaba su mirada por el local—. Es todo tan bonito y acogedor. Parece sacado de un cuento.

—No ha cambiado desde ayer, ni desde antes de ayer, ni tampoco con respecto al día anterior —le recordé, aunque no por ello dejé de echarle un vistazo orgulloso al local.

Mary tenía razón, la madera como tema central y los tonos marrones y rojizos de los tapizados de las sillas y sillones restaurados, que habíamos recogido del vertedero o de tiendas de segunda mano y mercadillos de garajes, le daban al conjunto un toque no solo de calidez, sino de autenticidad. Me sentía más en casa en aquel lugar que en el apartamento que compartíamos justo encima del local.

—Ahora tiene libros y tazas de coleccionista en la estantería y has puesto decoración de Acción de Gracias. Ah…, y esos deliciosos pasteles, que con solo verlos, se me hace la boca agua. ¡Oh…! ¡Mira esas preciosas calabacitas! —Prácticamente pegó la nariz a la vitrina del frigorífico—. ¿Las has hecho hoy?

—Ni lo sueñes. Esa bandeja no se toca hasta esta tarde, así dejes un charco de babas a tu paso mientras sigas echándoles el ojo.

—¿Así es cómo me quieres? Se supone que soy tu mejor amiga.

—Eso es discutible. Te olvidas de Rayan.

Con su metro ochenta y su cinturón negro en Taekwondo, nadie se habría atrevido a usar una etiqueta femenina con él, excepto él mismo y, por supuesto, nosotras. Rayan no era de los que ocultaban su homosexualidad, pero establecía sus propias normas sociales, tanto para él como para los que lo rodeaban.

—¿En serio vas a dejar que me convierta en un dóberman baboso?

Los pucheritos de Mary solo eran su segunda expresión más lograda, la primera era la de poner ojitos de cachorrillo. En cualquier mujer adulta habría resultado ridículo, sin embargo, con su nariz respingona y aquellos enormes ojos, no tenía nada que envidiarle a uno de esos personajes de manga japoneses, con lo cual, pusiera la expresión que pusiera, y por muy exagerada que fuese, en ella parecía algo natural.

—En la cocina han sobrado algunas galletas que se rompieron durante el horneado, puedes probar esas. Lo que hay en el escaparate y en el frigorífico queda totalmente prohibido tocarlo. ¡Mary! —solté indignada cuando me di cuenta de que estaba hablando sola.

—¿Podrías hacerme al menos un té? —Se asomó por la puerta de la cocina masticando con la boca llena—. A ser posible, ese que me hiciste el otro día con canela y especias. Sé que sigues diciendo que es imposible, pero quiero otra ristra de orgasmos como los de esa noche. Damián sigue enviándome mensajitos eróticos tratando de convencerme para repetirlo. Si el pobre supiera que no es ni la mitad de bueno de lo que se cree.

—Solo era un té, Mary.

Me froté el entrecejo. Cualquiera diría que, a sus veintitantos, ya debería de tener los pies puestos en el suelo y la cabeza bastante mejor amueblada.

—Lo que tú digas. —Hizo un gesto despectivo con la mano—. Funcionó mejor que una peli porno.

—Uuuf, cállate. Si te escucha alguien, vamos a perder a los clientes antes de abrir las puertas.

—¿Estás tonta? Si funciona otra vez, lo que vamos a hacer es anunciarlo a los cuatro vientos. Nos forraríamos. ¡Mierda! —Mary se quedó mirando su escote con la galleta de un pavo sin cabeza en la mano—. Y si encuentras la forma de hacer galletas sin grumos, o

una solución que evite que acaben en el escote, también nos harías ricas, aunque no tanto.

—Toma una servilleta, suelta la galleta y límpiate.

—*Nah*, deja, siempre que sean grumos dulces y no de pan, a Damián no le va a importar sacármelos él mismo con la lengua.

—¿Podrías retenerte un poco? No me interesa la vida sexual que compartes con ese inútil al que has adoptado.

Lejos de sentirse insultada por mi opinión sobre el vive la vida con el que llevaba tonteando los últimos tres meses, se limitó a encoger un hombro.

—Claro, hazme el té y, mientras me lo esté bebiendo, cerraré el pico.

Podría haberle recordado que no se callaba ni debajo del agua, pero era más fácil hacerle la infusión. Si ella quería creer que era el equivalente a una viagra femenina, que así fuera. ¿Quién era yo para convencerla de que se había creado su propio efecto placebo? Del mismo modo que no quería saber qué hacía con ese papanatas con pinta de surfero en la cama, tampoco tenía ningún interés especial por explotar su burbuja de fantasía.

Tras añadir las hojas al agua hirviendo de la tetera, además de una pizca de pimienta, un palito de vainilla y una cucharadita de miel de azahar, se la coloqué delante, junto a una taza y una cucharilla.

—Tiene que reposar, de modo que ayúdame a meter la tarta del aniversario de boda de la señora Simons en la furgoneta.

—¿Ya la terminaste?

—Sí, la quiere para esta tarde, pero con la inauguración prefiero llevársela ahora. Espero que estemos lo suficientemente liadas con la apertura como para no disponer de tiempo de llevársela. —Crucé los dedos y recé para que fuese verdad. Nos vendría bien empezar el negocio con buen pie, en especial ahora que mis ahorros habían acabado invertidos en aquella aventura empresarial y que las navidades estaban a la vuelta de la esquina—. Solo me falta montar el último nivel, algo que haré en su casa. No quiero arriesgarme a que haya algún accidente por el trayecto. Las tartas de tres pisos aguantan bien, las de cinco son más inestables que la Torre de Pisa.

—¿Dónde la tienes? —Mary me siguió hasta el frigorífico—. ¡Noelia! ¡Es preciosa! ¿Ya le has sacado foto? ¡Tenemos que publicarla en nuestro Instagram, sí o sí!

Rodé los ojos ante su entusiasmo, pero ella me ignoró a favor de las flores artesanales de color blanco perlado que rodeaban la azucarada superficie, acompañadas por un enorme lazo dorado.

Estaba mal que lo dijera yo, aunque la verdad es que tenía razón, no solo era una pieza exclusiva que había diseñado yo misma, sino que combinaba la sofisticación y la elegancia con la delicadeza de los jazmines japoneses.

—¿Y bien? ¿Cómo lo hacemos? —Mary estudió mi obra con los brazos en jarras y una expresión dubitativa.

—La metemos en un embalaje, la llevamos hasta la mesilla de la entrada. Yo salgo, abro el coche y luego la llevamos entre las dos. Tú te quedas allí vigilando y yo recojo la parte que falta.

—¿En serio? ¿A mí me toca quedarme afuera congelándome el chichi? —Su mirada burlona me dijo que lo llevaba claro si esperaba eso.

—¿Cuándo vas a madurar lo suficiente como para dejar de quejarte a tiempo completo? —protesté con un suspiro.

—Cuando deje de funcionarme —replicó sacándome la lengua.

—Vale, yo me quedo afuera y tú entras a por la tarta. ¿Satisfecha?

—¿Ves? Funciona —replicó con aire triunfal.

Me mordí los labios por no replicar. ¿De qué servía?

Cogiendo la base de la caja entre ambas, la llevamos con pasitos de *geisha* hasta la mesa que le había indicado. Para una profesional de la pastelería, aquella maniobra tendría que haber sido algo parecido a lo que suponía aparcar el coche a un taxista, el problema era que yo no era taxista y que además había nacido con dos pies derechos y el mismo número de manos izquierdas, lo que para alguien diestro como era mi caso decía mucho de mí.

Salí a la calle y… ¡Caca! Casi como si mis peores temores se confirmaran, en cuanto puse el pie en el patinillo, me deslicé sobre un tramo de hielo agitando los brazos, mientras mi aullido consiguió convertirme en el centro de atención de los viandantes que hacían sus compras o daban un paseo por la calle comercial. En el último segundo, conseguí aferrarme al techo del coche y recuperar el equilibrio. ¡Dios!, menos mal que había dejado la tarta sobre la mesa.

Regresé a la pastelería con el doble de cuidado y me fijé bien en cuál era el tramo que debíamos evitar para no acabar estampándonos contra el suelo. Al entrar, Mary me estudió con las cejas alzadas.

—¿No será mejor que lo lleve yo sola?

Me pasé una mano por la cara.

—Con la urna de madera pesa demasiado. ¿Crees que no me lo había planteado ya? —pregunté dejando caer los hombros.

Sus ojos pasaron de la caja, que me había hecho un antiguo conocido a medida, y acabó por sacudir la cabeza en rendición.

—De acuerdo, vamos. Si se te cae, procura que no sea encima de mí. He quedado en recoger a Damián del gimnasio antes de ir a almorzar.

—¡Gracias por tu confianza! —espeté con sequedad.

—No se trata de confianza, sino de que te conozco desde que dejaste de llevar pañales. Tengo cicatrices que lo demuestran.

—Exagerada —refunfuñé.

—¿Exagerada, yo? —preguntó Mary mientras nos encaminamos a paso de hormiguita hacia mi coche—. ¿Tengo que recordarte aquella ocasión en que perdiste el control de la Vespa de tu primo y, en medio de una calle vacía, viniste derecha a por mí? ¿O aquella vez en que te dio por jugar al béisbol y casi me empotras el ojo en la parte trasera del cráneo, y por poco acabo con vista bidimensional? ¿O aquella otra que…?

—¡Vale! ¡No hace falta que sigas!

Estuve a punto de llorar de alivio cuando soltamos la caja sobre el asiento trasero de mi coche. Estaba decidido. Lo primero que iba a hacer, en cuanto los ingresos nos lo permitieran, sería obligar a Mary a contratar a alguien que pudiera encargarse de todo ese tipo de tareas que tenían escritas: «Catástrofe, cortesía de Noelia», en su base. Prefería dedicarme yo misma a limpiar los aseos, con tal de que alguien me librara del estrés que me suponía mi ilimitada capacidad de provocar desastres.

—Voy a por el piso que falta —avisó Mary corriendo congelada hacia la cafetería.

—Tráete también mi maletín de utensilios —chillé tras ella.

Con cuidado abrí la tapadera y los laterales del embalaje para comprobar que la tarta seguía intacta.

El «Uooh-ooh» que resonó a mi espalda me dejó apenas tiempo de mirar por encima del hombro para comprobar qué pasaba. La puerta del coche me impactó sobre el trasero y me impulsó hacia delante. El aire salió de mis pulmones de golpe, y que me hubiese entrado nata en la nariz no ayudó. Traumatizada, me incorporé con cuidado para no mancharme con más masa húmeda y pegajosa de la que ya tenía pegada en la cara y el escote.

—¿Noelia? —la vocecita insegura de Mary me llegó medio apagada, señal de que tenía nata y bizcocho hasta dentro de las orejas.

—¿Se encuentra bien? —Una mole de hombre de al menos un metro noventa, con hombros del tamaño de un gorila, que poseía el

mismo timbre de voz con el que alguien había gritado aquel «Uoh-ooh», me cogió del brazo y me ayudó a estabilizarme.

Era una voz mucho más profunda y aterciopelada que la que recordaba, pero nada en el mundo me habría hecho olvidar aquellos ojos de un cálido oro viejo, cercados por un círculo de color verde agua, que solían intercambiarse en función de la luz o de su estado de ánimo. Y para evitar que hubiese ni la más mínima duda, las ligeras pecas que recorrían su rostro y piel eran exactamente iguales a como las tenía grabadas en mi memoria.

—¿Hunter?

# Capítulo Dos

## NOELIA

La expresión en el rostro masculino se heló y sus ojos se entrecerraron.

—Disculpe, ¿nos conocemos? —preguntó, tras un breve titubeo.

Abrí la boca. No salió ni un solo sonido. ¿Cómo era posible que no me recordara? Aunque era dos años mayor que yo; se había pasado su último año de guardería trazando pililas sobre mis dibujos; luego en infantil, me había perseguido durante los recreos para morderme, y hasta me había orinado encima de los zapatos; en sexto de primaria, había espantado a mi casi novio convenciéndolo de que era una chica transgénero que tenía un pene más grande que el suyo. Tras acusarle, con el corazón encogido, de hacerme la vida imposible, me había acunado el rostro entre sus enormes manos, me había mirado a los ojos anegados de lágrimas y me había soltado un: «Deberías estar agradecida. Si es tan estúpido como para no darse cuenta de que eres una chica y que lo que de verdad importa es la persona que llevas dentro, entonces no te merece». Me dio un beso casto en los labios, antes de abandonarme boquiabierta en medio de la plaza en la que lo había afrontado. Lo peor de aquel día fue que no solo me había dejado alucinada, sino que no había nada que pudiese argumentar en contra.

Imagino que, por eso, en mi primer baile de Navidad en el instituto, había dejado que me metiera la lengua hasta la tráquea, por decirlo de algún modo (y no, no fue en absoluto tan malo como suena, sin contar que yo le hice lo mismo). Era el chico que me había dado mi primer beso a los quince, me había tocado el trasero por primera vez (con mi consentimiento) y quien me había abierto los ojos a lo que significaba desear a alguien. ¡Diantres! ¡Incluso se había restregado contra mí hasta venirse en sus pantalones con el gruñido de un gatito herido! Bueno, para ser sincera, aquella parte yo también la hubiera preferido olvidar de ser él. Había sido de lo más enternecedor, pero dudo mucho que un hombre quisiera ser

recordado una década después por aquel incidente.

¡Diez años! Los mismos que tardé en regresar de España. Era mucho tiempo, cierto, pero no podía haber cambiado tanto como para que no me reconociese. Ni siquiera con el pelo embadurnado y la cara cubierta por una mascarilla de nata y bizcocho de chocolate.

—¿La tetería es suya? —Señaló a su espalda cuando no respondí.

—Eh…, sí.

—¿Sabe que si me hubiese hecho daño al resbalarme podría haberla demandado? Existe una ordenanza municipal por la que los dueños de negocios del centro son responsables de echar sal delante de sus establecimientos y mantener el suelo despejado de hielo.

¿Me había empujado, me había hecho caer sobre una tarta y había estropeado un trabajo de siete horas, y se atrevía a echarme la culpa y amenazarme? La furia que me invadió me ayudó a erguirme. ¡Y encima me trataba como si no me conociera!

—¿También soy responsable de los capullos integrales que no miran por donde pisan, que tiran a los demás por no caerse ellos y que tienen la educación y la empatía de un pulpo en tierra seca? Si cree que va a amenazarme después de lo que me ha hecho, déjeme que le diga algo. —Di un paso hacia él, indiferente a los trozos de pastel que se caían a mi alrededor, y le clavé la punta de mi dedo en el pecho con la satisfacción de comprobar cómo le dejaba una irregular mancha en su impecable chaquetón marrón—. Por mí puede irse a freír espárragos o, mejor aún, a la caca. ¡Por los cojines de mi abuelo voy a aguantar que un tipo torpe y engreído me hable así!

—¿Los cojines de su abuelo? —Parpadeó más confundido que enfadado por mi exabrupto—. ¿Está loca?

—¡Arghhh! ¡Los cojines, sí, los cojines!

¿Tan difícil era de entender que no todos usábamos un lenguaje malsonante para expresarnos? Si hubiera tenido que convivir con mi tía abuela, él tampoco habría usado tacos sin ton ni son.

—Se refiere a los cojones —le aclaró Mary en un murmullo—. Y yo que tú me iría antes de que se le crucen los cables. No sé si usa «cojines» cuando está muy enfadada, o si usarlos la hace enfadar todavía más, por lo de la frustración de no poder expresarse con claridad.

—Dudo mucho que los cables se le puedan cruzar más con lo enmarañados que ya los tiene —resopló Hunter—. Está bien. —Con una mueca de disgusto se dio algunos golpes en el sitio en el que había tocado su chaquetón y se giró para marcharse—. Tengo cosas mejores que hacer que pelearme con una chiflada a la que se le han

perdido los tornillos.

—¡¿Qué?! —Abrí la boca indignada.

Mary se interpuso en mi camino cuando fui a lanzarme tras él y me puso el piso de tarta que seguía intacta delante de mis narices.

—¡Quieta ahí, que te conozco! Tiene razón. ¿Te has vuelto loca? Ese tipo es Hunter Méndez, y no solo te saca una cabeza y media de altura, sino que todo el mundo está al tanto de que es el tipo más duro de la ciudad y que nadie se mete con él sin pagar el precio. Iba al mismo colegio e instituto que nosotras, por si no lo recuerdas.

—¡Sé a la perfección quien es! Me crie aquí hasta que murió mi abuela, por si se te ha olvidado.

Mary me dirigió una mirada impasible.

—Sí, pero solo llevas aquí tres meses desde que regresaste. Muchas cosas han cambiado en los últimos años. Ahora déjate de pamplinas. Tienes un problema mayor que el de Hunter. Acabas de cargarte el encargo que debías entregar hoy.

Me toqué el pelo y me quité un trozo del pastel que acababa de mencionar. Cerré los ojos y gemí. Mary poseía la mala costumbre de tener razón. Tenía una complicación mayor entre manos que ese capullo. Para todo había un momento y un lugar, y desde luego que también lo iba a haber para él. Iba a encargarme personalmente de mostrarle que el karma existe y que siempre termina pasando factura y, si no lo hacía, entonces, iba a hacerlo yo con mis dos pares de ovarios.

Suponiendo que consiguiera sobrevivir a la inauguración, claro estaba. ¡Dios! Solo de pensarlo me entraban ganas de hincarme de rodillas y ponerme a llorar.

# Capítulo Tres

## HUNTER

Josh me esperaba en la esquina con los brazos cruzados sobre el pecho. Cuando pasé de largo, me siguió y me estudió de lado. No dijo nada hasta que nos montamos en mi Land Rover y me abroché el cinturón.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

—¿El qué?

—Lo de esa chica.

—¿Qué pasa con ella? —Me incorporé a la circulación y encendí el equipo de música con el propósito de distraerlo.

El vehículo se llenó con los acordes de *Meant to Be* de Bebe Rexha y Florida Georgia Line. Apreté los labios, pero reprimí el impulso de apagarlo.

—¿Aparte de hacerla caer sobre una tarta y luego comportarte como un auténtico hijo de puta? —El muy cabrón no hizo ni el intento de ocultar su sarcasmo.

—Que hubiera hielo delante de su local es culpa suya.

—¿Me estás hablando en serio? —Incrédulo, Josh giró la cabeza hacia mí—. ¿Qué cojones te pasa?

Algo semejante a la vergüenza me hizo encogerme, pero de inmediato lo rechacé.

—¡Joder! —Me pasé una mano por el cabello—. ¿Qué quieres que te diga?

—¿Por qué no te disculpaste y la ayudaste? Es lo que deberías haber hecho en condiciones normales —se corrigió.

Aquella era una buena pregunta, una para la que me gustaría haber tenido una respuesta aún mejor, sin embargo, no la había, no para él.

—No lo sé. Imagino que la tensión de lo que nos espera tras la cena del jueves me está pasando factura.

Josh no replicó, lo que me dejó con la duda de si se tragaba mi excusa o no. O como mínimo lo hizo hasta que volvió a abrir la

boca.

—¿La conoces? Me ha parecido familiar, aunque no soy capaz de poner el dedo en el porqué.

Con la pregunta se fue mi esperanza de poder olvidarme del asunto.

—Sí. —¿De qué servía mentir con alguien que podía oler tus mentiras a leguas?

—¿Malos recuerdos?

¿Lo eran?

—De los mejores que conservo, al menos hasta que se largó sin aviso previo.

Aún podía sentir la frustración y la impotencia de lo que pasó en aquella época. Apenas había cumplido diecisiete años, dos más que ella. Aquella noche del baile de Navidad y los inolvidables besos que compartimos bajo el muérdago me supusieron un enfrentamiento con mi abuela, varios días de castigo y el primer indicio de que no era libre de vivir a mi antojo. Para cuando se acabó mi castigo, mis vacaciones de Navidad se habían acabado y Noelia se había marchado.

Con un leve movimiento, Josh asintió y lo dejó estar. Lejos de sosegarme, el silencio fue carcomiéndome por dentro.

—Verla fue como ver a un espíritu del pasado. Sé que no lo he manejado bien, pero lo último que me falta a estas alturas de mi existencia es complicármela , y más cuando estamos a solo unos días de la prueba. Todos sabemos qué pasó con Ben y Elisenda. Me niego a convertir mi vida en una pesadilla como le ha pasado a él.

—Te dio fuerte entonces, ¿no?

Resoplé sin poder evitarlo. Fuerte se quedaba corto. Al verla ahí de pie, incluso llena de nata y diminutas flores colgando de su barbilla, mirándome con la misma fascinación con la que me había contemplado apoyada en el roble detrás del instituto tantos años atrás, lo único que había tenido ganas de hacer era apretarla contra mí y besarla para comprobar si lo que habíamos compartido seguía existiendo. No recordaba a ninguna mujer en mi pasado que me hubiese provocado la misma reacción que ella me seguía provocando. ¿Cómo era posible?

—¿Necesita darte fuerte? No he visto a Ben dedicarle a mi tía Evanora ni una sola sonrisa en los veintitantos años que lo conozco, y apostaría a que no lo ha hecho en medio siglo y, aun así, Elisenda sigue sin haberlo perdonado —repliqué evitando una respuesta directa y la confesión de que me había comportado como un capullo, porque, de no hacerlo, le habría propuesto a Noelia

retomar nuestra relación en el mismo punto en que la habíamos dejado.

—Sé a qué te refieres —comentó Josh—. Y es jodido, sí. Estoy deseando que pase esta semana. Si las cosas tienen que cambiar, prefiero que lo hagan ya y, si no es así, como mínimo tendremos un año en el que podremos hacer una vida más o menos normal.

—¿Vida normal? ¿A sabiendas de que tenemos una guillotina esperándonos a la vuelta de la esquina?

Sí, era cierto que ninguno de nosotros se privaba de echar una canita al aire los fines de semana, mujeres no nos faltaban para hacerlo. Y en cuanto a nuestras familias, eran todo lo normales que podían ser, tomando en consideración por quienes estaban formadas. Pero ni uno solo de los que estábamos marcados como familiares por el aquelarre nos arriesgábamos a acercarnos a una persona ajena a nuestro mundo.

—¿Es así como lo ves?

—¿Cómo esperas que lo vea, si no? —espeté entre dientes—. ¿Qué elección nos dejan?

—No tiene que ser algo malo —protestó con demasiada debilidad como para resultar convincente.

—¿Ah, no? ¿Por qué no le preguntas a Ben, a ver cómo lo ve él?

—Puede que te sorprenda su contestación —murmuró Josh con un toque críptico que me hizo apretar los dientes.

# Capítulo Cuatro

## HUNTER

El jueves, con su maldita cena de Acción de Gracias, llegó más rápido de lo que me hubiese gustado. Aparqué mi Land Rover Defender delante de la enorme mansión sureña de Elisenda, cuya imponente escalinata de entrada, flanqueada por cuatro majestuosas columnas, asustaba casi tanto como lo que se ocultaba tras la antigua fachada blanca.

Apoyé las muñecas en el volante y eché la cabeza atrás, tomándome mi tiempo para afianzar el control sobre mis emociones antes de que las mujeres de mi familia pudieran desarmarlas, manipularlas y convertirlas en caóticos nudos que luego me costaría días en volver a desenredar.

Por las ventanas de la planta baja salía una luz cálida y brillante que solía acompañar el día de Acción de Gracias en casa de mi abuela, y la cantidad de coches a mi alrededor indicaba que ya habían llegado la mayoría de los invitados. Me llené los pulmones de aire y lo solté con lentitud. Tal vez no hubiera detestado tanto aquellas fiestas de no ser por el riesgo que me suponía tener que pasar por aquella prueba una vez tras otra. Ceremonia de los Despertares, así es como lo llamaban. Quien fuera el que inventó aquel nombre tenía un gusto cuanto menos cuestionable. No sé a los demás, pero a mí me sonaba a secta comecocos y tomadura de pelo.

El único alivio era que, si lograba sobrevivir indemne a aquella noche, disfrutaría de un descanso el siguiente año (bueno, eso si teníamos en cuenta todo lo que podría sucederle en doce meses a alguien que, como yo, nació con los grilletes del destino). Pero al menos me libraría de las preguntas, amenazas veladas y recordatorios relativos a que se me estaba pasando el arroz. Eso sí, siempre y cuando saliese libre de lo que me esperaba allí dentro.

Un suave golpeteo en la ventanilla me sacó de mis cavilaciones. En cuanto reconocí la elegante barba plateada y la nariz recta del hombre, saqué la llave de la ignición y salí del vehículo. La nieve

recién caída crujió bajo mi peso, recordándome cuán placentero sería salir corriendo en dirección al bosque alejándome de todo aquel quebradero de cabeza.

—Ben… —Le di un sentido abrazo.

A pesar de su edad, y a que la condena de Elisenda solía mantenerlo alejado de nosotros, era lo más semejante a una figura paterna que había tenido en mi vida tras la muerte de mis padres.

—Hijo, ¿listo para la gran noche? —Arqueó divertido una ceja al verme la mueca.

—Tanto como la otra decena de veces —repliqué con sequedad.

Ben tenía ese tipo de carcajeo bajo y ronco que uno asociaría con un puro y una copa de buen coñac.

—Un día de estos será tu noche, y aprenderás, que uno no debe dejarse llevar por los miedos y los estereotipos —opinó dándome varias palmadas en el hombro.

En un familiar al que su dueña le negaba la cercanía a menos que estuviese en su forma animal, y que solo obtenía permiso para mostrarse como humano durante celebraciones colectivas como aquella, resultaba cuando menos curioso que opinase de aquel modo. A menudo me preguntaba si Elisenda usaba su magia para mantener su condena o si él la había aceptado por voluntad propia con la intención de pagar por sus pecados y expiar sus culpas. Sospechaba lo segundo, pero, no por ello, me asustaba menos el poder que una bruja podía llegar a ejercer en mi vida.

Y justo aquel era el motivo por el que detestaba estar condenado a ser un familiar, poco más que una mascota, propiedad de una bruja. En teoría, éramos libres, no obstante, la realidad era que, una vez establecido el lazo entre familiar y bruja, nuestra prioridad, el centro de nuestro universo, siempre era ella. Las relaciones con otras mujeres eran básicamente imposibles e injustas para ellas, en un universo en el que siempre acabaríamos anteponiendo las necesidades y la seguridad de nuestra bruja a todo lo demás.

Esa era la razón por la que un acercamiento a una mujer, que despertaba algo en mí más allá de una atracción física, quedaba descartado. Mi mente viajó hasta Noelia y mi cuerpo reaccionó como si estuviese justo frente a mí, con su olor a galletas y vainilla y aquellos labios llenos hechos para besar y… sacudí la cabeza ante las imágenes que saltaron ante mis ojos. Odiaba la fascinación que ejercía sobre mí desde que tenía uso de razón. Era casi como si mi cuerpo fuera más de ella que mío y ese era un lujo que no me podía permitir.

—Es la hora, hijo. —Con una expresión indescifrable, los ojos

azules de Ben pasaron por mi lado en dirección a la mansión.

Me dio un apretón en el brazo justo cuando el portón de la entrada se abrió. Nadie se asomó. No hacía falta. Ambos sabíamos lo que significaba. Elisenda me estaba esperando, era su nada sutil forma de ordenarme que entrase.

—Todo saldrá bien. Siempre has sido un cabrón afortunado. Te llevarás a la mejor iniciada de todas. Estoy seguro de ello.

Mi resoplido se evaporó tan pronto atravesó mi garganta. Era lo que tenía estar ansioso. Con una última inhalación, cerré el coche, me alisé el dichoso traje de chaqueta y revisé que mi pajarita estuviera recta. Cuadré los hombros y me encaminé sin más dilación a la casa. No había escape posible. Tenía edad suficiente de reconocerlo y, cuanto antes superase aquella noche, antes podría respirar de nuevo tranquilo. Nada más pisar el enorme vestíbulo, la puerta se cerró con un golpe seco un tanto tétrico a mi espalda. Gruñí a disgusto. ¿De verdad era necesario hacernos sentir como animales de circo enjaulados y recordarnos con cada detalle que ya no había marcha atrás?

—¡Hunter, querido!

Nadie habría podido adivinar que el elegante bombón moreno que se dirigió a mí con los brazos abiertos, y que apenas reflejaba cuarenta y pocos, ya había pasado de los ciento veintidós años, o al menos eso es lo que ella afirmaba que tenía, ya que algunas malas lenguas rumoreaban que tenía bastantes más. Me habría gustado averiguar su edad exacta, por simple curiosidad, aunque a mis veintisiete era demasiado joven como para arriesgarme a que me borrasen la memoria de un plumazo y me dejaran listo para internarme en un asilo. Si algo era Elisenda, entonces era precavida y reservada y, si ella no quería que supieras algo, sabía cómo mantenerlo oculto. En lo demás, lo único que la delataba era la sabiduría en sus ojos, aunque puede que se debiera más a su capacidad de ver el futuro que a sus décadas de experiencia.

—¡Elisenda! —Me dejé envolver en su abrazo y le respondí con delicadeza.

La respetaba, en ocasiones la temía, pero por encima de todo la amaba. Era mi abuela después de todo y, aunque no fuese el prototipo de yaya que vendían en los anuncios publicitarios, no dejaba de ser la mujer que me había leído cuentos y leyendas a la hora de dormir y la que me había curado innumerables heridas a lo largo de los años.

—Me alegra que hayas venido.

El cinismo me hizo alzar una ceja.

—¿Tenía opción?

—Claro que la tenías. —Elisenda frunció los labios en una media sonrisa—. Por eso me alegro, habría sido una lata tener que traerte a la fuerza. Ya he bebido un par de copas de ponche y cualquiera sabe cómo te hubiera ido durante el trayecto.

Con una carcajada seca, le ofrecí el brazo y la acompañé al salón en el que ya esperaban el resto de los invitados, a los que saludé con una sonrisa fingida mientras me repetían una y otra vez eso de: «Qué impaciente por descubrir si este año eres de los afortunados». O lo que era aún peor: «Ojalá tengas suerte. Sería una lástima que un chico tan guapo como tú siga solo otra Navidad más».

—¿Qué sorpresas nos has preparado para este año? —indagué cuando Elisenda y yo volvimos a quedarnos a solas, en parte por hacer conversación y, por otra, con la intención de sonsacarle algo que me permitiese estar prevenido.

—Si te lo dijera ya no serían sorpresas, ¿no?

—Aja, ¿y…?

—Que te responda a esa pregunta no te libraría de pasar por la prueba, de modo que ahórrate el interrogatorio —zanjó Elisenda con indiferencia.

—Sabes, alguna vez podrías hacerme algunas concesiones por ser tu nieto —mascullé a pesar de que me constaba que nada la haría cambiar de opinión.

—Ah, querido, pero sí te las hago. Que no te enteres no es mi culpa. —Elisenda me propinó unos consoladores golpecitos en el brazo—. Pero ya que estamos, yo que tú evitaría acercarme demasiado a Úrsula, ha estado probando un conjuro nuevo que la ayude a hacerse con un familiar libre y te ha echado el ojo como uno de los candidatos.

—¿Eso se puede hacer? —El vello de mi nuca se levantó y la estudié de reojo.

Si no tenía ni el más mínimo interés en ser el familiar de una bruja a la que estuviera destinado, aún menos lo tenía de convertirme en el de una a la que ni siquiera me correspondía servir.

—Si estás libre y nadie te reclama, y suponiendo que su conjuro funcione… ¿Quién sabe?

Estudié a mi abuela más de cerca. Si alguien lo sabía, entonces era ella. Si no lo decía era porque algo que no quería que se interrumpiese estaba a punto de suceder. ¿Estaría dispuesta a sacrificarme en el proceso?

—¿Qué pasó con su familiar?

Elisenda soltó un profundo suspiro.

—Vivían en México. Hace un par de años cayó en las garras de un familiar rebelde. Aunque trata de disimularlo, sigue sin haberlo superado.

Me puse rígido. Odiaba a los familiares rebeldes, y no era meramente porque mi trabajo como familiar libre consistía en cazarlos y castigarlos.

—¿Ya lo han atrapado?

—Lo harán pronto, no te preocupes.

—Elisenda… —gruñí.

Mi abuela aplaudió llamando la atención del resto de los presentes sobre nosotros.

—Creo que ya estamos todos, vayamos a la mesa, compartamos aquello por lo que estamos agradecidos y cenemos para, a continuación, proceder a la ceremonia de los Despertares.

Elisenda me acompañó a una de las largas mesas y, como era de esperar, mis amigos y compañeros se encontraban repartidos entre las brujas asistentes. Mi mirada se topó con la de Josh, que alzó una copa de vino en mi dirección para luego tragársela de un solo golpe.

Alguna ventaja tenía que fuese tradición celebrar la cena de Acción de Gracias previa a la ceremonia de los Despertares, y era que nos permitía emborracharnos antes de la medianoche, cuando nos convocaban a todos en el claro del bosque localizado en la parte trasera de la casa.

Los labios de mi abuela se apretaron en una fina línea en el instante en que Ben pasó al enorme salón. La mirada que cruzaron duró apenas un pestañeo, aún así estaba tan cargada de dolor, acusación y arrepentimiento que era difícil presenciarla sin que a uno se le constriñera el corazón y que una sensación de pesadez le atenazase el pecho.

Cerré los ojos y tomé una profunda inspiración obligándome a relajarme. Solo me quedaba rezar para que el universo se dignase a evitarme el encuentro con una bruja que tuviese el poder de destrozarme la vida como mi abuela le había hecho a Ben.

# Capítulo Cinco

## GRUPO DE CHAT DE NOELIA Y SUS COJINES

**Rayan:** ¿Cómo están mis niñas? <Emoticono beso>.

**Noelia:** ¡Muertas!

**Mary:** ¡Geniales! <Emoticono palmas. Emoticono fuegos artificiales>.

**Rayan:** ¿Cómo podéis estar muertas y geniales? <Emoticono carita boquiabierta>.

**Mary:** Ya conoces a Noelia y lo quejica que es. <Emoticono carita con gota de sudor>.

**Mary:** La inauguración ha sido un éxito. La tetería se ha llenado y a la gente le han encantado las infusiones y los pasteles.

**Rayan:** <Emoticono palmas. Emoticono fuegos artificiales. Emoticono palmas>.

**Rayan:** ¿Noelia?

**Noelia:** Diga lo que diga ella, yo sigo muerta.

**Mary:** No seas tan quejica. Disfruta de nuestro éxito.

**Noelia:** Tienes razón, suelta el móvil y ponte a limpiar. Mañana hay que volver a abrir.

**Mary:** Aguafiestas. <Emoticono lengua fuera>.

**Rayan:** ¿Aún estáis ahí?

**Noelia:** Aún no hemos contratado a los duendecillos mágicos que limpian por la noche y mañana abrimos.

**Noelia:** ¿Crees que le podemos pedir alguno a Papa Noel para Navidades?

**Mary:** Podemos limpiar mañana.

**Noelia:** No, no podemos. A las siete y media abrimos al público y tiene que estar limpio.

**Mary:** Mientras una atiende a la gente, la otra termina de limpiar.

**Noelia:** No, mientras TÚ atiendes a la gente, a mi me toca preparar los dulces y pasteles y cambiar la decoración del escaparate por una de Navidad. Y luego hay que ir a comprar y cambiar el resto de la decoración del local y volver a limpiar, y todo eso con el local abierto.

**Noelia:** Ah, y quiero llevarle al asilo los dulces que nos sobraron de Acción de Gracias. A partir de mañana, en nuestra pastelería será Navidad.

**Rayan:** Uhmmm… Nenas. Creo que de verdad vais a tener que ver la posibilidad de emplear a alguien.

**Mary:** ¿Cuándo vas a venir a visitarnos? <Emoticono carita de santo>.

**Noelia:** No tenemos dinero aún para pagar a nadie. <Emoticono carita llorando a mares>.

**Rayan:** Iré antes de Navidades, pero yo ya tengo trabajo. <Emoticono carita lengua fuera>.

**Mary:** Claro que tienes trabajo. Trabajo no remunerado. Aquí con nosotras. <Emoticono carita lengua fuera>.

**Rayan:** Olvídalo. Iré a hincharme de dulces y a ligar. <Emoticono carita lengua fuera. Emoticono dulce. Emoticono dónut. Emoticono galleta>.

**Noelia:** Genial, ocuparás el puesto de Mary. Igual así ella dispone de más tiempo para ayudarme tras la barra.

**Mary:** No seas exagerada. Solo estaba haciendo de relaciones públicas. Tenemos que relacionarnos con los clientes.

**Noelia:** ¿Solo con los tipos guapos y altos? <Emoticono carita pensante>.

**Rayan:** ¿Había tipos guapos y altos?

**Rayan:** ¿Alguno al que pueda convencer de cruzar conmigo al lado oscuro? <Emoticono diablo>.

**Noelia:** Sí, altos, guapos y con novias con dagas en los ojos.

**Rayan:** <Emoticono carita sonrojada>.

**Mary:** No le eches cuenta. <Emoticono carita con ojos mirando al techo>.

**Mary:** La mayoría me ha prometido que volverá este fin de semana a probar los pastelitos navideños que Noelia solía enviarnos desde España. ¿Cómo se llamaban?

**Rayan:** ¿Los polvorones o las bolitas de coco?

**Noelia:** ¿Polvorones? ¿Te has vuelto loca? Me sobra con hacer los *cupcakes* y los pasteles.

**Mary:** ¡Sí, esos! ¡Los polvorones! <Emoticono palmas. Emoticono fuegos artificiales. Emoticono carita enamorada>.

**Noelia:** Ni de casualidad.

**Mary:** Ya veremos de aquí al fin de semana.

**Noelia:** Los cojines los voy a hacer.

**Rayan:** <Emoticono carita con ojos mirando al techo>.

**Mary:** En serio, Noelia. ¿Cuándo vas a dejarte de cojines y empiezas a llamar las cosas por su nombre.

**Mary:** ¡Cojones! CO-JO-NES.

**Rayan:** <Emoticono carita con baba>.

**Rayan:** Por cierto, hablando de cojines. He encontrado unos con mensajes navideños que vendrían genial para la tetería. Os los mando el viernes que viene.

**Mary:** <Emoticono enamorado. Emoticono carita con ojos de estrella. Emoticono enamorado. Emoticono beso. Emoticono beso. Emoticono beso>.

**Noelia:** Eres un sol. <Emoticono beso>.

**Noelia:** Solo por eso, te haré tu pastel preferido cuando vengas.

**Rayan:** ¿Tarta de zanahorias con toque de canela y mucha nata?

**Rayan:** ¿Y uno de esos mocas navideños que te salen de lujo?

**Noelia:** ¿Lo dudas?

**Mary:** No sé cómo te ha dado por la tarta de zanahoria con la cantidad de sabores que hay mucho más ricos que ese. ¡Ha empezado la época navideña! ¡Pide algo con jengibre o canela o nueces!

**Mary:** ¿Y se os olvida que esto es una tetería-pastelería y no una cafetería?

**Rayan:** Para gustos los colores, y la de zanahoria no es la única que me gusta.

**Mary:** Sabes que porque en el nombre usen zanahorias no la hace

más sana, ni menos calórica, ¿no?

**Noelia:** No es por interrumpiros, pero ¿podrías ayudarme a limpiar?

**Mary:** ¿Y qué estoy haciendo?

**Noelia:** Estás sentada con tu móvil en la mesa del rincón, tomándote una copa de vino.

**Mary:** No hay ninguna copa.

**Noelia:** Quien dice copa, dice taza.

**Mary:** ¿Qué hay de malo en que me tome un té después de un día ajetreado?

**Noelia:** ¿Crees que no he visto la botella de vino que tenías escondida en el fondo del frigorífico?

**Rayan:** Maricona. ¿Te estás tomando una copa de vino y ni siquiera la has invitado? ¿Qué clase de amiga eres?

**Mary:** Una que sabe cuándo parar.

**Mary:** Ni se te ocurra estresarme, Noelia. Pienso disfrutar. Ve arriba y acuéstate. Cuando te levantes mañana, estará todo limpio.

**Rayan:** ¿Noelia?

**Mary:** Creo que está enfadada.

**Rayan:** ¿Has considerado la posibilidad de que tenga razón?

**Mary:** <Emoticono carita con ojos al techo>.

**Rayan:** Sabes que te quiero, pero estoy hablando en serio.

**Mary:** Lo sé.

**Rayan:** ¿Entonces?

**Mary:** Necesito mi copa de vino, necesito mi tranquilidad y necesito celebrar. Mañana será otro día. Además, trabajo mejor cuando estoy a solas.

**Rayan:** Sois como hermanas. No quiero que lo que hay entre vosotras se rompa. No quiero que me obliguéis a elegir, porque no lo haré.

**Mary:** Deja de ser tan exagerada. Nada se va a romper. Ella sabe que la quiero. Solo tenemos diferentes formas de afrontar las cosas.

**Mary:** Ella necesita descansar y unos duendecillos, y eso es justo lo que tendrá.

**Noelia:** Yo también os quiero, pero decidles a esos duendecillos que no se les olvide sacar dos troncos de Navidad de los que tengo metidos en el congelador y pasarlos al frigorífico.

**Mary:** <Emoticono carita ojos al techo>.

**Mary:** Se lo diré. Ahora deja de dar por culo y acuéstate.

**Rayan:** Siempre tan fina, chocho. <Emoticono carita con gota de sudor>.

**Mary:** ¡Dejadme en paz! Si no me dejáis disfrutar no habrá duendecillos y le diré a Papá Noel que os traiga carbón. <Emoticono carita enfadada>.

**Rayan:** ¿Y si nos portamos bien?

**Mary:** <Emoticono carita pensativa>.

**Mary:** Un Papá Noel con músculos en vez de barrigón que nos haga un estriptis al son de *All I Want for Christmas is You* de Mariah Carey.

**Noelia:** <Emoticono carita sonrojada>.

**Rayan:** <*Giff* baile con el trasero al aire>.

# Capítulo Seis

## HUNTER

A pesar de que la Luna seguía en fase menguante, una mal contenida energía chisporroteaba por mis venas, y el poder que llevaba encerrado vibraba en mis entrañas como si pudiese presentir que estaba a punto de ser liberado. Maldije para mis adentros y apreté los puños. Era algo propio de la ceremonia de los Despertares, pero a medida que envejecía los síntomas se tornaban más y más intensos y difíciles de dominar.

Las brujas formaron un círculo, rodeando el altar de piedra en el que estaban expuestos una docena de cofres de madera con intrincados relieves. A su alrededor, las ofrendas a la diosa Tierra, compuestas por calabazas, dulces y los mejores vinos del condado, ocupaban el resto de la superficie de piedra. Aquellos que no participaban esa noche en la ceremonia estaban repartidos por el bosque encargándose de la seguridad. Habría dado cualquier cosa por estar de guardia junto a ellos con tal de escaquearme de aquel circo.

—¡Es la hora! —Elisenda ignoró mi mirada fulminante y se limitó a arquear una ceja en mi dirección—. Candidatos, ocupad vuestra posición en el círculo sagrado.

—Scott, Marcos… —saludé al resto de los doce hombres libres que quedaban en nuestro aquelarre mientras nos posicionábamos.

—¿Qué tal, Hunter? ¿Vienes con más ánimos este año? —se burló Zack.

—¿Tú lo estás? —pregunté de vuelta.

—Pues, aunque no lo creas… —Zack se rascó el mentón—, ya tengo ganas de encontrar a una bruja con la que mantener una relación estable.

—¿Encontrar? Pertenecer, querrás decir —lo corregí entre dientes—. En el fondo no somos más que sus sirvientes.

Que el carraspeo de Elisenda se escuchara con total claridad a través de la noche, solo podía deberse al hecho de que el aquelarre

al completo estaba callado y con los ojos puestos sobre mí. Por la expresión de Josh, no necesitaba darme la vuelta para comprobarlo.

Con una profunda inspiración cerré los ojos y conté hasta cinco. Lo primero que un familiar aprendía desde niño era que uno no provocaba ni insultaba a una bruja excepto por motivos de vida o muerte y, mucho menos, cuando se trataba de un aquelarre al completo que ya llevaba alguna copa de más.

—Como aún no estás preparado, Hunter, dejaremos que pases la prueba el último —me informó Elisenda con dulzura.

Algunas de las mujeres presentes soltaron una risita baja consiguiendo que se me erizara el vello de los antebrazos y la nuca. Ir el último era un castigo que alargaba la tortura de descubrir qué nos aguardaba. Josh y yo intercambiamos una mirada, no obstante, ambos decidimos mantener las bocas cerradas.

Uno por uno, mis compañeros se adelantaron unos pasos para recibir uno de aquellos cofres de madera de los que dependía nuestro futuro. Nos constaba lo que contenían. Antaño, alguna bruja con demasiado tiempo libre había decidido que, con la cercanía de la Navidad y la vinculación de las diferentes fases marcadas por los domingos de Adviento, el mejor modo de hacernos llegar los augurios era con la ayuda de un híbrido entre una bola de clarividente y un globo de nieve navideño, por lo que todos y cada uno de aquellos baúles contenían una preciosa esfera de cristal con una base, en la que solo lo que se podía ver en su interior marcaba la diferencia entre una y otra.

Aquellos globos de nieve solían ser un regalo tan apreciado como solicitado, tanto por miembros del propio aquelarre como fuera de él, ya que cada uno de ellos contenía una predicción, ya fuese recomendando el camino hacia un evento especialmente positivo en nuestras vidas, o con una advertencia que podía ayudarnos a superar un enorme obstáculo, como un posible accidente o contrariedad. Solo para una minoría de nosotros, el gran evento sería guiarnos hacia la futura bruja que se convertiría en nuestra, o, siendo más específicos, a la que perteneceríamos y entregaríamos nuestras vidas.

Por lo general, únicamente el receptor de aquel cotizado obsequio solía tener acceso a la visión que recibía, aunque no solían requerirse grandes dotes de adivino para interpretar el presagio que contenía.

Por la manera en la que se iluminó el rostro de Josh y relajó sus hombros, la suya debía de ser una de las que contenían un vaticinio afortunado, nada relacionado con una posible bruja en su horizonte.

Lo mismo pasó con el moreno hípster y con el pelirrojo lleno de pecas. No los conocía, pero era normal, teniendo en cuenta que Elisenda era la bruja mayor de toda la zona sur y, a veces, familias nuevas se incorporaban al aquelarre o regresaban tras una ausencia.

El instante en el que uno de mis compañeros cayó de rodillas, un murmullo alarmado recorrió el claro. Bastaron su repentina palidez y la impotencia con la que buscó con la mirada a la mujer que le había entregado su premonición para sospechar que algo muy muy malo estaba a punto de sucederle y, por experiencia propia, me constaba que, aunque la esfera le había dado las herramientas para sobrellevarlo y librarse, no iba a tenerlo fácil.

Cuando le tocó el turno a Zack, fueron evidentes la decepción en su rostro y la mirada llena de envidia que les dedicó a Al y Scott. Parecía que había dicho la verdad y que sinceramente tenía esperanzas de ser emparejado. Imagino que se creía aquellas patrañas que prometían que un familiar no podía sentirse completo hasta que se uniese a su bruja. No me habría importado explicarle que solo eran pamplinas destinadas a hacernos más moldeables, pero ya había alcanzado el cupo de meteduras de pata que uno podía cometer frente a un aquelarre en una sola noche.

—Hunter, es tu turno. —Mi abuela se acercó con mi cofre.

—Gracias, Elisenda. —Sonreí en un intento por disimular mi boca reseca y la acidez que me subía por el esófago.

Abrí el cofre sin ceremonias y saqué el globo de nieve. Tan pronto lo toqué me recorrió una especie de rayo con imágenes borrosas y sin apenas sentido, que invadieron mi mente dejándome paralizado. El regalo se resbaló entre mis dedos y estalló en mil pedazos sobre el suelo, dejando a la vista un ramillete de muérdago en miniatura.

Como si estuviese observando el rebobinado de una película, contemplé conmocionado cómo los cristales volvieron a su forma original en la palma de mi abuela. Solo hubo una diferencia, la más importante de todas, el ramillete de muérdago ya no se encontraba atrapado en el interior del vidrio, sino colgado de una cadena de plata de su largo dedo femenino. Con el semblante iluminado por una sonrisa orgullosa, Elisenda estiró el brazo devolviéndome la esfera en la que ahora aparecía una hogareña cabaña rodeada por un paisaje nevado.

—Enhorabuena, hijo. Parece que por fin localizaste a tu bruja.

El claro entero estalló en aplausos y felicitaciones, mientras yo trataba de ocultar mi conmoción contemplando fijamente la bola de cristal. Al terminar, Elisenda me ofreció el ramillete. Incapaz de

moverme, estudié las diminutas bayas blancas formadas por piedra luna que colgaban de ramas con hojas exquisitamente talladas.

—Debes aceptarlo si quieres activarlo —me recordó con suavidad.

—Abuela…

—Ya es demasiado tarde, Hunter. Puedes sentirlo por tus venas, la cuenta atrás ha comenzado, y el único modo de rastrearla es que el amuleto te lleve hasta ella.

Negar que tenía razón y que los pulsos de mi corazón se habían acelerado, o que por mis venas corría una extraña corriente que me cosquilleaba y quemaba, habría sido en vano. Aquel era mi destino, y como familiar no podía huir de él, ni siquiera aunque lo intentase.

En cuanto rocé el amuleto, mis oídos se llenaron de un furioso siseo y por las yemas de mis dedos escaparon salvajes corrientes de energía que crecían en intensidad hasta tornarse viciosas. Cerré mi puño a su alrededor y apreté los dientes cuando se volvieron casi insoportables, sin embargo, tal y como me enseñaron desde que era un crío, mantuve el colgante aprisionado. Puede que no me gustase el sino que me había tocado, pero era fiel a las creencias con las que me habían educado y sabía lo que podía ocurrir si no se respetaba el orden establecido.

Hasta ese instante, mi función había sido la de ser un contenedor de la magia y mi misión transmitir a aquel amuleto toda la que había estado albergando desde mi nacimiento para entregársela a la persona que pronto sería su propietaria. Mientras menos remanentes conservase en mi interior, más fuerte se volvería mi iniciada, y yo a su vez a través de ella. Los familiares no teníamos capacidad de acceder ni de trabajar con una magia que no nos pertenecía, era como un veneno que nos intoxicaba, no obstante, una vez que nuestra bruja se hiciera con ella, su simple cercanía nos otorgaba una fuerza y un poder inauditos que nos permitían despertar nuevos dones.

De repente, una luz estalló en mi pecho como si saliese por cada poro de mi piel, y tan pronto como había comenzado acabó y con ello mi conciencia.

# Capítulo Siete

## HUNTER

Desperté en el cuarto en el que solía dormir de pequeño cuando mi madre me dejaba en casa de Elisenda.

—¿Te encuentras mejor? —Mi abuela tomó asiento en el borde de la cama.

Mi mueca fue instantánea al oler el contenido de la taza que me ofrecía.

—¿No podrías mezclar tus pociones con café en vez de con agua sucia? —me quejé.

Encogí la nariz y me sacudí como un perro mojado después de un solo sorbo.

—¿En serio te gusta el café con sabor a hierbas? —Elisenda descartó la posibilidad con la mano—. Créeme, ya he probado de todo y el café no casa bien con estas cosas.

Esperó a que le devolviera la taza vacía.

—¿Qué ha pasado?

—Tu iniciada es poderosa. El exceso de magia te ha superado. Tendrás que moverte con cautela al respecto.

Aunque no especificó, ambos sabíamos a qué se refería. Dependiendo de su personalidad y sus ambiciones, una bruja podía caer de un lado o de otro en lo que al bien o al mal se refería y, hiciera lo que hiciese, me arrastraría con ella si no era capaz de prevenirlo.

—¿Y ahora qué? —Rechiné los dientes y me acomodé contra el cabecero.

Si un camión me hubiese pasado por encima no podría haberme sentido peor. Aunque ni siquiera el malestar conseguía acallar el ronroneo constante de la energía que corría por mi anatomía como si estuviese desesperada por escapar.

—Parte del poder que liberaste gracias al amuleto ya ha encontrado su camino, ahora solo tienes que cerrar los ojos y concentrarte para que te muestre a dónde ha ido.

—¿Tan pronto? —La idea de tener que enfrentarme a la mujer que determinaría el resto de mi vida me atenazaba el estómago—. Pensé que tenía hasta el domingo.

Que quisiera descubrir mis nuevos dones y posibilidades no significaba que estuviese preparado para convertirme en el esclavo de una desconocida.

—Suelo quedar el primer día de Adviento con los familiares con el fin de ayudarlos a localizar a sus brujas, lo que les permite ordenar sus vidas si lo necesitan, y les da una semana para localizarlas. Tu primer encuentro con ella es el que desencadenará el flujo de magia definitivo que incita el inicio del resto de las fases por las que pasará y en las que deberás acompañarla. No necesitas contactarla aún, pero créeme, cuanto antes la encuentres mejor. No es fácil que alguien que desconoce nuestro mundo encaje en él sin más y tu tiempo es limitado. Tendrás hasta Navidad para cerrar el círculo y que os acepte a ti y a la magia.

Navidad. Siempre Navidad. Todas los cambios importantes en mi vida se producían en esa fecha y ni uno solo de los que pudiese recordar llevaba a algo bueno.

—¿Qué pasa si no lo consigo antes de Navidad? —Escondí mis puños bajo las sábanas para que mi abuela no los viera.

Ella soltó un pesado suspiro.

—Si os rechaza, jamás llegará a alcanzar su potencial completo y tu mortalidad se acelerará.

—Navidad. ¿Por qué ese plazo? ¿Por qué no el solsticio de invierno?

—Porque Nochebuena es cuando se reúne el aquelarre para celebrar el amor y la bondad, cuando unimos nuestra magia para esparcirla entre aquellos que la necesitan. En un mundo en el que es más fácil caer ante la ambición y la avaricia, se hace indispensable para las iniciadas que aprendan el placer que conlleva el trabajar en equipo y compartir nuestra magia con los demás.

—¿A quién se le ha ocurrido semejante ñoñería?

Elisenda se levantó con los labios fruncidos.

—¿Prefieres que una bruja con el potencial que posee la tuya se incline hacia la magia negra? ¿O que vuestra relación se mantenga a un nivel estrictamente superficial?

—Obvio que no, pero no entiendo tanta obsesión con la fecha, nunca lo he entendido. —Crucé los brazos sobre el pecho y la reté con una ceja arqueada, dispuesto a poner en entredicho su razonamiento.

—La Navidad es una época de luz y alegría, tanto para los

humanos como para nosotros. No existe una época más perfecta para iniciar a una bruja que esta. Si consigues que ella participe plenamente en nuestra tradición navideña, que la disfrute y que la comparta contigo, las probabilidades de que sea una de las nuestras habrán crecido exponencialmente. Si no lo hace… —Elisenda se estudió la punta de sus zapatos de tacón—. Entonces puede que tengas que decidir si estás dispuesto a acabar con ella o pasarte junto a ella al lado oscuro.

Estudié las puntadas del antiguo edredón de patchwork durante el silencio que se produjo. ¿Cómo podía transmitirle a una desconocida el amor por la Navidad cuando yo la detestaba? Me negué a pensar en la magia negra y lo que entrañaba. Era probablemente lo único en lo que coincidía con mi abuela. Cuanto más lejos estuviese de mí cualquier tipo de magia prohibida, mejor.

—Y bueno… —Elisenda hizo un visible esfuerzo por insuflar su voz con energía—. Aparte de todo lo que hemos hablado, debes tener en cuenta que tu iniciada puede tener familia o pareja. Tu aparición en su vida puede suponer un cambio drástico que requerirá ciertos ajustes.

Apreté los labios. Era común que se establecieran relaciones entre brujas y familiares. Un lazo tan íntimo como el nuestro derivaba con facilidad en algo más. Sin embargo, donde para un familiar una relación amorosa con la bruja era casi su única esperanza de poder formar una familia, ellas no se encontraban sujetas al mismo impedimento.

—Ya está hecho, hijo. No le des más vueltas. —Elisenda me dio un apretón cariñoso en la rodilla.

Asentí. Ella lo tenía fácil, pertenecía a la parte beneficiaria, aunque tenía razón. No me importaba envejecer, pero tampoco quería ser un anciano dentro de un par de años. No me disgustaba tanto la vida como para tirarla por la ventana.

Solté un pesado suspiro.

—De acuerdo. ¿Qué hago?

Elisenda colocó un mapa sobre mi regazo y sacó el colgante con el ramillete de muérdago.

—Usaremos el amuleto como péndulo. Toma mi mano, concéntrate en la fuente de poder que se esconde dentro de ti y deja que fluya en busca de su destinataria. Empezaremos por un mapa del estado y ampliaremos a partir de ahí si no encontramos nada.

La idea de que mi bruja pudiera ser de otro país, alguno lejano como la India, con diferentes costumbres e incluso otro idioma que nos impidiera comunicarnos me provocó ansiedad. No era algo que

no pudiera superarse, pero tampoco facilitaba las cosas. Obedecí a regañadientes. Cogí su mano y entre ambos movimos el amuleto en amplios círculos sobre el mapa. Cerré los ojos y gemí mareado cuando un cúmulo de imágenes invadió mi mente sin que pudiese hacer nada por evitarlo, girando a mi alrededor como un tiovivo: bosques, el lago, nieve, un muñeco de nieve, la ciudad en el horizonte… Las circunferencias fueron menguando a medida que el colgante aparentaba pesar cada vez más.

—Bien, vamos a tener suerte. —Elisenda carraspeó satisfecha, transmitiéndome parte de su sosiego—. Se encuentra cerca.

Las imágenes siguieron fluyendo por mi cabeza: calles, escaparates, luces navideñas… El péndulo cayó sobre un punto en el mapa con un topónimo familiar. Un peso que no me había dado cuenta que portaba hasta ese momento desapareció de mis hombros.

—Lo tengo, creo que sé dónde está.

—¿Con exactitud o de una forma vaga?—me dirigió Elisenda con sus preguntas—. ¿Quieres que probemos con un mapa local?

Ella ya debía de conocer las respuestas más que de sobra. Estaba tan acostumbrado a que ocultase sus habilidades y que actuara como si fuese una mujer normal que no le llamé la atención sobre ello.

—Reconozco los alrededores de donde parece estar. Es una de las calles comerciales del centro de la ciudad.

—A medida que te acerques el amuleto te guiará. —Retiró el plano, me devolvió el colgante con el ramillete de muérdago y se puso de pie—. Pues, ¡hala!, espabila. Seguro que ya habrá comenzado a sentir los primeros efectos de su poder y no quieres que adquiera demasiado sin estar a su lado.

—¿Qué se supone que debería hacer cuando eso suceda? No recuerdo que nadie me lo haya explicado nunca.

Elisenda desechó la pregunta con un aspaviento de su mano.

—Normalmente reciben una pequeña dosis de magia de adelanto, sin embargo, es el primer contacto entre tú y ella lo que desencadenará el traspaso de energía entre vosotros. Tu misión principal al inicio será calmarla, explicarle las reglas y mantener los daños bajo control.

Cerré los párpados y me froté el puente de la nariz con un gemido.

—Dime que ella no es como tú.

—¿Cómo crees que soy? —A los ojos de Elisenda asomó un brillo divertido.

—Manipuladora, enredadora, loca…

—Y bruja, no olvides que también soy bruja —terminó por mí con un tono complacido.

—Sí, en todos los sentidos —acepté con sarcasmo—. Aunque es evidente que eso no tiene remedio a estas alturas.

—Bueno, pues si ya tenemos lo que soy, ¿podrías levantarte de una vez para darte una ducha y que podamos marcharnos? Por si no te lo has planteado, yo también tengo una vida y será bastante ajetreada durante las próximas cuatro semanas.

Cuarenta minutos después, me encontraba sentado con ella en mi todoterreno estudiando la pequeña pastelería con su flamante letrero nuevo. Tetería-pastelería Dulce Tentación, decía. Procuré ignorar la oscura premonición que rondaba el borde de mi conciencia.

La vitrina llena de luces, guirnaldas, figuras navideñas y estrellas hacía que los troncos navideños y los *muffins* se integrasen en el ambiente festivo. Vista desde mi coche, la tienda en su conjunto parecía sacada de las ilustraciones de un cuento de Navidad.

En realidad, era una ironía que a las brujas les chiflaran los…

—Cierto, nos encantan, y todo lo que tenga que ver con probar cosas nuevas. La casita del cuento de *Hansel y Gretel* pertenecía a una tatarataratatarabuela de tu padre.

—¿Me estás leyendo el pensamiento? —Me giré irritado hacia Elisenda.

—Claro que no, solo adivino el futuro y estabas a punto de destacar que nos encantan los dulces —replicó con esa inocencia exagerada que siempre me hacía dudar de ella.

Entrecerré los ojos para estudiarla más de cerca. Las brujas raras veces mentían, pero eran maestras en tergiversar las situaciones y las palabras y, cuando lo hacían, tenían planes de manipularte. Supongo que el ser el nieto de una bruja y haberme criado con ellas me daba experiencia en eso.

—Quién lo diría —mascullé entre dientes.

—Bueno, ¿piensas entrar o no? —preguntó Elisenda con impaciencia.

—¿No deberías de saberlo tú mejor que yo? Al fin y al cabo, eres la gran adivina —espeté sin poder resistirlo.

Elisenda arqueó una de sus cejas morenas, que eran tan perfectas que Leonardo Da Vinci en persona podría haberlas trazado por ella. Conociéndola, ni tan siquiera era una noción tan descabellada que pudiera haberse cruzado con él.

—Si siempre te dijera lo que vas a hacer a continuación, ¿cómo

sabrías si es lo que ibas a hacer o lo que yo te induzco a hacer? —me retó con los labios en un mohín.

Abrí la boca con una réplica sobre la lengua, pero acabé por cerrarla y apretar los labios. Elisenda era retorcida como ella misma, sin embargo, su deducción era acertada, prefería tomar mis propias decisiones y evitar en todo lo posible sus manipulaciones y maquinaciones.

Miré hacia el escaparate en el instante preciso en que apareció una conocida figura detrás del cristal. Incapaz de moverme, observé cómo retiró una de las bandejas de *cupcakes* con caras de reno. La sangre en mis venas comenzó a vibrar como si alguien acabase de conectarme a una fuente de energía y, con ello, mis últimas esperanzas de que mi destino pudiera estar atado a cualquier otra persona que se encontrase en aquel establecimiento se fueron al traste.

—¡Hay que joderse! —gemí.

—¡Ese vocabulario, Hunter! —me reprendió Elisenda con energía—. No querrás empezar de nuevo a escupir sapos, ¿no?

Ni siquiera me estremecí con aquella amenaza como solía hacer. Había cosas mucho peores que escupir sapos, y una de ellas estaba justo en aquel local.

—¿Estás segura de que no me he equivocado de lugar? —Tragué saliva. No podía tener tan mala suerte, ¿verdad que no?—. La perspectiva de una bruja en la India o en el Polo Norte comenzaba a sonar más y más atrayente.

Joder, por mí como si fuese del pueblo de Papá Noel. Cualquier cosa era mejor que una mujer con el efecto que ella tenía sobre mí.

—Yo diría que estamos justo donde debemos estar —anunció Elisenda sin extrañarse ni lo más mínimo por mi inusual pregunta —. Puedo sentir el aura de tu poder que proviene de ese edificio, aunque aún es débil.

Mantuve mi atención fija en la mujer que se movía por la tetería. Nada en aquel rostro de sonrisa angelical recordaba a la pequeña arpía insolente e histérica de la tarde anterior, pero era exactamente la misma persona, la misma que me había acusado de niña de hacerle la vida imposible, la única que conseguía hacerme perder a mí mismo y olvidarme de mis buenas intenciones. ¿Cómo podría ayudarla a mantener su dominio si el mío se esfumaba en su presencia? ¿Qué destino me esperaba si me rechazaba?

—Abuela…

—¿Sí?

—Tenemos un pequeño problema.

# Capítulo Ocho

## HUNTER

Me la encontré subida a una escalera delante del escaparate de su pastelería, mascullando lo que solo podía suponer que eran sus palabrotas edulcoradas y que nadie más que ella conocía. ¿Para qué soltar tacos falsos si nadie alcanzaba a entenderlos? Sacudí la cabeza al escucharla. Puede que después de todo no fuera tan malo que nadie se enterase. A deducir por la ristra que estaba recitando, habría sonado como un viejo marinero tras una temporada en alta mar.

—¿Necesitas ayuda con eso? —pregunté cuando era evidente que no atinaba a sujetar las lucecitas de colores al marco de la cristalera.

—¡Dios!

—¡Cuidado!

Apenas tuve tiempo de sujetarla por la cintura cuando su metro sesenta y cinco en movimiento me cayó encima y me derribó. El aire me salió de los pulmones con un sonoro: «¡Oompf!», aunque quedó amortiguado contra los generosos pechos que se aplastaron contra mi cara dejándome ciego.

—¡Oh, Dios! ¡Podría haberme matado!

Habría resoplado de haber tenido el oxígeno suficiente en mis pulmones y de no haber sido porque seguía demasiado atontado por el suave perfume a vainilla, coco y galletas que me robaba cualquier tipo de pensamiento coherente. Cualquiera habría dicho que olía así por las horas que pasaba en la cocina preparando sus dulces, pero me constaba que no era así. No, era idéntico al olor que recordaba de mi infancia, igual al que se me había quedado grabado en la memoria y que me devolvía a la noche en la que la besé por primera vez. Probablemente era una suerte que ya no fuera el mismo adolescente hormonado que había sido entonces, porque de ser así, con total seguridad, me habría corrido en los pantalones. Aunque, siendo honesto, tampoco me quedaba mucho para

ponerme en evidencia. Mi cuerpo reaccionaba a su presencia como si quisiera darle la bienvenida en su vida y la boca me salivaba con su tentador aroma.

—¡Qué…! —Ella se apoyó sobre sus manos y me miró horrorizada privándome de su calor—. ¿Acabas de morderme el pezón?

Tardé en comprender el significado de sus palabras. ¿Morderle el pezón? Imposible. Yo jamás haría algo así, ¿verdad? Ella se incorporó de un salto como si la hubiera quemado y bajó la vista boquiabierta. Al seguir la dirección de su mirada acabé con la mía puesta sobre el notorio bulto bajo mis vaqueros. Doblé las rodillas para que no fuese tan obvio. Tampoco me pasó desapercibido que tenía fibras de poliéster y lana en la boca o la diminuta mancha húmeda en su jersey, justo al lado de los cuernos de Rudolph. ¡Mierda!

—¿Qué clase de pervertido eres?

El único motivo por el que la sangre no me inundó los carrillos y las orejas fue porque estaba concentrada a la altura de mi ingle y se negaba a cambiar de ubicación. No sé cuál de ambas opciones era mejor y menos vergonzosa.

—¿La clase que reacciona a una mujer que se tira a sus brazos y le restriega las tetas por la cara? —repliqué con lo único que me permitía salvar un poco de mi dignidad.

Me percaté de que no había sido la mejor opción cuando de sus ojos comenzaron a saltar chispas.

—¡Yo no he hecho nada de eso! ¡Y me has mordido!

—Me estabas asfixiando y aplastando —mascullé impotente.

Si se enteraban Josh y los demás, seguro que se partirían el culo a mi costa. ¡Joder! ¿Por qué había tenido que morderla?

—Yo… yo… —En su rostro se acumuló la sangre por los dos.

—Además, tampoco es como si no te hubiese gustado. ¿Eres masoca? —le pregunté con una elocuente mirada sobre sus pezones, que despuntaban demasiado orgullosos como para resultar indiferentes.

—Tú… tú… ¡Eres imposible!

La idea de que le pudiese gustar tener su pezón en mi boca hizo que mi erección saltara de felicidad. ¡Mierda! Si no me sosegaba pronto, iba a acabar en la comisaría por acoso. Era hora de cambiar de tema, sí o sí. Eso o acabaría aplastándola contra el cristal para tomarla allí mismo, frente a los transeúntes y con sus clientes como espectadores, mientras… ¡Joder! ¿Qué demonios me sucedía?

—Mira, admito que estás buena y que no me importaría revivir

viejos tiempos, pero no he venido por eso. Tenemos que hablar.

—¿Qué? —Noelia parpadeó varias veces, llamando mi atención sobre el gris azulado de sus ojos, cuyos iris parecían llevar hebras plateadas que brillaban en su interior.

—¿Podemos ir a algún sitio en el que podamos conversar con tranquilidad? Esto es algo que sería mejor que no oyese nadie.

—¿Acabas de acosarme sexualmente y esperas que te acompañe y me quede contigo a solas? ¿Te has vuelto loco de remate?

—Ya te he dicho que no tengo ningún interés en intimar contigo por el momento.

—Lo he oído la primera vez —rechinó entre dientes como si en vez de tranquilizarla mi comentario solo la hubiese enfurecido más.

¿Era una de esas mujeres inestables, incapaces de controlar sus emociones?

—Oye, en serio, esto es importante.

—Escúchame tú a mi primero. —El vello de mi nuca se erizó cuando colocó los brazos en jarras—. Por mí te puedes ir a la caca. No me interesa lo que tengas que decir, de modo que te agradecería que te largaras y me dejases en paz.

Sin esperar mi respuesta, tiró las luces navideñas en la caja que tenía junto a la escalera y me dejó plantado en la calle. Tras un corto vistazo al cielo, preguntándome por qué tenía que tocarme una bruja así, recité el nombre de todos los jugadores de la liga de béisbol local antes de seguirla.

—No eres bienvenido aquí —espetó soltando la caja de un golpe sobre un taburete. Su amiga la miró sorprendida desde detrás del mostrador.

—Me parece bien. Eso no quita que me atiendas.

—¿Cómo quieres que te deje claro que no tengo intención de…?

Escruté el local asegurándome de que no hubiese clientes escondidos en alguna parte que pudieran escucharnos.

—Solo te estoy pidiendo unos minutos de tu tiempo.

—¿Puedes creerte el morro que tiene el tío? —le preguntó a su socia—. Primero hace que me caiga de la escalera, luego me muerde un pezón y, para rematar, me acusa de haberlo aplastado a propósito y de haberle restregado mis, mis…, y ahora… ¡ahora me pide hablar! ¿Te lo puedes creer?

—¿En serio te ha mordido un pezón? —Su amiga me lanzó una mirada que logró que mi sangre dejase de estar estancada en mi entrepierna—. No queremos acosadores aquí. Largo o llamo a la policía.

—¡No soy ningún maldito acosador! Es ella la que se ha

abalanzado sobre mí.

—¡Largo! —chillaron las dos al unísono.

Me entraron ganas de tirarme de los pelos. Sabía que no iba a ser fácil, pero, joder, aquello era de locos.

—No puedo hasta que escuches lo que he venido a decirte.

—¡Olvídalo!

—Solo tienes una semana para aceptarlo.

—¿Para aceptar el qué?

—¡Que eres una bruja!

Después de las voces que nos habíamos estado pegando, el repentino silencio sonó más ominoso de lo que me habría gustado y de lo que me hacía sentir cómodo.

—¿Me has llamado bruja?

Sus ojos se abrieron como platos y alcé rápidamente las manos para tratar de calmarla.

—No es lo que piensas, me refiero a que eres…

—¡Fuera de aquí a la de ya! No tengo por qué aguantar que un imbécil como tú venga a mi casa a insultarme. ¡Largo! —chilló histérica cuando intenté abrir la boca.

Por un segundo estuve contemplando la posibilidad de seguir insistiendo, pero, en el instante en que cogió el espray desinfectante que estaba sobre el mostrador, decidí que era mejor dejar que se enfriase primero. Algo que a mí, de manera indudable, también me vendría bien. ¿Cómo se me había ocurrido soltarle lo de bruja delante de su amiga?

Aún me quedaba hasta el próximo domingo para explicarme y hacerle entender que no bromeaba. Era tiempo de sobra, ¿no?

—Vendré mañana cuando estés más tranquila. Solo quiero hablar, lo juro. Y lo de que eres una bruja no es un insulto, de verdad. Te lo explicaré en cuanto hablemos.

# *Capítulo Nueve*

## HUNTER

*Lunes*

**Elisenda:** La cuenta atrás ha comenzado. Tienes seis días para convencerla.

Con una maldición, deslicé el móvil en el bolsillo del vaquero, inspiré, me armé de valor y me bajé del coche.

«Puedes hacerlo, lo único que necesitas es demostrarle que eres un adulto razonable y que en situaciones como esta hay que aplicar la lógica, no los sentimientos».

Solté un suspiro de alivio cuando atisbé a través del escaparate que la tetería se encontraba prácticamente vacía.

«Genial. No tendrá excusas para no atenderte. Solo tienes que mantenerte calmado, seguro y racional. Nada de decirle que está como una puta cabra o que te saca de quicio».

Me encaminé a la barra con mi mejor sonrisa. El que estuviese su socia en lugar de Noelia ayudaba. Aunque era guapa no era mi tipo, en especial con la diadema de cuernos y orejas de reno en la cabeza. ¿Qué le había dado a aquellas chicas con los putos renos? Sacudí la cabeza. Al menos esta daba la impresión de ser bastante menos agresiva que su compañera.

—¡Hola! ¿Está Noelia? Necesito hablar con ella.

La chica arqueó una ceja y me miró como si fuese el lobo de *Caperucita* llamando a la puerta de la abuela. Mi sonrisa flaqueó y tuve que hacer un esfuerzo por mantenerla en su sitio.

—Lo siento, los lunes es su día libre —me informó sin pestañear.

¿En serio?

—¿Y hay alguna forma de contactarla? Es importante.

—¿Molestarla en su día de relax? Lo siento, pero no tengo tendencias suicidas.

—No tiene que…

—No.

Apreté la mandíbula recordándome que no me podía permitir el lujo de perder el control si quería demostrarles a ella y a su amiga que se equivocaban conmigo. Incluso yo me daba cuenta de lo ridículo que sonaba lo que tenía que explicarle.

—¿Puede dejarme su número de teléfono al menos? De esa forma no…

—No.

Entrecerré los ojos con mi vista fija sobre ella, algo que por norma solía hacer que la gente se quedara paralizada y acabase por confesarme hasta el pin de su tarjeta bancaria. La chica se limitó a imitarme, entrecerrando los ojos a su vez y manteniéndome la mirada. Si no hubiese sido por sus ridículas orejas y los cuernos, puede que hasta me hubiese podido intimidar… algo. Bueno, no, en realidad no. No había mucho que una mujer de poco más de metro sesenta de estatura hubiese podido hacerme.

—Escuche…

—No, escucha tú. Primero empujaste a Noelia, luego la insultaste, luego viniste a insultarla de nuevo llamándola bruja y ¿ahora pretendes que te dé su número? ¡Olvídalo! ¿Quieres amenazarme? ¡Hazlo! No voy a negar que me intimidas y que, si sigues mirándome así voy a acabar por mearme por la pata abajo, pero Noelia es mucho más que mi mejor amiga, es como mi hermana gemela. ¡Más que eso! Es mi hermana siamesa, aunque ahora mismo no está pegada a mí por las caderas, sino probablemente roncando como el motor gripado del camión de mi tío Tom, que por algo no lo usa más que los sábados para ir a comprar y al bingo y…, y ya me he perdido, pero que eso, que es mi hermana siamesa del alma y no pienso traicionarla, ni dejar que vuelvas a insultarla. No puedo evitar que la encuentres, pero no cuentes conmigo si pretendes hacerlo.

—Estás balbuceando. —Me rasqué el pecho—. ¿Se supone que lo que has dicho tiene algún sentido?

—Ya te he dicho que me das miedo y que estoy a punto de hacerme pis encima. ¿Qué más quieres que te diga?

Alzando ambas manos retrocedí un paso.

—Me voy. Te dejo mi número. Dile a Noelia que necesito contactar con ella y que es urgente, por favor.

# Capítulo Diez

## HUNTER

*Martes*

**Elisenda:** Te quedan cinco días. ¿Estás esperando a que nos den las uvas?

—A que me parta un rayo, que la lluvia me entierre en el barro y ahorrarme el tener que pasar por esto —mascullé para mí mismo, mientras aparcaba frente a la tetería.

**Elisenda:** Acabo de confirmar que la previsión meteorológica de hoy promete día soleado y sin atisbo de tormentas.

—¡La madre que me parió! —¡Esa mujer era una maldita antena parabólica! ¿Para qué necesitaba un móvil si podía adivinar lo que estabas hablando en tu coche a doce kilómetros de ella?—. ¿Qué he hecho en mis vidas pasadas para merecerme esto? —Le eché un vistazo al escaparate con los dulces navideños y la decoración festiva y me apreté el puente de la nariz—. Menos de un uno por ciento de la población está compuesto por brujas y a mí me han tenido que tocar todas.

**Elisenda:** Parece que hoy es tu día de suerte. Deberías ir a echar una lotería.

—Abuela, no sé cómo lo haces, pero deja de meterte en mi vida y mis pensamientos. —Cerré el todoterreno de un portazo—. ¡Tengo derecho a una pizca de intimidad!

Al girarme hacia la tetería, por poco me llevé por delante a una anciana de pelo rosado que me aguardaba con el bastón alzado y una mirada que sin duda estaba destinada a dejarme fulminado allí

mismo sobre la acera.

—¡Derechos! ¡Eso es todo en lo que piensan los sinvergüenzas de hoy! Pues antes de reclamar los derechos deberíais aprender lo que es el respeto, en especial a las personas mayores.

—¡Señora! —Alucinado, sujeté el bastón con el que estuvo a punto de darme un empujón en el pecho—. ¿Qué hace?

—¡Enseñarte lo que no te enseñó tu madre!

—Pero ¿qué se supone que le he hecho? —gruñí alucinado.

—¿La está molestando, señora? —preguntó Noelia, que había parado junto a la anciana y ahora me dedicaba una mirada no muy diferente de la de ella.

—¡Es un sinvergüenza malhablado y sin educación! ¡Me ha dicho que no me meta en sus asuntos solo porque me he parado un momento aquí para recuperar el aliento!

Fui a abrir la boca para explicarle que estaba confundida, pero Noelia se adelantó a mí:

—Venga conmigo, señora. La invito a una taza de infusión. En mi local no se atreverá a molestarla. Llamaremos a la policía si hace falta. —Con su mirada sobre mí, no quedó ni la más mínima duda de que Noelia no pretendía andarse con chiquitas en lo que a mí se refería.

# Capítulo Once

## HUNTER

*Miércoles*

**Elisenda:** Te quedan cuatro días. ¡Espabila de una vez!

En esta ocasión me negué a concederle a mi abuela la oportunidad de seguir presionándome. Le eché una ojeada a la iluminada calle con su decoración navideña tan cargante que casi le dejaban a uno sin vista, antes de bajarme del Land Rover. Eran las dos menos cuarto de la tarde, casi la hora a la que Noelia solía cerrar y tomarse un descanso para almorzar. Disponía de apenas quince minutos si pretendía convencerla antes de que pudiera echarme a la calle. Lo bueno era que la última clientela acababa de salir del local y que no había visto a su socia desde afuera. Eso significaba que tendría la oportunidad de encontrarme con ella en privado. Si conseguía que me escuchase y abriera su mente, siempre podía invitarla a almorzar o cenar después para explicarle las cosas con más tranquilidad. Puede que una cena fuese lo mejor, igual luego podía… Apreté los dientes y deseché la idea antes de que pudiera formularse por completo en mi mente. No estaba allí para ligar con ella ni recordar viejos tiempos, solo para informarla de los próximos cambios en su vida.

Me dirigí con largas zancadas hacia la tetería y, justo cuando estaba a punto de coger el pomo y abrir, tras el cristal de la puerta apareció el cartel de «cerrado» y por encima de este el rostro inconfundible de Noelia.

—¡Espera! ¡Tengo que hablar contigo! —Intenté abrir, pero ya tenía echado el pestillo.

—Lo siento, estamos cerrados.

¡Imposible que fuese una coincidencia! ¡Lo estaba haciendo a propósito!

—¡Aún no son las dos! —espeté entre dientes—. ¡Siempre tienes abierto hasta las dos!

Ella cruzó los brazos sobre el pecho y me mantuvo la mirada.

—Pues hoy no.

—¡No puedes cerrar antes! —Zarandeé la puerta, pero la única forma de abrirla habría sido rompiéndola.

Consideré la opción de partirla. Ganas no me faltaban.

—Acabo de hacerlo. —Sonrió satisfecha.

Mi vista bajó a su chaleco blanco por el que descendía con llamativas letras rojas el mensaje de: «Ho! Ho! Ho!». Era pura casualidad, ¿cierto? No podía haberse puesto esa prenda para reírse en mi cara. ¿O sí?

—¡Espera! Tenemos que hablar —grité cuando me dio la espalda.

—No se me ocurre de qué —respondió sin girarse.

—Escucha, sé que no me crees, pero eres una bruja. —Gemí para mis adentros al oír la frustración casi desesperada en mi propia voz.

—Y tú un imbécil y no por eso me dedico a ir tras de ti con la intención de insultarte.

—No es un insulto, es… ¡Noelia! ¡Noelia, no te vayas! ¡Al carajo! —Eché la pierna atrás con la intención de darle una patada a la dichosa puerta, pero, como si fuese otra de las puñeteras brujas que me amargaban la vida, a través del reflejo me topé con los ojos de la anciana que esperaba tras de mí con su cabello rosado, pendientes hechos con bolas de navidad y el bastón en el aire, esperando su oportunidad para atizarme.

¡Joder! ¿Quién cojones me había echado una maldición?

# Capítulo Doce

## HUNTER

*Jueves*

**Elisenda:** ¿Necesito recordarte que solo te quedan tres días?

**Hunter:** Deja de enviarme mensajes. Me estás estresando.

**Elisenda:** Cuando dejes de comportarte como un adolescente virgen, te dejaré en paz.

En vez de mandarla a la mierda, que era lo que debería haber hecho, me tapé la cabeza con las sábanas y volví a cerrar los párpados. Me había pasado la noche peinando el bosque en busca del familiar rebelde que estaba atacando a brujas en la comarca. Me merecía unas horas de descanso. Y si no me lo merecía, me daba igual. Enfrentarme a una loca con ojos de gata, chalecos navideños ridículos y la figura de una diosa era lo último que me faltaba hoy. ¿Acababa de describirla en mi mente como una diosa? ¡Joder! ¡Necesitaba dormir! ¡Dormir de verdad y, sobre todo, dejar de pensar! ¡Que les dieran por culo a todas las brujas nacidas y por nacer!

# Capítulo Trece

## HUNTER

*Viernes*

**Elisenda:** Dos días antes de que acabes de cagarla.

Me guardé el móvil con un gemido agotado. ¿Por qué demonios tenía que recordármelo cada día? ¿Es que no era suficiente con la presión que yo mismo me metía? Veía a esa maldita novata hasta en mis sueños. La noche anterior me había despertado a las tres de la madrugada empapado en sudor. ¿Y por qué? Porque me había pasado un sueño tras otro persiguiendo a Noelia. Una Noelia vestida con traje de novia con estrellas y copos de nieve y zapatillas de renos, que corría como un puto velocista olímpico mientras a mí parecían fallarme las piernas y se me quedaban pegados los pies a la calzada.

La peor parte de la pesadilla fue cuando me encontré en la iglesia, paralizado, agobiado, tratando de taparme mis partes pudendas con las manos (porque, claro, ¿a quién se le ocurriría ir a una iglesia en pelota picada más que a mí?) en tanto aguardaba en un altar con árbol de Navidad, rodeado de las miradas de desaprobación del aquelarre y la sonrisa maquiavélica de Noelia al recorrer el pasillo. Y, por si aquello no hubiese sido ya bochornoso de por sí, la vieja del bastón se encontraba a mi lado, vestida ni más ni menos que de dama de honor, con un horripilante vestido rosa cargado de bolas de Navidad, guirnaldas de vivos colores y un escote que le llegaba al ombligo, enseñando sus tetas caídas y el arrugado pellejo de su barriga, en tanto que me prometía que me enseñaría a comportarme con una mujer.

Si al menos mi presencia en la iglesia hubiese sido para casarnos y hubiera acabado bien, habría tenido un pase, pero no, Noelia, la muy bruja, venía con la pretensión de castrarme y colgar mis bolas en el árbol de Navidad, mientras la esperaba sin poder moverme del

sitio, la tijera que llevaba en sus manos brillaba cual objeto de adoración diabólica y en su vestido, de un inmaculado blanco, se reflejaba de cuando en cuando la luz rojiza de las vidrieras, mostrándome cómo quedaría cuando lo salpicara con mi sangre.

Solo de recordar el sueño volvía a estremecerme y a ponerme a sudar. Había sido una pesadilla tan real que lo primero que hice al despertarme fue revisar si mis bolas seguían en su lugar y que la vieja del bastón o Noelia no estuvieran acechándome entre las sombras. Y en este momento, si no hubiera estado rodeado por mis amigos, habría vuelto a comprobarlo, aunque solo fuese por si acaso.

—¿Qué? —Ben me puso una mano sobre el hombro y le dio un apretón—. ¿Problemas en el paraíso?

—No más que de costumbre desde que he descubierto que tengo bruja —mascullé, aliviado de que su pregunta me sacase de mis recuerdos.

El hombre asintió con un suspiro.

—Suele ocurrir si te toca una que tiene personalidad fuerte.

—¿Hay alguna que no la tenga? —espeté con ironía, lo que despertó las risas de los que nos rodeaban.

—¿Tienes ya un plan? —preguntó Al.

—Sí. Vais a venir conmigo, me vais a ayudar a aislarla de la gente y a sujetarla si hace falta. Voy a obligarla a escucharme y entrar en razón sí o sí.

—¿Crees que eso es buena idea? —Ben se rascó el cuello mientras algunos de los otros gruñían en acuerdo—. Bruja o no, encontrarse rodeada por diez tipos de nuestra envergadura, puede hacer que cualquier mujer entre en pánico.

Titubeé.

—¿Y se te ocurre algún otro modo de conseguir que me escuche? Llevo una semana, ¡una puta semana!, persiguiéndola como un perrito faldero rogándole por un poco de atención. Lo único que me falta es salir en pelotas de una de sus tartas a ver si así la dejo lo suficientemente alucinada como para que me dé tiempo de explicarle la situación.

—Mmm. Aun así, Ben tiene razón. —Josh se frotó el mentón dubitativo.

—Me ha mandado a la mierda, me ha cerrado la puerta en las narices, me ha amenazado con llamar a la policía, me ha hecho arrastrarme y rogarle. ¿Qué más me queda por hacer?

—Deberías intentar hablar y razonar con ella —opinó Al—. No he dicho nada —se corrigió alzando las manos en cuanto le lancé

una mirada furibunda.

¿Es que no se había enterado de todo lo que había hecho por tratar de hablar con la bruja de los cojones? ¿Y razonar? ¿Cómo se podía razonar con una desquiciada a la que le faltaban dos tornillos? La vibración de mi móvil fue lo que libró a Alan de mi furia.

**George:** Acaba de entrar.

—Hora de ponernos en marcha —informé a los demás—. George dice que acaba de llegar al supermercado.

Diez minutos después, nos encontrábamos en el establecimiento, coordinados como la buena máquina engrasada que éramos. Localizamos a Noelia en la sección de frutería con uno de sus chalecos navideños, hoy uno de color gris con tres gnomos barbudos en pijamas rojos y sombreros de Papá Noel. Mis compañeros nos rodearon dejándonos a ella y a mí en el círculo, aislados del mundo exterior y sus ojos curiosos.

Al principio ella no se dio cuenta, demasiado centrada en elegir tres piñas, sin duda destinadas a preparar alguna de sus tartas de frutas, pero, en cuanto tropezó con el enorme cuerpo de Marcos, y acto seguido con el de Scott, acabó por alzar la cabeza y mirar a su alrededor. Cuando sus ojos tropezaron conmigo, se abrieron como platos.

—¿Qué es esto? —A pesar de que levantó la barbilla y me mantuvo la mirada, su voz tembló.

—Necesitamos hablar —le dije guardando la distancia para no asustarla aún más.

—¿Y para eso necesitas a una pandilla de gánsteres dispuestos a atemorizar a una mujer? ¿También vais a darme una paliza?

Algunos de mis amigos encogieron sus facciones en una mueca, sin embargo, ninguno se movió y tampoco habló.

—No seas exagerada. Nadie te hará nada. Solo quiero que me prestes atención unos minutos y me escuches. Se nos está acabando el tiempo.

—¿El tiempo para qué? —De forma consciente o inconsciente, Noelia se posicionó al lado de su carrito de la compra, interponiéndolo entre ella y algunos de mis hombres.

No me pasó desapercibido que se aferró al carro como si necesitara sujetarse a algo. Ben posiblemente tenía razón, estábamos asustándola.

—Para que asimiles que eres una bruja y lo que significa.

Por unos segundos se quedó boquiabierta.

—Comprendo. —Miró el entorno como si se sintiera perdida y acabó estudiando los artículos de su carro medio lleno—. Y, si… digamos que te… creyese, ¿qué tendría que hacer?

—Nada, basta que me acompañes el domingo a casa de Elisenda y que ella pueda iniciarte.

—¿Como en una secta?

—No somos…

—¡Hunter! —gritó Al.

Alcé las manos por instinto y atrapé las piñas, que me acababa de lanzar Noelia a la cara, en el mismo instante en que el talón de su pie impactó de pleno en mis pelotas y el mundo se congeló dejándome sin aliento, mientras mis rodillas cedieron hasta colisionar con el suelo. Mis compañeros gimieron por mí cuando yo no pude hacerlo por la falta de oxígeno.

—¿Alguien más quiere hablar conmigo y apuntarme a una secta de lunáticos? —chilló Noelia desquiciada con una piña en cada mano.

De inmediato, todos alzaron la mano y se apartaron para abrirle paso. Todos menos yo, obviamente, que tenía las manos sujetándome mis partes, los dientes apretados y escozor en los ojos.

# Capítulo Catorce

## HUNTER

*Sábado*

**Elisenda:** Último día, última oportunidad. Si querías dejar las cosas para el final, entonces, enhorabuena, lo has conseguido.

**Elisenda:** ¿En tu funeral prefieres que vaya vestida de negro o de blanco?

**Hunter:** Ja, ja, ja.

**Hunter:** ¿Esperas que me ría de la gracia?

**Elisenda:** Al contrario que tú, prefiero prepararme para los eventos con antelación. No todos los días voy al funeral de uno de mis nietos. Quiero que el tuyo sea algo especial.

**Hunter:** Gracias, abuela. No sé qué es lo que haría sin ti.

**Hunter:** Ah, no, espera, sí que lo sé. Estaría disfrutando de mi vida.

**Hunter:** Una vida normal, sin brujas, ni locas, ni bolas de Navidad con condenas en su interior.

# Capítulo Quince

## NOELIA

—¡Awww! ¡Vamos, Bernie! ¡No me hagas esto! No aquí en medio de la nada. —Solo por si acaso, acaricié el volante y el salpicadero de mi viejo Buick, a ver si con ello conseguía despertar su simpatía y ponerlo de nuevo en movimiento—. Solo unos kilómetros más y podrás descansar unos días, te lo prometo.

En realidad era el Buick de mi abuela, el que el padre de Mary me había guardado en el granero de la granja que tenía en las afueras. Según él, era un clásico que algún día podría vender por un buen dinero, pero para mí era más bien un trasto con valor sentimental que daba más problemas que alegrías. Que fuese el único vehículo del que disponía en ese momento, ayudaba a que me aferrase a él con uñas y dientes.

Con un gemido, hice una mueca cuando resonó el ahogado ratatatatá, justo antes de que se hiciera el silencio y el coche rodara unos metros más por simple inercia. Apenas conseguí sacarlo hasta el arcén cuando espiró su último suspiro sobre la línea blanca. ¡Caca, caca, caca!

Dejé caer la cabeza sobre el volante y enumeré todos los motivos por los que no había sido una buena iniciativa acercarme a una granja de abetos, de las afueras de la ciudad, por el simple capricho de tener un bonito árbol de Navidad. ¿Para qué lo quería? Solo suponía más trabajo montarlo, después de Navidad tendría que desmontarlo y, con la de horas que estaba echando en la tetería, ni siquiera tendría tiempo de disfrutarlo de verdad, al menos no hasta altas horas de la noche cuando conseguía tirarme un rato en el sofá del apartamento.

Había sido un capricho, un tonto y estúpido capricho, que ahora me iba a costar caro. ¿Qué más daba que fuese mi primera Navidad en mi propia casa? ¿O que fuese la primera vez que podía permitírmelo? Sí, era verdad, era un recuerdo de mi infancia. En mi casa nunca había faltado un abeto, y tampoco existía ninguna

tradición de la que disfrutase más que la de levantarme a escondidas por las noches y sentarme al lado de la chimenea, para admirar las preciosas bolas brillantes mientras los demás dormían, pero tampoco era como si el Belén de mi tía Paca no hubiese sido bonito o no hubiera disfrutado de mis Navidades durante mis años en España. Era simplemente que me faltaba algo, y tener mi propio árbol de Navidad se convirtió en un estúpido intento por recuperarlo.

Preferí no pensar en el último motivo por el que decidí gastar el poco dinero que me quedaba en mi antojo navideño: Hunter y la necesidad de escapar de su acoso. Con la supuesta cita con esa tal Elisenda al día siguiente, parecía que se le agotaba el tiempo, y se había pasado desde primera hora de la mañana atosigándome. Nada más abrir la tetería, Mary me había enviado un mensaje avisándome de que Hunter estaba allí con ella esperándome y que se negaba a irse hasta que me viera. Cuando eso no le funcionó porque me puse a hacer los *cupcakes* en la cocina del apartamento, acabó por apostarse delante de mi puerta y tocar el timbre durante una hora justa con intervalos exactos de treinta segundos.

Solo esperaba que cuando pasase mañana me dejase tranquila, porque mi paciencia se estaba agotando, y mi cordura también. Rechacé la repentina sensación de pérdida cuando caí en la cuenta de que ya no iba a seguir viéndolo a diario.

¿De dónde había salido aquel pensamiento?

¡Yo no quería verlo!

Ni aunque eso significase renunciar a esa mirada verde que me hechizaba y esos anchos hombros que prometían que debía de estar duro en todos los sitios adecuados de su anatomía. Tampoco iba a surgir la oportunidad de pasar los dedos por ese cabello del color del oro viejo con mechas algo más claras desteñidas por el sol, que invitaba a… ¡Ay, Dios! ¡Era demasiado tarde! ¡Estaba perdiendo la chaveta!

Con un suspiro bajé del vehículo y estudié la eterna carretera desierta. ¡Jolines! Hasta para eso tenía mala suerte. ¿No podía haberme quedado tirada en un sitio con más tráfico? Me coloqué el chaleco fluorescente y saqué el móvil al tiempo que abría el maletero en busca de los triángulos de señalización de peligro. Ni me planteé si en ese Estado era obligatorio usarlos. ¿Importaba? Lo correcto no debería hacerse por ley, sino por civismo.

Un vistazo al abeto que llevaba sobre la capota me hizo saltar las lágrimas. Ni tan siquiera era un ejemplar demasiado rimbombante, era uno de los que habían puesto de oferta, y me

pareció una buena acción adoptarlo, porque lo había visto triste y escondido en un rincón y, además, estaba dentro de lo que me podía permitir. Solo podía cruzar los dedos para que el conductor de la grúa me permitiese llevarlo conmigo.

—Noelia, ¿puedes llamar más tarde? —preguntó Mary en cuanto aceptó la llamada—. Ahora no es el mejor momento. De hecho, ya que estás, deja de hacer lo que estés haciendo y mueve el culo hasta aquí. Hoy hubo una reunión del Consejo de Festejos de la localidad y, al acabar, han venido aquí. ¿Tienes idea de la que tengo liada? Tengo a los clientes ayudándome a hacer el té y limpiando las mesas. ¡Ven a la de ya!

Apreté los ojos con un gimoteo. ¿Existía algo más que pudiera salir mal en lo que quedaba de día?

—¡Mary! ¡No me cuelgues!

Hubo una pausa.

—¿Noelia? ¿Estás bien? ¿Ha pasado algo? —el tono de Mary se tornó inquieto.

—Bernie me ha dejado colgada y está anocheciendo. ¿Puedes pasarme el número de un servicio de grúas? Y no creo que me dé tiempo de llegar para ayudarte.

—Está bien, no te preocupes —titubeó—. Se me ocurre una solución. ¿Puedes mandarme tu localización por GPS? Voy a enviarte a alguien que se ocupará del coche y de recogerte.

—Yo…

Mary habló con alguien al fondo, pero se oía lejano y apagado, como si hubiese puesto una mano sobre el micrófono del móvil.

—Estarán allí en menos que canta un gallo, tú solo envíame la localización, ¿vale?

—Gracias. No sé qué haría sin ti —admití.

—¿Estar tirada en una playa andaluza, tomándote un vaso de sangría después de echarte una buena siesta al sol?

Sonreí ante la noción distorsionada que poseía de España. Solo a uno de esos turistas guiris, que usaban calcetines gordos de lana con sandalias, se le ocurriría dormir la siesta a finales de noviembre en una playa y luego pedir una sangría en vez de un café.

—Posiblemente sí —contesté—. La próxima vez te vienes conmigo a Sevilla y montamos un negocio allí.

Al colgar no pude evitar la sensación de que, si hubiese seguido mi propio consejo, mi vida probablemente habría sido bastante más sencilla. Sacudí la cabeza. No importaban los obstáculos que aún me quedaban por superar. El hogar estaba donde se encontraban las personas a las que querías y, en mi caso, Mary y Rayan lo eran

todo.

# Capítulo Dieciséis

## NOELIA

La adrenalina corrió por mis venas a mil por hora en el instante en que un robusto todoterreno negro con los cristales tintados aparcó en el arcén frente a mi coche. No es que no quisiera que alguien me ayudase, pero era tan imponente, tan oscuro y me recordaba tanto a películas de mafiosos, que solo podía rezar por que la que saliera por la puerta del conductor fuese una mujer con una enorme sonrisa y acompañada por tres mocosos.

Había un motivo más por el que temía quién podía bajarse del coche: Hunter tenía uno igual. Lo había visto aparcar en más de una ocasión frente a la pastelería.

Cuando la puerta del conductor se abrió, mis esperanzas cayeron a mis pies y desee que fuese un mafioso. Ni siquiera me habría importado que estuviese cargado de pistolas y metralletas y hasta de cuchillos de combate. Cualquier cosa hubiera sido mejor que aquel rostro adusto con expresión victoriosa, que se acercó haciéndome sentir como el canario amarillo que había caído en la trampa del lindo gatito.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Hunter, con ese tipo de tono complacido que delataba su convencimiento de que estaba a punto de hincarme de rodillas ante él como el salvador divino de la humanidad.

Otros dos hombres bajaron del Land Rover. Conocía a Josh. Al otro lo había visto en el supermercado junto a los demás, pero no tenía ni idea de cómo se llamaba. No era de los que me sonaran de mi infancia o adolescencia.

—Gracias, pero no —dije con toda la firmeza que pude fingir—. Podéis iros. Ya viene alguien a por mí.

—Siento decepcionarte. —Hunter se rascó la barbilla—. Pero no viene nadie de camino.

—Por supuesto que sí. Mi socia acaba de enviarme una grúa.

Si solo se hubiese quedado mirándome con esa cara de

satisfacción, aún podría haber tenido mis dudas, pero, cuando se cruzó de brazos y arqueó una ceja, mi estómago dio un vuelco. Mary no me habría hecho algo así, no cuando sabía cómo había estado escondiéndome de él toda la semana, ¿verdad?

—Dime que esto es solo una pesadilla —gimoteó Josh junto a él, con su atención puesta sobre Bernie, como si yo no existiera—. ¿Tiene un puto abeto amarrado al techo de un Buick Roadmaster del 54?

—¿Qué haces? —Abrí la boca estupefacta cuando se montó sin pedirme permiso.

—Y es de los que aún tienen asientos originales y volante en buen estado. En serio, me gustaría conocer alguna vez a una chica que supiera valorar lo que tiene.

Si el capullo no tuviera cerca de dos metros de altura, lo habría cogido de la oreja y sacado a tirones de Bernie. ¡¿Cómo se atrevía a insultarme en mi cara?!

—Estoy aquí, y es de mi coche del que estás hablando —siseé—. Te agradecería que dejaras tus comentarios machistas para cuando estés a solas con el resto de tus amigotes misóginos.

—Decir la verdad no me convierte en machista —objetó Josh reconociendo por primera vez mi presencia desde que había llegado. A pesar de sus palabras, un ligero tinte rosado invadió sus mejillas. O al menos eso era lo que parecía, porque, entre la oscuridad y su barba, era difícil asegurarlo con certeza—. ¿Puedes nombrarme a una sola mujer capaz de apreciar una pieza de coleccionista como esta?

—Créeme, ninguno de nosotros es misógino. —Acudió Hunter en su defensa.

Le brillaban los ojos y la comisura de sus labios tembló. ¡Al muy cabr… simplón le divertía la situación!

—*Nop*, nos encantan las mujeres. De hecho, no nos imaginamos la vida sin ellas —intervino el tercero de ellos con un guiño—. Por cierto, soy Ren, y, como puedes comprobar, el tipo atractivo, inteligente y con don de gentes del grupo.

Resoplé y opté por ignorarlos a él y a Hunter.

—Si quieres hablar de vehículos, habla con Mary —le espeté a Josh—. Apuesto lo que sea a que sabe más de ellos que tú.

—¿Y te ha permitido que llevaras el abeto a sabiendas de que puedes arañar la pintura? —preguntó incrédulo.

—Créeme, la pintura, por el momento, es lo que menos me preocupa de este trasto.

Josh se encogió como si acabase de insultarlo.

—¿Por qué no lo vendes si no te gusta? Por lo que vale podrías comprarte uno nuevo.

Estuve por preguntarle cuánto estimaba que valía, antes de sacudir la cabeza.

—Bernie no se vende, es de mi abuela. Lo arreglaré cuando tenga tiempo o dinero, y no tengo ninguna de esas cosas ahora mismo. De modo que, si eres tan amable, sal de mi coche.

—Bonito nombre para un trasto. —Ren me sonrió.

Hunter le dedicó una mirada de advertencia. ¿Le molestaba que fuese amable conmigo? ¡Imbécil!

—Hace frío. —Hunter dio un paso en mi dirección—. Deberías montarte en el todoterreno, Josh y Ren se encargarán de Bernie.

—Ya te he dicho que no necesito vuestra ayuda, Mary ha mandado a…

—Nosotros —terminó Hunter por mí—. Nos ha enviado a nosotros para que te rescatemos.

¡Imposible! Tragué saliva y me clavé las uñas en las palmas. Esta vez no había quién la librara. Iba a estrangularla justo después de atarla a una silla y obligarla a presenciar cómo ardían sus Louboutin de segunda mano.

—Gracias, en ese caso prefiero esperar a una grúa.

Hunter me dedicó una larga mirada antes de responder.

—Josh, Ren, encargaos de engancharlo a mi coche.

—¿Qué…? —Mi mundo se volvió del revés cuando me cargó sobre su hombro como a un saco de patatas— ¡Bájame de inmediato! ¡Baja o chillo!

—Preferiría que no lo hicieras, pero, si te sirve de desahogo, tú misma —replicó con serenidad.

Antes de que tuviera la oportunidad de volver a abrir la boca, ya me había acomodado en el asiento del copiloto y me estaba colocando el cinturón.

—¿Quién te crees que eres? —pregunté airada.

—El idiota que está condenado a protegerte hasta el día que te mueras. Lo mínimo que podrías hacer es estar agradecida por lo que estoy haciendo por ti.

—¿Y qué es exactamente lo que se supone que estás haciendo por mí? ¿Tratarme como a una muñeca sin cerebro y secuestrarme?

—Recogerte de una carretera de noche, ahorrarte el dinero de la grúa, protegerte de violadores y asesinos y acompañarte hasta que llegues a casa sana y salva —me corrigió con un gruñido mientras se montaba en el otro lado del vehículo.

Mi estómago dio un pequeño vuelco y no pude más que admitir

que lo que decía era verdad. ¿No había sido yo misma la que había llamado a Mary, porque no quería llamar a cualquier mecánico desconocido? Al menos, a él y a sus amigos los conocía y, con Mary informada de que eran ellos los que habían venido a por mí, era dudoso que tratasen de hacerme daño.

—Y que tú seas el mismo que lleva toda la semana persiguiéndome no debería preocuparme, ¿verdad? —musité, incapaz de concederle una victoria limpia.

Hunter se masajeó el puente de la nariz. Un gesto que parecía ser muy propio de él, al menos en mi presencia.

—El único motivo por el que te estoy persiguiendo es porque no me dejas más remedio que hacerlo. ¿De verdad crees que disfruto yendo detrás de una mujer para que me deje tirado una y otra vez, que me humille y me deje los huevos hechos una tortilla?

Gemí para mis adentros. Dicho así…

A la señal del bocinazo ronco de Bernie, Hunter arrancó.

—¿Cómo esperabas exactamente que reaccionase cuando viniste a decirme que era una bruja? Sigo sin entender qué pretendes tratando de convencerme de una locura así. Pareces demasiado inteligente, me cuesta entender que alguien como tú se crea semejante idiotez.

Hunter mantuvo la vista sobre la carretera y se tomó su tiempo en responder.

—Dime, ¿qué te haría falta para creerme?

# Capítulo Diecisiete

## NOELIA

En contra de lo que me esperaba, el regreso a la ciudad fue silencioso y solo interrumpido por los villancicos que sonaban en la estación de radio local. La pregunta de Hunter seguía resonando en mi cabeza, pero, por más vueltas que le daba, no podía ofrecerle una respuesta.

Estudié su perfil en la oscuridad del coche. Las sombras hacían destacar sus facciones y le daban un aire misterioso y peligroso. Al menos esa era la impresión que daba, porque, por más que lo analizaba, no podía dejar de sentirme segura con él, tanto, que estaba tentada a estirar la mano para comprobar cómo se sentiría su barba de dos días sobre mi piel.

Resultaba ridículo el nivel de relajación que sentía en su compañía, como si jamás nos hubiésemos separado y no existiese un lugar más seguro en el mundo que estando a su lado. La única explicación que se me ocurría para ello era que la música navideña y el oscuro paisaje nevado, iluminado por la luna, me estaban afectando. *Misteltoe* de Justin Bieber sonaba en el interior del vehículo con sus notas cálidas y envolventes. Como una ironía del destino, la letra de la canción parecía encajar con mis pensamientos:

*«…La época más hermosa del año…».*
*«…No puedo dejar de mirar tu rostro…».*
*«…Bésame debajo del muérdago…».*

Mi atención cayó sobre sus labios. Eran perfectos para un hombre, rellenos cuando se encontraba relajado y finos y apretados en las ocasiones en las que trataba de mantener bajo control sus emociones más intensas. ¿Sus besos seguirían sabiendo a güisqui, chicle de menta y desesperación? Toqué los míos como si con ello pudiera recordar la mezcla de suavidad, firmeza y exigencia con la

que me había besado aquella noche de tantos años atrás. Dudaba mucho que alguna vez pudiera borrar de mi memoria aquellos besos. ¿Los habría olvidado él?

El primer día que nos tropezamos en la calle había actuado como si no me conociera, sin embargo, luego había regresado llamándome por mi nombre. Por más que trataba de convencerme a mí misma de lo contrario, quería que me recordara y que aquel baile de Navidad se hubiese quedado grabado en su memoria tanto como lo hizo en la mía. Todo habría sido tan perfecto si no fuera porque era un fanático religioso al que le habían lavado el cerebro.

Nadie que lo viera pensaría que era un loco y, sin embargo, ahí estaba, queriendo convencerme de que era una bruja. Supongo que las locuras no son algo que se trasluzcan a un nivel físico, y no todas son fáciles de determinar. Aunque había una cosa que me llamaba la atención: sus amigos lo habían escuchado aquel día en el supermercado y no parecía haberles extrañado. ¿Sabían que estaba loco y trataban de apoyarlo a su manera? Carecía de sentido, pero, entonces, ¿qué más podía ser? ¿Una secta de fanáticos de lo sobrenatural? ¿Un juego de rol? ¿Una apuesta por quién se lleva a la cama a la chica nueva de la ciudad?

Me froté la sien y aparté la mirada de él para fijarme en cómo el hermoso paisaje invernal había sido sustituido por las brillantes luces de colores y la decoración festiva de las calles y los negocios. Lo único que estaba consiguiendo era un tremendo dolor de cabeza. ¡Dios! ¿Por qué tenía que ser todo tan difícil? Cuando decían aquello de que todos los tipos buenos o estaban casados o eran gais, deberían haber añadido: o como una chota.

—Tengo un amigo mecánico que podría echarle un vistazo al motor. Es bueno y estoy seguro de que podrás negociar el precio. Puedo dejar el coche allí de camino a casa.

Me masajeé la frente. ¿Disponía de suficientes ahorros para reparar a Bernie? No nos había ido mal estos últimos días en la pastelería, de hecho, nos había ido mejor de lo esperado, sin embargo, los gastos y las deudas seguían comiéndose la mayoría de los beneficios.

—Mary es buena con la mecánica. Me prometió que me lo arreglaría en cuanto consiguiera las piezas —confesé cansada, obviando el hecho de que no se trataba de las piezas, sino del dinero.

Hunter asintió, deteniendo el vehículo en doble fila, al lado de un aparcamiento vacío.

—Podemos dejarlo aparcado aquí hasta que decidas qué hacer.

Te dejaré el teléfono de Jack. Puedes llamarlo si te interesa. Se encargará de recogerlo si le das las llaves.

—Gracias.

—Noelia… —Hunter se rascó el pecho indeciso—. El aquelarre ayuda a sus miembros, no solo con magia, sino también económicamente, si pudieras…

—¡Oh, Dios! Otra vez no. —Quitándome enfadada el cinturón, salté del todoterreno y lo cerré de un portazo.

¿Cómo podía haber bajado la guardia con él aunque solo fuese por unos minutos? Que fuera guapo y sexi y oliera a caramelos de café y bosque tras un día de lluvia no hacía que valiera la pena seguir exponiéndome a su locura. ¿Oh, sí? ¡Aaargh! Pero ¿qué estaba haciendo? ¿Por qué estaba siquiera pensándolo? ¡Tenía que guardar mis hormonas y mi libido a buen recaudo y mantenerme alejada de él!

Sin esperar a comprobar qué hacían él y sus amigos, me marché a la pastelería para refugiarme de Hunter y su peligroso karma, o puede que de mí misma. ¿Qué más daba el motivo?

—¿Ya estás de vuelta? —Mary me sonrió desde detrás del mostrador, donde estaba conversando con un desconocido moreno, cuya expresión dejaba claro que lo que fuera que le estuviese contando le importaba un pepino.

Al menos todo parecía en calma. Me sentí culpable de haber dejado que Mary se enfrentase sola a una avalancha de clientes, pero lo descarté en cuanto recordé lo que me había hecho.

—¿Cómo has podido enviar a Hunter a por mí? Sabías que me había pasado toda la semana evitándolo. ¿Qué clase de amiga le hace eso a otra?

La mirada del hombre fue hacia la vitrina para mirar a la calle y, por unos segundos, me pareció que su expresión se ensombrecía aún más de lo que ya estaba, algo realmente complicado. Mary se limitó a cerrar el lavavajillas y a encoger un hombro.

—Necesitabas ayuda, él estaba a mano y dispuesto a dártela. Además, empiezo a plantearme que deberías al menos escucharlo.

—¡No empieces otra vez! —siseé con una mirada cautelosa de espaldas al desconocido, que desapareció por la puerta que llevaba a los aseos—. Las bombillas del escaparate explotaron por una sobrecarga eléctrica. No hubo magia en eso.

—¿Y los vasos que reventaron y casi me dejaron ciega?

—¿Cambios de temperatura o de la densidad del aire que contenían?

—¿Y la cocina que se limpió sola por la noche?

—¿Una de las dos, que seguramente es sonámbula? —Me costaba admitir que podría ser yo, pero estaba claro que Mary nunca habría limpiado la cocina de forma voluntaria, ni siquiera en sueños.

—Y…

—¡Mary!, deja de buscarle los tres pies al gato. ¡Ninguna de esas cosas tiene una explicación sobrenatural!

Con una última mirada fulminante, le advertí que mantuviese la boca cerrada, cuando la puerta se abrió y sonó la campanilla avisando de la llegada de Hunter con el árbol de Navidad.

—¿Dónde queréis que lo ponga?

—Déjalo ahí mismo. —Señalé distraída a un rincón del local.

No iba a invitarlo a subir a nuestro apartamento y de todos modos pasábamos todo el día abajo, era mejor dejarlo allí, al menos así podría disfrutarlo.

—¡Qué bonito! El árbol es precioso. —Mary tocó las palmas entusiasmada.

Fruncí el ceño. Pensé que iba a reñirme por coger uno de los abetos más tristones. Estudiando el árbol más de cerca, mi ceño se arrugó aún más. Mary tenía razón, era precioso y voluminoso y hasta tenía piñas. ¿Cómo no había visto las piñas antes?

—¿Seguro que este era el árbol que llevaba en mi Bernie? —pregunté antes de que pudiese pensarlo.

—Claro. ¿Cuál si no? —preguntó Hunter extrañado.

Mary me dirigió una mirada sospechosa.

—Gracias por tu ayuda. —Intenté sonreírle mientras ignoraba a Mary.

—De nada. ¿Me merezco ahora diez minutos de tu valioso tiempo para que podamos hablar?

¡Jolines! ¡Con lo mono que era cuando mantenía el pico cerrado!

—No. —La simple idea de que tratase de convencerme de nuevo de que era una bruja me hizo entrar en pánico.

—¿No? —Me miró boquiabierto.

De acuerdo, estaba comportándome como una bruja, pero no una mágica, sino más bien como una arpía. ¿Por qué tenía que hacerme sentir mal conmigo misma? Yo no era así. O al menos no era tan desagradable con los demás.

—No.

—Noelia…

—Es la hora del cierre y tengo que ayudar a Mary a limpiar.

—¿Mary? —gruñó Hunter con una mirada fija sobre mi compañera.

Ella puso uno de sus mohines.

—¿Se supone que esta es la escena en la que tengo que comentar que no hace falta que nadie me ayude a pasar la fregona, repasar las mesas, sacar la basura y dejar puesto el lavavajillas? —preguntó con los ojos entrecerrados.

—Exacto. —Hunter se giró hacia mí con expresión victoriosa—. ¿Ves?, ella se las apaña bien solita.

—Pues va a ser que no. ¿Qué? —Mary no se atrevió a mantenerle la mirada, aunque no dejó de refunfuñar mientras encendía el lavavajillas—. No puedes esperar que lo haga todo yo sola cuando ella está dispuesta a ayudarme.

—¡Mary! —repitió Hunter, esta vez sin ocultar su irritación.

—¡Basta ya! ¡Déjala tranquila! —solté irritada.

De sopetón, la luz sobre nosotros explotó y, si no hubiera sido porque Hunter consiguió quitarse de su trayectoria de un salto, la pesada lámpara de araña, que rescatamos de un cubo de basura, habría caído justo sobre su cabeza. Las luces se apagaron de golpe y solo permanecieron encendidas las lámparas de emergencia. Se hizo un silencio tan sepulcral que dudaba mucho que ninguno de nosotros estuviese respirando mientras contemplábamos paralizados los fragmentos de cristal que brillaban tenues sobre el suelo.

Hunter se aclaró la garganta y se frotó la nuca evitando mirarme.

—He cambiado de opinión. Creo que sí que es mejor que yo limpie sola y que tú hables con él —musitó Mary con los ojos desencajados.

Con piernas temblorosas, me acerqué a la primera silla que encontré y me dejé caer en ella con el corazón sobresaltado. Tres segundos antes y Hunter habría estado tirado en el suelo con el cráneo abierto. Podría haber muerto allí delante de mis ojos. Habría sido una catástrofe y una ruina, tanto a nivel personal como de empresa.

—Vais a tener que disculparme, no creo que vaya a ser capaz de hablar por un buen rato —musité con la voz quebrada.

Hunter asintió, dando la impresión de estar de acuerdo conmigo, pero luego negó.

—No podemos seguir así.

—No me digas —murmuré sin energía, demasiado impactada como para contradecirlo.

De repente la energía alrededor de Hunter pareció cambiar de forma drástica. Volvió a asentir como si estuviese hablando consigo mismo y, tras una palmada, se frotó las manos.

—Te propongo un trato.

¿En serio? Se había librado de la muerte por los pelos ¿y quería hacer un trato? ¡Alto ahí! Me levanté de un salto. ¿Pensaba chantajearme por lo que acababa de pasar? Mi espalda se puso más recta que la regla del viejo profesor Johnson.

—¿Y ese trato cuál sería?

Sus labios se curvaron en una sonrisa prepotente, que despertó un repentino calor en mi interior.

—Algo a lo que no podrás negarte —me prometió con una provocadora lentitud.

Tragué saliva. Más que un chantaje sonaba a una proposición indecente. ¡Dios! ¿Qué le pasaba a la calefacción? Estaba empezando a sudar. Mi espalda se puso rígida.

—¿Se supone que tienes algo que pueda interesarme? —Crucé los brazos sobre el pecho y dejé que el desdén se infiltrase en mi tono, pero, por la forma en la que él enarcó una ceja, no parecía que fuese suficiente como para engañarlo, aunque igual fue por el leve temblequeo al final de mis palabras.

¡Malditos todos los hombres guapos con cuerpo de modelo y el ego por las nubes!

—Puedes apostar a que sé exactamente lo que necesitas y cómo dártelo.

¿Eran imaginaciones mías o su voz sonaba como un chocolate caliente con crema de café irlandesa? Si no lo hacía, desde luego que causaba los mismos efectos, porque no solo podía sentirla vibrar debajo de mi piel, sino que me estaba calentando por dentro, y mis rodillas estaban amenazando con ceder.

Con los últimos resquicios de mi voluntad, carraspeé y alcé la barbilla.

—Olvídalo, ni aunque fueras el último habitante del planeta me acostaría contigo.

—Curioso. —Hunter cruzó los brazos por encima de su pecho—. No recuerdo haber mencionado nada de sexo.

Resoplé tratando de no reparar en cómo se le abultaban los bíceps.

—¿Los tipos con el ego inflado como tú piensan en otra cosa?

La comisura izquierda de sus labios tembló.

—Bien, siendo sincero, en lo que estaba pensando es en que necesitas que te vuelvan a colocar la lámpara y, de paso, que te revisen la seguridad de las demás y de la instalación eléctrica. También he notado que la iluminación del escaparate sigue sin funcionar. Antes de acostarte deberías comprobar que la conexión

de las luces del techo es independiente de la línea de fuerza con la que tienes enchufados los frigoríficos y congeladores. Y, a menos que me equivoque, te hará falta electricidad si pretendes abrir mañana la tetería.

El pánico fue creciendo a medida que hablaba.

—No podemos cerrar un domingo —musité, dejando caer los hombros derrotada.

Cuando crucé una mirada con Mary, la misma ansiedad que me dominaba a mí se reflejaba en su expresión.

—No vas a tener más opción que llamar a un electricista de emergencia. Lo necesitarás hacer, a más tardar, mañana a primera hora. Yo que tú empezaría por pedir un presupuesto antes que nada, porque siempre está el listillo que trata de clavársela a su clientela inocente, sin contar que un servicio de emergencias de esas características, un domingo, y en las fechas en las que estamos, os va a costar un ojo de la cara.

Solo de escucharlo me dieron ganas de esconderme bajo el edredón de mi cama y hartarme a llorar. Primero el coche, ahora la instalación eléctrica y en menos de cinco días el banco iba a retirar el pago del préstamo de mi cuenta. ¿Cuándo se me había ocurrido que no necesitaba trabajar para otros y que estaba preparada para llevar mi propio negocio?

—Claro, que siempre podrías encontrar a alguien con conocimientos de electricidad como yo y que, además, estuviera dispuesto a echarte una mano gratis —propuso, recuperando toda mi atención de golpe—. Por supuesto, tendría que ser alguien con el que estuvieses dispuesta a tratar, no como conmigo… —Con un guiño de despedida se dirigió a la puerta.

No sé qué fue más bochornoso, si haber insinuado que no quería acostarme con él cuando ni siquiera estaba interesado, o que no me quedaba más remedio que humillarme y correr tras él.

—¡Espera!

—¿Sí? —Hunter se detuvo con una mano sobre el pomo y me miró por encima del hombro con los ojos llenos de burla.

Se merecía que lo mandara a tomar viento fresco. Me moría de ganas de hacerlo.

—Noelia —gimoteó Mary como si me estuviera leyendo la mente.

Con una profunda inspiración, me mordí los labios y conté hasta cinco. Cuando volví a abrir los párpados, Hunter estaba esperándome con la paciencia de quien sabe que ha ganado la batalla.

—¿Qué quieres a cambio?

# Capítulo Dieciocho

## NOELIA

En condiciones normales, cuando alguien te lleva a la casa de su abuela a las afueras de la ciudad, te esperas una casita mona con un jardincito cargado de coloridas flores, quizá algún huerto con hortalizas y, sobre todo, un porche con mecedora. Era un estereotipo, sí, y tal vez a todas las abuelas no les daba por la jardinería y por hacer galletas, pero, por algún motivo, aquello era lo que había esperado de una anciana relacionada con Hunter. ¿Por qué? No lo sé. Quizá porque fuese la personificación de uno de esos actores guaperas que hacían películas de acción, y que tanta perfección masculina requería de un entorno y una familia igualmente perfectos. Después de todo, era el típico americano relajado, que vestía con camiseta y vaqueros, y cuyo único accesorio solía ser el reloj inteligente que ahora mismo ojeaba con disimulo, al tiempo que sus dedos tamborileaban impacientes sobre el volante, a la espera de que yo me bajase del coche.

—¿Tu abuela tiene dinero o es la familia en general? —pregunté estudiando la enorme mansión victoriana de un inmaculado blanco, cuya elegante decoración navideña, compuesta básicamente por guirnaldas cargadas de adornos rojos y plateados, parecía sacada de una revista.

—Ella es la rica, aunque tampoco es como si a los demás les fuese mal —replicó sin entrar en demasiados detalles, y obviando su posición en esa escala de riqueza.

—¿Y vive aquí sola?

—No. Lo habitual es que tenga invitados, en especial a mis tías y a mis primas.

—¿Tú no vives aquí?

Su pesado suspiro dejó claro que estaba llegando a su límite y que hacía un esfuerzo supremo por no mandarme a la caca. ¿Si lo irritaba lo suficiente, se mosquearía y me daría una excusa para escaquearme de nuestro trato?

—No. Prefiero la tranquilidad y la esperanza de que no me estén vigilando las veinticuatro horas del día.

—Eso ha sonado extraño.

¿Esperanza de que no lo estuvieran vigilando? ¿Qué significaba eso?

Hunter encogió un hombro.

—Lo entenderás cuando las conozcas y sepas de lo que son capaces.

Si lo anterior me había sonado raro, lo último era casi amenazador. ¿De qué estaba hablando?

—Repíteme de nuevo el motivo por el que necesito entrar ahí.

Girándose en el asiento, me miró.

—Deja de buscar excusas. Llegamos a un trato. He cumplido con mi parte. Tu cafetería está abierta y los problemas eléctricos que tenías están solucionados. Es tu turno de cumplir con nuestro compromiso.

—Tetería-pastelería —lo corregí arisca.

Decía la verdad, la noche anterior había dejado solucionada la conexión básica para que tuviéramos luz y a las seis de la mañana había estado allí como un reloj y había arreglado el resto de los problemas, revisado la instalación, y hasta me había arreglado el botón de la cafetera de segunda mano que siempre se quedaba atascado.

—El acuerdo era que te acompañase a casa de tu abuela, no que me soltaras y te largases nada más llegar aquí.

—Y tal y como te dije, te he acompañado hasta aquí. Pero los familiares hoy no estamos invitados, solo las iniciadas.

—Sigues usando esas palabras: familiares, iniciadas… ¿Qué sois? ¿Una especie de secta?

—No.

—¿Entonces, qué?

Con un gemido agotado, Hunter se pasó la mano por los ojos.

—Escucha, cuanto más te diga, más te vas a asustar. Es mejor que entres y lo descubras por ti misma.

—¿Qué? ¡Ah, no! Eso no ha sonado nada bien. ¿Qué me van a hacer ahí dentro?

Hunter se frotó el puente de la nariz con un resoplido.

—No te harán nada. Entra de una vez —espetó impaciente.

—Yo no…

Me cogió las manos entre las suyas tan de repente que salté en el asiento. Se inclinó hacia mí y me miró de cerca. No podría haber apartado mi mirada ni aunque me hubiesen pagado por hacerlo.

¡Dios! ¿Cómo podía alguien tener unos ojos tan penetrantes?

—Noelia, escucha, te prometo que saldrás de ahí sin un solo rasguño. Nadie te hará daño. Solo será una charla y puede que una pequeña demostración. No te obligarán a nada y no tienes que comprometerte a nada. El único motivo por el que estás aquí es por tu propio bien y el de las personas que te rodean. Necesitas la información y la guía que puedan proporcionarte, una que va más allá de lo que yo puedo hacer por ti.

Si hubiese usado aquella voz profunda para convencerme de que visitase con él un club de BDSM, ya me habría bajado del coche y lo habría estado esperando con las bragas bajadas. ¡Jolines! ¿Cómo podía un bruto majara como aquel tener un efecto tan devastador?

—Ya te he dicho que no creo en lo de la brujería —refunfuñé más por disimular que estaba a punto de morir de combustión espontánea que por otra cosa.

—Pues no creas. No voy a obligarte a hacerlo. Solo ve. Piensa en ello como una de esas reuniones a las que te citan con el objetivo de venderte libros que no necesitas y que nunca te leerás. Puedes usarlo como una oportunidad de conocer a nuevos clientes.

¡Me cachis! ¿Por qué no se me había ocurrido aquella idea antes? Podría haber traído más *cupcakes*. Pensando que solo estaríamos los dos con su abuela, no había traído más que media docena. Ya era demasiado tarde.

—¿No podría haber sido una reunión de *tupper sex*? Esas al menos son divertidas.

Sacudió la cabeza con una risotada.

—¿Quién dice que la magia no puede ser divertida y sexi? —me retó.

Si seguía mirándome así, lo primero que iba a tener que hacer al entrar en la casa era pedir la dirección del baño y quitarme las bragas mojadas. ¿Eran imaginaciones mías o las aletas de su nariz acababan de abrirse como si estuviera olisqueando algo y sus pupilas se habían dilatado? Carraspeé para deshacer la ronquera de mi garganta.

—Ya te he aclarado por activa y por pasiva que…

Hunter alzó ambas manos y se echó atrás, apartando la mirada y alejándose de mí.

—Sí, ya lo sé, no crees en la magia y no confías en mí. No voy a tratar de convencerte más. Solo entra y descubre de qué va todo esto.

Lo único que me retuvo de volver a protestar fue que tenía razón, habíamos llegado a un acuerdo. Además, mientras más me

quedase encerrada en aquel pequeño espacio con él, más altas eran las probabilidades de que acabase haciendo algo de lo que al día siguiente me avergonzaría. Sin decir nada más me bajé del coche.

Si el exterior de la mansión era imponente, por dentro lo era aún más. No es que se viese recargada, al contrario, a excepción de los adornos navideños, todo rezumaba sencillez y elegante sofisticación. Se mirase por donde se mirase, el lujo existente era notorio, ya fuera por la amplitud del vestíbulo, las pinturas originales que cubrían las altas paredes o la magnífica escalera que se encontraba justo enfrente de la entrada.

—¿Me permite su abrigo? —Lo que parecía un mayordomo de una serie de vampiros, con traje de pingüino negro y guantes blancos, esperó con paciencia a que yo pudiera cerrar la boca y quitarme la prenda para entregársela—. También puede entregarme la bandeja si quiere. —Señaló mis manos. Tras un titubeo, se la entregué—. Por aquí, por favor. La están esperando.

¿Quién contrataba a un mayordomo hoy en día? Lo seguí hasta un amplio salón con chimenea y varios sofás, en el que se encontraban congregadas una veintena de personas de diferentes edades. Me llamó la atención que la gran mayoría fuesen féminas y que la presencia masculina quedase reducida, casi en su totalidad, al personal de servicio. ¿Era a eso a lo que se había referido Hunter antes? ¿Familiar era algún tipo de término con el que se referían a los hombres?

—¿Puedo ofrecerle algo? —Un camarero me mostró una bandeja, de la que escogí una copa de cóctel con un líquido azul, una guinda y los bordes cubiertos por lo que parecía azúcar o sal gruesa.

—Gracias. —Me forcé a sonreír, pero podría habérmelo ahorrado por la manera en la que me dio la espalda y se acercó a otras invitadas.

Si aquella era una secta que trataba de robarle hasta el último céntimo a sus adeptos, entonces, me encontraba totalmente fuera de lugar, porque habría apostado mi nuevo par de zapatos que una sola de las figuras del coro de ángeles, que adornaban la chimenea, costaba más que todos los muebles que tenía en el salón de mi apartamento.

—Ya que nos han forzado a estar aquí, deberíamos pedirles que nos den una visita guiada por este palacio. Si aquí tienen un Modigliani original, me muero por saber qué más esconden por las otras habitaciones.

Me giré hacia la pelirroja que se había apostado junto a mí y

chupaba la guinda de su vaso de cóctel.

—Eh…

—Soy Joan, por cierto.

—¿Qué te hace pensar que me han obligado a venir? —pregunté con desconfianza.

—Fácil. Tienes cara de querer salir huyendo. Nada más verte, he sabido que eras una de las mías.

Estudiándola más de cerca, me fijé en sus vaqueros rotos y la camiseta de manga larga con una inscripción que decía: «Si buscas un ángel, busca en otro lado».

Mis labios se curvaron, y así, sin más, supe que yo también la consideraba una de las mías.

—Me llamo Noelia. Y no, no me han impuesto la asistencia si soy honesta, a menos que consideres que un soborno entra en la misma categoría. ¿Y tú?

—A mí me han chantajeado, aunque a fin de cuentas es lo mismo. Ninguna queremos estar aquí. Es una chifladura.

—¿Quién te ha chantajeado?

—Un tipo con cara de ogro que se presentó el fin de semana pasado en la librería en la que trabajo diciendo que se llamaba Marcos.

—¿Rubio, pelo corto, nariz recta, ceño siempre fruncido y el tatuaje de unas alas justo debajo de la clavícula?

—¡Ese mismo! ¿Lo conoces?

—Junto a Josh, era el amigo más cercano de Hunter en el instituto.

—¿Hunter Méndez? —Sus ojos se abrieron.

—*Sip*. Es el que me ha traído aquí.

—Vaya. Te ha tocado el bote en la lotería. La mitad de las mujeres de la ciudad sueñan con ese tipo y la otra mitad ya se han acostado con él y piensan en repetir.

Resoplé.

—Se lo regalo. Es un bruto psicótico con los tornillos trastocados.

Su carcajada abierta me hizo sonreír.

—Acabas de describirlo en una sola frase. ¿Él también ha tratado de convencerte de que es un familiar y que tú eres una bruja?

Las dos soltamos un gemido al unísono. Un argumento a voces resonó desde el vestíbulo y nos giramos sobresaltadas hacia la entrada. Una mole de tío, con rostro de modelo, al que reconocí de inmediato de la noche anterior, entró como si estuviese entrando en

una batalla. Sobre sus hombros llevaba como si fuera un saco de patatas a una chica de cabello lila, vestida de pies a cabeza de negro, que pataleaba y gritaba como si estuviesen a punto de quemarla viva en una pira de la inquisición. Sin muchas contemplaciones, la tiró sobre el sofá, dejándonos a todas mirando boquiabiertas a la dueña de una increíble tez pálida y unos iris azules, de un tono tan profundo que se veían irreales.

—No pienso quedarme aquí, so maldito imbécil —chilló la chica bajándose apresurada la falda, que se le había levantado hasta la ingle.

—Sal por esa puerta antes de que haya acabado la reunión y me encargaré personalmente de ponerte sobre mi regazo y darte la tunda que te mereces por ser una niñata malcriada. —Al pasar por mi lado, Ren me guiñó un ojo como si no acabase de amenazar a una mujer en público.

—No soy una niñata —chilló la susodicha tras él.

—Se lo aclararé al juez durante el juicio de este jueves —gruñó Ren.

Por el modo en que se le subieron los colores a la pobre chica, dejó patente que el tono níveo de su piel era natural y no una capa de polvos de talco o fondo de maquillaje.

—Creo que acabo de cambiar de opinión. Prefiero a Marcos a ese neandertal con cara de estrella de cine —murmuró Joan a mi lado.

Tras verle la expresión a la chica de cabellos lila que, a pesar de la furia reflejada en sus pupilas, era evidente que se sentía humillada, estuve casi, casi, de acuerdo con Joan.

—¿Está pendiente de ir a prisión y la han dejado aquí sin supervisión? —preguntó espantada una rubia platino que se encontraba cerca.

Joan y yo compartimos una mirada y nos mordimos la parte interna de las mejillas, compartiendo en secreto el mensaje de: rubia, pija a la vista.

Una única ojeada a su vestido rosa palo, su manicura perfecta y las joyas me hizo ponerme en alerta. ¿Era esta una de las primas de las que me había hablado Hunter? No se asemejaba en nada a él, pero estaba claro que venía de una familia de dinero.

—Va a tener un juicio, eso no significa que sea culpable —la defendió Joan con un tono bajo.

—Tampoco sabemos qué es lo que ha hecho, y no creo que sea grave si está suelta —puse mi granito de arena.

—Hubo fuego en un viejo almacén y hay testigos que la

ubicaron en la zona —replicó otra de las presentes que se unió a nuestro grupo.

Su cabello pelirrojo tenía un tono mucho más apagado y oscuro que el de Joan, no obstante, el brillo pícaro en sus ojos era tan parecido que no podía más que mirar de la una a la otra. ¿Eran familia?

—Soy Selena, y esta es mi prima Cassandra —nos presentó a otra rubia a la que parecía llevar de remolque, y no por hacerle precisamente un favor, a deducir por el ceño fruncido de la chica.

—¡Qué falta de educación por mi parte! Lo siento. Mi nombre es Laurie —saltó la rubia pija con una mano en el pecho como si acabase de cometer un pecado mortal mientras nos extendía la otra con el porte digno de una princesa.

—Noelia. —Fui la primera en cogérsela.

—Joan.

—Ahh, qué bien. Ya estáis haciendo migas. —La mujer, que les rodeó el hombro a Cassandra y Selena, nos sonrió con ese brillo en la cara que llevan las personas felices y sinceras y que hace que sea inevitable que te caigan mal.

—¡Tía Gwen! —Selena le dio un beso en la mejilla—. Sí, estábamos hablando de la iniciada a la que el tío Ren ha traído secuestrada.

La sonrisa de Gwen vaciló.

—Sí, y eso es algo de lo que voy a hablar muy seriamente con él. Esa no es manera de tratar a una mujer.

—Justo lo que pienso —confirmó Joan—. De hecho, creo que deberíamos ir a hablar con ella y mostrarle nuestro apoyo.

—Aún no sabemos si prendió fuego al almacén —titubeó Laurie con un vistazo disimulado a la chica gótica, que seguía sentada sola en el sofá.

—No lo hizo. Al menos no a propósito. Fue un accidente —aseguró Gwen restándole importancia con un gesto indiferente—. A veces ocurren, hasta que dominas los elementos.

Unas palmadas llamaron nuestra atención y me impidieron preguntarle a qué se refería.

—Ahora que ya estamos todas aquí, os ruego que me acompañéis a mi saloncito de té, allí nos presentaremos y os explicaré el motivo de vuestra asistencia y de qué forma os apoyaremos en esta nueva aventura vital que acabáis de iniciar.

La persona que nos habló tenía algo en ella que denotaba una presencia y un poder que te hacía seguirla ciegamente, aunque no habría sido capaz de explicar con exactitud por qué, ya que en

principio su apariencia no se diferenciaba en mucho de las demás mujeres mayores de treinta años que se encontraban con nosotras allí.

—Bien, queridas, hora de seguir a Elisenda —nos animó Gwen.

Un momento, ¿Elisenda? ¿Cómo, la Elisenda que había mencionado Hunter que era su abuela? No. Imposible. Como mucho podría ser su madre. Me mordí los labios. Elisenda no era un nombre demasiado típico. ¿Era cosa de familia?

Selena soltó un pesado suspiro, aunque fue Cassandra la que refunfuñó por lo bajo.

—Como si necesitásemos más charlas después de la que nos dio esta mañana en el desayuno.

Respiré tranquila. Era probable que fuese la madre de una de ellas. ¿Tal vez una tía de Hunter?

—¿Sois primas de Hunter? —pregunté.

Selena y Cassandra se miraron. La primera rompió a reír y la segunda rodó los ojos.

—Es nuestro tío.

—Ah…, lo siento, pensé que Elisenda era vuestra madre y…

En esta ocasión fue Cassandra la que soltó una carcajada.

—Elisenda es nuestra bisabuela.

—¡¿Qué?! —No tengo muy claro si lo exclamé yo, Joan o Laurie, o puede que fuésemos las tres a la vez.

—Podréis hacer las presentaciones luego. —Gwen nos empujó, con una sonrisa condescendiente, en dirección a la puerta por la que habían desaparecido las demás.

—Pero…

—Es mejor que no os retraséis. A Elisenda no le gusta que la hagan esperar.

# Capítulo Diecinueve

## NOELIA

Le eché un vistazo a Joan. Que llevase la misma expresión de alucine que debía de llevar yo fue lo que me dio el último empuje que necesitaba. Con un carraspeo y mi sonrisa más educada, dejé la delicada taza de té sobre la mesa y me levanté.

—Voy un momentito al aseo antes de que empecemos.

—¡Te acompaño! —Joan saltó de su asiento como si le hubieran metido un pepinillo picante en el trasero.

Elisenda arqueó una ceja y se llevó la taza a los labios, con ese gesto sofisticadamente ridículo en el que el dedo meñique queda levantado en un ángulo perfecto.

—Por supuesto, queridas, faltaba más. Tercera puerta a la derecha.

La suavidad con la que lo dijo me puso el vello de punta. Era como si estuviera divirtiéndose a nuestra costa. Joan y yo nos dirigimos hacia la salida tan apresuradas que casi acabamos encajadas en el umbral por querer pasar las dos a la vez.

En cuanto cerramos tras nosotras, me miró horrorizada.

—Dime que no soy la única que está acojonada —susurró Joan a voces.

—Descuida. Yo estoy a punto de hacerme pis encima, y no es porque tenga la vejiga llena —mascullé entre dientes, mientras comprobaba que el pasillo estaba vacío y que no hubiese mayordomo a la vista.

Con una mueca asintió.

—Tercera puerta a la derecha —repitió Joan las instrucciones de Elisenda.

Sin hablar, tiré de ella en la dirección contraria.

—¿Traes coche?

—No, me trajo Marcos —respondió.

—Tenemos que largarnos antes de que se den cuenta. Podemos huir por el bosque y, en cuanto estemos lo bastante lejos, llamamos

a alguien para que nos recoja. —Al llegar a la esquina, me asomé con cautela. Estábamos solas. Me dio tanto alivio comprobar que el portón de la calle se encontraba al final del vestíbulo sin ningún tipo de obstáculo en el camino que casi me entraron ganas de llorar —. Vamos.

El chillido sobresaltado de Joan hizo que me girara asustada hacia ella.

—¡Joder! ¿Tienes idea del susto que me has dado? —siseó Joan a gritos a la chica del pelo lila.

La chica encogió un hombro con el rostro inexpresivo.

—No esperarías que fuera a quedarme allí dentro. Me voy con vosotras.

Joan y yo intercambiamos una mirada de sospecha.

—¿No te atrae el tema de las brujas, la magia y todo eso? —pregunté con un vistazo al colgante con la estrella de David que relucía sobre su ropa negra.

Ella rodó sus irreales ojos azulados al techo, consiguiendo que dejaran de parecer tan tenebrosos.

—Mírame. ¿Has visto las pintas que tengo? Eso de ahí dentro parece una reunión de amas de casa Stepford. ¿En serio crees que yo encajaría allí?

No hacía falta mirar muy de cerca para darle la razón. Su estilo gótico era todo lo contrario al de Elisenda y las otras mujeres que la acompañaban. Si de verdad hubiese una bruja en aquel edificio, habría apostado sin pensármelo a que era ella.

—Vale. Yo soy Noelia, ella es Joan y tú eres…

—Jadis.

Asentí con una media sonrisa, mi mano puesta sobre el colgante de muérdago que había encontrado aquella mañana en el abeto al ponerme a decorarlo. Alguien debía de habérselo dejado allí y en cuanto me lo pidiese se lo devolvería, pero por el momento aquel colgante con las preciosas bayas blancas tenía un efecto relajante sobre mí, como si fuese mío, como si siempre lo hubiese sido.

—De acuerdo, ya nos conocemos y ahora vámonos. Prefiero que no nos descubran. Tanta perfección me da yuyu —admití dirigiéndome a la salida con ellas en mis talones.

Cuando el pomo bajó sin dificultad y el portón se abrió, y dejó a la vista la enorme corona con ramas secas, acebo y piñas, un peso se me quitó del pecho, y no pude más que reconocer que probablemente había dejado que mi imaginación me jugase una mala pasada. Igual no nos habíamos tropezado con una secta, sino solo con un club de señoras que disfrutaban de reuniones esotéricas

a fin de aliviar el aburrimiento de su anodina y perfecta existencia.

Pasé por el umbral y parpadeé. Jadis y Joan se quedaron tan congeladas a mi lado como lo estaba yo.

—¡¿Qué demonios?! —murmuró Joan impactada.

—No es posible —coincidí, mirando a mi espalda solo para tener que sujetarme a ella y no perder el equilibrio.

—¿Ocurre algo? —preguntó Elisenda, sentada en el mismo sillón en el que la habíamos dejado.

—N… no. Nos hemos perdido —farfulló Joan.

Sus uñas se clavaron en mi brazo al tiempo que tiraba frenética de mí y de Jadis en dirección a la salida. Las tres miramos confundidas a nuestro alrededor en el pasillo en el que habíamos estado antes.

—¿Qué…? —Joan tragó saliva. Sus ojos se encontraban abiertos por el terror—. Que alguien me diga que esto es un sueño.

—¿Qué acaba de pasar? —pregunté deseando que tuviese razón, y que estuviera a punto de despertarme en mi cama.

—¿Habéis bebido de su té? Pueden habernos drogado —musitó Jadis insegura.

—¿Existe alguna hierba medicinal cuyo efecto sea que todas tengamos la misma alucinación? Porque vosotras también habéis visto que hemos cruzado por la puerta de la calle y hemos vuelto a entrar en el saloncito en el que estábamos reunidas con Elisenda, ¿no? —Que mi voz se hubiera vuelto más aguda que el chirrido de una tiza no impidió que siguiese farfullando sin parar—. Y ahora estamos otra vez en el pasillo, no en el vestíbulo, que es donde deberíamos estar, ni en la calle, que es a donde queríamos llegar. Y… y…

—Puede que solo una de nosotras esté alucinando —me interrumpió Jadis.

Joan me pellizcó y luego lo hizo con Jadis, arrancándonos un grito a cada una. Bueno, en realidad solo a mí. Jadis le dirigió una mirada de mala leche que, de haber sido bruja de verdad, la habría convertido en estatua de sal.

—Pues parecéis bastante reales —soltó Joan.

—¿No es a ti misma a la que deberías de haber pellizcado? —le pregunté frotándome la piel adolorida.

—Esto no tiene sentido. Alucinación o no, tenemos que marcharnos de aquí —propuso Jadis.

Joan y yo la seguimos de nuevo hasta el portón, aunque esta vez, al abrirlo, lo hicimos con cuidado y echamos un cauteloso vistazo por el resquicio. Cuando vimos el exterior y nos dio el aire

fresco en la cara, las tres respiramos aliviadas y nos enderezamos, pero, en cuanto pusimos un pie fuera, volvimos a encontrarnos en el saloncito.

—¿Necesitáis ayuda para llegar al baño? —se burló Elisenda como si nada.

Retrocedimos asustadas y cerramos de un portazo.

—¡Oh, Dios! —Joan se apoyó contra la puerta como si con ello pudiese impedir que una horda de zombis caníbales pudiera perseguirnos—. Ha vuelto a pasar.

—¡Es la tele!

—¿Qué? —Las demás me miraron confundidas.

—¿Se te ha ido la pinza? —Mientras más me miraba Jadis, más me acostumbraba a su extraño color de ojos y menos miedo me infundían.

—Me refiero a que es uno de esos *realities* en los que le gastan una broma a la gente con el fin de ver cómo reaccionan para reírse de ellos. —Cuando las otras dos se quedaron mirándome con el semblante blanco, seguí con mi explicación—. Venga ya. Dentro de nada es el día de los Santos Inocentes. Qué otro motivo puede existir para que alguien trate de convencernos de que somos brujas y lo que está ocurriendo aquí.

—Uhmm… No sé qué día es el de los Santos Inocentes, pero el April Fool's Day es el 1 de abril.

Abrí la boca con la intención de contestar y acabé por cerrarla de nuevo. Joan tenía razón. No estábamos en España, en Estados Unidos no había día de los inocentes en diciembre.

—De acuerdo. —Me pasé una mano por los ojos—. No sé cómo lo hacen, pero al abrir vimos el exterior. Lo único que nos queda es ser más rápidas que ellas.

Tras un corto intercambio de miradas, arrancamos hacia el vestíbulo, abrimos el portón de golpe, cruzamos y… Acabamos una vez más en el pasillo diez segundos después de pasar por el salón.

—Tiene que haber otras salidas —gimió Joan alterada.

—En este tipo de mansiones siempre hay una puerta en la cocina destinada al servicio.

Tan pronto como lo mencionó Jadis, las tres corrimos en busca de la cocina. La encontramos. Partimos escopetadas hacia nuestra salvación y… Acabamos en medio del saloncito, mirando sin aliento a nuestro alrededor.

—¿Aún no? —preguntó Elisenda con una paciencia que parecía infinita.

El resto de las aspirantes a brujas nos miraban tan incómodas y

confundidas que hasta yo comenzaba a plantearme si estaba perdiendo la chaveta. Joan no me dio tiempo de dejarme llevar por la duda y tiró de mí.

—Si las puertas de exterior dan hacia dentro, igual las interiores dan hacia afuera —propuso, aunque por la expresión en su semblante ni ella misma lo creía.

Por pura desesperación, lo probamos. Una y otra vez, y otra más. Elisenda empezó a ignorarnos en el saloncito y lo único que descubrimos fue que solo existía una puerta que no llevaba a la reunión, y era la del baño.

—¡Hay que joderse! —espetó Joan con las manos apoyadas en las rodillas mientras trataba de recuperar el aliento.

Jadis levantó la tapadera del inodoro, se alzó la falda y se bajó las bragas.

—¿Qué? —nos retó cuando Joan y yo la miramos boquiabiertas —. Prefiero hacer pis ahora que aún está el baño que cuando decidan convertirlo también en el saloncito. Además, va a ser un milagro que a este paso no acabemos de vaciar la vejiga por puro miedo, porque, yo no sé vosotras, pero yo estoy acojonándome cada vez más.

Joan y yo nos giramos para concederle algo de intimidad. Acabamos por seguir su ejemplo y a ninguna se nos ocurrió pedirles a las demás que salieran y que nos dejasen a solas, lo que ya decía mucho de lo aterradas que estábamos.

—¡El móvil! Tenemos que llamar a alguien para que venga a por nosotras. Es la única solución. —Estuve por darme un cabezazo contra el espejo mientras me lavaba las manos. ¿Cómo no se nos había ocurrido a ninguna antes?

Como todas a una, las tres cogimos nuestros móviles y marcamos el número de nuestros contactos. El sonido de las llamadas fue resonando en la pequeña habitación a la par que intercambiamos miradas cada vez más frustradas. Una a una fuimos bajando los móviles y volvimos a guardarlos en un cargado silencio.

—¿Y ahora qué? —Joan parecía a punto de llorar, y yo tampoco me sentía mucho mejor.

—Podríamos probar arriba. Aunque no podamos escapar, puede que al menos consigamos descubrir cómo lo hacen —sugerí.

Las demás asintieron, sin embargo, ninguna salimos con mucha esperanza del baño. Regresamos al vestíbulo y no habíamos subido ni cuatro escalones cuando oímos a alguien carraspear. Al girarnos, nos topamos con una mujer de treinta y pocos sentada con sus largas piernas cruzadas sobre un aparador.

—No es por quitaros los ánimos de seguir intentándolo, pero no os va a servir de mucho subir. Elisenda no os dejará ir hasta que hayáis pasado por la charla de introducción, y yo no la haría esperar mucho más, no os recomiendo descubrir cómo es cuando pierde la paciencia —nos aconsejó con una sonrisa tan amable y sincera que por desgracia era complicado considerarla el enemigo.

—Tú eras Gwen, ¿verdad? —Bajé un escalón, dividida entre acercarme a ella o salir corriendo.

Había sido simpática cuando se nos acercó antes.

—La misma, aunque para tu información deberías saber que soy tu hada madrina, o, en un lenguaje más moderno, tu tutora. Puedes llamarme como quieras, aunque Gwen es menos problemático si estamos en público.

—Genial. —Mis ánimos cayeron por los suelos. Otra chiflada más.

¿Qué me esperaba? Estaba allí y era familia de Hunter.

—Bien, pero, si eres nuestra hada madrina, entonces podrás echarnos un capote para poder marcharnos de aquí, ¿cierto? —pidió Joan con tanta dulzura que era evidente que, al igual que yo, pensaba que Gwen estaba loca.

—¿Y hacer enfadar a Elisenda? —Gwen se estremeció con violencia—. Ni de casualidad. Además, no soy tu madrina, solo la de ella —aclaró señalándome.

Joan titubeó.

—¿Yo no tengo?

—Claro que tienes, me tienes a mí. —Una mujer, con figura y rostro de modelo, emergió de uno de los corredores laterales con dos copas. Le entregó una a Gwen y, con un extraño salto que pareció ser a cámara lenta, cruzó las piernas en el aire y acabó sentada en una perfecta pose sobre el aparador junto a su compañera.

Joan me cogió la mano y ambas nos sujetamos con fuerza. El té, recordé. Jadis tenía razón, debían de habernos drogado. Cosas como aquellas únicamente pasaban en las películas de vampiros y de terror.

—Tú eres Margot —constaté con voz temblorosa.

La recordaba de la pastelería. Había alabado mi té y se había presentado.

—La única y exclusiva. —Me sonrió tras un sorbo de su bebida.

—¿Y tú? ¿Podrías ayudarnos a fugarnos? —indagó Joan esperanzada.

La risa de Margot resonó alta y clara por el vestíbulo como si

alguien le hubiera puesto un micrófono por delante y estuviera conectada a unos altavoces.

—Cielo, primer aprendizaje del día: nunca, jamás, hagas enfadar a una bruja, y menos a la bruja suprema de tu aquelarre. Esas cosas nunca terminan bien.

—¿Y mi madrina? —Jadis también bajó un par de escalones.

Margot y Gwen intercambiaron una mirada que no señalaba nada bueno.

—La tuya es Aurora —contestó Gwen con un toque de lástima en su tono.

—¿Y dónde está? —siguió presionando Jadis.

—Partiéndose el culo a vuestra costa.

Las tres nos giramos al mismo tiempo hacia lo alto de la escalera, por donde descendía una rubia con aire majestuoso. Mientras Gwen era toda simpatía y Margot, elegancia y amabilidad; Aurora era la personificación de la frialdad y el desdén. Tenía un aura tan helada que nos apartamos de su camino de forma automática.

—¿Y mi martini? —le exigió a Margot al llegar a su lado.

La mujer rodó los ojos, chasqueó sus dedos y, cuando volví a parpadear, tenía otra copa en su mano vacía. Me entraron ganas de restregarme los ojos. ¡¿Qué diantres?!

—¿Tú acabas de ver eso? —susurró Joan con voz temblorosa.

¿Que si lo había visto? ¡Claro que lo había hecho! ¿Quién no podría haberlo visto? Aurora estaba tomando pequeños sorbos mientras les mostraba a las demás su móvil y por la habitación resonaban nuestras voces.

«Tiene que haber otras salidas», aquel gemido era sin lugar a dudas de Joan.

«En este tipo de mansiones siempre hay una puerta en la cocina destinada al servicio».

¡La muy cabrita nos había estado vigilando!

—¿Cómo nos ha grabado? —preguntó Joan—. No había nadie con nosotras en el pasillo.

—Chicas, no es por nada, pero quizá deberíamos empezar a pensar que son brujas de verdad —murmuró Jadis sin perder a las susodichas de vista.

Fui a contestarle que aquello era imposible, cuando mi mirada se cruzó con la de Gwen, que me sonreía con compasión. Me mostró su vaso y un instante después su mano estaba vacía.

# Capítulo Veinte

## NOELIA

—Compraré un billete de avión ahora mismo y mañana estoy allí. —La preocupación reflejada en el semblante de Rayan contrastaba con el pijama de seda negro estampado con diminutos renos con nariz roja, que yo y Mary le regalamos el año pasado.

—No hace falta, no hay nada que puedas hacer —murmuré cansada a la pantalla del portátil con el que estábamos haciendo la videollamada.

Mary, a mi lado, seguía pálida y en silencio. No había abierto la boca en la media hora en que le había estado contando a Rayan mi experiencia en la mansión de Elisenda.

—¿Que no hace falta? Te has metido a ciegas en una casa con desconocidos donde te han hecho un lavado de cerebro.

—Rayan, no es lo que…

—¡Deja de decir pamplinas! Me estás hablando de magia y de que crees que eres una bruja. Si piensas que voy a dejar que una secta satánica se adueñe de mi mejor amiga, entonces vas de culo. Me da igual lo que pienses, he decidido ir y voy a protegeros a ti y a Mary.

—Rayan, de verdad, no es una secta satánica. Ya te lo he dicho.

No tenía ni idea de por qué seguía insistiendo cuando no me echaba cuenta. Ray era de los que una vez se había formado una idea, no la soltaba ni aunque hubiese un apocalipsis.

—¿Es que no te das cuenta de que con cuatro trucos de ilusionismo todo puede parecer paranormal? —insistió obcecado.

—Rayan…

—Esta ha sido la primera visita y mira cómo has salido.

—Rayan…

—¿Cómo crees que saldrás cuando lleves una docena?

—Rayan.

—¿Qué digo salir? Cuando lleves una docena, ya no escaparás de esa casa y habrás puesto todo lo que tienes a su nombre.

Solté un resoplido. ¿Qué tenía a mi nombre? ¿Deudas y un coche averiado, que estaba aparcado delante de la pastelería desde hacía dos días, porque no tenía con qué pagar el arreglo?

—¡Ray! ¡Basta ya!

—Noelia…

—Calla y mira.

Alcé la taza de tila, que Mary me había preparado, a la altura de la cámara y la solté en el aire, dejando que flotara tal y como Elisenda nos había enseñado para demostrarnos que éramos capaces de hacer magia.

Rayan abrió y cerró la boca como un besugo y su tez comenzó a ponerse grisácea.

—¿Cómo has…?

La taza cayó con un estruendo mojándome los pies con el líquido que quedaba. Mary gritó encogiéndose sobresaltada. Miré los fragmentos de cerámica esparcidos alrededor del pequeño charco y solté un suspiro. Elisenda nos había advertido que practicásemos con objetos de plástico. Parecía que me convenía echarle más cuenta en el futuro. Haciendo un nuevo intento, aparté el líquido y los trozos rotos de nuestros pies, arrastrándolos un metro por el suelo.

—Magia, te lo he dicho —le contesté a Ray sin energía.

—¡La magia no existe! —Por sus ojos desencajados no me quedó claro si Rayan trataba de convencerme a mí o a él mismo.

—Ray, sé que es una locura, pero no creo que la estén engañando —intervino Mary al fin—. Es imposible que lo estén haciendo. Estoy aquí con ella y cada día veo cosas más extrañas.

—¿Por qué lo dices? —Ray cruzó sus brazos sobre el pecho.

Demasiado cansada como para seguir discutiendo, apoyé la cabeza en la mano y me limité a escucharlos.

—Ya hace tiempo que ocurren cosas raras cuando ella está por los alrededores, y ha escalado de forma exponencial esta última semana. —Me encogí ante la mirada cautelosa que me dedicó Mary —. Y no soy la única que lo ha notado. Hay clientas que vienen expresamente a que ella les haga una infusión.

—¿De qué estás hablando? —Me erguí—. Eso te lo acabas de sacar de la manga.

Ella negó.

—¿No te ha parecido raro que nada más empezar tengamos tanta clientela? La señora Fitzer perjura que desde que toma aquí el té sus migrañas han desaparecido, Katy y Melania han experimentado unos efectos similares a los míos. Ah, y la señora

Devito recoge las infusiones para su hijo en un termo, porque dice que lo ayudan a concentrarse mejor en los estudios.

—Son puras casualidades, eso no significa nada —argumenté—. La magia debe ser voluntaria.

—¿Estás segura? El señor Smith afirma que, desde que acude aquí a por la infusión que le lleva a su mujer por las tardes de camino de casa, le han cesado las náuseas del embarazo, me lo contó hoy. Al parecer, ayer, al ser sábado, no iba a venir, sin embargo, su mujer volvió a tener náuseas. Al principio no cayeron en el motivo, pero, cuando ella tuvo antojo de pasteles y té, vino para llevárselos. Media hora después de tomarse la infusión, su malestar volvió a desaparecer.

—La mayoría de esas veces se trataba de una simple infusión de canela o menta poleo —argumenté.

—Pues con más motivo para que se trate de magia —recalcó Mary—. Piénsalo, si no puedes atribuir los resultados a los ingredientes, entonces tiene que deberse a la persona que lo preparó.

—¿Efectos diferentes con la misma infusión? —me burlé—. ¿Es que no te das cuenta de que no tiene sentido?

Esta vez Mary se tomó su tiempo en responder:

—Tendría sentido si tu inconsciente trata de ayudarlos para aliviar su sufrimiento.

Me volví hacia Rayan, que había estado escuchando nuestro intercambio en silencio.

—¿Y tratas de convencerme a mí de que no tengo magia? —lo acusé—. ¡Dile algo a esta mujer!

—Bien… —carraspeó Ray—. Si la magia fuera verdad, y no digo que lo sea, la teoría de Mary tendría su mérito.

Mi mandíbula prácticamente se desencajó.

—Pero ¿no has estado convenciéndome de que necesito tu ayuda porque me ha atrapado una secta en sus fauces? ¿En qué quedamos?

—Chocho, acabas de hacer volar una taza y he escuchado cómo la has destrozado. Si Mary dice que todo eso no es un truco, no voy a contradecirte cuando existe la posibilidad de que puedas hacerme explotar las pelotas. Además, las cosas que ha mencionado Mary me parecen más creíbles.

Por primera vez desde que le conté lo que me había pasado en la reunión con Elisenda, Mary soltó una risita.

—Picadillo de pelotas de Rayan, eso tengo que verlo —rio.

Rayan la miró horrorizado.

—¿Quieres que me haga daño? ¡Iba a convertirte en la madrina de esos hijos que nunca nacerán!

Rodé los ojos. Mary por su parte alzó los brazos.

—No, claro que no, además, si puede hacerlas explotar, significa que también puede volver a recomponerlas, ¿no? —me preguntó.

—¿En serio? —¡Dios! ¿Es que todo el mundo se estaba volviendo loco?—. No creo que pueda hacer eso y, aunque pudiera, no voy a arriesgarme a que salga mal y tener que aguantar el gimoteo de Ray sobre sus bolas perdidas, o que estas luego me persigan en sueños. —La simple idea me hizo estremecer.

—Eso ha sido lo único con sentido que has dicho en toda la noche —refunfuñó Rayan.

—No hagas que cambie de opinión —le advertí—. Siempre podría convertirlas en unas bonitas y brillantes bolas para colocar en nuestro árbol de Navidad.

# Capítulo Veintiuno

## NOELIA

—De acuerdo, ¿lista? —Gwen se frotó las manos irradiando una alegría sosegada que se encontraba muy lejos de mi nerviosismo.

¡Dios! ¿Cómo era posible que yo pudiera ser una bruja? Me había pasado la noche dándome pellizcos y levantando y bajando el despertador solo para comprobar que no estaba dormida. Y, por si aquello no era suficiente constatación, cada vez podía sentir con más claridad el leve zumbido que se irradiaba desde mi pecho cuando usaba aquella magia. Era como si a partir de que Elisenda la hubiera activado y me enseñase a localizarla, se incrementara y se tornara más fuerte y estable con cada intento de usarla.

—Noelia. —Gwen arqueó una ceja desde la encimera de la cocina, en la que se había sentado adueñándose de mi apartamento.

A su lado, Hunter estaba apostado con el mismo semblante adusto con el que había llegado. En mi interior volvió a despertarse el resentimiento. ¿Por qué nadie me había avisado de que él también vendría? Al menos podría haberme puesto unos vaqueros y peinado, en vez de seguir llevando los *leggins* de yoga, la enorme sudadera vieja con un colorido reno de cuyos cuernos colgaban bolas de Navidad, que le había birlado a Rayan en mi última visita a su casa, y un recogido descuidado que me había hecho sin mirarme al espejo. Pero, sobre todo, me habría dado la posibilidad de deshacerme de mis zapatillas de Rudolph, con su roja nariz respingona, que hacía que Hunter entrecerrase los ojos cada vez que las veía.

—Lo siento, estaba distraída —murmuré.

—Joan ha mencionado que solo puede suplirte hasta las diez menos cuarto porque tiene que entrar a trabajar en la librería, de modo que, si este es el único tiempo del que disponemos, deberías centrarte. Solo tenemos seis días hasta la próxima reunión —me advirtió Gwen.

Le eché otro vistazo a Hunter y me mordí el labio inferior. Según

Elisenda, esta sería mi semana de contacto con la magia y la iniciación básica. La siguiente, para trabajar con mi familiar, conocernos mejor y encontrar la forma de que nuestra conexión se fortaleciera.

—¿Y él tiene que estar aquí con nosotras? —solté lo que pensaba antes de que pudiese pasarlo por un filtro, y me arrepentí de inmediato. Estar nerviosa no justificaba la mala educación.

El surco en el entrecejo de Hunter se acrecentó y en sus ojos brilló la ira, pero no abrió la boca. Gwen pasó la mirada de uno a otro.

—Es tu familiar. Su cercanía hace que tu magia se estabilice, en especial ahora al principio. Además, es él quien te tiene que ayudar a controlarla en mi ausencia. Cuanto antes comencéis a trabajar, antes podréis cerrar vuestra conexión.

Me mordí la lengua para no replicar. Puede que su presencia influyera positivamente en mi magia, pero desde luego también influía en mi libido, y el resultado final era que me desconcentraba. Desde que Hunter había pasado por la puerta, algún tipo de partículas magnéticas parecía estar corriéndome por las venas empujándome hacia él.

Siempre me había sentido atraída por él, incluso de cría, pero, desde que salí de la reunión el día anterior, era como si todo mi ser necesitara tocarlo, lo que se traducía en una bochornosa ansia por restregarme contra él. Y eso, obviando el calor latente que se concentraba en mi bajo vientre y que prácticamente podía sentir pulsar en su cercanía.

Si hubiese estado con Gwen a solas, podría haberle preguntado acerca de ello, sin embargo, con aquellos ojos verdes puestos sobre mí, no pensaba humillarme más de lo que lo iba a hacer ya de por sí y, mucho menos, para que a él se le inflase aún más su desmedido ego y darle la oportunidad de burlarse de mí.

—Vale, ¿por dónde vamos a empezar? —pregunté a regañadientes.

—¿Practicaste la telequinesis tal y como te instruyó Elisenda?

—Sí, he recogido el apartamento y hecho la cama usando solo mi mente.

—Bien hecho —me alabó Gwen.

—No te acostumbres a usar tu magia para realizar tus trabajos diarios —me advirtió Hunter adusto—. Es peligroso que te vea la gente y además desperdicias magia.

Gwen respondió a mi mirada con un brillo divertido en sus ojos y encogió los hombros.

—Aunque la magia básica de todas las brujas es similar, cada una de nosotras tiene unas particularidades que nos convierten en únicas y nos hacen destacar en ese campo. Por lo general, esta diferenciación es la primera que se presenta en los inicios, y creo que deberíamos dedicar esta semana a descubrir la tuya, además de repasar las formas básicas de magia elemental que dominarás en el futuro próximo.

Iba a asentir cuando recordé la videollamada con Rayan y el comentario de Mary.

—¿Darle a una infusión propiedades diferentes a las que tiene o potenciarlas podría entenderse como una de esas particularidades?

—Por supuesto. ¿Por qué lo mencionas? —Gwen me estudió interesada.

—Mi socia mencionó que hay clientes que afirman que las infusiones que les doy les quitan molestias o les hacen experimentar determinados síntomas.

—¿Cuáles? —Hunter se irguió como si alguien acabase de meterle un palo metálico por el trasero y lo hubiese conectado a la corriente.

—Uhmmm… —Mis mejillas comenzaron a hervir bajo la atenta mirada de los otros—. Según ella y dos chicas más, mis infusiones les dan… eh… ¿cómo decirlo?

—Suéltalo y ya está —me aconsejó Gwen sin perder su calma.

—Sí, bien… —Me puse a estudiar una mancha que había en un mueble de la cocina y reprimí mis ganas frenéticas de coger un paño y ponerme a sacarle brillo—. Digamos que… según ellas…

—¡Dilo de una vez! —gruñó Hunter.

—Que las vuelve unas tigresas depredadoras en la cama, les sube la libido y se vuelven irresistibles ante los hombres. Eso. ¿Satisfecho?

Con cada palabra los ojos de Hunter se habían abierto más y más.

—¿Usas las hierbas para convertir a las clientas en unas ninfómanas depredadoras? —Había tanta sangre en su rostro que le llegaba hasta la punta del cabello y parecía que fuese a estallarle la cabeza—. ¿Te has vuelto loca? ¿Tienes idea de lo peligroso e irresponsable que es eso?

—Yo no…

—¡Ni siquiera controlas aún tu magia!

—No fue a propósito. Yo no…

—¡Y podrías causarle daño a la gente en tu afán de manipularlos!

—Si no me lo hubiese dicho Mary…

—¡Destrozarles la vida!

—¡Que no lo sabía! —Airada di una patada en el suelo.

Con las manos en la cintura, Hunter sacudió la cabeza.

—No puedo con esto, necesito algo de aire fresco —masculló dando un portazo tras de sí.

Con la respiración agitada, tuve que hacer un esfuerzo por no ponerme a llorar. ¿De qué me acusaba? Yo no había pedido aquella magia.

—De acuerdo, creo que por fin podemos empezar a practicar de verdad contigo —me sonrió Gwen tan satisfecha que habría puesto la mano en el fuego a que la marcha de Hunter había estado programada y entraba justo en sus planes.

—Nunca fue mi intención hacer nada con las infusiones y menos que influyesen en la gente —me disculpé.

—Lo sé, cariñete. Y ahora vamos a trabajar en ello para que seas consciente de lo que haces y que la próxima vez los resultados sean incluso mejores. Igual puedes trasladar los efectos a tus pasteles u otros alimentos.

—Pero Hunter acaba de decir…

Gwen saltó de la encimera e hizo un gesto despectivo con la mano.

—Olvídate de lo que te ha dicho. Es un fanático del control. Sabe que tú eres su bruja y la que lleva el poder en vuestra relación. Eso lo hace ponerse a la defensiva cuando se saca el tema de la manipulación.

—Yo no quiero manipular a nadie.

—Y nadie te ha pedido que lo hagas. Lo que tienes es un don, la capacidad de mejorar la vida de los que te rodean. Enfoquémonos en eso. Lo que luego hagas con ese talento especial depende de ti, y es lo que te define como persona.

—¿Tú crees?

La sonrisa de Gwen se amplió.

—Estoy convencida de ello.

—¿Y Hunter?

—Lo superará.

Lo dijo con tanta indiferencia que lo hacía sonar como algo natural. Mi intuición, por el contrario, me advertía que nada relacionado con Hunter podía ser fácil. ¿Qué pasaba si no lo aceptaba?

# Capítulo Veintidós

## NOELIA

—Matarlo. Necesito matarlo. Voy a convertirlo en un pavo inflado, enviarlo al matadero y que alguien lo cocine para su cena de Nochebuena.

—Queremos saber de quién estás planificando ese asesinato cruel —se burló Joan al sentarse frente a mí, en la mesa ubicada en un rincón de la pastelería en la que había estado haciendo las cuentas de la semana y las previsiones de la siguiente. Entiéndase «haciendo» como una total exageración, porque no había pasado aún del estadio del intento.

Mi mirada se detuvo por un breve momento en el cascanueces y la inscripción visible sobre su camiseta blanca:

«Pon tus nueces entre mis dientes».

Necesitaba preguntarle a Joan dónde compraba su ropa. Quería una sudadera igual solo por lucirla delante de Hunter cuando le echase otra de sus miradas de estreñido a mis chalecos navideños. Jadis se sentó a su lado con la mirada cargada de curiosidad, pero no dijo nada.

—¿En serio necesitas que te lo especifique? ¡Hunter de los cojines! ¿Quién si no? —Ignoré la ojeada divertida que compartieron entre ellas.

—¿Qué es lo que ha hecho ahora? —Selena y Cassandra cogieron una silla de la mesa de al lado y la acercaron a la mía.

—¡Me encantan los *cupcakes* que tienes aquí! Son tan, tan lindos. Mirad qué monos estos elfos que se asoman por la crema y el Papa Noel de este y…

—¡Laurie, calla, estamos discutiendo un tema serio! —la frenó Cassandra irritada.

—¿Qué ocurre? —Laurie dejó la bandeja con los dulces delante de nosotras y miró alrededor—. ¿Qué me he perdido?

Cerré el portátil y lo aparté junto a mis cuentas y el libro de registro.

—Noelia está planificando asesinar a su familiar —le explicó Jadis con una expresión tan solemne que Laurie palideció y me miró horrorizada.

A Cassandra se le escapó una carcajada retenida y las demás se cubrieron la boca.

—No puedes matar a tu familiar, lo necesitas para dominar tu magia e incrementarla. —El modo nervioso en el que Laurie escrutó a las otras en busca de ayuda me hizo entornar los ojos.

¿Cómo era posible que alguien fuera tan inocente y crédulo?

—Tiene razón. Deberías esperar a después de haber conseguido todo tu poder —coincidió Jadis haciéndose con un *cupcake* de cuya nata salía un Grinch.

—¡No! ¡Lo que tiene que hacer es no deshacerse de él en absoluto! ¡No puede hacerlo!

—¡Eh! ¡Eh! Laurie, cálmate. No voy a matar a nadie, ni siquiera al imbécil de mi familiar que se lo está ganando a pulso —la tranquilicé.

Los hombros de Laurie se relajaron y, como si aquella conversación nunca hubiese pasado, cogió un dulce rosado con un hada sentada encima.

—¿Cómo consigues hacer estas preciosidades? ¿Usas tu magia? Da igual. ¡Necesito doscientos para mañana! Mi madre va a celebrar su sexto divorcio con unas amigas —dijo estudiando la figurita desde todos los ángulos.

La mesa entera se quedó mirándola incrédula. No sé si por su facilidad de cambiar de un tema a otro o porque todas nos preguntábamos qué era lo que había que festejar en una ruptura. ¿Y seis? ¿En serio eso pasaba fuera de los culebrones de Netflix?

—¿Va a celebrarlo? ¿Eso no es un poco morboso?—preguntó Cassandra en nombre de todas.

Laurie metió un dedo en la nata rosada y se lo llevó a los labios soltando un aterciopelado gemido de placer, capaz de hacer que una se plantease su identidad sexual.

—No, si le has sacado a tu ex ciento ochenta millones. —A pesar de la dulzura de su voz y su rostro, Laurie cogió al hada por los pelos y se la metió entera en la boca.

Jadis hizo una mueca al escuchar cómo la figurita de azúcar le crujía entre los dientes.

—¡La madre que la parió! —saltó Cassandra—. ¿Puedo cambiar a mi tutora de magia por tu madre?

Jadis se atragantó con su bocado y Joan tardó en reaccionar antes de darle unas palmadas en el hombro.

—Aquí tenéis vuestras bebidas —irrumpió Mary en el silencio, poniendo una bandeja llena de tazas encima de la mesa—. ¿Puedo sentarme con vosotras ahora que la tetería se ha quedado vacía o vais a hablar cosas de… eh… vuestras?

—Siéntate, no es como si no supieras ya que somos todas brujas. —Joan se apretujó junto a Jadis dejándole sitio en el banco.

—Entonces, ¿vas a decirnos qué atroz delito es el que ha cometido mi tío para que estés planificando acabar con su desdichada vida? —retomó Selena el tema que se había quedado a medias.

—Que es un gruñón amargado, que se pasa el día criticándome, coartándome y haciéndome la vida imposible —gruñí.

—No olvides la parte en la que te vuelve loca, sueñas con él, babeas por él y le miras el trasero cada vez que te da la espalda —intervino Mary convirtiéndose en la nueva número uno de mis enemigas—. ¿Ahora también me vas a meter en tu lista de futuras víctimas? —preguntó con una sonrisa burlona ante mi fallida mirada fulminadora.

Las demás rieron.

—Hay que reconocer que tiene un buen culo, entre otras cosas —murmuró Joan antes de llevarse una taza a los labios.

—¡Ewww! No digas eso delante de nosotras. —Selena le tiró un paquetito de azúcar—. Es nuestro tío.

—Lo que no quita que es imposible de soportar —desvié el tema a la parte menos comprometida de la conversación.

Había cosas que aún no estaba preparada para admitir.

—¿Estás segura de que no es solo tu punto de vista el que te hace verlo así? —Cassandra se tiró dubitativa de la oreja.

—Se puso hecho una fiera porque me cambió el color del pelo —me defendió Mary—. Y no fue porque tenía que haberme oscurecido el tono caoba que ya tenía y en vez de ello salió azul eléctrico, sino porque usó su magia para hacerlo.

Me encogí por dentro ante el recordatorio de cuán mal me salió el hechizo.

—Te sienta bien. —Laurie se pasó una de sus mechas por entre sus dedos—. Y está supersedoso.

—Sí, ¿verdad? —Mary sonrió de oreja a oreja—. A mí me encanta.

—También le ha prohibido usar su magia para emplearla en las infusiones, los pasteles o limpiar —aportó Joan su granito de arena.

—Bueno, eso podría estar relacionado con que el alcalde y la concejala de la oposición prácticamente montaron una orgía aquí —intervino Laurie con la suavidad con la que uno trata de calmar a su mascota.

—¿Cómo te has enterado de eso? —pregunté con un repentino calor que me subió hasta las orejas.

—La noticia se difundió como el fuego —bufó Cassandra—. Alguien lo grabó y lo subió a las redes.

—Bueno, un poco de variedad en su vida sexual no está mal de cuando en cuando. —Joan me dirigió un guiño.

—Díselo a la esposa del alcalde o al marido de la concejala —espetó Cassandra con sequedad.

—¿Escuchasteis el rumor de que, tras el escándalo, la esposa salió del armario y se ha ido a vivir con la maestra de infantil de su hija? —Mary bajó la voz a pesar de que estábamos solas en el local.

—¿Su mujer era lesbiana? —Los ojos de Laurie se abrieron como platos.

Cassandra soltó un bufido.

—¿Algo de malo con eso?

—No, no. —Laurie rebuscó en su bolso y sacó un espejito y una barra de carmín con la que se retocó los labios—. Solo estaba pensando en que me habría gustado verle la cara al alcalde cuando lo descubrió. Nunca me ha gustado ese tipo. Venía a menudo a las fiestas de mi último padrastro. Es de los que cree que, por ocupar un puesto relevante en el municipio, los ciudadanos, y en especial las mujeres, deberían arrodillarse ante él.

—Preferentemente para abrirle la bragueta —añadió Jadis como si estuviese de acuerdo.

—Bueno, hay que admitir que Hunter tenía un motivo. Lo que realmente quiere es evitar que se produzcan más escándalos, ¿no? —zanjó Selena la dirección en la que iba la conversación.

Estuve por abrir la boca y explicarle que las miradas de desdén con las que Hunter inspeccionaba mis zapatillas de renos o mi nuevo delantal con Papá Noel y Mamá Noel besándose bajo un muérdago no tenía nada que ver con la magia, pero acabé por mantener los labios bien pegados. Hunter era un Grinch, pero sus sobrinas jamás iban a admitir algo así.

# Capítulo Veintitrés

## NOELIA

—Pues dime tú, ¿qué es lo que tiene de malo que Noelia use sus nuevos poderes para limpiar el apartamento? —se quejó Mary—. Nos viene bien a ambas y a mí no me importa que sin querer les cambie el color a las paredes o que acabe en pelotas por hacer desaparecer su ropa. Si le hubierais visto la cara a Hunter cuando la vio… —carraspeó al ver mi expresión—. Y tampoco quiere que la use en arreglar su coche —se apresuró a añadir.

—Y le molesta que encienda las luces con un chasquido o que levante objetos pesados. —Miré agradecida a Joan por callarse lo que ocurrió con el cortocircuito, o lo de la cafetera cuando se puso a echar café como si fuese la Fontana de Trevi o la explosión del microondas.

—¿Podrías enseñarme el hechizo que usaste para el cabello de Mary? —intervino Jadis cambiando de tema—. Me vendría bien. Es una lata ensuciar el baño cada vez que tengo que taparme las raíces. El púrpura se ve genial en mi cabeza, pero no sobre el lavabo y los azulejos.

—No lo sé. ¿Tu familiar no vendrá también a reclamarme cuando se entere de que te lo he enseñado yo?

—Todos esos hechizos están en el manual que nos entregó mi bisabuela. —Cassandra se tiró pensativa de la oreja—. Y mi madre no ha fregado un plato a mano en su vida, te lo digo yo. No sé por qué Hunter se pone así, debería estar acostumbrado. Si no puedes hacer ninguno de los que están en el libro, ¿cuáles se supone que puedes practicar?

—¡Eso es precisamente lo que quiero saber! Haga lo que haga está mal —me quejé—. ¿Qué hechizo no está relacionado con la vida diaria, con la gente, conmigo misma, con mi entorno o con… con…? ¡Yo qué sé!

Selena y Cassandra intercambiaron una mirada.

—Es verdad que mi tío suele ser bastante gruñón a veces, pero

también, racional y calmado. No suena propio de él.

Me entraron ganas de contarle todas las cosas que me hizo durante nuestra infancia, pero acabé por morderme la lengua.

—Creo que lo hace porque no se fía de mí, sin contar que no le caigo bien —admití—. Da la impresión de que no quiere que aprenda a manejar mis poderes o de querer que los mantenga al mínimo.

—¿De qué te iba a servir la magia si no la puedes utilizar? —preguntó Jadis.

—A lo mejor es porque te tiene miedo —propuso Laurie.

Nos quedamos todas mirándola hasta que rompimos a reír al unísono.

—¿Hunter? ¿Miedo de mí? Eso es ridículo.

—Por una vez coincido con Noelia —dijo una voz masculina que me levantó el vello de la nuca.

—¡Hunter! —Sé que no fui la única en gritar su nombre, aunque no supe quién más lo hizo junto a mí o si lo habíamos hecho todas a una.

—¡Tío! ¿Qué haces aquí? —Cassandra se aclaró la garganta y me miró de reojo antes de centrarse en él.

—Eso mismo me gustaría saber a mí. —Hunter se guardó las manos en los bolsillos—. ¿Qué hacen tantas iniciadas reunidas y dónde están vuestros familiares? ¿Nadie os ha contado que, ahora que vuestros poderes se han liberado, sois carne de cañón para cazadores de brujas y familiares rebeldes? Reuniones como estas atraen la atención sobre vosotras. Tenéis que pasar desapercibidas.

Las chicas me dedicaron una mirada cargada de significado y todas, excepto Jadis y Cassandra, se levantaron.

—¿Por qué no me encierras en una jaula y me escondes en un sótano? —espeté irritada.

¿En serio se creía con derecho a controlar mi vida social?

—No sería mala idea. ¿Qué has estado practicando hoy? —exigió con una ojeada inquisidora a mi portátil, la calculadora y los papeles colocados encima de la mesa.

—Viendo de qué forma acertar el número de la lotería. Este fin de semana hay bote y necesito el dinero —espeté con sarcasmo—. Y por desgracia el manual no explica cómo hacerlo.

—¿Se puede saber qué clase de bruja eres? Acabarás pudriéndote con la magia negra si no dejas de intentar usarla en tu propio beneficio. —Los labios de Hunter se arquearon en una mueca de desprecio—. Y solo por ahorrarte tiempo en tu carrera egocéntrica, no puedes ganar ninguna lotería con un hechizo. El

Consejo Nacional de Aquelarres ha bloqueado esa posibilidad. Es una medida de seguridad, y no me extrañaría que lo haya hecho para evitar que brujas avariciosas como tú desvelen nuestra existencia al mundo.

—¿Cómo te atreves a insultarme así? —Me levanté de un salto y estampé ambas manos sobre la mesa, mientras mi respiración agitada resonaba en mis tímpanos de lo fuerte que era. El corazón amenazaba con estallarme en el pecho, el colgante del muérdago irradiaba tanto calor que casi me achicharraba la piel y la magia me quemaba las entrañas.

—¿Yo, insultarte? ¡Eres tú la que se insulta a sí misma y a todo el aquelarre!

—¡Eres…! ¡Eres…! —Antes de que tuviera la oportunidad de terminar mis pensamientos, una luz azulada se disparó desde las yemas de mis dedos y el mundo pareció congelarse a mi alrededor mientras el tiempo se detenía.

—Uh, oh —murmuró Mary impactada.

Laurie miró a Mary y luego a Hunter, o al menos al lugar donde estaba dos segundos antes, porque no tenía forma de adivinar si el monstruo de piel marrón que me miraba lleno de odio desde el suelo seguía siendo él.

—Será mejor que llames a Elisenda —susurró Laurie como si tratase de evitar que él la escuchase—. No creo que esto sea bueno.

—¿Y contarle lo que acaba de hacerle a su nieto ? —preguntó Jadis con sequedad.

—No. —Con los brazos en jarras, Joan movió la cabeza de un lado a otro—. Aunque me da que será peor si trata de solucionarlo Noelia por sí misma.

Mary se rascó la sien sin dejar de estudiar al NO Hunter.

—¿Qué pasa si ya no tiene solución?

—¿Tienes que ser siempre tan positiva? Un día de estos vas a cagar arcoíris con esa alegría desbordada que irradias —la acusó Joan.

—Oye, pues eso no estaría mal. —El semblante de Mary se iluminó—. No digo ahora, está claro que aún metéis la pata más que solucionáis cosas, pero igual en el futuro, cuando tengáis más práctica, podría ser algo que no me importaría experimentar. ¿Os imagináis ir a un retrete público y que por debajo de la puerta salgan luces de colores y olor a chuches?

Laurie soltó una risita mientras que Selena y Cassandra alzaron las cejas.

—¿En serio estás de broma en una situación así? ¡Tu mejor

amiga acaba de convertir a uno de los hombres más conocidos de la ciudad en…! —Joan hizo un gesto con la mano en dirección a NO Hunter—. ¡En eso!

Mary encogió un hombro.

—¿En qué quedamos? ¿Me quieres o no me quieres positiva? Además, no me dirás que no se lo merecía.

Tragué saliva mientras mis ojos se fueron empañando. Que mi vista se tornara borrosa era una bendición. Cualquier cosa era mejor que tener que ver aquella atrocidad. Tenía que ser algún tipo de cámara oculta. ¿Las brujas tenían canal de televisión propio? Por favor, que alguien me dijese que sí.

Tras varios minutos más sin que nadie saliese de los rincones para reírse de mí o tocar las palmas, no me quedó más remedio que admitir que todo era real. ¿Qué había hecho? ¿Es que todo lo malo tenía que pasarme siempre a mí?

Con los dedos sudorosos marqué el número de Gwen en mi móvil. Cuando la llamada saltó a su contestador, mis ánimos acabaron por hundirse del todo.

—¿Alguna tiene el número de Elisenda a mano? —pedí con una vocecita aguda.

Selena me entregó su móvil.

—Toma, solo tienes que marcarlo.

Mis dedos temblaban cuando presioné el icono verde en la pantalla.

—Dime, Noelia —me saludó la voz femenina a pesar de que el móvil del que la llamaba era el de su bisnieta y ni siquiera había abierto la boca.

—Elisenda… —Tragué saliva—. Ha ocurrido algo.

# Capítulo Veinticuatro

## NOELIA

Que Elisenda viniera acompañada por Gwen y Aurora no ayudó a mitigar mi ansiedad; que todas estuviésemos rodeando la mesa a la que había saltado el NO Hunter tampoco lo hacía; y el que este siguiese mirándome con ojos acusadores o que soltase, de cuando en cuando, lo que se asemejaba a un extraño gruñido o resoplido terminaban de rematar la faena.

—O sea, que de entre todos los animales en los que podrías transformar a mi nieto, has tenido que convertirlo en un sapo. —Elisenda frunció los labios, aunque, todo había que decirlo, tenía mérito que desde que entró en la pastelería no había puesto el grito en el cielo y ni siquiera me había reñido a pesar de que indudablemente me lo merecía.

Si yo me hubiese encontrado en la tesitura de encontrar a mi nieto convertido en un bicho tan feo, creo que habría hecho temblar los cimientos de medio barrio.

—Mmm… conociendo a Hunter, esto no le va a hacer ninguna gracia —comentó Gwen, más divertida que enfadada en apariencia.

—¿Y te extraña? Lo que vaya a hacerle se lo tiene merecido —espetó Aurora dirigiéndome una mirada tan venenosa que me estremecí, pero no lo suficiente como para que no pudiese detectar el brillo de satisfacción en sus ojos.

—No lo hice a propósito —musité.

—¿Qué pasó? —exigió Elisenda.

—Que me hizo enfadar, solté lo primero que me vino a la mente y… y de repente Hunter había desaparecido y apareció… esto.

Di un paso atrás cuando el bicho en cuestión dio un amenazante salto en mi dirección.

—¿Quiero saber qué es lo que hizo? ¿Cómo te provocó hasta hacerte estallar? —Tan pronto lo preguntó, Elisenda alzó la mano —. Déjalo. Prefiero ignorarlo. No es mi función intermediar entre ambos.

Cerré la boca que había abierto para soltar mi defensa.

—¿Puedes deshacer lo que sea que haya pasado? —pregunté.

Una de las estilizadas cejas morenas de Elisenda se arqueó con la perfección artística de una actriz de cine mudo.

—¿Yo? La única que puede deshacerlo eres tú, querida.

—¿Y qué hago?

—Es un sapo. ¿No puedes adivinarlo?

Fruncí el ceño y miré a Selena y Cassandra, que negaron con la cabeza.

—Uhmmm… —Me mordí los labios—. No.

—¿Es que nadie te leía cuentos de pequeña? —Elisenda comenzó a perder la paciencia.

—¿Qué tienen que ver los cuent…?

—¡Tienes que besarlo! ¿Es que no está claro?

Como si fuésemos una sola, Mary, Laurie, Joan y yo dimos un paso atrás.

—¡La madre que me parió! —Mary la miró casi tan horrorizada como yo—. Es una broma, ¿verdad?

—¿Tengo cara de estar bromeando? —preguntó Elisenda con una expresión que prometía el apocalipsis sin necesidad de despeinarse.

—Yo… No creo que a él le haga gracia que yo lo bese en este momento. —Tragué saliva—. Quizá sea mejor que lo bese alguien más cercano y con más experiencia en magia que yo.

—Primero, tú metiste la pata y tú lo resuelves —decidió Elisenda imperturbable—. En segundo lugar, eres tú la que necesita aprender magia.

—De todos modos, dudo que alguna de nosotras quiera besarlo —murmuró Jadis a mi lado—. Una cosa es besar a un tipo alto, guapo y misterioso y otra a… a esto.

—Porque mira que es feo de cojones —coincidió Mary en voz baja.

—Y, además, tiene ese cuerpo resbaladizo cubierto de verrugas —susurró Laurie arrugando la nariz.

—Sin contar esos ojos saltones que dan miedo. —Cassandra se sacudió de asco.

—¡Es nuestro tío! —siseó Selena propinándole un codazo.

—Gwen, por favor. —Traté de imitar una de esas expresiones de cachorrillo que Ray se había dedicado a ensayar conmigo durante todo un verano, para ver si conseguía que el portero de la disco hiciera la vista gorda con nuestros carnés. No funcionaron entonces y, por lo que parecía, tampoco ahora por la forma en la que Gwen

negó con una sonrisa amable.

—Elisenda tiene razón, cariñete, tienes que hacerlo tú.

—Menos mal que aún no ha sacado una de esas largas lenguas pegajosas con las que suelen cazar moscas. —Joan encogió la nariz —. ¿Te imaginas que te lamiese la cara igual que hacen los perros?

—¿Crees que se le quedaría pegado en la mejilla y que luego tendría que ir con él colgando a todas partes?

Gemí. ¿Es que no podían callarse?

—No puedo hacerlo —espeté sin pensarlo—. Ni siquiera estamos seguras de que esa cosa sea Hunter. —Grité en el mismo instante en que una mancha oscura se lanzó hacia mi cara. No me dio tiempo de comprobar si tenía consistencia babosa o qué. Chillé pegando saltos y manotazos por la pastelería, con las sillas cayendo a mi paso, mientras trataba de quitarme de encima al asqueroso sapo—. Quitádmelo, quitádmelo, por favor, por favor, por favor…

—¡Cuidado!

Desconozco quién lo chilló, pero de repente la escalofriante sensación había desaparecido de mi piel. Durante unos segundos se produjo un impactado silencio, antes de que estallara el caos.

—¡Dios mío! ¿Hunter? —Gwen corrió junto a Aurora hasta el animalito tirado inerte en el suelo.

Mi corazón se detuvo cuando comprendí el alcance de lo que había provocado.

—¿Lo he…? ¿Está…? —mi voz se quebró.

—Mira lo que le has hecho a mi pobre Hunter. —Aurora lo cogió con la delicadeza con la que hubiese tratado el objeto más preciado del mundo y le besó la cabeza indiferente a su fealdad, piel verrugosa o al hecho de que podría estar muerto.

—Aurora es la ex de tu familiar —susurró Jadis de tal modo que solo yo pudiese oírla.

Muerto. La idea me hizo acercarme a ella con el corazón en un puño. ¿Qué pasaba si lo había matado? ¿Si nunca más iba a escuchar sus quejas y gruñidos? La simple idea se me hacía imposible de soportar. Caí de rodillas a su lado y miré al animalito que yacía sin moverse en sus manos.

—¿Está…? ¿Sigue vivo?

—Aurora, dáselo —le pidió Gwen con suavidad.

La bruja rubia estaba a todas luces dispuesta a negarse, pero un vistazo a mi espalda, donde se encontraba Elisenda, pareció hacerla cambiar de opinión. A regañadientes me lo entregó.

—Dejadlos a solas —ordenó Elisenda con frialdad.

Sin importar si le echaron cuenta o no, toda mi atención se

encontraba puesta sobre el pequeño cuerpo laxo en mis manos.

—¡Oh, Dios, Hunter! Yo… yo lo siento tanto. —No sé si mis palabras podían siquiera entenderse entre sollozo y sollozo—. Yo no quería hacerte daño. Nunca tuve la intención de convertirte en sapo. Yo… Yo…

Lo besé. Así, sin más. Sin pensarlo. Sin acordarme de sus verrugas o su lengua. Me senté con la espalda apoyada en la barra y volví a darle un beso aún más largo, mientras rezaba por que siguiese vivo y para que no fuese demasiado tarde. Y de sopetón, el peso en mi mano la empujó hacia abajo y acabó extendiéndose a mis brazos y mis muslos y, cuando abrí los ojos, me encontré con los verdes de Hunter, tan hermosos como siempre, contemplándome confundido.

—¿Hunter?

—Espero que no esperes que ahora te dé una pelota de oro —murmuró con debilidad, sin hacer el intento por levantarse de mi regazo.

Aliviada, reí y apoyé mi frente contra la suya.

—Puedo vivir sin tanto oro —repliqué con la voz quebrada—. ¡Oh, Dios, Hunter! No sabes cuánto lo siento. Te juro que nada de esto era mi intención.

—Yo también he tenido algo de culpa en todo esto —admitió con una mueca tras un par de minutos de silencio—. A estas alturas debería haber aprendido a no sacar de quicio a una bruja.

—¿Te encuentras bien? Te golpeaste con fuerza.

—¿Te estás ofreciendo a besarme las pupitas? —se burló.

Ambos miramos hacia abajo, a su cuerpo inexplicablemente desnudo, y no creo que fuese la única que reparase en la parte de su anatomía que parecía haberse recuperado con más rapidez que el resto.

—Eh… imagino que lo bueno es que al menos no te hayan quedado verrugas.

Las cejas de Hunter se alzaron divertidas.

—Sí, imagino que es una ventaja. Aunque creo que será mejor que me busques algo que ponerme antes de que regresen las demás. No me avergonzaría si quisieras presumir de mí ante tus amigas, pero preferiría que mi abuela no me encontrase así.

Mi vista regresó al único punto al que no debería estar mirando.

—Si, eh… —Tenía razón. Dejar que lo vieran las chicas o que Aurora pudiese querer rememorar viejos tiempos quedaba descartado. ¿En serio esa rubia desagradable había sido su novia? La idea era cuando menos repelente—. Tengo un delantal en la

cocina por si te sirve. —El rostro se me inundó de calor al imaginar lo poco que iba a cubrir un simple delantal y las vistas que iba a tener en cuanto me diese la espalda.

—Supongo que es mejor que nada. —Sonrió como si supiese con exactitud a donde se habían dirigido mis pensamientos.

Asentí, lo ayudé a sentarse y me levanté con torpeza. Corrí a la cocina, más por escapar de él y la extraña sensación que me provocaba que por la idea de que las demás pudiesen pescarlo desnudo.

—Oye, estoy pensando…

—¿Sí? —Me sobresalté con el delantal en la mano cuando apareció en el umbral de la cocina.

Si tendido había tenido ganas de pasar mis manos por sus marcados músculos, ahora de pie me moría por lamerle los abdominales para comprobar si sus tabletas sabían a chocolate. Tomé algunas inspiraciones profundas en un intento por ralentizar mis pulsaciones. No ayudaron. Al igual que tampoco lo hizo que se cubriera o que le hubiese dado el delantal negro que había llegado ayer en el paquete de Rayan. El sombrero de Papá Noel con un papiro y el texto «quiero ser la razón por la que Santa te apunte en la lista de l@s travies@s», adquiría un significado totalmente nuevo con él. Me mojé los labios. ¿Si le daba la excusa de que estaba manchado de harina estaría dispuesto a volver a quitarse el delantal? Estaba más que dispuesta a formar parte de la lista de las chicas traviesas si tenía algo que ver con él.

—¿El haberme convertido de sapo a humano con un beso me convierte en príncipe? —preguntó Hunter dirigiéndose a la mesa a robar unas galletas de la bandeja.

Mis ojos se abrieron al verle el trasero al aire y me tapé la boca con la mano mientras trataba de insuflar aire en mis pulmones. ¿Qué había hecho en esta vida para merecerme semejante castigo? Me hormigueaban las encías de las ganas que tenía de darle un mordisco en las nalgas. ¿Me estaba volviendo loca?

Para mi horror y bochorno, Hunter me miró por encima de su hombro y me dirigió un guiño, dejándome saber que era perfectamente consciente de las vistas que me ofrecía y de la reacción que me provocaban.

—Algo me dice que no sería capaz de sobrevivir a tu ego si te convirtieras en príncipe —mascullé más para mí que para él.

—¿Quién sabe? —Mordisqueando su galleta, se giró y apoyó el trasero con parsimonia contra la mesa—. A lo mejor estás tan pendiente de mis otros atributos que ni te fijas en mi ego. ¿No

crees?

# Capítulo Veinticinco

GRUPO DE CHAT DE NOELIA Y SUS COJINES

**Rayan:** Noelia, dime que no es cierto lo que me ha contado Mary.

**Noelia:** Para eso primero tendría que saber qué es lo que te ha dicho la chismosa.

**Noelia:** ¿Y por qué has hablado con ella en privado y conmigo solo hablas en el grupo?

**Rayan:** <Emoticono: carita mirando al techo>.

**Rayan:** Porque hablamos por teléfono, mientras tú al parecer estabas en una de tus *tutorías*.

**Mary:** <Gif: Te mueres de celos>.

**Noelia:** Ok. Quedas perdonado.

**Rayan:** <Emoticono: carita con expresión blanca>.

**Noelia:** ¿Qué te ha contado la señora chismosa?

**Mary:** Que convertiste a tu familiar en sapo verrugoso. Se lo he jurado y sigue sin creerme. La próxima vez lo grabo todo en vídeo. Igual si lo subo a Youtube nos forramos.

**Noelia:** ¡Ni se te ocurra!

**Mary:** Vale, lo grabo, y solo se lo enseño a Rayan para que me crea.

**Rayan:** No hace falta, mañana a las diez me tenéis allí.

**Noelia:** ¡Videollamada! Messenger.

**Noelia:** ¡Ahora!

Corrí a por mi portátil para llevármelo a una de las mesas de la pastelería y casi me caí de bruces cuando mis pies se enredaron con el gato anaranjado que se cruzó en mi camino.

—¡Cuidado! ¿Te he llegado a pisar? —Me agaché a hacerle una carantoña al minino y comprobar que no le había hecho daño—. ¿Cómo has conseguido entrar otra vez? Pensé que te había dejado claro que no puedes venir aquí y que te dejo la comida por la puerta trasera —susurré por lo bajo para que Mary no me oyese.

—¿Otra vez ese dichoso bicho? —preguntó ella al pasar por mi lado y echarle una mirada huraña al felino, que estaba arqueando su espalda bajo mi palma.

Mi móvil y el de Mary sonaron, señalando que Rayan ya me estaba haciendo la llamada. Prácticamente me lancé a la silla, abrí el portátil y entré en Messenger justo antes de que sonase el último timbre. Rayan apareció en la pantalla con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Rayan? —salté nada más verlo—. ¿De verdad vienes mañana?

—Pues claro, chocho, ¿por qué iba a decirlo, si no?

—¡Mala bicha! ¡No nos avisaste! —lo acusó Mary.

—Iba a visitaros en Navidad, pero con lo que me estáis contando no puedo esperar tanto. Necesito estar allí con vosotras.

—Ray, me vuelve loca la idea de que vengas a estar con nosotras, pero, si es porque estás preocupado, no necesitas estarlo. Todo está controlado.

Mary me echó una ojeada ladeada.

—Tanto como controlado…

Le propiné un codazo para silenciarla.

—Me refiero a que no hay nada de lo que alarmarse. No estamos en peligro, y punto.

—¿Has perdido la chaveta? —Ray me miró incrédulo—. ¿Cómo puedes decir que no me preocupe o que no hay nada de lo que alarmarse?

—Ray, escucha…

—De todos modos, ese no es el único motivo por el que voy.

—¿Ah, no?

—¿En serio crees que, si es cierto todo lo que me está contando la otra coñona, me lo voy a perder? —Rayan me miró incrédulo.

—¿Me estás diciendo que no vienes para vernos, sino a ser testigo de cómo convierto a alguien en un sapo con verrugas?

El gato saltó a la mesa con un maullido y tuve que cogerlo en brazos antes de que pisase el teclado.

—Ven aquí, bonito. No puedes estar en la mesa.

El gato se puso rígido cuando me lo coloqué sobre el pecho, aunque, en cuanto le acaricié detrás de las orejas, comenzó a restregar su cabeza contra mí vibrando con un bajo ronroneo.

—Es algo increíble lo que os está pasando. Necesito vivirlo por mí mismo —aseguró Rayan excitado.

—No voy a convertir a nadie en sapo, solo porque se te haya antojado verlo —espeté con sequedad.

—A ver… —Rayan se rascó la barbilla—, si prefieres hacer aparecer a un tío en pelotas en la cocina, por mí tampoco hay problema. Por lo que me ha contado Mary tienes buen gusto.

—¿Qué? —Parpadeé hasta que mi boca se abrió y le propiné un pellizco retorcido a Mary. El minino también se giró hacia ella y le siseó—. ¿Qué le has contado?

—La verdad. —Mary le echó una mirada cautelosa al gato, como si temiera que fuera a lanzarse sobre ella—. Que cuando regresamos estabas con Hunter y que lo único que llevaba era un delantal.

—Y que estaba de rechupete —terminó Rayan por ella—. Vamos, que si hubiese sido por ella lo habría relamido de arriba abajo o viceversa.

—Una foto de su trasero, eso sí que hubiese valido la pena. Tienes que verlo, Ray. Casi pierdo las bragas por combustión espontánea.

—¡Mary!

El gato le gruñó y estiró sus afiladas zarpas en su dirección.

—¡Oye! Eso no se hace —lo reñí, apartándolo justo antes de que pudiese alcanzarla.

—¿Y ese gato salvaje de dónde ha salido? —preguntó Rayan.

—No te metas con él, es un minino de lo más lindo y bueno. ¿A que sí, chiquitín?

Lo de *chiquitín* era una exageración, era enorme y debía de pesar al menos diez o doce kilos. Por un momento habría jurado que el gato estaba de acuerdo conmigo y que había soltado un resoplido,

pero debía de ser mi imaginación, los gatos no soltaban resoplidos, ¿o sí? Cuando lo estudié, volvió a apoyar la cabeza encima de mi pecho y retomó su ronroneo.

—No me estaba metiendo con él, es que, en vez de rayas como los gatos caseros, este tiene círculos sobre su piel. Es algo muy propio de los gatos salvajes. Recuerdo que en primaria había uno casi igual siguiéndote a todas partes, aunque por aquel entonces era aún un cachorrillo. ¿Crees que será el mismo?

Todos miramos al gato mientras este nos ignoraba. Rayan tenía razón, no solo en lo de su pelaje, sino en lo concerniente a mi pequeño Hache. Aún había veces que seguía echándolo de menos. Había sido un amigo, incluso más fiel que los que tenía ahora allí conmigo, uno al que podía contarle cualquier cosa sin temor a que se lo chivase a nadie, en especial en lo que atañía a Hunter y cómo me hacían sentir las cosas que me hacía. Imagino que por eso dolió tanto cuando, de pronto, comenzó a venir cada vez menos hasta dejar de aparecer.

—Es verdad, Hache habría sido así de mayor, pero es imposible que sea él. Tendría que tener más de trece años, y eso es mucho para un gato. Sin contar que este es un adulto joven, no un anciano.

—De entre todos los vagabundos callejeros que podrías adoptar, ¿tenía que ser uno salvaje? —me preguntó Mary con acusación en sus ojos.

—No lo he adoptado, solo…

—Lleva tres días dándole de comer a escondidas y cree que no me he dado cuenta. ¿Cómo llamarías tú a eso? —le preguntó a Ray.

Ambos me dedicaron una mirada fija.

—Definitivamente, lo ha adoptado —coincidió Rayan.

Alcé una mano en rendición.

—Vale. ¿Tengo que firmar los papeles de la adopción? —exigí con sarcasmo.

—¿Cómo se llama? —me preguntó Rayan.

Desconcertada, bajé la vista a la enorme cabeza de lo que parecía ser mi nuevo hijo adoptivo y que, a primera vista, acababa de quedarse dormido.

—¡Uh, oh! Conozco esa sonrisa. —Rayan me estudió con atención desde el otro lado de la pantalla.

—Es idéntica a la que tenía el día que le llenó los calzones de huevos crudos a Reynolds, durante el último partido de la temporada, por decirte que si te vestías de animadora igual podía hacer la vista gorda y cogerte por detrás —saltó Mary con la misma suspicacia en su expresión que la de Ray.

Cuando me di cuenta, hasta el gato estaba inspeccionándome con cautela, pero nada de eso consiguió borrarme la sonrisa de la cara, antes al contrario, solo se extendió más.

—¿Y bien? —exigió Rayan.

—Se va a llamar Hunter. Hunter Junior o Hunter Jr.

# Capítulo Veintiséis

## HUNTER

Después de estirarme, me acurruqué sobre la cálida manta que Noelia me había extendido en un rincón del sofá y observé fascinado cómo hacía la cena con su amiga, riendo y chismorreando, con la música navideña de fondo, ajena a que el vagabundo al que había adoptado era yo.

No podía cesar de preguntarme si la ocurrencia de llamar a mi forma animal Hunter se debía a algo más que a su obvia manía por mosquearme. Estaba prácticamente seguro de que algo en su subconsciente percibía la magia en mí y mi relación con ella, y que aquel era su modo de manifestarlo.

Tenía que admitir que, aunque mi intención inicial fue simplemente la de acercarme a ella para vigilarla, el haber pasado las últimas diez horas juntos empezaba a darme una imagen muy diferente de ella a la que solía mostrarme. Su amistad con Mary era un ejemplo de ello. Donde conmigo solo salía a relucir la parte más arisca e irritante de Noelia, allí, en la intimidad de su hogar, parecía una persona completamente distinta, relajada, divertida y tan cariñosa como la recordaba.

Había oído la tristeza en su voz al hablar de Hache y habría dado lo que fuera por saber qué pensaba en aquel momento. ¿Lo echaría de menos? ¿Echaría en falta nuestros momentos juntos? Desde la primera vez que fui a visitarla en mi forma animal básica supe que fue un error y, aun así, nunca fui capaz de dejarla enteramente, ni siquiera cuando mis obligaciones me impidieron ir a verla tan a menudo como solía, o cuando Elisenda me lo prohibió.

Siempre había pensado que el motivo, por el que me costaba abandonarla, era el sentimiento de culpabilidad de lo que le hacía delante de los demás, y que aquella era mi forma de expiar mis pecados. En realidad, eso no era cierto. Había sido una simple excusa. Me gustaba estar con ella, formar parte de su vida y que ella lo fuese de la mía. Ahora que sabía que era su familiar, todo había

adquirido sentido: mi irremediable atracción por ella, la necesidad de su cercanía, el dolor y la angustia que me provocaban no poder tratarla como a las demás chicas, porque temía romperle el corazón cuando me tocase asumir que le pertenecía a otra, o ponerla en peligro. Había tantas y tantas cosas que ahora comprendía a la luz de los acontecimientos. Una de ellas era que Elisenda ya lo sabía entonces. Probablemente aquel fue el motivo por el que me prohibió seguir visitándola en mi forma animal.

El paño de cocina levitando en el aire hasta Noelia me sacó de mis recuerdos. Se me escapó un profundo suspiro al presenciar cómo seguía usando la magia en la cocina, a pesar de las veces que la había reñido, advirtiéndole que se refrenara de hacerlo. No existía manera de meterle en su testaruda cabeza que, con la tecnología que existía hoy en día, el uso indiscriminado de la magia era peligroso. Iba a tener que volver a hablar con ella. No solo no le bastó compartir con Mary esta nueva etapa de su vida, sino que también estaba compartiendo su secreto con Rayan. El hombre nunca había entrado en mi círculo de amistad, aunque lo recordaba de primaria y del instituto. Era buena gente y siempre había estado más cerca de Mary y Noelia que de cualquier otro chico de su edad. Estaba seguro de que les era leal y que no haría nada que pudiera poner en peligro a Noelia, al menos no a propósito, pero se trataba de algo que necesitaba discutir con Gwen y Elisenda. Había cosas que siempre era mejor prevenir que curar.

—¿Me pasas las guindillas? —pidió Noelia sin dejar de remover el relleno de los tacos mientras su amiga ponía la mesa.

—Están en el mueble, a tu derecha —replicó Mary sin hacer el intento de ir a cogerlas.

Mi estómago gruñó ante el delicioso aroma. ¿Cómo de difícil sería que me dejaran probar su cena? Hacía una eternidad que no había echado mano del truco de los ojos de cachorrillo hambriento para que un humano me alimentase, pero, si lo que estaba preparando sabía la mitad de rico a como olía, podría valer la pena.

La imagen mental de Josh observándome con el ceño fruncido me devolvió a la realidad. Ni la comida de un restaurante Michelin compensaba la humillación a la que me someterían el resto de los familiares si se enterasen de mis tretas gatunas. Estaba convencido de que, si Ren hubiera estado en mi pellejo, habría recurrido sin dudarlo a su encanto felino, pero Ren era Ren, el tipo que había convertido el flirteo y la seducción en un arte, y al que todos envidiaban por ello. Hiciera lo que hiciese el muy cabrón, los demás lo pasaban por alto.

Por el rabillo del ojo, vi cómo la puerta del armario se abrió sin que nadie la tocara y un botecito de cristal, lleno de guindillas, flotó por el aire hasta Noelia. Como si todo ocurriese a cámara lenta, la observé abrir la tapadera y, antes de que a ella le diera tiempo de soltar un chillido digno de una banshee, el bote estaba vaciándose en la sartén.

Con un gemido me tapé los ojos con la pata.

—¿Encargo una pizza? —preguntó Mary, con una resignación tan calmada que no era necesario ser muy perspicaz para deducir que no era el primer accidente mágico de mi bruja en la cocina.

—No voy a aprender a dominarlo nunca —gimoteó Noelia apoyando la frente sobre el mueble de la cocina tras apagar el fuego.

—Claro que sí. Solo requieres más trabajo. Apenas llevas cinco días, dicen que si quieres convertirte en experta en cualquier materia necesitas diez mil horas de práctica.

—Eso solo confirma lo que acabo de decir. El rato que paso al día con Gwen no es suficiente. —Mordiéndose los labios, Noelia se sentó en el taburete delante de la encimera con los hombros caídos.

Por primera vez me di cuenta de lo agotada que parecía.

—Pues sigue practicando cuando ella no esté —insistió Mary sin compadecerla.

—¿Cuándo y cómo? Cerramos todos los días a las ocho de la tarde y luego hay que limpiar y preparar las cosas para el día siguiente. Y no puedo practicar en la pastelería porque si Hunter me ve me pone como cuatro trapos.

Me encogí ante la mención de mi papel en su desgracia. No me pasó desapercibido el brillo rojizo en sus ojos, ni la forma en la que trataba de evitar que Mary la viese. Saltando del sofá, acudí a su lado y me restregué contra sus pantorrillas en un afán por proporcionarle confort. Ella no perdió el tiempo en cogerme en brazos y achucharme. La felicidad de disfrutar del tierno colchón que representaban sus pechos y su aroma a vainilla, coco y galletas llegó a un abrupto final cuando me sujetó por el trasero.

—¿Qué te ocurre, Junior?

—Uhmm… Noelia… creo que le estás aplastando sus joyitas cogiéndolo así.

¿Joyitas? Sin poder evitarlo le siseé a la irritante Mary. Podía ser todo lo amiga de Noelia que quisiera, sin embargo, cuando, no me trataba como un cacho de carne, me insultaba.

—¡Oops! Lo siento, grandullón —se disculpó Noelia apresurada.

Solté un suspiro aliviado cuando apartó su mano. Por mucho

que llevase la última semana dándome duchas frías pensando en cómo se sentirían sus manos justo ahí, no era así como me había imaginado que me iría la primera vez que lo hiciese.

—No es por nada, pero ese bicho tiene cara de querer anular la adopción —señaló Mary con sequedad.

# Capítulo Veintisiete

## NOELIA

En cuanto acabó mi sesión con Gwen, bajé las escaleras de dos en dos, localicé a Rayan tras el mostrador con Joan y Mary y me lancé a su cuello.

—¡Ainsss! Chocho, que ya me saludaste antes —se quejó aferrándome como si fuese su almohada preferida.

—Da igual, tengo que aprovechar estos días para darte todos los achuchones que pueda. ¿Tienes idea de lo que te he echado de menos?

Rayan rio, aunque no me soltó. Por más que se quejase, era mi osito de peluche, y ambos lo sabíamos. Solo era un año menor que yo, pero desde la primera vez que me topé con él en el colegio, acosado por otros niños, lo había adoptado como mi hermano, y las cosas no habían cambiado con el tiempo, todo lo contrario, nuestra relación se había estrechado y fortalecido. Al encontrar la cálida suavidad en sus ojos al mirarme, caí en mi error. Sonreí. En realidad, ya nada era lo mismo. Ahora era él quien cuidaba de mí y me protegía contra viento y marea.

—¿Ya ha estado por aquí Elisenda? —preguntó Gwen estudiándonos con una sonrisa desde el otro lado de la barra.

—¿Elisenda?, ¿para qué? —indagué.

Mi amigo me soltó y se rascó el pecho con una pequeña sonrisa.

—Sí, todo solucionado —contestó.

—¿De qué estáis hablando? —Miré confundida de uno a otro.

—Ven a la cocina y te lo cuento. —Rayan tiró de mi mano, arrastrándome tras él.

—Nos vemos mañana —se despidió Gwen.

—Sí, claro. Hasta luego. —Esperé a que la puerta se cerrase a nuestra espalda—. ¿Qué ha ocurrido?

—Elisenda vino, se presentó y me exigió que realizara un juramento mágico que me fuerza a guardar el secreto sobre tu magia y la existencia del aquelarre.

—¿Y lo ha hecho sin informarme primero? —Mi sangre comenzó a hervirme en las venas.

—No te sulfures. —Rayan me frotó la espalda con círculos calmantes—. Fue amable, me explicó los motivos y, si te soy sincero, considero genial que se preocupe lo suficiente por ti como para protegerte.

—¿Por qué te ha obligado a ti y no a Mary?

—A mí también me ha hecho ese *yuyu* mágico. —Mary sacó uno de los encargos de *cupcakes* preparados del frigorífico, y entre las dos lo metimos en una caja de cartón—. Y deja que te diga que, si me hubiese quedado alguna duda de si la magia existe, habría desaparecido en ese mismo instante.

—Sí, tienes razón —coincidió Rayan—. Yo aún me siento raro, como si en vez de sangre tuviera champán recorriéndome las venas. Sin contar que hicimos la prueba con Elisenda y, joder, no hay forma de soltar prenda delante de alguien que no seáis vosotras.

—¿Qué pasó?

—Elisenda escogió a una clienta y me pidió que le dijera que eres bruja. Mientras más intentaba decirlo, más se me trababa la lengua. Al final, la tenía tan pastosa e hinchada que apenas pude moverla. La pobre mujer debió irse con la impresión de que soy lelo —confesó con una mueca abochornada.

—¡Tenías que haberlo visto! —rio Mary llevándose la caja—. Lo único que podía soltar era un «lelololeelelo», jajajá.

—Mejor que los gemiditos que soltaste tú. Parecías una gata con diarrea.

—¡Ouch! Eso ha dolido —lo acusó Mary antes de desaparecer por la puerta.

Rayan rodó los ojos.

—No me mires así. Elisenda tenía razón. Ahora, incluso, si alguien quisiese torturarme con la intención de sacarme información, sería imposible. Y, aunque a mí me encanta la idea de que puedas hacer cosas maravillosas e increíbles con la magia, es demasiado peligroso que la gente se entere.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? —pregunté—. Hace una semana pensabas que estaban atrapándome en una secta.

—Sí, pero ver cómo hacías flotar una taza en el aire me obligó a enfrentarme a la nueva realidad. Además, después de conocer a Gwen y Joan, la verdad es que cuesta trabajo pensar que pertenecen a algún grupo satánico. Incluso Elisenda, a su manera, es guay, sin embargo, yo que tú tendría cuidado con ella. La veo protectora con los suyos y creo que sería capaz de cualquier cosa con tal de

salvaguardarlos.

—Bien, a menos que considere un peligro para su aquelarre los desastres que monto, estoy protegida —admití con un suspiro.

—¿Tan mal te va?

—Peor.

—No seas derrotista —me acusó Joan al entrar en la cocina y colgar el delantal.

—Dice la alumna estrella de las novatas.

—Iniciadas, nena, iniciadas —me corrigió de broma imitando a Elisenda.

—¿Ya te vas? —pregunté.

—Sí, mi tutoría empieza en media hora, y Margot podrá ser una tía genial la mayor parte del tiempo, sin embargo, cuando cree que le has faltado al respeto se convierte en una arpía. Has ganado la lotería con Gwen.

—Totalmente de acuerdo. —Sonreí—. Pero no te quejes, podría haberte tocado Aurora. A Jadis la tiene amargada.

Joan carraspeó, se frotó incómoda la punta de la nariz y miró la puerta a mi espalda como si quisiera escaquearse. ¿Había dicho algo malo o era por las prisas que tenía?

—Sí, supongo que tienes razón —murmuró incómoda.

—Excepto por las tetas, no sé qué es lo que Hunter vio en esa víbora para salir con ella.

—Eh…, chocho… —Rayan me cogió por los hombros y me giró ciento ochenta grados—.Creo que es preferible que cierres esa bocaza que tienes —terminó murmurándome al oído al punto que yo, horrorizada, abría los ojos ante el hombre que me estudiaba con las manos en los bolsillos y una ceja arqueada.

—¡Hunter! —grazné con una voz tan chillona que hasta yo me encogí por dentro.

—Genial, conoces mi nombre. —Se apoyó en la pared como si no tuviese nada mejor que hacer—. ¿Hay algo más que quieras saber sobre mí?

—Yo… yo… ¿Qué haces aquí?

—Rayan, hace bastante que no te veía. Me alegra que hayas venido de visita —saludó a Rayan antes de mirarme—. He estado hablando con Gwen. Me ha informado de que has avanzado mucho con el tema de las infusiones, pero que necesitas trabajar tu concentración para poder pulir tus otras capacidades. Conozco un sitio tranquilo en el que puedes practicar sin temer que alguien pueda interrumpirte. Supuse que te podría interesar y he decidido llevarte.

—¿Ahora? —¡Claro que quería ir! Mañana era la reunión en casa de Elisenda y lo último que pretendía era hacer el ridículo—. Imposible. Joan ya se va y no puedo dejar a Mary sola en hora punta.

—Vete. —Rayan me empujó hacia Hunter—. Yo me quedo con nuestra loquita para echarle una mano.

—¿Estás seguro? —le pregunté esperanzada—. Estás de vacaciones.

—¿Estás tonta? En mi vida he ligado más que en el rato en que he estado detrás de la barra. Hasta me han invitado a salir mañana por la tarde.

—Dice la verdad —confirmó Joan colgándose el bolso y dirigiéndose apresurada a la salida—. Debe de ser ese delantal negro con la lista traviesa de Papa Noel. Hasta se ha metido en el bolsillo al tipo ese callado que siempre se sienta en la esquina del mostrador.

—¡Xavier! —gritó Rayan tras ella y, tras darme un beso en la sien, siguió a Joan—. Pasadlo bien, yo pienso hacerlo.

Hunter se acercó a mí y, con un dedo bajo la barbilla, me cerró la boca.

—Entonces, ¿qué? ¿Vienes?

# Capítulo Veintiocho

## NOELIA

—¿Dónde estamos? —La nieve crujió bajo mis botas al bajar del todoterreno. Fascinada, escruté el recluido paisaje y mi mirada se detuvo sobre el lago congelado, que se extendía ante nosotros flanqueado por naturaleza.

—En mi cabaña. —Hunter señaló por encima de su hombro.

—Uhmm… ¿Cabaña?

Si no me lo hubiese dicho él, habría pensado que era uno de esos pequeños hoteles con encanto que solía haber en las zonas de esquí. Sobre su rostro se dibujó una mueca.

—Es un antiguo granero reformado. Por eso es tan alto y amplio. Vamos. —Me ofreció la mano—. Hace frío aquí afuera. Cuando terminemos, podemos hacer una pequeña hoguera y preparar algo de chocolate caliente si te apetece. También tengo patines si te gusta patinar.

—¿No es peligroso?

Me consideró con una media sonrisa torcida.

—Las brujas no sois las únicas que tienen dones especiales, como familiar, estoy en contacto directo con la naturaleza, no solo puedo oír, ver u oler mejor que cualquier humano, sino que también tengo la posibilidad de expandir mis sentidos hacia el entorno que nos rodea, lo que me permite, en este caso, evaluar el grosor del hielo. Además —me guiñó un ojo—, eres bruja. Tienes la capacidad de reforzar la capa de hielo si quieres.

Fue mi turno de poner una mueca y encoger la nariz.

—¿Y te fiarías de mí?

Hunter rompió a reír.

—Vamos, es hora de que reforcemos tu capacidad de concentración.

Cuando dudé, me envolvió la mano entre la suya y tiró de mí. Me mordí los labios. Nunca me había llamado la atención el modo en el que alguien me cogía la mano, pero sí en cómo lo hizo él. Su

mano estaba caliente e hizo desaparecer de golpe el frío, pero no fue eso, sino la firmeza justa con la que presionó la mía, haciéndome sentir segura y protegida a su lado. Algo extraño si consideraba lo sencillo y elemental que era aquel gesto.

Al entrar en su cabaña mis ojos casi se salieron de sus órbitas. Nada del austero exterior me había preparado para el lujoso y acogedor interior. Entramos a una amplia estancia abierta a doble altura, que comprendía un enorme salón con chimenea, cuya pared de fondo estaba completamente cubierta por amplios ventanales que dejaban ver el hermoso paisaje nevado, como si prácticamente no existiese separación entre el interior y el exterior. La cocina y una zona que hacía de comedor quedaban a la vista formando parte del espacio.

Incluso la decoración parecía la portada de una revista de interiores. No por su diseño extravagante, sino porque, sin abandonar el estilo rústico y práctico de la cabaña, combinaba muebles modernos, como el elegante sofá de piel, con otras piezas claramente artesanales como la mesa y los bancos de roble, cuya superficie superior parecía provenir de troncos cortados y pulidos que mantenían las formas naturales que la naturaleza les había otorgado.

—¡Guau! Esto es increíble.

—Gracias. —Mi susurro reverente debió de incomodarlo por la manera en la que se frotó la nuca con una sonrisa tímida. Miré la escalera de madera que subía a una plataforma con barandilla—. Ahí arriba están el dormitorio y el baño principal —explicó antes de que pudiese preguntárselo—. Tienes permiso para explorar luego si lo deseas.

No me pasó inadvertido que lo dijese en singular. ¿Pretendía evitar que lo interpretara como una invitación a algo más? Archivé esa información para más tarde.

—Me encantaría —admití.

—La cabaña tiene suelo radiante. Quítate las botas y el chaquetón y déjalos en ese armario. Estarás más cómoda, lo que ayudará con lo que vamos a hacer.

—¿Qué has pensado? —Moví los dedos del pie. Tenía razón, era un gustazo andar descalza sobre una superficie cálida.

—He estado dándole vueltas y creo que sé dónde puede estar el problema.

—Te escucho —le dije siguiéndolo hasta la cocina.

Hunter encendió la máquina de café expreso y cogió dos tazas de la estantería.

—No creo que el impedimento real sea la falta de concentración. No serías capaz de realizar decoraciones para tus tartas y dulces con tanta precisión si la tuvieras.

Fruncí los labios y tomé asiento en uno de los taburetes ubicados frente a la encimera.

—No me lo había planteado, pero tienes razón. Puedo pasarme horas sin levantar la cabeza cuando me pongo a trabajar.

Hunter asintió como si hubiese esperado que se lo confirmase.

—Eso significa que tu falta de concentración es selectiva y que solo se aplica a determinadas actividades, por lo que la razón debe de ser otra.

Me colocó una taza de café por delante y no tardé en descubrir que lo había hecho exactamente a mi gusto, con una tercera parte de leche desnatada y una cucharadita y media de azúcar. ¿Cuándo había tenido la oportunidad de averiguarlo?

—¿Y se te ha ocurrido un posible motivo? —pregunté, antes de que la tontorrona romántica que seguía habitando en mi interior se plantease por qué Hunter había reparado en mis preferencias.

—Supongo que puede haber decenas de ellos, incluso cientos —afirmó pensativo—. Sospecho que en tu caso podría ser la desconfianza en ti misma, que sigues sin haber abandonado del todo tu etapa de negación, a pesar de las pruebas que has recibido de que la magia existe y que residen en tu interior o… —titubeó y me echó una mirada cautelosa.

—¿O?

—Que se deba al miedo que me tienes.

—Yo… —Fui a negarlo, pero Hunter se adelantó.

—Ambos necesitamos que seas sincera en esto. No podremos resolverlo si nos mentimos a nosotros mismos y no asumimos la responsabilidad que tenemos cada uno en esto.

Cerré la boca y lo estudié.

—Admito que tus continuos mosqueos, críticas y órdenes me sacan de quicio y me vuelven autoconsciente.

—Tienes razón en eso y lo siento. ¿Hay algo más en mí que te inspire miedo?

Mi corazón se saltó un latido. *Las reacciones que me provocas cuando me miras o estás cerca de mí.* Me clavé las uñas en las palmas y desvié la mirada.

—Noelia, lo he dicho en serio, necesitamos ser sinceros. Nos guste o no, ahora nuestras vidas están entrelazadas y lo seguirán estando hasta el día en que muramos, lo que significa que pueden ser siglos.

—¿Siglos?

—Como mínimo uno si el motivo de nuestra muerte es por causas naturales.

—Vaya. —Me quedé sin palabras. Elisenda no nos había mencionado nada de eso.

—Noelia. ¿Por qué otro motivo me temes? —insistió Hunter, con ese tipo de mirada penetrante que te hacía consciente de que nunca podrías huir de él.

Por un momento me perdí en él, en la forma en la que el verde caqui de sus ojos parecía estar transformándose en dorado. Jamás había visto unos ojos semejantes a los suyos.

—Noelia —pidió esta vez con más suavidad.

Aparté la mirada.

—¿Qué es lo que te disgusta tanto de mí?

—¿Quién ha dicho que sea por ti? —el tono de su voz reflejó la sorpresa.

Encogí un hombro y me afané en quitar algunas pelusas de mis mangas.

—Se te nota a leguas por cómo actúas conmigo —confesé—. Detestas tener que ser mi familiar. ¿No es eso?

Hunter soltó un pesado suspiro y se pasó los dedos por el cabello.

—¿Nos sentamos en el sofá? Esto va a ser largo de explicar.

Ambos nos llevamos nuestras tazas y nos acomodamos en esquinas contrarias del sofá. Tomé un sorbo de mi café y esperé a que él iniciara la conversación.

—La reunión que Elisenda tendrá mañana con nosotros se enfocará en la relación entre las brujas y sus familiares. No voy a entrar en demasiados detalles. Básicamente repasará las dos categorías de vínculo que pueden unir a la bruja y a su familiar, para que podáis determinar cuál es el que queréis establecer con él.

Por si la existencia de más de una clase de relación no fuese ya de por sí extraña, su última frase me llamó la atención.

—¿Podemos elegir?

—Sí, vosotras sí.

—¿Nosotras? ¿Vosotros no?

—Sobre todo vosotras, y ese es parte del motivo por el que nunca he estado demasiado entusiasmado con la perspectiva de quedar vinculado a una bruja.

—Pero… —Sacudí la cabeza—. Entonces, ¿cuáles son los vínculos que existen?

—El más básico es el que considera al familiar como el

acompañante, herramienta de poder y protector de la bruja. Elisenda lo adornará con bastantes más florituras que yo, pero si lo resumimos, o desde mi punto de vista, ese rol básicamente nos reduce al papel de mascota, aunque en teoría cada uno de nosotros podrá hacer su vida.

—¿Teoría? ¿Te refieres a que no es así?

—En la vida real es complicado que ocurra. Obviando la necesidad de mantener una proximidad constante con nuestra bruja, el vínculo obliga al familiar a anteponer la seguridad y bienestar de ella a cualquier otra persona o situación. ¿Conoces a alguna mujer que estuviese dispuesta a formar una familia con nosotros, a sabiendas de que siempre habrá otra persona más importante que ella en nuestras vidas? Una, además, cuya cercanía es como una adicción irrefrenable que nos hace enfermar y que nos vuelve locos en su ausencia.

Mis hombros cayeron con el peso de su revelación.

—Te convertirías prácticamente en mi esclavo —murmuré. La simple idea me produjo náuseas. ¿Cómo podía alguien esperar de mí que yo le hiciera eso?—. ¿Cuál es la otra opción?

—A menudo, entre familiares y brujas, el vínculo da lugar a una relación más profunda. No estamos hablando de un mero enamoramiento o un compromiso como el que pueda suponer un matrimonio, por mencionar un ejemplo. Se trata de una conexión que viene establecida por la propia magia que comparten, en la que interviene el destino que los ha unido a ambos.

—Dijiste que era yo la que tendría que tomar una decisión, pero esto parece más algo que viene determinado por las circunstancias o… el destino.

Hunter asintió.

—Sí y no. El destino es quien sienta las bases. Es como si uniese a dos almas gemelas y les regalase la posibilidad de un amor inquebrantable, que va a acompañarlas hasta el fin de sus días. La única manera en la que es posible descubrir ese nexo es a través de una cercanía íntima. Es un tipo de proximidad que se produce en momentos de gran intensidad emocional, por ejemplo, cuando alguien que nos importa muere o si hacen el amor. En esas situaciones, esa afinidad especial se hace patente y, aunque los familiares podemos rechazar el vínculo, es potestad exclusiva de la bruja aceptarlo, ya que necesita de su magia.

—Si es su alma gemela y estamos hablando de un sentimiento verdadero e intenso, ¿por qué habría de rechazarlo?

—Primero, porque existe la eventualidad de que ella ya tenga

familia o pareja y se sienta lo suficientemente unida a él como para que no quiera partirle el corazón o dejarlo. En segundo lugar, porque esta última conexión hace que la vía por la que viaja la magia no se limite a una vía unilateral, de familiar a bruja, sino que el familiar puede tirar de la magia de ella cuando hace falta. No todas las brujas están dispuestas a compartir su poder.

Ambos permanecimos largo rato en silencio, contemplando las llamas en la chimenea. El café en la taza se enfrió, pero no había modo en que pudiera tomarlo con el nudo que se me había formado en el estómago.

—¿Qué clase de relación es la que quieres tú? —pregunté al fin la cuestión que los dos parecíamos estar evitando.

# Capítulo Veintinueve

## NOELIA

—¿Prefieres total honestidad o lo que quieres oír? —la voz de Hunter tenía la misma tonalidad neutra que su semblante.

—Sé sincero. Detesto las mentiras, además, tú mismo lo has dicho. Nos queda toda una vida para soportarnos el uno al otro. No creo que sea aconsejable que establezcamos una relación basada en hipocresía y desconfianza.

Él se echó atrás en el respaldo y me estudió.

—Si yo fuera tu única oportunidad de tener una familia, ¿tendrías mucho que pensar al respecto?

La gravedad de su expresión me obligó a desviar la mirada hacia la chimenea. Me froté los brazos. Le había pedido sinceridad y eso era lo que me había dado. No por ello sus palabras dolían menos o resultaban menos humillantes. Hunter estaba dispuesto a aceptarme como pareja, no porque le gustase o albergase secretamente sentimientos por mí, sino porque no le quedaba más remedio. Era yo o quedarse el resto de su existencia condenado a la soledad. Como bien había dejado claro, yo era la única con capacidad de decisión en esta relación. De mí dependían mi futuro y el suyo.

—¡Baño! —Salté del sofá presionándome la boca con una mano y la barriga con la otra.

—¡Detrás de la cocina! —Hunter estuvo de inmediato a mi vera con una palma calmante en mi espalda mientras me guiaba precipitado al baño.

Apenas me dio tiempo de levantar la tapadera del váter cuando ya mi estómago se estaba vaciando con angustiosa furia. Hunter me apartó el cabello de la cara y me lo ató en un nudo. Poco después apareció con una manopla húmeda y un vaso de agua.

—Gracias —murmuré con la garganta áspera del esfuerzo.

Hunter cerró la tapadera, le dio a la cisterna y se deslizó en el suelo a mi lado. Ambos permanecimos apoyados contra la pared y él entrelazó sus dedos con los míos, estudiando nuestras manos

unidas en su regazo.

—Lo siento. No debería haberlo soltado así —dijo con un suspiro —. He tenido toda una vida para hacerme a la idea mientras que a ti todo esto te coge de sopetón.

Negué.

—Has sido honesto. Es lo que te pedí. Ninguno de los dos tenemos la culpa de esto.

Echó la cabeza atrás y contempló el techo.

—Lo sé. Tampoco es como si la bruja que rechaza el vínculo salga totalmente indemne. Es doloroso para ambos. Y dudo que sea fácil encontrar a un hombre que acepte ser la pareja de una mujer cuya conexión con otro es tan íntima que pueden llegar a compartir incluso pensamientos.

Aquello hizo que se me enderezara la espalda.

—Espera un momento. ¿Me estás hablando de que podemos comunicarnos por telepatía o que puedes meterte en mi mente cuando te dé la gana?

Hunter rio por lo bajo y se frotó los ojos.

—Acojona, ¿verdad? Y sí, se supone que mientras más tiempo estemos juntos, más probable es que nos podamos comunicar así, pero en realidad no sé cómo funciona. Nunca he tenido el valor de enfrentarme a ello. Supongo que Elisenda nos lo explicará en la reunión de mañana.

—¿Me queda alguna otra cosa más por descubrir? —gemí tapándome la cara.

Hunter volvió a reír y se levantó ofreciéndome la mano.

—¿Te apetece una manzanilla, tila o un chocolate caliente?

—Chocolate. Tengo el estómago revuelto, pero es de ansiedad. Un buen chocolate es mi calmante número uno. Por cierto, no te veía como un tipo que tome tila.

—Soy el nieto de una bruja. Estar aprovisionado de todo tipo de infusiones es casi una obligación. —Señaló un estante de camino a la puerta—. Ahí hay cepillos de dientes por estrenar si quieres lavártelos.

Aproveché su invitación más por disponer de una excusa para estar a solas que porque de verdad me hiciera falta. No tenía muy claro si me sentía como si estuviese encerrada en un manicomio o perdida en una novela de romance paranormal. Me gustaba Hunter, y mucho. De hecho, bastante más de lo que debería, y si no, que se lo preguntaran a mi cuerpo que reaccionaba a él como si su simple visión fuese una viagra femenina. Que fuésemos almas gemelas no era lo peor que podía sucederme en la vida. ¿Qué chica no querría

tener en su cama a un amante con ojos de ensueño y tableta de chocolate por estómago? Y por la forma en la que había cuidado de mí, hasta era capaz de imaginármelo como el padre de una parejita de adorables mocosos.

—¡Alto ahí! —reñí a la imagen de mi espejo—. Te estás precipitando. Ni siquiera sabes aún si sois o no una de esas parejas con vínculo especial.

¿Y qué había de nuestros continuos enfrentamientos y peleas?

Al salir, Hunter estaba apoyado en la encimera de la cocina con las piernas cruzadas y las manos en los bolsillos, estudiando alguna marca imaginaria en el suelo. Cuando me senté en uno de los taburetes frente a la taza de chocolate caliente, alzó la cabeza.

—Solo hay una forma de comprobarlo. Si estás dispuesta a tomar el toro por los cuernos, claro está.

—¿Qué? —Parpadeé confundida.

—Soy un familiar, Noelia. Nuestros sentidos están más desarrollados que los de los humanos. He oído lo que has dicho en el baño.

La sangre irrumpió como un tsunami en mi rostro. No sé qué era más vergonzoso, que me hubiese oído hablar a solas o lo que había soltado. Bajé la mirada al oscuro líquido en mi taza, donde flotaban diminutas nubes de azúcar. ¿Era consciente de lo mucho que me gustaban y de que era una de las pocas cosas que había echado de menos en invierno durante mis años en España? Me sacudí para mis adentros. Era imposible que lo supiera. Aun así, era todo un detalle que se tomara la molestia de echarme esas pequeñas delicias en mi chocolate.

—Entonces, ¿tenemos que acostarnos?

Ambos pusimos una mueca a la par. Una cosa era pensarlo y otra decirlo en alto. Así, en seco, había sonado fatal. Éramos casi desconocidos, en el pasado nunca nos acostamos, y la última vez que hicimos algo más que pelearnos o provocarnos había sido diez años atrás.

—Si no queremos esperar más para averiguar qué es lo que puede existir entre nosotros, entonces, sí.

Mis puños se crisparon. Sí, claro que quería descubrir qué futuro me esperaba con él. Dudaba mucho que pudiese dormir tranquila sin saberlo, pero la idea de acostarme con un hombre que lo veía prácticamente como una obligación era algo que quedaba descartado.

—¿Qué quieres tú?

Hunter se pasó los dedos por el cabello.

—Me gustaría saber en qué lugar nos encontramos. ¿Tú no? Pero he de ser sincero, no estoy seguro de que esté preparado para cerrar el vínculo si aparece. No cuando apenas hemos tenido la oportunidad de conocernos mejor y aún quedan tantas cosas por aclarar entre nosotros. Considero que debe ser una decisión tomada con tranquilidad y de forma consensuada. No es algo que podamos deshacer sin más.

—Coincido contigo —admití, incapaz de mirarlo.

—Noelia, hey. —Escuché sus pasos antes de que sus manos cogieran las mías. Había calidez y comprensión en sus ojos—. Que queramos saber si existe el *vinculum animarum* entre nosotros no implica que tengamos que acostarnos por obligación. Me gustas y no me supondría ninguna penuria llevarte a mi cama, pero podríamos dejar que ocurriese de forma natural. ¿Tal vez tras una cita? Otra opción es esperar a lo que pueda pasar la semana que viene. Se supone que tendremos que entrenar juntos si pretendemos reforzar nuestra conexión.

Asentí aliviada, aunque otra parte dentro de mí se rio de mi puritanismo cuando estaba deseando sentir sus caricias recorriéndome la piel. Apretando los muslos, le sonreí.

—Entonces, ¿cómo habías pensado que podría mejorar mi magia?

Hunter le echó un vistazo al reloj.

—Son casi las doce y media. ¿Qué tal si vamos juntos a almorzar y de paso resolvemos tus dudas y tus miedos mientras nos conocemos algo mejor?

No me había percatado de cómo había volado el tiempo, pero, ahora que lo decía, mi estómago comenzaba a sentirse vacío.

—Genial. Avisaré a Rayan y Mary de que hoy no almorzaré con ellos.

Hunter se detuvo.

—Se me olvidó que Rayan ha llegado hoy. ¿Prefieres que lo aplacemos?

Me mordí los labios y acabé negando.

—No. Está bien. Estará aquí durante dos semanas. Lo comprenderá. Sabe que mañana tengo la reunión con Elisenda y la presión que siento al respecto.

—De acuerdo, vámonos entonces.

Tan pronto como saqué el móvil para enviar los mensajes, este comenzó a sonar.

—Elisenda, ¿qué ocurre?

Hunter frunció el ceño al oír el nombre de su abuela.

—Como bruja, una de las primeras cosas que necesitas aprender es que todos los rituales y tradiciones tienen una función y que por ello deben respetarse.

—¿Estamos hablando de algún ritual o tradición en concreto?

No iba a llamarme de la nada si no tenía algo en mente, ¿no?

—Podría ser cualquiera, el muérdago, por ejemplo. ¿Sabías que la tradición de besarse bajo el muérdago proviene de la Europa celta? Mucha gente cree que es algo moderno, pero los druidas ya lo consideraban protector y los escandinavos le otorgaban poderes de…

Hunter me arrancó el móvil de las manos.

—Yo no tengo muérdago en… —acabó su negación con un gemido.

Ambos miramos arriba con ojos grandes y la explicación de Elisenda pasó a un segundo plano.

—¿Cómo es posible que ella supiera que estamos debajo del muérdago? —musité sin apartar la mirada de la rama colmada de hojas verdes y relucientes bayas blancas.

—Es Elisenda, y ha debido ser ella la que ha puesto esa rama allí. No tengo decoración navideña en mi casa —masculló entre dientes.

Asentí. Miré mi móvil en un intento por evitar enfrentarme a él.

—Ha colgado. —Señalé la pantalla. El silencio se volvió tenso—. ¿Y ahora qué?

# Capítulo Treinta

## NOELIA

Hunter se tomó su tiempo en responder. Me clavé las uñas en las palmas. Parecía tenso, tenía los puños apretados, la mandíbula rígida y en sus ojos se reflejaba una tormenta interior. De repente, recortó decidido la zancada que nos distanciaba, una de sus manos se deslizó detrás de mi nuca y con la otra me sujetó por la cintura y me aprisionó contra su cuerpo, mientras sus labios se apretaron sobre los míos exigiéndome la entrada.

No hubo nada tierno ni romántico en aquel beso y, aun así, no podía recordar ninguna ocasión en mi vida que un hombre me hubiera hecho derretir desde dentro como él lo hizo en ese momento. Me agarré a él con la repentina urgencia con la que un náufrago lucha por mantenerse a flote, y mi cuerpo se adaptó al suyo recortando cualquier distancia que pudiese separarnos.

Como si sintiese mi rendición, el cuerpo de Hunter se relajó contra el mío, su beso se tornó más dulce, aunque no por ello menos hambriento. Sus dedos se hundieron en mi nalga empujándome contra su erección.

Cuando separó su boca unos centímetros de la mía, ambos respirábamos de forma irregular y nuestros alientos se entremezclaban como si les costase romper la conexión. Apoyó la frente sobre la mía y cerró los ojos.

—Te necesito. Dime que tú también lo haces —rogó con una entonación casi agónica que pareció meterse bajo mi piel para viajar hasta mi vientre.

Cualquier duda sobre si Hunter me deseaba de verdad, se evaporó.

—Tanto que duele —admití con una voz quebrada, antes de ponerme de puntillas en busca de sus labios.

Con un breve beso se apartó de mí.

—Aquí no. Si esto va a determinar nuestras vidas, que sea algo que valga la pena recordar.

Me cogió en brazos y me miró a la espera de mi consentimiento, antes de ascender conmigo a la primera planta. Asentí y recorrí el hueco de su cuello con mi nariz disfrutando del olor dulce y salvaje que me recordaba a bosques en otoño y lugares misteriosos y exóticos.

En su dormitorio me bajó despacio, dejando que me deslizase por su esculpida anatomía, sin dejar de distraerme con su boca, dientes y lengua. Me giró hacia la chimenea y me mordisqueó el lóbulo de la oreja. Su aliento caliente y húmedo me arrancó un estremecimiento.

—Enciende el fuego con tu magia.

—¿No tienes miedo de que incendie toda la cabaña?

Hunter rio por lo bajo.

—Créeme, seré yo quien se encargue de hacerte arder. Ahora concéntrate y prende los troncos, empieza despacio e incrementa hasta que veas la columna de humo.

Me tomó toda mi fuerza de voluntad seguir sus palabras, en vez de perderme entre la tentadora provocación de sus dientes, la áspera caricia de su barbilla o el rastro húmedo que su boca iba dejando tras de sí a medida que dibujaba caprichosos dibujos con su lengua sobre la piel de mi cuello y hombro.

—No puedo concentrarme si sigues así —murmuré sin aliento, a la par que sus dedos encontraron el camino por debajo de mi chaleco y ascendieron hasta mi pecho, palmeándolo y acariciando mi pezón erecto con el pulgar.

—Considéralo parte de tu entrenamiento —replicó él distraído, abriéndome el botón del vaquero.

—¡Oh, Dios! ¡Hunter! —jadeé en cuanto se abrió hueco bajo mi ropa interior—. Yo… yo… no puedo.

—Shhhh, brujita, puedes, confío en ti —murmuró en el mismo instante en el que encontró mi resbaladizo clítoris, y comenzó a jugar con él, aunque ya no estaba segura de si se refería al fuego o a otra cosa.

—Imposible. —Mis rodillas amenazaron con ceder ante el asalto de placer que me hizo temblar como una hoja al viento.

—Podrás —me animó trazando los contornos del diminuto cúmulo de sensibles nervios—. Porque solo dejaré que te corras cuando lo hayas conseguido.

¡Oh, Dios! Me faltó poco para no ponerme a sollozar de necesidad. ¿Qué demonios me estaba haciendo? Hasta la última célula de mi cuerpo parecía doblegarse a sus deseos y su presencia.

—Quiero ver las llamas, brujita —dijo abriéndose más hueco,

hasta penetrarme con un dedo. Mis rodillas fallaron del todo y solo su brazo fue lo que me mantuvo erguida contra él—. Dime, ¿ansías correrte? ¿Quieres sentir mi lengua justo aquí? —Su yema presionó mi clítoris y luego recorrió el interior de mis pliegues, señalándome el posible recorrido que trazaría con la punta de su lengua.

La chimenea seguía sin encenderse, pero en mi vientre fue expandiéndose el calor como si fuese la mecha de un hatillo de dinamita y mi colgante parecía vibrar contra mi piel.

—Enciende el fuego. Es lo único que tienes que hacer para tenerme ante ti de rodillas y exigirme que te dé placer.

Incluso peor que sus palabras fueron las imágenes que evocaban en mi mente y la reacción de mi cuerpo a ellas. Podía imaginármelo, con mis piernas apoyadas sobre sus hombros, mirándome con aquellos ojos llenos de peligro y tentación mientras abría mis pliegues con su lengua y me torturaba con ella. Si no se encendía pronto la chimenea, era yo la que iba a explotar en llamas.

En el momento en el que pellizcó mi pezón, mi cuerpo se arqueó, de mi garganta escapó un grito ahogado y lenguas de fuego recorrieron el tronco de leña.

—Debería castigarte por eso, brujita. —¿Cómo era posible que su voz se hubiese vuelto aún más aterciopelada y profunda de lo que ya era? Ese tono, junto a la palabra *castigo*, se merecía estar penado por ley—. Te indiqué que lo hicieras despacio. Recuérdalo, la próxima vez no seré tan benevolente.

—¿Un familiar puede castigar a su bruja?

La pregunta le hizo reír contra mi piel.

—Si la idea consigue que ella emane el aroma de excitación que tú desprendes ahora mismo, y lo consiente, ¿por qué no? Los seres mágicos no somos inmunes al erotismo o al morbo de lo prohibido.

Avergonzada apreté los muslos.

—No tengo claro que me sienta cómoda sabiendo que puedes olerme.

—Voy a saborearte en cuanto te deshagas de nuestra ropa. ¿Qué diferencia hay?

Fui a girarme con la intención de quitarle la camisa cuando me detuvo con el brazo.

—Ah, ah, eso no. Usa tu magia. Desvístete.

Mis dedos temblaron al obedecerle.

—Hay algo que tengo que confesarte —murmuró tirándome del pelo para volver mi cara hacia él y besarme—. Me excita seguir vestido mientras estás desnuda.

Sin concederme tiempo de responder, me alzó y me depositó en

el filo de la cama, empujó mis rodillas abriéndolas a él y se arrodilló ante mí, hundiendo su cabeza entre mis muslos con la mirada puesta sobre mí, tal cual lo había imaginado hacía apenas unos instantes. Mis manos se aferraron al edredón y mis caderas se alzaron en su busca.

Me devoró literalmente. Chupó, lamió, mordió, raspó, exploró, saboreó y me penetró como si estuviese condenado a morir y aquella fuese su última cena. Antes de que consiguiese controlarlo, acabé echando la cabeza hacia atrás gritando mi orgasmo con su boca sobre mi clítoris, mis dedos agarrotados en su cabello y él sujetándome para que no pudiese alejarme.

Por primera vez, cuando usé mi magia, supe exactamente lo que quería, y mi magia respondió al igual que una sumisa bien entrenada.

—¡Uuuf! —soltó Hunter al caer junto a mí sobre la cama.

La sorpresa inundó sus facciones en cuanto se dio cuenta de que se encontraba desnudo y que estaba escalando por su torso con la intención de montarlo.

—¿Preservativo? —Me lancé sobre su boca mordiéndole el labio inferior.

—Pantalón. Cartera —replicó sujetándome por el cabello, a todas luces en contra de que pudiese apartarme de él y finalizar su tortura.

Busqué el pantalón con mi mente por la habitación y estiré la mano para que la cartera apareciera en mi palma. Se la entregué y comencé a besar y lamer el recorrido desde su mandíbula hasta sus duros pectorales, solo para descender hasta su tableta de chocolate y contar todas y cada una de las onzas que exhibía, justo por encima de la V que me señalaba la dirección del camino a seguir.

—¡Mierda! —siseó cuando mis pechos rozaron su erección.

Sonreí y volví a rozarlo, en esta ocasión a propósito.

—¡No! —Me frenó cuando fui a realizar el último recorrido de mi descenso para devolverle el favor—. Me muero por perderme en tu boca, pero no creo que sobreviva si lo haces ahora mismo.

Tirando de mí me tendió bocarriba y se colocó el preservativo, regalándome la oportunidad de admirar los tatuajes de un jaguar y un búho que le recorrían hombro y pecho. Impaciente, abrí las piernas invitándolo a colocarse sobre mí. Abrió la boca y se la tapé con mi mano.

—Ni se te ocurra preguntarme si estoy segura de esto —siseé.

Sus labios se estiraron bajo mi palma y me la mordisqueó con suavidad hasta que la retiré.

—Por una vez, no me importa seguir las órdenes de una bruja.

Deslizando su mano por mi muslo, lo alzó. Me penetró de una sola estocada, arrancándome un grito que resonó por la amplia estancia. Se detuvo, y los dos nos contemplamos con las pupilas dilatadas y la respiración alterada. La espera solo le añadió más combustible a la excitación. Mis terminaciones nerviosas parecieron volverse hipersensibles, llenas de expectación y necesidad. Aún no había tenido la oportunidad de moverse cuando ya estaba perdida, y la única consciencia que me quedaba era la de saber que jamás sería capaz de controlar aquella urgente ansia por convertirnos en uno.

Me tomó despacio, con fiera intensidad, impregnando cada envite con intencionalidad, estudiándome al igual que un apasionado científico lo haría con un milagro.

—No cierres los ojos —me pidió ronco—. Quiero verlo, quiero presenciar cómo te deshaces por mí.

El ritmo de sus embestidas se incrementó. El sonido del choque de nuestras ingles acompañó el de nuestras pesadas respiraciones, gemidos y jadeos, así como el del roce de la tela bajo nuestros movimientos y el chisporroteo del fuego.

—Hunter… —Supe que el *Vinculum*, que había mencionado antes, estaba presente en el momento exacto en el que sentí un hilo fantasma que nos unía a ambos.

Era una conexión inequívoca, brillante y pura, y lejos de proceder del corazón, procedía directamente del alma. Reconocí en Hunter la misma conmoción que estaba experimentando yo. Apretó la mandíbula e incrementó el ritmo.

—¡Oh, Dios! ¡Hunter! —Mi cuerpo convulsionó de placer y un radiante calor en mi interior se estiró hacia él siguiendo la línea de nuestro nexo, hasta que chocó contra un muro impenetrable e invisible que me devolvió toda aquella magia como si fuese una explosión.

Hunter se echó atrás con los goterones de sudor rodando por su frente, se quitó el preservativo y deslizó su puño por su erección hasta que espesos chorros blanquecinos fueron cubriendo mi vientre y mis pechos.

Paralizada, no pude más que observarlo con la mano sobre mi colgante del muérdago. El muro… ¿Hunter había rechazado nuestro vínculo? Como si leyese mi mente, se tendió a mi lado, me besó el hombro y unió nuestras frentes.

—Tenemos el vínculo. Lo cerraremos cuando ambos estemos preparados, cuando ya no queden secretos entre nosotros.

# Capítulo Treinta Y Uno

## NOELIA

Un café recién hecho, el olor de las galletas haciéndose en el horno, la noche aún presente fuera de las ventanas, la voz de Kylie Minogue cantando *Let it Snow* y la cocina para mí sola. ¿Alguien podría imaginar una mañana más perfecta?

Bueno, sí, yo. Una en la que siguiese en la cama con Hunter desnudo bajo el edredón. Mi sonrisa, que desde ayer parecía haberse convertido en un rasgo permanente de mi semblante, se extendió. Estiré la mano a por mi móvil y comprobé los mensajes. Nada. Decepcionada, me mordí los labios.

—¿Sabes?, alguien debería enseñarles a los hombres que lo mínimo que pueden hacer, después de hacerle el amor a una mujer, es enviarle un mensaje antes de irse a la cama esa noche —le expliqué a Hunter Jr., que se había acomodado en una silla contigua, y presionó su frente bajo mi brazo con un lento ronroneo.

Le rasqué detrás de la oreja como sabía que le gustaba.

—En especial, si te ha echado el polvo de tu vida y aún estás vibrando con los cinco orgasmos que te dio —seguí con mi diatriba tomando un sorbo de café.

Hunter Jr. alzó la cabeza y me miró con lo que habría apostado que era una engreída sonrisa gatuna.

—¿Y quieres que te cuente un secreto? Si me hubiera enviado ese mensaje, ahora mismo estaría en mi cama, le estaría preparando el café, luego me habría metido debajo del edredón y lo habría despertado de una forma que no hubiese olvidado en mucho tiempo. —Le eché una ojeada al horno y regresé a mi asiento—. Aunque habría tenido que ser algo rápido, porque solo quedan quince minutos antes de que toque sacar las bandejas de galletas y cambiarlas por las otras. Pero tampoco es que importase demasiado, porque créeme —me acerqué a Jr. y le susurré al oído—, aunque él no lo sepa aún, soy muy, muy buena cuando disfruto saboreando algo.

Al incorporarme, Jr. se había congelado con los ojos tan abiertos que tuve que mirarlo dos veces para comprobar que estaba bien.

—¿Junior?

Una intensa luz explotó en la cocina, cegándome. Cuando volví a abrir los párpados, en vez de un gato anaranjado, ante mí estaba apostado un cuerpo masculino en toda su gloria viril y mi mano se encontraba posada sobre una parte de su anatomía que, metafóricamente hablando, tenía una cabeza propia muy diferente a la que había estado acariciando antes.

Con esfuerzo despegue mi vista de la susodicha y su aterciopelada e incitadora apariencia, para subirla por la marcada V, los definidos abdominales y los perfectos pectorales hasta los ojos verdes dorados que tan bien conocía.

—¿Hunter?

—Si te confesase que he pasado toda la noche contigo en la cama, ¿me perdonarías el no haberte enviado un mensaje anoche? —preguntó algo ronco.

Me levanté con un chillido, cayendo la silla, la taza y una de las bandejas que tenía lista para hornear. Hunter me sujetó los brazos, evitando que acabara despatarrada en el suelo sobre el charco de café.

—Tú… Junior… —Abrí y cerré la boca tratando de llevar aire a mis pulmones.

—Soy un familiar. —En su entrecejo se formó una arruga—. ¿No te suenan esas historias de gatos y otros animales que suelen acompañar a las brujas?

A mi mente vinieron el gato negro, que siempre acompañaba a Elisenda, y los cuentos sobre brujas de mi infancia. Claro que había gatos en esos cuentos, pero solo eso: ¡gatos! Nadie mencionó nunca nada de gatos que pudiesen convertirse en humanos o viceversa.

—Pero… pero… —La gravedad me ganó y mi trasero impactó sobre la silla. ¡Hunter podía convertirse en un minino! Salte de nuevo de mi asiento y le clavé un dedo en el pecho—. ¡Has estado durmiendo en mi cama! ¡Y entraste el otro día en el baño mientras me duchaba! ¡Y estuviste restregándote contra mis tetas cuando te tenía en brazos!

Con cada acusación el sonrojo de sus mejillas se extendió un poco más, hasta que alcanzó sus orejas.

—Si, bien… —Hunter se frotó la nuca—. Es lo que hacemos los felinos… eh… los familiares en nuestra forma animal. Me refiero a lo de frotarnos contra nuestras dueñas. No es algo sexual, sino más en plan carantoñas. Estamos programados para necesitar la cercanía

y el contacto con nuestra bruja.

—¡Estabas ronroneando!

—Porque tu presencia me hace sentir placer, del mismo modo que tu ausencia me provoca ansiedad e incomodidad , incluso angustia si la distancia que nos separa es mucha o transcurre demasiado tiempo sin verte.

—Deberías haberme…

—¿Qué ha pasado? —La puerta se abrió de golpe y apareció Rayan, con su pijama de elfos navideños, el cabello revuelto, los ojos aún llenos de legañas y una zapatilla de Papá Noel en las manos. Miró alterado alrededor como si esperase que, de un momento a otro, fuese a saltar una legión de zombis de las sombras.

—¿Dónde está? —chilló Mary, asomando la cabeza tras él, con los ojos hinchados y la otra zapatilla en la mano.

—¿Dónde está quién? —preguntó Hunter mirando también alrededor.

Al ver a Hunter, Rayan bajó la zapatilla, aunque, más que por voluntad propia, parecía que fue porque su brazo perdió la fuerza mientras se quedaba mirando boquiabierto la parte de Hunter que seguía pareciendo un arma cargada y lista para entrar en batalla.

—Escuchamos un estruendo y pensamos que habían entrado ladrones a robarnos. ¿Cómo íbamos a imaginarnos que habías planificado una sesión XXX con tu *familiar*? —gruñó Mary malhumorada, seguramente porque Rayan la había despertado sin consideraciones.

—¿Y pensabais reducir a un atacante con zapatillas de Papa Noel? —preguntó Hunter rascándose el pecho.

—Mmm… —replicó Rayan distraído.

En cuanto Hunter detectó la dirección de su mirada, gimió, me cogió por los hombros y me colocó delante de él a modo de escudo.

—Me dijiste que tenía un buen trasero. ¿Por qué no me avisaste que por el frente las vistas son aún mejor? —se quejó Rayan, saliendo de su estado hipnótico.

Mary parpadeó con los mofletes colorados.

—Porque es la primera vez que lo he visto desde esta perspectiva. —Los ojos de Mary se abrieron de repente e inspeccionaron la mesa en la que había trabajado, antes de echarme una ojeada inquisidora—. Dime que no has tratado de poner en práctica esa escena que leímos en *El cuento de la bestia*. ¡Tenemos una tetería abierta al público!

—¡No! ¡Claro que no! —me apresuré en negar, aunque no por ello mi cuerpo dejó de reaccionar a la imagen que se pintó en mi

mente y las posibilidades que ofrecía.

—¿De qué está hablando? —me preguntó Hunter en un murmullo interesado.

—De nada —repliqué más cortante de lo que pretendía.

—No debe ser *nada* cuando puedo oler tu excitación —me susurró con los labios rozándome el lóbulo.

Gemí para mis adentros. Mi relación con él iba a ser complicada si su olfato podía captar mis emociones o estados hormonales.

—¿Estáis hablando de esa historia del rey vampiro y la humana a la que confundieron con una esclava sexual? —preguntó Rayan.

—Mmm, eso suena interesante.

—Cállate —le ordené a Hunter propinándole un codazo, que solo consiguió hacerlo reír.

—Pues igual deberías probar con esa técnica —sonrió Ray de repente—. Recuerdo que la protagonista era capaz de impregnar las galletas con emociones que luego podían saborearse. ¿No sería más práctico que tus dulces tuvieran las propiedades de tus infusiones? Serían bastante más fáciles de transportar y se conservarían durante más tiempo.

—¡Noelia! ¡Ray tiene razón! —saltó Mary excitada—. ¡Tienes que probarlo!

—¿Te has vuelto loca? —retrocedí, pero el cuerpo de Hunter me detuvo.

—Sea lo que sea, me ofrezco voluntario.

Me subió el calor hasta la coronilla cuando la parte de su anatomía que se ofrecía de voluntaria quedó apretada contra mi trasero.

—¡Hunter! —Con el corazón acelerado di un paso adelante para separarme de él—. ¿Os habéis vuelto todos locos?

Lo que fuera que iban a contestarme, se cortó tan pronto sonó la alarma del horno.

—Eh… Tenemos un pequeño problema, cielo. —Hunter me detuvo con las manos en mi cintura cuando me dirigía a sacar las bandejas—. Sigo en pelotas —me confesó al oído.

—Ah…, sí…, eh… —Me quité el delantal y se lo entregué sin girarme, mientras Rayan y Mary nos observaban desde la puerta. ¡Salidos! Ninguno de los dos apartó la mirada—. ¿Un café? —pregunté de camino al horno.

—Yo me encargo de hacerlo —se ofreció Hunter.

—¿Quién puede negarse a una oferta así? —ironizó Ray, sentándose a la mesa, con los ojos puestos sobre el trasero de mi familiar y una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Rayan!

—¿Qué? Mis manos están aquí, a la vista de todos —contestó alzando los brazos con inocencia—. Además, tengo una cita con Xavier más tarde. Lo más que podría hacer ahora mismo es ir calentando motores.

—¡Ray!

Abochornada, me giré hacia Hunter, quien lejos de parecer cohibido u ofendido se limitó a lanzarme un guiño divertido.

—No te creas que porque nos hayan interrumpido te has librado de las consecuencias de lo que me has hecho —le advertí irritada—. Me has mentido, engañado y te has aprovechado de mi inocencia.

—Si hay una cama involucrada, estoy más que dispuesto a recibir un castigo, brujita —contestó por lo bajo, nada arrepentido.

Entrecerré los ojos. ¿Se podía ser más prepotente y engreído? Iba listo conmigo. ¡Claro que iba a darle su merecido en la cama! Pero con el propósito de que se confiase hasta que le llegase el verdadero castigo, sonreí con inocente dulzura, acallando la vocecita que me acusaba de usar excusas para justificarme y que no había parado de apretar los muslos.

—Por supuesto, cariño. ¿Qué clase de bruja sería, si no supiese cómo meter a mi familiar en vereda?

Le devolví el guiño y me senté en la mesa, con mi nueva taza de café y los engranajes en mi cabeza girando como una maquinaria bien engrasada, mientras trazaba un plan maquiavélico que le enseñase a no reírse de mí ni a tomarme por tonta.

# Capítulo Treinta Y Dos

## HUNTER

Hacía un frío de la leche. No es que eso fuese algo raro en pleno mes de diciembre, pero soplaba un viento helado del norte que, por sí mismo, ya le congelaba a uno las gotitas de agua en la punta de la nariz. Pasarnos tres horas sentados en las gradas, viendo jugar al equipo infantil de béisbol, iba a ser una tortura.

¿Cómo conseguía disfrutar la gente de la Navidad cuando todo lo que implicaba eran compromisos, compromisos y más compromisos? Solo de pensar en las listas de deseos que se me iban acumulando en la guantera del coche, de mis sobrinas, primas, tías, abuela, amigas y las brujas de mis compañeros, ya me producía sarpullidos. ¿Por qué necesitaban hacer listas cuando bastaba que dijeran a las claras qué era lo que querían? ¿Qué idiota se atrevería a negarle un deseo a una bruja? O, mejor aún, ¿por qué no podían comprárselo ellas mismas, al igual que hacíamos los familiares y dejaban de complicarle la vida a los demás? Era una suerte que a ninguno nos faltase el dinero y que nuestra tortura navideña ayudase a mantener a flote la economía local.

—Noelia nos ha hecho algo de café para calentarnos. —Josh nos dejó un par de bolsas de tela ante nuestros pies—. ¿Hace mucho que empezaron?

—No, apenas llevan unos diez minutos —aclaró Scott.

—¿Dónde te has encontrado con ella? —No es que no confiara en Josh, era mi mejor amigo después de todo, pero mi curiosidad me ganó.

—Me envió un mensaje su amiga Mary. Me preguntó si me podía pasar por la tetería. Al parecer pensaba venir, luego se le complicaron las cosas con uno de sus proveedores, de modo que me dio el café y una fiambrera para que los trajera yo.

—¿Café? ¿Caliente? —En cuanto Al sacó uno de los termos y lo desenroscó, soltó un gemido de placer—. Hunt, dime que me vas a cambiar tu bruja por la mía. Cassandra no solo es una arpía, sino

que te juro que no es capaz de cocinar un huevo pasado por agua. Con suerte me mandará una poción que me deje calvo o las instrucciones de cómo colgarme de un árbol para dejar de importunarla.

Reí junto a los demás hasta que me llegó el vapor caliente, no solo se abrieron mis fosas nasales y mi boca se inundó de saliva, sino que mi pecho se infló con una extraña sensación de orgullo. Lo cierto era que deberíamos haber pensado nosotros en traer unos termos, pero, a falta de nuestra previsión, que Noelia fuera la única de las mujeres que había tenido aquel detalle me llenó de placer.

—También nos ha preparado unos sándwiches y nos ha dejado una fiambrera de galletas que le han sobrado de algún encargo. —Josh se sentó a mi lado y repartió los sándwiches mixtos.

Por un rato vimos el partido comiendo en silencio, con los ocasionales gritos de ánimo. Era lo bueno de nuestra relación y de los años que llevábamos juntos, que no necesitábamos rellenar el vacío con charlas triviales.

—Que alguien me recuerde de nuevo por qué tenemos que estar aquí afuera congelándonos el culo en un partido infantil cuando la temporada ya debería haber terminado —gruñó Ren chupándose los dedos tras el último bocado.

—Cuando tengas hijos, lo comprenderás. —Brad estiró las piernas y se sopló las manos antes de metérselas bajo las axilas—. ¿Habéis dicho algo de galletas?

—*Nop*. —Josh cogió una fiambrera alargada, abrió la tapa y olisqueó—. No hay suficientes para todos, solo para mí y H.

Arrebatándosela seguí su ejemplo y acerqué la nariz. Mi estómago gruñó ante el prometedor aroma.

—¿Por qué iba a compartirlas contigo? Son de mi bruja, ¿no?

—No seas cabrón —protestó Josh—. He sido yo el que te las ha traído.

—Tú lo has dicho: me las has traído. —Le sonreí satisfecho.

—¡Olvidadlo! —Al me arrebató la fiambrera de un tirón—. O las compartís o nadie come galletas.

—¡Son mías! —Traté de recuperarlas, pero Al como de costumbre fue el más rápido.

—¿Quieres que llame a Noelia y que le pregunte? —Sus cejas se elevaron con un gesto triunfal mientras que las mías se fruncieron en un ceño—. ¿Quién quiere?

Si hubiese tirado un maletín de billetes de quinientos en la Quinta Avenida de Nueva York, no habría formado el caos que liamos tratando de meter las manos en la caja para hacernos con

nuestro trofeo. Con una carcajada, conseguí un puñado de galletas antes de que Scott se llevase la fiambrera a la otra esquina, mientras que Josh, quien se había quedado sin ninguna, lo arrinconaba dispuesto a lanzarse sobre él. Con una amplia sonrisa, me metí una de las galletas en la boca mientras observaba a mis amigos luchando por hacerse con el resto.

Brad, a mi lado, tenía idéntica expresión victoriosa que yo al alzar una. Cuando su mirada cayó sobre mi cara, se congeló en el sitio.

—Eh… Josh. ¿De qué dijiste que habían sobrado las pastas? —preguntó Brad sin perderme de vista.

—Ni idea, de algún encargo. Siempre suelen hacer de más por si se les rompen algunas mientras están en el horno o al manipularlas. ¿Por qué?

Brad se rascó el pecho.

—Porque a menos que me equivoque, H se está comiendo una polla y creo que no es el único.

Un par de madres sentadas delante de nosotros, nos echaron una ojeada que no tenía nada que envidiar a las que echamos nosotros a las galletas en nuestras palmas.

Scott carraspeó.

—Pues sí, tiene toda la pinta.

—La mía es un marinero en pelotas —dijo Al con una risita—. Y la otra es un estríper en tanga con orejas de conejito.

Después de comprobar que entre las mías también había un estríper, me tragué un gemido adolorido.

—Bien, creo que ya puedo decir que he chupado una po… eh, eso —terminó Al al tiempo que otra madre le fulminó con la mirada.

Brad acabó por encoger un hombro.

—Si alguien no se siente lo bastante maduro y viril esta tarde y está dudando si comerse su P-O-L-L-A, que me la dé. No tengo problemas por hincarle el diente.

—Las ganas —gruñó Al.

Como si hubiese sido una señal, todos le dimos un vigoroso mordisco a las galletas.

Pasó al menos media hora en la que estuvimos centrados en el partido y en animar al equipo local, antes de que nadie volviera a hablar. El café hizo su efecto, porque acabé por abrirme el chaquetón por el repentino calor.

Brad fue el primero que comenzó a moverse inquieto en su asiento. Cuando también empezaron a hacerlo Scott y Josh,

intercambiamos unas miradas inquietas.

—Eh, chicos, ¿soy el único que de repente tiene calor y al que los vaqueros se le han encogido? —preguntó Al.

Algunos bajaron la vista a su ingle. Yo apreté los párpados. No necesitaba mirar abajo para saber que la tenía empinada desde hacía ya un rato. Había pensado que era una reacción a los pensamientos que se dirigían una y otra vez hacia mi bruja, pero no, habría sido demasiada casualidad que sentados a plena intemperie, a seis grados de temperatura, congelándonos el culo, todos pensásemos al mismo tiempo en nuestras mujeres y que tuviésemos las mismas reacciones físicas. No. Nada de eso. Noelia había vuelto a hacer de las suyas. Había vuelto a emplear la magia en sus galletas. Estaba dispuesto a apostarme todas las guardias del mes siguiente.

—Uh… —Ren se aflojó el cuello de su camisa—. Creo que alguien debería preguntarle para qué clase de despedida de soltero ha hecho estas galletas, porque tengo la sensación de que no iban destinadas a las solteras.

—¿Los marineros no son más bien un icono gay? —preguntó Scott.

Gemimos todos al unísono como un coro bien entrenado.

—Uh… —Al se aclaró la garganta—. Tu bruja no sería capaz de repetir la broma del otro día cuando te convirtió en un sapo verrugoso, ¿verdad?

—Ninguno de nosotros se ha convertido en sapo, Al —replicó Marcos con un resoplido.

—No. Pero si es como mi Cassandra —replicó Al—, entonces, es capaz de habernos llenado las pollas de verrugas y manchas raras, o haberles hecho crecer pelos y ojos en la punta.

En el campo la gente se levantaba de sus asientos animando la carrera, pero todos nos quedamos congelados en el sitio, como si alguien nos hubiese vaciado los pulmones y no pudiésemos movernos sin caer muertos.

—Al solo tiene un exceso de imaginación, ¿verdad, Hunter? —pidió Ren con una voz tan aguda e insegura que no parecía ni él mismo.

No habría sabido decir quién fue el primero, pero le seguimos tan rápido en abrirnos las braguetas y echar una ojeada que los repentinos suspiros de alivio, que resonaron en nuestra grada, parecieron uno solo. No fue hasta que nuestros hombros se relajaron que vimos al resto de los espectadores mirándonos boquiabiertos.

—Que alguien me eche otra taza de café —gruñí entre dientes—. Pero echadle algo de güisqui, porque, como no me serene de aquí a que acabe el partido, voy a estrangular a una bruja.

# Capítulo Treinta Y Tres

GRUPO DE CHAT DE NOELIA Y SUS COJINES

**Mary:** ¿Dónde estás?

**Mary:** ¿Qué les has hecho a los chicos?

**Rayan:** ¿Con cuál de las dos estás hablando?

**Noelia:** Estoy en la cola del supermercado.

**Noelia:** ¿Qué chicos?

**Mary:** A Hunter y sus amigos.

**Rayan:** ¿Les has hecho algo?

**Noelia:** ¿Qué se supone que les he hecho? Ya os he dicho que estoy en el súper.

**Mary:** Anoche les dejaste galletas para el partido.

**Noelia:** ¿Y? ¿Eso ahora es un crimen?

**Mary:** Están con un mosqueo de la leche. Ten cuidado.

**Noelia:** ¿Mosqueo? ¿Por qué? ¿Por engordar doscientos gramos?

**Rayan:** Si son doscientos gramos en el sitio correcto nunca sobra, aunque por lo que he visto de Hunter, yo diría que está bastante

bien como esta. <Emoticono carita con babas>.

**Noelia:** ¡No seas baboso! <Emoticono carita con lengua afuera>.

**Mary:** Josh dijo que les distes las galletas que te sobraron de la fiesta de despedida de soltero gay.

**Noelia:** ¿Y? Las galletas son galletas.

**Rayan:** Dime que fueron de esas que Noelia hace con pollas con la puntita llena de azúcar glasé.

**Rayan:** Y sus huevos bien gordos.

**Noelia:** Uuuff, no hace falta que seas tan explícito. Es obvio que no eran bolas de Navidad lo que tenían colgando. Aunque ahora que lo dices, voy a tener que probar a ver cómo quedan.

**Mary:** ¡Las mismas!

**Rayan:** ¿Y yo me lo he perdido?

**Rayan:** Con lo que me hubiera gustado ver a Hunter y Josh con una buena polla entre los labios. <Emoticono carita risa, emoticono carita risa, emoticono carita risa>.

**Mary:** ¡Ains, que me meo! <Emoticono carita llorando a mares>.

**Mary:** Según Josh, las madres y padres, que estaban allí, se quedaron mirándolos como si fueran unos pervertidos, y uno de los padres se le acercó cuando fue al baño y le dejó su número de teléfono.

**Rayan:** <Emoticono carita risa, emoticono carita risa, emoticono carita risa>.

**Rayan:** Uuuff, lo que habría dado por estar allí. Les habría enseñado cómo chupar la leche de la puntita sin estropear la galleta.

**Noelia:** ¡Rayan!

**Rayan:** ¿Qué? Soy un artista chupando solo la puntita. <Emoticono carita de santo>.

**Mary:** ¡Di que sí, Ray! <Emoticono carita risa, emoticono carita risa, emoticono carita risa>.

**Noelia:** No pienso seguir hablando de este tema.

**Noelia:** Sois unas viejas verdes, las dos.

**Mary:** No seas aguafiestas.

**Noelia:** No quiero ver a Rayan chupando puntitas. ¡Es como un hermano!

**Rayan:** ¿Y a Hunter sí? <Emoticono diablo>.

**Noelia:** No pienso contestar a eso. <Emoticono carita sonrojada>.

**Mary:** ¡Lo que daría por ver a Josh haciéndolo!

**Rayan:** Si necesita pareja para practicar, me ofrezco voluntario.

**Mary:** Aaaarrggg, Noelia tiene razón. Eres como mi hermano. Además, ¿anoche no estabas con Xavier? No regresaste hasta la madrugada.

**Mary:** ¡Uuuff! Ahora necesito frotarme el cerebro con lejía para sacarte de mi mente <Emoticono carita nauseas>.

**Rayan:** Exagerada.

**Mary:** ¿Tú me quieres ver con Damian cuando lo hacemos detrás de la barra?

**Noelia:** ¡Mary! ¿Cómo se te ocurre hacer algo así?

**Noelia:** ¿Y no lo habías dejado ya?

**Rayan:** Ni se te ocurra pensarlo. Te quiero, pero eres un putón

verbenero.

**Mary:** Ídem.

**Mary:** Y sí, le he dado largas. Solo era un ejemplo.

**Noelia:** ¿En serio?

**Noelia:** ¿Todo esto solo por unas galletas?

**Mary:** Pensé que lo habías hecho a propósito, porque querías reírte de ellos.

**Mary:** Me dijiste que ibas a hacerle pagar a Hunter por no contarte que era Hunter Jr.

**Noelia:** No digo que no sea gracioso imaginármelos con esas galletas, pero ni siquiera me acordé de que eran las que sobraron de la despedida de soltero.

**Noelia:** Mi plan era estampar por delante todos sus bóxeres con renos y Santa Claus borrachos y ponerle en la espalda de las camisetas, con las que va al gimnasio, «propiedad de una bruja» o «la bruja con la que me acosté me ha encogido el pene», o algo así.

**Rayan:** Tú y tu cabeza. Nunca vas a cambiar.

**Mary:** Me gusta tu plan. Quiero verle la cara cuando la gente se ría de él y descubra lo del micropene. <Emoticono carita de santo>.

**Noelia:** Sigo pensando que solo son galletas. <Emoticono ojos hacia el cielo>.

**Desconocido:** Ese es el problema. No eran solo galletas.

**Noelia:** ¿Quién eres y qué haces en este chat?

**Rayan:** ¿De dónde ha salido eso? <Emoticono carita boquiabierta>.

**Mary:** ¿Nos están espiando el grupo? <Gif: ¡OMG!>.

**Desconocido:** Tranqui, colegas. Soy Gwen.

**Rayan:** ¿Qué Gwen? ¿La brxxx?

**Gwen:** El hada madrina de Noelia.

**Mary:** La bruja, sí.

**Gwen:** No me llames bruja, una hada madrina es más guay.

**Noelia:** Gwen, ¿de dónde has salido? ¿Cómo has entrado en este chat?

**Gwen:** Soy bruja, ¿recuerdas?

**Gwen:** Por cierto, a lo del encantamiento de las camisetas ponle un retardante que vaya asociado al sudor. Así no se dará cuenta de lo que has hecho hasta estar en el gimnasio.

**Gwen:** Pero que conste que yo no he dicho nada. Todos mis mensajes desaparecerán una vez que acabe esta conversación.

**Mary:** Pero ¿no acabas de decir que preferías ser hada madrina?

**Gwen:** Eso. <Emoticono mono tapándose los ojos>.

**Noelia:** Gwen, ¿a qué te refieres con eso de que no eran solo galletas?

**Gwen:** A que no lo eran.

**Rayan:** ¿Alguien me puede explicar de qué va todo esto?

**Rayan:** Aquí un pobre mortal perdido entre chochos mágicos y cosas de esas. <Emoticono carita llorando a mares>.

**Mary:** Josh dice que se pusieron todos palote durante el partido.

**Mary:** Y que no fue ni por las madres marujas ni por las animadoras con coletas y aparatos en los dientes.

**Rayan:** ¿Palote? ¿Insinúas que la tranca se les puso dura?

**Mary:** Más que los bates de béisbol con los que estaban jugando el partido. <Emoticono carita sonrisa pícara>.

**Rayan:** <Gif: *What the Fuck?*>.

**Noelia:** Imposible, solo eran galletas.

**Rayan:** ¡Me llevo un camión de esas conmigo cuando me vaya!

**Mary:** ¿Estás diciendo que no lo sabías?

**Noelia:** ¡Que solo eran galletas!

**Gwen:** ¿En qué pensaste al hacerlas?

**Gwen:** Los pensamientos pueden materializarse cuando una bruja se concentra en ellos.

**Noelia:** ¡Déjate de bromas, Gwen!

**Rayan:** ¿Mi chocho preferido tiene una mente sucia?

**Mary:** ¡Se te ha visto el plumero, santurrona! <Emoticono diablo>.

**Noelia:** Me salgo del grupo, idos todas a tomar viento fresco.

**Mary:** Yo que tú me iría preparando. Hunter viene a por ti.

**Gwen:** Hunter está con un mosqueo del quince. Una de las madres tiene una cabaña de vacaciones cerca de la suya y ahora no deja de llamar a su puerta, supuestamente para pedirle leche y huevos.

**Rayan:** ¡Nunca mejor dicho! <Emoticono carita risa, emoticono carita risa, emoticono carita risa>.

**Rayan:** ¡La que has liado, chocho! <Emoticono mujer encogiendo hombros>.

**Mary:** ¡Ay, la leche! <Gif: mono partiéndose de risa>.

**Gwen:** Aún estás a tiempo de huir.

**Rayan:** Recuerda que te quiero.

**Rayan:** No te olvides de hacerme esas galletas antes de desaparecer.

# Capítulo Treinta Y Cuatro

## HUNTER

—¿Qué cojones le pasa a todo el mundo hoy? —Me sequé el sudor de la frente con la toalla y me la lancé al hombro para sacar la mochila con la ropa limpia y el neceser de mi taquilla.

—¿A qué te refieres? —Josh intercambió una mirada con Scott y se frotó la barbilla con una mueca.

Me detuve en el proceso de quitarme las zapatillas de deporte.

—¿Que hoy a todo el mundo le ha dado por acercarse a mí para saludarme y abrazarme? Me siento más manoseado que un billete de un dólar. ¿Por qué te ríes? ¿Qué pasa? Suéltalo de una vez.

—No sé qué decirte, macho. Luego, como se te vaya la pinza, es a mí al que le toca recoger tu mierda.

—¡Josh!

Ren se acercó, me puso las manos sobre los hombros y me miró a los ojos.

—Escucha. Te comprendo, sé que es duro. Soy el primero que está con una bruja loca y vengativa, pero ya verás que con el tiempo todo se resolverá, te perdonará y todo volverá a ser como antes.

—¿De qué estás hablando, Ren?

Fruncí el ceño. ¿Se estaba riendo de mí? En la reunión en casa de Elisenda, que tuvimos el domingo, había quedado patente que Noelia y yo pasábamos a la siguiente fase con honores. Habíamos hecho las paces y, a falta de cerrar nuestro vínculo, nos llevábamos bien. Más que bien si considerábamos la forma en la que se derretía en mis brazos cada vez que la besaba.

—Si es por el tema de las galletas, solo se ha tratado de uno de sus patinazos mágicos. —Me quité la camiseta y la tiré al banquillo.

Por las miradas que se echaron los unos a los otros, nadie se lo creyó.

—Escucha, te lo digo en serio —insistió Ren—. Tener un micropene no es algo de lo que avergonzarse. Hoy en día hasta el

más pringado sabe que existen multitud de alternativas con las que darle placer a una mujer y dejarla satisfecha.

—Ren, me estoy hartando. ¿De qué micropene ni qué leches me estás hablando?

Nunca me habían gustado los acertijos. Me hacían chirriar los dientes. A alguien se le escapó una carcajada contenida, lo que solo añadió más leña al fuego. Marcos pasó por mi lado con un gruñido, cogió la camiseta que me había quitado y me la tiró sin detenerse.

Confundido, miré la ilustración de una rama de abeto adornada con bolas y un texto que estaba absolutamente seguro de que no estaban en la espalda de la prenda al ponérmela.

«Ver tantas bolas de Navidad me recuerda que tengo un micropene. Necesito tu abrazo».

Un escalofrío me recorrió. Noelia no se habría atrevido a… ¡No! ¡No podía ser! Bajé la mano a mi entrepierna para comprobar que todo seguía en su sitio y con el tamaño adecuado y solté un suspiro de alivio por segunda vez en una semana.

—¡La madre que la parió! —mascullé entre dientes—. Por un momento temí que lo hubiese hecho de verdad.

Como si aquel fuera el pistoletazo de salida, las risas inundaron los vestuarios. Scott se sujetaba la barriga, Ren tenía lágrimas en los ojos y hasta Josh sacudía la cabeza con una risita. ¡Malditos cabrones! Mosqueado, arrojé la camiseta y me quité el pantalón corto.

—Malditos hijos de puta, me podríais haber avisado. Llevo toda la tarde preguntándome por qué la gente me estaba echando ojeadas cargadas de lástima o mordiéndose las mejillas y creo que he recibido abrazos de todas las jubiladas de la comarca.

Por supuesto que me estaban mirando. ¿A quién no le iba a llamar la atención un tipo con una camiseta en la que declaraba a todo el mundo que estaba deprimido por su micropene?

Ren encogió un hombro.

—¿Dónde estaría la gracia si te lo hubiésemos advertido? Preocúpate más bien por descubrir qué la ha mosqueado, porque, hasta que lo hagas, las cosas solo irán a peor. Las galletas y esa broma no han sido más que un aviso.

—¿Aviso de qué? ¡Yo no le he hecho nada!

—Mmm… —Brad me miró la ingle como si esperase que de un momento a otro se hiciese realidad la inscripción en la camiseta.

—¡Deja de mirarme así, si no quieres que le diga a tu esposa que

te has cambiado de acera! —le gruñí.

Brad sonrió divertido.

—Créeme, después de cuatro años casados y dos niños, mi mujer sabe de sobra de qué pie cojeo. —Se rascó el pecho con pasividad. ¡Cabrón afortunado!—. Por cierto, bonito bóxer.

Dudo mucho que quedase un único par de ojos que no bajara a mi entrepierna en aquel preciso instante, los míos incluidos. Lo primero que me llamó la atención fue que eran de un rojo tan chillón que prácticamente dejaba ciego. ¿Desde cuándo había en mis cajones ropa interior de ese color? Desde mis años de instituto, no recordaba que nadie me los hubiese regalado para Navidad o Año Nuevo, y yo, desde luego, no me los había comprado. Pero que en pleno centro abultado estuviera ubicado el rostro de un Santa Claus, en obvio estado de embriaguez, solo confirmaba mis sospechas de que aquel bóxer no era mío.

—Yo diría que definitivamente has hecho algo —opinó Scott sin apartar su mirada de mi miembro.

Empezaron a entrarme ganas de taparme.

—¿Alguien me puede decir qué es lo que pone?

Ren sacó una foto con el móvil y de inmediato el mío sonó con un mensaje entrante.

—¿Se ha enterado de que Aurora ha vuelto a proponerte? —preguntó Josh.

—¿O de que tu vecina está haciéndote propuestas indecentes? —añadió Al.

—¿Os podéis ir todos un poquito a la mierda? —gruñí.

Cogiendo mi móvil, descargué la foto que Ren me acababa de enviar. La sangre se me subió de golpe a la cara y, si en vez de un felino hubiese sido un dragón, me habría salido humo por las orejas. ¡¿Cómo se atrevía?!

Josh arrastró los pies incómodo.

—H, no es para tanto, cálmate.

—¿Que no es para tanto? —le pregunté alucinado—. ¿Te imaginas que esta tarde hubiésemos tenido una patrulla y que hubiera tenido que desvestirme delante de los hermanos Tyler? El condado entero se habría enterado de que tengo… —señalé con la mano mi entrepierna—. Y ni que hablar si me hubiesen pescado las brujas de nuestro aquelarre.

Varios de mis amigos se pusieron a gemir por empatía. No es que fuera frecuente que ellas nos viesen en paños menores, pero a veces las circunstancias y la necesidad de cambiar a nuestra forma animal lo hacían inevitable.

—Siento darte malas noticias —dijo Marcos al regresar de las duchas con una toalla alrededor de la cintura.

—¿Más? —mi voz fue tan profunda que comenzaba a ser más animal que humana.

—Gírate hacia ellos.

El clic de un móvil, que avisó que habían tomado otra foto, quedó sofocado por las risas y carcajadas.

Con el ácido en mi estómago saltando como la lava de un volcán a punto de entrar en erupción, abrí WhatsApp y pasé de largo de la foto que me habían tomado antes, en la que ponía:

«Se me ha acabado el carbón, este año hay ladillas».

Descargué la nueva imagen y casi me atraganté con mi propia saliva al descubrir mi trasero, con la inscripción:

«Pedos navideños. La magia de estas Navidades. A solo $ 1 la unidad».

De repente mi móvil comenzó a sonar como loco y la aplicación se llenó de mensajes.

**Aurora:** No te preocupes, gatito, puedo revertir el hechizo del micropene.

**Margot:** ¿Necesitas ayuda con las ladillas?

**Gwen:** No soy muy de pedos, pero si son navideños deben de oler a vainilla o canela o algo así, ¿no? Me pido uno para saber a qué se refiere. ¿El dinero es para ti o lo destinarás a alguna organización benéfica?

**Selena:** Tío, ¿ladillas? ¿En serio?

**Aurora:** No necesitas a una bruja que te humille y trate así.

**Cassandra:** ¿Dónde demonios has cogido ladillas? Deberías tener más cuidado con quien te acuestas.

**Elisenda:** ¿Qué te he estado diciendo este domingo en la reunión entre familiares y brujas? ¿Es que no has estado prestando

atención?

¿Cómo cojones se habían enterado? Entrecerré los ojos mientras mis compañeros parecían demasiado ocupados partiéndose el culo a mi costa. Me habría gustado pensar que Noelia había compartido unas imágenes de mi ropa antes de gastarme la broma, pero era demasiada casualidad que los mensajes hubiesen comenzado justo después de que mis amigos me hubiesen enviado las fotos. Una de aquellas brujas chismosas había interceptado los mensajes y las había difundido en el chat del aquelarre, estaba completamente seguro de ello.

—¿He dicho ya que voy a estrangularla? —pregunté entre dientes—. Que alguien me diga que podré rematarla luego al menos una docena de veces más.

# Capítulo Treinta Y Cinco

## NOELIA

**Jadis:** ¿Es cierto que le has encogido a Hunter el pene y que se lo has dejado del tamaño de un clítoris?

**Noelia:** No. Claro que no. ¿De dónde has sacado semejante idea?

**Jadis:** No se habla de otra cosa en el chat del aquelarre, y Aurora no deja de hablar consigo misma, diciendo cosas muy raras sobre ella y Hunter.

Solté despacio la tetera sobre el mostrador. No me gustaba Aurora, me daba mala espina y, aún menos, la idea de que entre ella y Hunter todavía pudiera existir algo.

**Noelia:** ¿Qué dice?

**Jadis:** Que en cuanto solucione lo de las ladillas, se va a encargar de que Hunter te olvide.

¡¿Qué diantres?! ¿No existía ningún juramento hipocrático o *brujeril* que nos obligase a respetar y dejar en paz a los familiares de otras brujas? Si no lo había, definitivamente iba a tener que hablar con Elisenda para que se encargara de ello.

**Jadis:** Que no te lo mereces.

¿Y ella sí? ¿Quién querría a una mujer tan manipuladora y malvada en su vida?

**Jadis:** Y que Hunter siempre fue suyo.

Esa afirmación hizo que me detuviera. ¿Era por eso por lo que Hunter no había cerrado nuestro vínculo? Había dicho que era porque necesitábamos conocernos y seguir adelante solo cuando estuviésemos seguros de lo que queríamos. ¿Estaba conmigo porque no le quedaba más remedio mientras en secreto seguía amando a Aurora? Tragué saliva.

**Jadis:** Yo que tú tendría cuidado con ella. Se ve que está bastante obsesionada con él.

Mis hombros cayeron. Si eso era cierto, entonces éramos dos.

Joan entró en la tetería con una de esas sonrisas a las que era imposible no responder, incluso aunque la posibilidad de que Hunter siguiera enamorado de Aurora estuviese revolviéndome las entrañas.

—Hola, ¿qué haces aquí? —le pregunté cuando entreabrió la puerta de la cocina para soltar su mochila y coger un delantal.

—Elisenda me avisó de que os hacía falta cubrir un turno.

Sin poder evitarlo fruncí el ceño. Rayan estaba apostado en un rincón de la barra tonteando con Xavier mientras ordenaba los cubiertos que acababa de sacar del lavavajillas, y Mary se encontraba en la caja cobrando al grupo de estudiantes de intercambio que solía visitarnos por las tardes.

—¿Tú le has pedido a alguien que nos eche una mano esta tarde? —le pregunté extrañada a Mary.

Teníamos trabajo, pero estaba más que controlado con la ayuda de Ray.

—No, ¿por?

—Nada. —Repasé mentalmente nuestro aprovisionamiento de dulces por si Elisenda había visto una repentina avalancha de clientes. Era raro, sin embargo, podía ocurrir si coincidía con un autobús de turistas o alguna reunión multitudinaria en el ayuntamiento al final de la calle.

—No le des tantas vueltas —me interrumpió Joan en mis pensamientos—. Ya estoy aquí, lo peor que puede pasar es que le meta mano a tus polvorones de coco.

Reí sin poder evitarlo. Los polvorones, junto a los *krinkles* estonianos y los minipanetones italianos, estaban siendo un éxito, aunque, más que los dulces, lo que de verdad parecía estar atrayendo a nuestra clientela eran los rumores que se habían extendido sobre mis infusiones. Me sentía culpable porque mi magia nos estuviera trayendo tanta gente, pero por fin había podido

comprar las piezas para que Mary arreglase a Bernie y el mes siguiente, si todo salía bien, íbamos a poder pagar un pequeño adelanto de nuestro préstamo.

—Híncales el diente. —Le sonreí agradecida—. ¿Te apetece una infusión o un café?

—Mejor infusión. ¿Cuál me aconsejas?

—Tienes que probar la de canela —dijo Mary con un susurro conspirador—. Me lo agradecerás, pregúntale a Rayan.

—¿Rayan también la ha probado? —Se me puso el vello como escarpias, y de inmediato lo miré para asegurarme de que no estaba babeando encima de uno de nuestros clientes.

—*Nop*. La acabó tomando Xavier.

—¡¿Cómo has dejado que Rayan le dé eso?! —le exigí alarmada.

Mary se quitó una pelusa imaginaria de la manga.

—Lo pidió Xavier y le avisé antes de que lo hiciera. Además, llegas tarde. ¿A dónde crees que desaparecieron cuando se fueron durante casi una hora?

—Bien. —Joan sonrió de oreja a oreja—. Si os ponéis así, tengo que probar esa infusión, sí o sí.

Solté un gemido y me pasé una mano por la cara. ¿Por qué todo el mundo quería subir su libido? Bastaba con que se buscasen a un tipo que exudase el *sexapil* de Hunter para que su cuerpo subiese varios grados de temperatura.

Como si mi mente acabase de conjurarlo, la puerta se abrió y los ojos verdes con los que acababa de fantasear aparecieron frente a mí, aunque, en vez del deseo y las promesas ardientes que habían reflejado en mi imaginación, los reales estaban llenos de furia apenas contenida.

—¿Hunter?

—No la esperéis de regreso esta noche —le advirtió a Mary sin mirarla.

—¡Hunter! —grité cuando mi mundo se volvió del revés y mi estómago acabó aplastado contra su hombro—. ¡Hunter! ¿Qué haces?

—Demostrarte todas las cosas que un hombre con micropene puede hacer para satisfacer a una mujer, hasta que me hagas una camiseta en la que reconozcas que soy un semental y que te encanta montarme.

—¿Te has vuelto loco? —pregunté sin aliento.

—Debe de ser por las ladillas o la magia de mis pedos navideños —gruñó, dejándome caer en el asiento de su todoterreno—. Aunque, yo que tú, no me lo recordaría a menos que quieras que te

regale un extra de magia navideña de la que te entra por la nariz y te deja mareada.

La simple idea me hizo encoger el hocico y alzar las manos en rendición.

—Mejor empezamos por el tema del micropene y avanzamos desde ahí —suspiré.

Hunter se paralizó, entrecerró los ojos y acabó por dar un portazo antes de dar la vuelta al vehículo.

¿Qué pensaba hacerme? ¿Demostrarme todas las cosas que un hombre con micropene podría hacer por satisfacerme? Apreté los muslos con anticipación. Tenía mis dudas sobre si aquello podría considerarse un castigo, pero, si era tan bueno como sonaba, veía muchos castigos en mi futuro próximo. Oculté mi sonrisa en cuanto se montó en el asiento del conductor y me relajé en el mío. Si tenerlo a él haciéndome el amor toda la noche era el precio que tenía que pagar por ser bruja, entonces, sin duda, valía la pena pasar por caja.

Mi mente regresó al mensaje de Jadis y mi sonrisa secreta se evaporó. Tenía que preguntarle a Hunter sobre Aurora. Podía entender que necesitase tiempo para decidir si prefería estar con ella o conmigo, pero seguir acostándome con él si estaba pensando en otra era un «NO» en mayúsculas.

# Capítulo Treinta Y Seis

## HUNTER

—¿Qué, Hunter? ¿No tienes nada que contarnos acerca de tu bruja? —Ren le lanzó una ojeada significativa al estampado de mi nueva camiseta.

Después de negociar durante casi una hora con Noelia me conocía la inscripción de memoria.

«Querido Santa, la culpa de que sea un semental es de mi bruja».

Tomándome mi tiempo en contestar, contemplé la lisa superficie del lago en el que el movimiento de la tanza y los anzuelos creaba pequeñas ondas. Reprimí la sonrisa que me provocaban los recuerdos de la noche anterior. Me había ganado mi nueva camiseta con mi insistencia para que reparase la humillación a la que me había sometido ante el aquelarre, dándole más importancia de la que realmente tenía, por el solo hecho de que con ello me había dado la excusa de tenerla bailando a mi capricho por unos días. Su condición de incluir un sello estampado con las palabras: «propiedad privada», fue una grata sorpresa, aunque no por ello se lo puse fácil. Ella luchó con uñas y dientes por salirse con la suya y yo lo disfruté hasta el último segundo.

Puede que otros hombres tuviesen problema con ser considerados propiedad de una mujer, yo no lo tenía, más bien al contrario. Desde que hicimos el amor por primera vez, cualquier duda al respecto se había esfumado. Y que ella quisiera dejarlo claro ante el mundo me llenaba de un secreto regocijo. Que mi *statu quo* se airease en público tenía además otra ventaja, o dos. La primera era que calmaba los celos de Noelia, por muy adorables que me parecieran su ceño fruncido y la manera en la que se mordía los labios cada vez que se mencionaba el nombre de Aurora en nuestras conversaciones. La segunda, pero no menos importante, que también le dejaba claro a Aurora que nunca pensaba abandonar a

mi bruja ni por ella ni por ninguna otra.

Mi mente se llenó de las imágenes de Noelia aquella mañana en la cama, con el pelo revuelto, los labios hinchados de mis besos, y el edredón resbalándose por uno de sus hombros y dejando al descubierto la perfecta curvatura de uno de sus senos. Reajustándome sobre mi taburete, me forcé a regresar al presente. Había cosas que no pensaba compartir con mis compañeros, y aquella era una de ellas.

—Es cabezona, rebelde y tan contradictoria que no hay por donde cogerla. Es como si, de cualquier característica que se te ocurra, ella siempre tendiera hacia ambos extremos o justo al centro. Es responsable y caprichosa, segura de sí misma en unas cosas e insegura para otras... La lista es interminable —le expliqué a Ren alejándome a un terreno más seguro.

—¿Perversa e inocente? —Josh le propinó un codazo a Ren, y sus labios evocaron una sonrisa.

—No creo que eso sea asunto tuyo —gruñí sin poder evitarlo.

—Tranquilo, cachorrillo, solo es una broma de un idiota que tampoco querría que pensáramos de su bruja en esos términos. —Ben le disparó una mirada de advertencia a Ren y este levantó ambas manos.

—No estaba pensando en ella de ninguna forma, con mi bruja me sobra. Y sí, solo estaba divirtiéndome a tu costa. Es una bruja y ya sabemos cómo son. No puedes esperar que se comporten igual que las humanas normales. Además... —A Ren se le abrieron los ojos—. ¡Hey, te ha picado uno!

—¡Y uno bien grande! ¿Habéis visto cómo tira? —La envidia en la voz ronca de Brad fue inconfundible.

De inmediato todos estuvieron pendientes de mi caña con los semblantes cubiertos de excitación y envidia. Dejé que el carrete se desenrollara para que durante la captura no se rompiera la tanza, y que la presa consiguiera escapar. La adrenalina comenzó a correr por mis venas. Disfrutaba de los ratos de tranquilidad, compañerismo y paz con mis amigos cuando íbamos de pesca, pero instantes como aquellos eran los que de verdad convertían la experiencia en una que valía la pena.

Enrollé de nuevo el carrete hasta que el pez reaccionó y volvió a tirar. Soltar el carrete, enrollar el carrete...

—Vamos, grandullón... —rechiné entre dientes cuando zarandeó con energía.

—Se ve que tiene fuerza —murmuró Al con un tinte de reverencia en su voz.

—Ya casi está... —me animó Ben poniéndome una mano en el hombro.

Con un último tirón, saqué el pez del agua y lo tiré en el cubo que se encontraba a mi lado.

—Joder, es enorme, debe de pesar al menos cinco o seis kilos —exclamó Al impactado.

—Por lo menos —coincidió Brad.

—¿Eso no es un salmón? —preguntó Ben rascándose su barba plateada. Todos nos acercamos a inspeccionar al pez que seguía colgado del anzuelo—. ¿Desde cuándo hay salmones en este lago?

—Lleva un lazo rojo, ¿necesitas preguntarlo? —La mofa de Ren y el visible lazo de regalo me hicieron encoger por dentro.

—Decidme que estoy soñando y que voy a despertarme de un momento a otro —murmuré sin poder creerlo.

—Vamos, chico. Ella no entiende que el placer de la pesca consiste en desafiar a la suerte y conseguir tus propias capturas —me consoló Ben—. Estoy convencido de que lo único que pretendía era darte una alegría.

—Sí, seguro —mascullé presionándome el puente de la nariz—. Y de paso ha vuelto a usar la magia cuando le he advertido que ni se le ocurra utilizarla mientras estoy fuera. Gwen tampoco estaba hoy. ¡No hay manera de meterle a esa mujer en la cabeza lo peligroso que puede ser el uso desmedido de la magia!

—Bueno, no te lo tomes así. Es una bruja y hace poco que ha empezado a descubrir sus poderes, debe de ser tan difícil retenerse de usarlos como lo es en nuestro caso evitar una transformación cuando hay un peligro inminente —trató de apaciguarme Josh.

—Tú lo has dicho, ¡es una bruja! ¡Y es novata! Ni te imaginas la que lía cada vez que usa la magia. El otro día casi me chamusca las cejas cuando abrí la lavadora. ¿Alguna vez has visto a una bruja usando magia en la colada, junto al detergente, para quitar las manchas de la ropa?

—Mejor no lo menciones delante de Vega, porque va a acabar por pedirle el conjuro, te lo digo yo —murmuró Brad con las manos en las caderas y moviendo la cabeza de un lado a otro—. Al menos da las gracias de que le haya dado por la limpieza y no por el jardín. ¿Tienes idea de los gritos que pegan cuando una de sus propias plantas carnívoras se ha tragado a su yorkshire?

—¿Qué es ese rollito de papel que viene en el lazo? —preguntó Marcos regresando al tema en cuestión.

Con cautela, desenganché la nota plastificada, adornada con motivos de guirnaldas y flores de pascua. No estaba muy seguro de

querer leerla delante de los demás, pero viendo sus caras iba a ser imposible escaquearme.

«Me gusta con nata, almendras y cebolletas. Noelia.».

El silencio que se produjo fue mucho peor de lo que esperaba. Con una sensación ácida tiré la nota a la bolsa que teníamos destinada a la basura. Al girarme, todos los ojos estaban puestos sobre mí.

—¿Qué?

Las risas estallaron sin previo aviso. Con un suspiro, entorné los ojos.

—Míralo desde el punto de vista positivo —propuso Ben—. Antes de pedirte que le hagas la cena, la tuya al menos te ha puesto el salmón en el anzuelo y permitido que disfrutases por un rato. Brad lo tuvo mucho peor que tú. ¿Recuerdas la que pasamos por ayudarlo a sacar los peces vivos de sus calzoncillos, mientras iba corriendo por la orilla como un desesperado?

—Ya quisiera verte a ti con tu *slip* llenos de pirañas —gruñó Brad.

—¡Joder! ¿Os acordáis de esa piraña enana que se le enganchó a los huevos y no había forma de que se los soltara ni a la de tres? Pensé que iba a quedarse sin pelotas —exclamó Al apoyándose sobre sus rodillas con las lágrimas saltadas.

—No eras el único que lo pensaba —masculló el protagonista de aquella historia.

—Eso te pasa por ponerle ojitos a la camarera —le recordó Marcos.

—¿Yo, ojitos? ¡Estuvo a punto de sacarme los ojos con sus pezones mientras nos servía! ¿Qué culpa tengo yo de eso?

—Después se extraña cuando Vega no lo cree y toma represalias. —Josh sacudió la cabeza con incredulidad.

—¡Te digo que es cierto! —insistió Brad.

—Eh, eh, chicos, no hace falta que os enfrasquéis por eso —intervino Ben cuando lo único que le faltaba a Brad era que le saliera el humo por las orejas.

—Una pregunta... —Josh se rascó la barbilla—. Desde cuándo los salmones tienen bigotes anaranjados.

Los cinco estudiamos el pez en silencio, hasta que Ren carraspeó.

—¿Estás seguro de que va a ser comestible?

Se me escapó un gemido ahogado.

—¿Creéis que en la pescadería habrá salmón?

Si Noelia quería salmón, entonces eso tendría. No iba a ser yo quien la decepcionara o quien le estropease la sorpresa que había tratado de darme. Fue Ben el que me dio unos golpecitos de consuelo sobre el hombro, aunque la expresión, mezcla de compañerismo y lástima, estuvo en el semblante de todos.

—Seguro que sí —me aseguró Ben con tono calmante—. Nos pasaremos por allí de camino a casa.

# Capítulo Treinta Y Siete

## NOELIA

—Estás despistada. ¿Qué te ocurre? —Rayan soltó sobre el mostrador el trapo y la bandeja de la mesa que acababa de limpiar y se sentó en uno de los taburetes.

Había cambiado su delantal de la lista traviesa por uno con un sombrero de duende y la inscripción:

«Soy el elfo sexi de estas Navidades».

—¿La verdad? —Me mordí los labios y jugueteé distraída con una servilleta—. Las cosas entre Hunter y yo están mejorando, pero tengo la sensación de que… No lo sé, que intenta mantener las distancias.

Mary entornó los ojos.

—Lleváis dos semanas prácticamente pegados por las caderas. ¡Espera un momento! —chilló cuando se me inundaron las mejillas de calor—. ¡No es de las caderas, sino de…!

—¡Deja de pegar gritos! —siseé mirando a nuestro alrededor para asegurarme de que nadie nos estuviera escuchando.

Gemí para mis adentros. Había pocos clientes a aquella hora, pero todos nos estaban observando. Mary también se dio cuenta y, aunque no dejó el tema, al menos se inclinó hacia mí y bajó la voz.

—¿Qué tal es en la cama?

—No pienso contestarte a eso —mascullé.

—¡Oh, venga ya! ¡Yo siempre te lo suelto todo!

—Y yo siempre te digo que no quiero saberlo.

Después de una larga mirada se echó atrás en la silla y sonrió.

—Vale, no necesitas decirlo, ya lo sé.

Le devolví la mirada con un resoplido.

—Eres una arpía entrometida.

—Y tú una bruja.

—Ahí te ha dado —carcajeó Rayan.

Abrí la boca para protestar y acabé por cerrarla de golpe. Tenían razón, era una bruja en sentido literal y, si era sincera, hasta

empezaba a disfrutarlo.

—¿Y? —los reté cuando no se me ocurrió nada más.

Rayan hizo un gesto despectivo con la mano.

—Y nada. Si ya te has acostado con él, ¿por qué estás preocupada?

—Es mi familiar. Se supone que vamos a pasar el resto de nuestras vidas juntos.

—Una vida muuuy larga —asintió Mary—. Deberías ser feliz por ello.

—Tú lo has dicho. Una vida muy larga —repetí—. ¿Qué pasa si él único motivo por el que está conmigo es porque no le queda más remedio?

—¿Tú te has fijado en cómo te mira? —Rayan sacudió la cabeza con una de esas miradas que me hacían sentir como un caso perdido.

—¿Como si quisiera estrangularme? —bromeé a medias.

Sí, era verdad que desde el fin de semana habíamos tenido grandes avances, pero no por ello Hunter dejaba de querer retorcerme el cuello cada vez que lo sacaba de quicio.

—Más bien como si planificase cubrirte el cuerpo con nata —decidió Rayan—. Para luego chuparte desde el dedo gordo del pie hasta la punta de la nariz, y después empotrarte contra la barra, la encimera de la cocina, frente al espejo del baño y, si me apuras, yo diría que sobre todas y cada una de las mesas, e incluso contra el escaparate.

—Eh… —Boquiabierta miré por encima de su hombro.

—Esa es una secuencia de escenas cuando menos… interesante. —El espigado hombre moreno con pronunciados pómulos que acababa de entrar me guiñó el ojo.

¡Tierra trágame! Me tomó la poca dignidad que me quedaba no tratar de esconderme detrás de la barra o, mejor aún, dentro del lavavajillas.

—¡Xavier! —Los ojos de Rayan se abrieron como los de un crío ante el árbol en Nochebuena—. No te había visto —admitió entre dientes mientras trataba de sonreír.

—Sí, me lo imagino. —Xavier le devolvió la sonrisa, aunque no le llegó a los ojos. Me froté los brazos ante el repentino frío—. ¿Y puedo saber de quién hablabais? Porque imagino que no era sobre mí, ¿no?

—No, por supuesto que no —intervino Rayan apresurado—. ¿Me da tiempo a darme una ducha y cambiarme antes de salir?

—Claro. —Xavier se sentó en la barra y miró hacia Mary con

una expresión que me recordó al lobo de *Caperucita Roja*.

—Mary, ¿hoy no te tocaba ir de compras y hacer la cena? —le pregunté.

—¿Ah, sí? —Mary parpadeó confundida.

Me limité a sonreírle y a señalarle con las pupilas que se largara. Mary tardó en captar el mensaje, pero, en cuanto lo hizo, saltó del taburete en el que había estado sentada.

—Eh, sí, claro. El frigo está vacío y no veas cómo se pone la señora cuando tiene hambre y no hay nada de comer —se excusó con Xavier.

El hombre alzó las cejas, pero no dijo nada.

—¿Te apetece tomar algo? —le ofrecí.

—Un café solo.

—Café solo marchando —repetí con más ánimos de los que sentía.

Mi móvil sonó con la entrada de mensajes, pero le serví primero el café a Xavier y le cobré a una pareja que ya se marchaba antes de comprobar la pantalla.

**Mary:** ¿Qué ha sido eso?

**Noelia:** Un presentimiento. Algo me decía que iba a sacarte información que no debería tener.

**Mary:** ¿Cómo cuál? ¿Lo que hay entre Hunter y tú? ¿O el hecho de que eres una bruja?

**Mary:** Recuerda que con el hechizo de Elisenda no podemos hablar de la magia.

**Noelia:** Lo que hay entre Hunter y yo está relacionado con lo segundo. Y borra ese mensaje.

**Mary:** Vale, vale. ¿En serio quieres que haga la cena? Había quedado con Josh.

**Noelia:** ¿Desde cuándo quedas con Josh?

**Mary:** ¿Desde cuándo te estás acostando con Hunter?

**Noelia:** Nunca he confirmado que lo haga.

**Mary:** <Emoticono carita con ojos hacia el techo>.

**Noelia:** Y no, no necesitas preparar la cena. Tengo la esperanza de que Hunter haga salmón.

**Mary:** Mejor, yo solo te habría preparado un sándwich vegetal. Es lo único de lo que no te quejas cuando cocino.

**Mary:** Dile a Hunter que haga para los cuatro. Podemos tener una cita doble.

**Noelia:** Olvídalo. Necesito tiempo a solas con él. Tenemos que aclarar algunas cosas entre nosotros. Anoche tocamos el tema de Aurora, pero quiero estar segura de que lo que me contó es verdad.

**Mary:** Tan aguafiestas y tan convincente como de costumbre. Me debes una cena.

**Noelia:** Sigue soñando. <Emoticono lengua fuera>.

**Mary:** Siempre. <Emoticono carita de santo>.

**Mary:** Suerte con Hunter. <Emoticono beso>.

**Mary:** Deséame lo mismo y no me esperes despierta. <Emoticono demonio>.

—Perdón, ¿decías? —Me giré hacia Xavier que parecía haber dicho algo.

Su expresión cambió con la rapidez con la que lo hacía la de alguien a quien hubiesen cogido con las manos en la masa.

—Nada. —Me sonrió con frialdad—. Creo que esos clientes de ahí te están pidiendo la cuenta.

—Ah, sí, gracias, ya voy. —Fingí una sonrisa en respuesta, pero aproveché para alejarme de él y mantenerme ocupada limpiando las mesas.

La última mesa quedó libre y, sin poder evitarlo, sonreí ante la idea de que pronto Hunter estaría de regreso de su día de pesca. ¿Le habría sorprendido lo del salmón? Debería haberle pedido a uno de sus amigos que le hiciese una foto en el momento de sacar el pez.

De repente algo me aprisionó la garganta, el trapo y la taza que llevaba cayeron al suelo y traté de arrancarme lo que fuese que me rodeaba el cuello. Sin éxito. Tropecé con una silla y una mesa en mi intento por luchar contra aquel ataque, pero no había nada alrededor de mi garganta que pudiese quitarme y, aun así, me estaba asfixiando.

Al girarme hacia Xavier en busca de ayuda, el poco oxígeno que me quedaba en los pulmones me abandonó y mi corazón se detuvo al verle los ojos de un venenoso color verde y una sonrisa cargada de crueldad.

—¿Ahora me ves? —preguntó levantándose.

Jamás conseguí pensar en una respuesta. Mi visión se oscureció y mi cuerpo se desplomó.

# Capítulo Treinta Y Ocho

## HUNTER

Con un suspiro descorazonado estudié el salmón decapitado sobre el mostrador de la pescadería.

—Siempre puedes alegar que le cortaste la cabeza para que ella no tuviese que vérsela o que Brad se la llevó para su gato —opinó Ben rascándose la barbilla.

—O que la cogiste de cebo —puso Josh su granito de arena—. Eso suena más verídico.

—¿Por qué os quebráis tanto la mollera? Es Hunter al que le toca cocinarlo. Ella ni siquiera tiene que enterarse de que el pescado llegó a casa decapitado —interrumpió Al, negando incrédulo con las manos en las caderas.

—¿Por qué iba a creer alguien que habéis pescado un salmón? —preguntó la pescadera con ese aire de maestra de parvulario que te hace sentir tonto de capirote.

—Buena pregunta —murmuró Al por lo bajo—. Es una broma —añadió en voz alta.

—¿Aún andamos con las bromitas? —La pescadera arqueó las cejas—. ¿Cuántos años tenéis? ¿cinco?

—¿Qué sería la vida sin un poco de chicha? —preguntó Al ofendido.

—Bueno, lo que sea. ¿Os lo vais a quedar o no? —exigió la mujer que, obviamente, había llegado al límite de su paciencia y estaba deseando dar por finalizado el día.

—Sí —respondí sin esperar a que los demás pudiesen convencerme de lo contrario.

Cualquier cosa era preferible a comer un pez con un bigote naranja que podría saber a Dios sabía qué.

En cuanto lo pagué y salimos, Josh me dio una palmada en el hombro.

—¿Quieres que te acompañemos y la distraigamos a tu bruja mientras metes el salmón en el horno?

Le habría dado un abrazo por su ofrecimiento. Detalles como aquel eran los que te decían quienes eran tus amigos.

—Me apunto a una cerveza —intervino también Al.

—*Sorry*, pero yo ya tengo que pagar por haber salido con vosotros. Si llego más tarde me toca dormir en el sofá —admitió Brad con las manos en alto y una mueca.

—No te preocupes, Al y Josh son más que capaces de distraer a Noelia. Hay pescado para todos si os queréis quedar a cenar. —Miré a los demás—. Y tú, Brad, podrías traerte a tu mujer si crees que eso la apaciguaría.

—Prefiero regresar antes de que Elisenda se aburra y me gaste una de las suyas —suspiró Ben.

—Voy a ver qué me encuentro en casa y te doy un toque —asintió Brad montándose en su Audi.

—Vosotros podríais llamar a vuestras brujas —les ofrecí a Ren, Marcos y Al—. He pensado en unas patatas aliñadas con una ensalada de acompañamiento, y seguro que Noelia tiene algún postre a mano.

—Ni de coña —gruñó Ren, al tiempo que los rostros de los otros dos se oscurecieron.

—Imagino que podría —murmuró Marcos indeciso, mientras que Al se metió las manos en el bolsillo en silencio.

—Voy a avisar a Noelia de que vamos a pasar a recogerla. —Marqué el número de camino al Land Rover. Después de varias llamadas, colgué y miré la pantalla—. Qué raro, no está. Debe de haberse retrasado con el cierre de la tetería.

Tras pasar por el local y encontrarlo cerrado, volví a llamarla de nuevo sin éxito. ¿Dónde demonios estaba Noelia?

—Puedo percibir a alguien en su apartamento, pero deben de estar dormidos, no hay movimiento —murmuró Josh con el ceño fruncido.

—Las luces están apagadas. ¿Tienes las llaves? —intervino Al escaneando la fachada.

Negué con una maldición interna. Con cualquier otra mujer me habría limitado a enviarle un mensaje para decirle que viniera a mi cabaña a cenar y la habría esperado allí. Pero Noelia no era una chica corriente, era una maldita bruja, y para más inri, una que no paraba de provocar accidentes con su magia.

—Es raro que no esté —dije despacio—. Suele acabar tan cansada de la tetería que está deseando llegar a casa, ponerse cómoda y poner los pies en alto. Además, las tiendas ya están todas cerradas.

—Su Buick está ahí aparcado —señaló Ren.

—Voy a llamar a Mary. —Josh marcó el número distraído.

Cuando oímos la música de la llamada en el apartamento intercambiamos una mirada alarmada. Mary no era de las que se acostaba tan temprano y, ahora que lo pensaba, Rayan tampoco.

—Hunter, deberías venir a ver esto —llamó Marcos desde el escaparate, donde había apoyado las manos para mirar al interior.

Mi corazón dejó de latir ante el tono alarmado.

—¿Qué ocurre? —Tan pronto descubrí la mesa y sillas volcadas en el suelo, me lancé hacia la puerta para tirarla abajo si hacía falta.

—¡Mierda! —gruñó Marcos, que se me había adelantado—. Está abierta.

Empujándolo a un lado, entré a la tetería y me detuve congelado en el sitio, con los ojos sobre la bandeja y los restos de café, tarta y lascas de cerámica y cristal desparramados por el suelo. Un poco más allá había dos sillas caídas y una mesa con la pata desencajada. Me agaché a recoger el amuleto de Noelia y estudié la cadena de plata rota con una sensación de vacío que se extendía en mi interior.

—¿Podéis olerlo? —preguntó Al en el denso silencio—. ¿Ese olor pungente a sulfuro y alquitrán?

—Magia negra —espetamos Josh y yo al unísono mientras mi corazón se encogía como si alguien lo apretase en un puño.

—Apostaría a que un familiar rebelde ha pasado por aquí —intervino Ren con gravedad.

Ninguno preguntamos el motivo por el que se habría llevado a Noelia. Lo sabíamos de sobra. Buscaba reponer el desgaste de su magia y ganar poder drenándola a ella del suyo.

—El olor aún es potente, no creo que haya pasado más de un par de horas desde que se la ha llevado. —Marcos recorrió el local olisqueando aquí y allá en busca de pistas.

Dos horas… Justo el momento en el que había sacado del lago aquel dichoso salmón con bigotes. El rebelde debió de sentir el uso de la magia y aprovechó su oportunidad para hacerse con Noelia. ¡Maldita fuese la puñetera magia!

—¿No puedes sentirla a través de vuestro vínculo? —preguntó Josh intrigado.

Cerré los ojos con un gemido y negué.

—No estaba listo para pasar al siguiente nivel con ella. Pensé que tenía tiempo y que… —fui incapaz de terminar o de confesarles mis inseguridades que, en estos instantes, resultaban a todas luces fútiles.

—¡Mierda! —Marcos se masajeó la nuca.

Me negué a considerar las posibles consecuencias de mis miedos o el hecho de que, sin la conexión o la posibilidad de sentir a Noelia, la rapidez era lo único que me quedaba para marcar la diferencia entre un futuro con ella a uno de eterno luto. ¿Iba a poder vivir conmigo mismo si ella moría por mi culpa?

—Marcos, Al, revisad el resto del local y la cocina. Josh, sube al apartamento y comprueba si lo que notaste antes eran Mary y Rayan, localízalos si no son ellos, luego contacta con el resto de las iniciadas con las que Noelia suele moverse. Necesitamos descubrir si saben algo. Ren, avisa a los demás, tenemos que peinar la zona antes de que el rastro desaparezca —instruí, obligándome a mantener la cabeza fría a pesar de que me sentía a punto de explotar—. Yo llamaré a Elisenda.

Sin esperar su respuesta, marqué el contacto de mi abuela y me pasé la mano por el cabello. No podía admitir la posibilidad de haber perdido a Noelia o que pudiera pasarle algo. Era Noelia, mi desastrosa bruja rebelde, para las buenas o las malas, y la agonía que me atenazaba el pecho anulaba cualquier intento de negar lo que significaba para mí.

—Carretera oeste. A una hora de la ciudad hay un camino a la izquierda que se adentra en el bosque. Está a unos dos kilómetros desde una señal de peligro por cruce de ciervos. Busca una cabaña con la chimenea encendida y cortinas rojas. A partir de la salida de la carretera tienes que ir solo. Eres el único que puede salvarla. Si nos acercamos cualquiera de nosotros o de tus amigos, Noelia habrá muerto antes de que salga el sol —replicó Elisenda incluso sin esperar a que pudiese explicarle lo que había pasado.

—Abuela…

—Lo digo en serio, Hunter. —Era la primera vez en mi vida en que la voz de la mujer no contenía su usual calma y determinación. Las hojas del amuleto se clavaban en mi palma al apretar el puño—. La vida de Noelia depende de ti. Hay trampas mágicas por los alrededores, si se activan no quedarán esperanzas de sacarla con vida.

—¿Qué es lo que no me estás diciendo?

El titubeo de Elisenda me revolvió el estómago.

—Tendrás que elegir. Se tratará de ella o tú. Eso es lo que marcará la diferencia. Si su prisión cae, morirá.

—¿Algo más? —espeté con sequedad. ¿Para qué me hacía perder el tiempo con adivinanzas inútiles? Entre la vida de Noelia y la mía, jamás habría nada que decidir, siempre la elegiría a ella por encima

de todo, incluso de mí mismo.

—Sí, lo siento mucho, cielo.

—¿Qué…?

La puerta se abrió de un portazo, las ventanas a mi alrededor estallaron en pedazos y diez figuras, vestidas de los pies a la cabeza de negro, me apuntaron con las armas de paintball que solíamos usar para cazar rebeldes. Las bolas cargadas de hechizos impactaron sobre mi cuerpo soltando vapores tóxicos que me paralizaron.

Mirar los rostros de mis atacantes me llenó de una profunda agonía, el tipo de dolor al que jamás pensé que me enfrentaría. Eran mi familia, mis amigos, los compañeros que siempre había pensado que tendría a mi lado… Y me habían traicionado.

# Capítulo Treinta Y Nueve

## NOELIA

Lo primero que penetró mi consciente antes de abrir los ojos fue el penetrante olor a vinagre y pepinillos. Era tan persistente que parecía haberme bañado en él. Lo segundo, al entreabrir al fin mis párpados, fue que el mundo se había vuelto borroso, deformado y enorme, o titánico más bien. Después de varios parpadeos comprendí que el problema de la distorsión era el cristal a través del que veía mi entorno, y que me hacía sentir como Pulgarcita en el país de los gigantes. ¿Habían abierto algún parque temático nuevo por los alrededores del que aún no me había enterado?

Horrorizada, me percaté de mi desnudez bajo un desconocido trozo de tela de lino, que habían enrollado a mi alrededor a modo de sábana. Fue tanto el pánico que me dominó que pasó un buen rato antes de que alcanzase a comprender que el vidrio que tergiversaba mi realidad era curvo, redondo en realidad, que carecía de puertas y que me rodeaba por todos lados excepto por el techo, que parecía metálico. Si no hubiese sido absolutamente consciente de que era imposible, habría dicho que estaba encerrada en un bote de pepinillos vacío.

¿Me habían drogado y estaba alucinando? Aquello explicaría lo de los ojos luminosos de Xavier. ¡Xavier! ¿Dónde se encontraba? Había estado conmigo en la tetería cuando me desmayé.

—Vaya. Veo que ya te has despertado.

Las paredes de cristal a mi alrededor se sacudieron y pegué un grito, reculando hasta tropezar con el muro transparente a mi espalda, cuando un ingente ojo verde apareció frente a mí.

—¡Eres un gigante!

La carcajada masculina vibró tan fuerte a través de mi cárcel que tuve que apartarme del vidrio, porque afectaba a mis huesos y a mi cráneo.

—Supongo que es una manera de verlo —bromeó Xavier.

Su atronadora voz me cosquilleó en el tímpano. Tragué saliva y

negué desesperada con la cabeza.

—Espera, no, esto no puede ser. Me has drogado y por eso estoy viendo alucinaciones, es eso, ¿verdad?

—Lo cierto es que ni lo uno ni lo otro. Existe un conjuro en el que, con sangre de duende y algunos ingredientes más, se puede encoger a un humano. Desde que hay escasez de duendes hembra, es un conjuro muy cotizado por parte de los machos para hacerse con una pareja humana, aunque solo unos pocos expertos de magia negra son capaces de llevarlo a cabo. Por suerte, fui discípulo de uno de ellos.

—Me estás tomando el pelo, ¿cierto?

Era la única explicación plausible, esa o que estaba soñando, lo que no solo era más lógico, sino que también era la opción más segura y la que a todas luces prefería si me daban a elegir.

—Tendrás que hablar más fuerte. Apenas te escucho.

—¿Por qué intentas tomarme el pelo? —chillé a voces.

El enorme ojo frente a mí se entrecerró claramente irritado.

—Piensa lo que te dé la gana. No quiero desperdiciar mi tiempo en pamplinas y tampoco es como si importase si me crees o no. Por desgracia, te has despertado demasiado pronto.

—¿De qué…? —Antes de que pudiese terminar, cogió el bote de pepinillos, o lo que fuera aquello en lo que me había aprisionado, y me llevó con él bamboleándome sin consideración alguna.

Sin poder sujetarme a ningún sitio, no solo acabé deslizándome de un lado a otro sobre el suelo de cristal, golpeándome los brazos, las caderas y hasta el rostro, sino que mi estómago se levantó y a duras penas conseguí dominar mis náuseas. Al mirar a mis pies y ver el suelo a tanta distancia, la cosa empeoró aún más.

—¡Dios! ¡Para! ¡Voy a vomitar! —Golpeé el bote con mis palmas tratando de llamar su atención.

—Yo que tú procuraría no hacerlo —replicó con indiferencia—. Puede que aún te queden un par de horas ahí adentro. No creo que quieras morir rodeada de vómitos.

¿Morir? Mis piernas se colapsaron bajo mi peso y acabé sentada en el fondo del bote como si mis huesos se hubiesen convertido en gelatina. Mi vértigo se triplicó cuando se subió encima de una silla y ató mi prisión a una cuerda que colgaba del techo. Al terminar, dejó de prestarme atención y se dispuso a dibujar en el parqué un amplio círculo, que encuadraba un pentagrama y varios signos cabalísticos más, indiferente a que yo, entretanto, estuviera oscilando como si aquello fuera una de esas monstruosas atracciones de feria, con forma de barco, que amenazaban con dar

la vuelta entera obligándote a aferrarte a las barandillas por temor a terminar volando y quedar hecha trizas contra el suelo. Al final ocurrió lo inevitable. Mi estómago se vació arcada tras arcada, hasta que no quedó nada más que echar y el olor a pepinillos fue sustituido por un hedor muchísimo peor.

Con la cabeza apoyada sin fuerzas contra el cristal y las lágrimas corriéndome por las mejillas, intenté luchar contra el mareo que me debilitaba y no me dejaba pensar con claridad. Necesitaba estudiar la cabaña y encontrar alguna vía de escape antes de que fuese demasiado tarde.

Probé a recurrir a mi magia, incluso a usar el mismo deseo accidentado que había convertido a Hunter en sapo, pero, ya fuera porque Xavier me había hecho algo o porque el miedo me mantenía bloqueada, era incapaz de crear ni una simple chispa de telequinesia que me ayudara a mantener el vómito apartado de mí.

—Bien, ya está. —Xavier se levantó y estudió satisfecho su obra —. Ahora solo necesitamos que te encuentre tu familiar.

—¿Por qué me haces esto?

Dudaba mucho que me hubiese oído, pero imagino que fue capaz de leer la pregunta en mis labios o en mi expresión angustiada.

—Perdí a mi bruja en un accidente hace quince años. ¿Sabes lo que le pasa a un familiar cuando se rompe un lazo tan profundo como el que nos une a nuestra bruja? —Esperó a que negase antes de continuar—. Vosotras podéis llorar a vuestro familiar y hasta puede que lo añoréis, pero a nosotros nos destroza una pérdida así. Nos priva de toda la magia, perdemos nuestra longevidad, nuestro poder de autocuración y hasta nuestra inmunidad frente a las enfermedades. Es como si la bruja fuese el centro de nuestro universo y, en el momento en que desaparece de él, todo se desestabiliza y nos condena a la destrucción.

Xavier se acercó a la chimenea y se sentó en una silla de madera, con su mirada perdida en las llamas.

—Lo damos todo por vosotras a cambio de nada. Tenéis nuestra lealtad, nuestra protección y nuestro amor incondicional, y en recompensa nos tratáis como meras mascotas y a vuestra muerte quedamos desahuciados y condenados a morir cual animales.

Quise protestar. Explicarle que las cosas no eran así, que jamás había visto a Hunter como algo menos que mi compañero. Pero ¿de qué servía confesarle a Xavier que me había enamorado de mi familiar y que se me hacía imposible imaginar mi vida sin él?

Hunter. Cerré los ojos. ¿Acabaría condenado a la angustia y la

desolación si yo moría? ¿Se convertiría en otro Xavier amargado con la vida? ¿O se conformaría a morir sin mí? Ninguna de las dos ideas eran opciones aceptables. No quería ni podía ver a Hunter destrozado por mi desaparición de su vida y, mucho menos, condenado a convertirse en un monstruo por mi ausencia. ¡Dios! ¡Y ni siquiera le había confesado aún lo que sentía por él! Necesitaba encontrar la manera de escapar de allí, si no era por mí, entonces por él.

Frenética miré a mi alrededor, pero lo único que conseguí fue que mi frustración creciera. Mi única opción era romper el cristal de mi prisión y no había forma de hacerlo cuando no tenía nada a mi alcance, ni siquiera mi magia.

Cuando todo parecía imposible, recordé el barco de la feria. Si conseguía que el bote se balanceara lo suficiente, ¿podría hacer que diera una voltereta y se estrellase contra la viga de madera del techo? No quería ni pensar qué me iba a pasar si lo lograba, pero no podía hacer otra cosa que intentarlo. Si de todos modos iba a morir, era mejor hacerlo mientras intentaba escapar.

Comencé a andar de un lado a otro del bote una y otra vez. El bote se balanceó. Me animé a correr.

—Casi había llegado a aceptar mi fin cuando me reencontré con un viejo mago con el que mi bruja había llevado algunos negocios —continuó Xavier distraído—. Por suerte, se compadeció de mí, me enseñó a sobrevivir y a conseguir la magia que me permite rellenar el vacío que dejó la pérdida de Miranda.

Xavier alzó la mirada hasta mí. Intenté frenar, pero fue inútil. No solo me había visto, sino que, por el balanceo del bote, quedó claro lo que pretendía, o al menos que estaba intentando hacer algo.

—El problema con la magia de sangre es que acaba por crearte adicción al poder. No es que yo lo considere un problema en realidad, me gusta y no me avergüenza admitirlo. —Xavier se levantó con parsimonia y, sin pisar su dibujo, alargó el brazo y frenó el bote en seco—. No deberías perder el tiempo en luchar. Tu familiar ya debe de estar a punto de llegar y pronto todo habrá acabado.

—¿Qué piensas hacer?

Xavier ladeó la cabeza como si se plantease contestarme o no.

—La magia es más fácil de robar cuando las brujas sois novatas y aún no estáis vinculadas del todo a vuestros familiares. Por desgracia, eso también hace que no tengas la suficiente magia para sostenerme. Cuando tu familiar venga a liberarte y entre en el círculo, mi conjuro liberará la magia que él sigue guardando en su

interior a la espera de pasártela. Eso os debilitará a ambos y, una vez que os mate, la magia no tendrá otro sitio a donde ir que a mi amuleto. —Xavier me mostró la piedra negra que llevaba colgada del cuello.

Mi corazón se encogió. Me aterraba la idea de enfrentarme a la muerte, pero aún más que lo hiciese Hunter. Ni siquiera tenía que pensármelo, la certeza estaba ahí, tan clara como la luz del sol durante un día de primavera: estaba dispuesta a morir por él si eso significaba salvarlo.

# *Capítulo Cuarenta*

## NOELIA

*Advertencia para lector@s: Este capítulo es el equivalente a la Casa del Terror en un parque temático. Si prefieres evitar sus pasillos oscuros y tenebrosos, pasa de largo hasta el siguiente capítulo.*

Hunter no llegó. Ni lo hizo durante las siguientes horas, ni al día siguiente, ni los siguientes dos.

La paciencia y el escaso humor seco de Xavier se fueron evaporando. Pasó de darme un trozo de queso y unas galletas saladas la primera noche a nada, ni siquiera una lastimosa gota de agua para mojarme los labios resecos. Las galletas me dejaron la mandíbula lastimada, pero por fortuna me duraron un par de días. De la amabilidad pronto saltó a ignorarme, demasiado metido en sus planes maquiavélicos, pero a medida que crecía su impaciencia también lo hacía su enfado, convirtiéndome en su chivo expiatorio.

Insultos, amenazas y que empujase el bote a un cruel balanceo hasta hacerme vomitar iban seguidos de humillantes baños en agua fría, bajo el doloroso chorro del grifo, y sus crueles dedos manipulándome como si fuese una muñeca con la que jugar a amos y mazmorras.

No fue hasta el tercer día que presencié cómo abría un armario cerrado con candado. El alma se me cayó a los pies al descubrir cinco botes de conserva similares al mío, cada uno con una persona atrapada en su interior. El alivio de comprobar que ninguno de ellos era Rayan, pronto fue sustituido por el horror cuando Xavier eligió una de aquellas prisiones de cristal. Sacó a un hombre de miniatura y lo sometió al mismo tratamiento bajo el grifo que solía darme a mí. Lo vistió de elfo y hasta le colocó unas orejas puntiagudas. Luego, le ató unos hilos a muñecas y tobillos, que iban unidos a un par de palos. No fue hasta que repitió el proceso con el resto de sus prisioneros que me di cuenta de que los acababa de convertir en

marionetas vivientes.

No sé qué fue lo que me provocó mayor horror y repulsión, si el contemplar la parodia navideña que puso en marcha con aquellas marionetas humanas, cuyos ojos carecían de cualquier chispa de vida, o el saber que si nadie venía a por mí, aquella era mi única alternativa a la muerte.

Xavier estaba loco, total y absolutamente loco, y toda mi existencia estaba en sus manos.

❄

—¿Qué clase de mierda de bruja eres que ni siquiera tu familiar se arriesga a venir a por ti? —me preguntó Xavier malhumorado y resacoso, sentado frente al círculo de cera en el suelo, la mañana del cuarto día, con una taza de café en la mano.

Empujaba mi prisión con un palo de fregona, balanceándola. Me mantuve acurrucada con las rodillas apretadas contra mi pecho en un intento por salvar la poca dignidad que aún conservaba mientras se me levantaba el estómago y mi cabeza daba vueltas.

—Tú lo has dicho, uno al que no le importo un comino. Quizá deberías haber investigado mejor a quién pretendías capturar antes de venir a por mí —repliqué cansada, tratando de no dejarme envenenar por sus palabras.

Era una tarea inútil. Por más que quisiera obviarlo, por más que me esforzara por encontrar justificaciones sobre la ausencia de Hunter o alegrarme de que no hubiese caído en la trampa de aquel despreciable ser, no podía dejar de preguntarme si Xavier tenía razón y el motivo por el que no había tratado de rescatarme era porque no le importaba lo suficiente. Entendía que viese la relación entre nosotros como una condena, pero también había creído que éramos al menos amigos a aquellas alturas. ¿Me había equivocado? ¿Había visto más entre nosotros de lo que en realidad existía?

Las horas que cada día había pasado meditando y concentrándome en Hunter, empeñada en encontrar la conexión de la que me había hablado Gwen entre familiar y bruja, esa que en más de una ocasión había creído sentir como una luz en mi interior, habían sido en vano. No encontré nada.

¿Por qué nadie había venido aún a por mí? Alguien tenía que haberse dado cuenta de mi ausencia, aunque solo fuesen Mary y Rayan. Y si lo habían hecho, sin lugar a dudas, habrían ido en busca de Hunter, Elisenda, o como mínimo la policía.

Un búho se posó en el exterior de la ventana y me contempló

con sus redondos ojos dorados. Me habría recreado en su salvaje belleza si no hubiese sido por mi situación. Me estremecí. ¿Estaría viéndome como su próximo manjar? ¿Me devoraría si consiguiese acceder a mí? Descarté la idea. No podía acceder a la cabaña y mucho menos abrir mi cárcel. Procuré no pensar en cómo mi nuevo tamaño me convertía en la presa de todo tipo de depredadores aunque consiguiese la imposible hazaña de escapar de allí.

¿Cómo es que Elisenda no me había encontrado? Tenía los medios para hacerlo. Ella misma me había enseñado cómo usar un péndulo para encontrar a personas y objetos.

—¿Le has hecho algo a mi amiga Mary?

—¿Esa socia tuya con el pelo azul? ¿Por qué habría de hacérselo? No tiene magia y no descarto la idea de acostarme con ella antes de largarme. Tiene un par de buenas tetas y me gusta su boca. Se me ocurren algunas fantasías con ella que me resultan de lo más morbosas.

—Sigue soñando. Mary no perdería el tiempo con un tipo como tú ni aunque te hincaras de rodillas ante ella y, mucho menos, después de haber estado con Rayan. —Tan pronto como lo solté me di cuenta de mi error.

La carcajada de Xavier se tornó tan cruel que se me puso el vello de punta.

—Siempre tan inocente. ¿Tan estúpida eres que no te das cuenta del potencial que tiene la magia? Los que tenemos poder no necesitamos ponernos de rodillas, lo hacen los demás ante nosotros, y basta con que se lo ordenemos. —Xavier ladeó la cabeza con un brillo enfebrecido en los ojos. Cuando la sacudió como si pretendiera aclararse los pensamientos, solté el aire que había retenido en mis pulmones—. Puede que no te mate después de todo. Si no vienen a por ti, a lo mejor hasta te traigo a tus amigos. Algunos de mis viejos juguetes ya están tan rotos que el placer que pueden darme se está desvaneciendo. Estoy seguro de que entre los tres me haréis pasar buenos ratos.

Vomité la hiel que me quedaba en el estómago. Xavier saltó de su silla con una mueca de disgusto.

—¡Por todo lo que es santo! ¿Tienes que ser tan repulsiva? Ni siquiera…

Una de las ventanas saltó por los aires cuando una enorme bestia dorada la atravesó. La taza de Xavier cayó al suelo y el palo de fregona en sus manos se convirtió en una mortífera lanza. Con un gruñido bajo, el jaguar lo estudió desde la distancia con las orejas plegadas hacia atrás, mostrando sus largos colmillos, y los

músculos listos para abalanzarse sobre su enemigo.

Me habría quedado fascinada por la fiereza tan salvaje como bella del animal si no hubiese sido porque en el interior de mi prisión, de repente, se estaba extendiendo un humo verdoso que iba creciendo y escalando en altura. En lo que tardé en incorporarme, el humo ya llegaba a mi cintura y mis piernas comenzaban a sentirse adormecidas. A duras penas, conseguí apoyarme contra el cristal y ponerme de puntillas. Desesperada, golpeé el vidrio en un intento por llamar la atención y que me liberasen, pero me detuve al caer en la cuenta de que Xavier seguramente era el responsable de aquel humo tóxico, y en cuanto al jaguar… ¿qué posibilidades existían de que me comprendiese? ¿Qué peligro había de que fuese él mismo el que me devorase? Si tenía que elegir entre su afilada dentadura y el humo, puede que me esperase una muerte más pacífica con lo segundo.

Me resigné a mi destino cuando la tóxica capa verde me alcanzó el cuello. Ya ni siquiera era capaz de moverme y la pared de cristal era lo único que me mantenía de pie. El breve brillo en los ojos de Xavier fue la única advertencia antes de que lanzase la afilada arma en mi dirección, no sé si con la intención de astillar el bote o de cortar la cuerda que lo sujetaba al techo. Dudo mucho que importase cuál de las dos opciones había escogido, ambas acabarían con mi muerte. Con mi actual tamaño, caer desde aquella altura era el equivalente a hacerlo desde un rascacielos.

De repente, el ingente jaguar se lanzó entre el mago y mi prisión y la afilada punta metálica se clavó en su flanco. Mi grito se ahogó entre sollozos y mis rodillas cedieron bajo mi peso hundiéndome en la nube tóxica que me rodeaba. De la nada surgió un águila que se abalanzó sobre el rostro del mago con sus letales garras. Era una escena tan surrealista que incluso en mis pensamientos nublados me di cuenta de que no podía ser real y que todo debía de ser un sueño. Lo último que vi, antes de que mi mundo comenzase a oscurecer, fue cómo el jaguar se giró enfurecido, hundió sus fauces en el cuello de Xavier y zarandeó de él hasta arrancarle la cabeza del cuerpo.

Luego, todo fue silencio y negrura.

# Capítulo Cuarenta Y Uno

## NOELIA

El cómodo colchón bajo mi espalda y la ausencia de grilletes en manos y pies ya deberían haber sido indicios de que no me encontraba en el repugnante bote de Xavier. Que oliera a sol y vida en vez de al mohoso aire estancado de mi última prisión fue la señal irrefutable que confirmaba los cambios que me rodeaban y, aun así, temía abrir los párpados y descubrir que todo era solo un producto de mi imaginación.

—¿Noelia?

Conocía la voz, pertenecía al hombre con el que me había pasado los últimos cuatro días soñando, en cuyos brazos imaginarios había tratado de refugiarme para olvidar el dolor, el miedo y la soledad. Pero Hunter nunca me llamaba Noelia, puede que bruja o brujita cuando estaba de mejor humor, pero nunca por mi nombre.

—¿Dónde estoy? —Estuve por volver a cerrar los párpados ante el chirrido reseco que salió de mi garganta, pero el verde de sus iris se había aclarado tanto que prácticamente solo quedaba el dorado de sus ojos, y aquella era una visión de la que era complicado desprenderse.

—Estás en mi dormitorio. —El hombre que tanto se parecía a Hunter me apartó con ternura un rizo del rostro y me lo colocó detrás de la oreja—. Toma, bebe un poco. Elisenda lo ha dejado aquí para ti.

Me acercó una taza con una cañita y, de no haber sido por el amargo sabor a hojas verdes, habría gemido de alivio al sentir el líquido aún caliente resbalándose por mi áspera garganta.

—¿Y los demás? ¡Había más personas atrapadas allí en botes de cristal! ¡Y…!

—Shhh… tranquila. Están todos a salvo y siendo atendidos.

—¿Y Rayan y Mary?

—Perfectamente.

De repente, sin poder evitarlo, rompí a llorar con toda la angustia y desesperación que había tratado de retener los últimos días. Hunter me cogió de inmediato, me sentó sobre su regazo y me sujetó contra su pecho, rodeándome con el edredón a pesar de que no hacía frío.

—Llora todo lo que necesites, sácalo fuera, pero no olvides que ahora estás a salvo y estoy aquí contigo y no voy a dejar que vuelva a ocurrirte nada —murmuró meciéndome y acariciándome la espalda.

La tortura en su voz fue evidente y, aun así, no dejó de susurrarme palabras tranquilizadoras sin interrumpir mi llanto. No sé cuánto tiempo pasó hasta que mi corazón volvió a recuperar un ritmo acompasado y mis lágrimas se secaron sobre mis mejillas. Hunter me ofreció un pañuelo de papel.

—¿Quieres hablar de ello?

¿Quería hacerlo? ¿Quería contarle lo que presencié? ¿La vileza de mis sentimientos cuando sentía alivio de que Xavier se entretuviera con los otros en vez de conmigo? Negué. Algún día tendría que confesárselo, pero no ahora, no cuando mi alma aún se sentía en carne viva y quebrada.

—¿Dónde está Hunter? Tú no eres él —musité.

Mis palabras parecieron confundirlo por cómo frunció el ceño y me estudió con cautela.

—¿Recuerdas si el mago te hizo algún hechizo o si te golpeaste la cabeza?

Fue mi turno de fruncir el ceño. ¿Era su forma indirecta de llamarme tonta?

—Si me hubiese hecho un hechizo es poco probable que pudiera recordarlo y, de haberme dado un golpe tan fuerte, lo mínimo que tendría sería un chichón.

La comisura de sus labios tembló.

—Al menos tu ingenio sigue el mismo desequilibrado razonamiento de siempre.

—He cambiado de opinión —repliqué con sequedad—. Si no eres Hunter, debes de ser su hermano gemelo. Es el único imbécil capaz de pasarse el día insultándome sin pretenderlo siquiera.

—¿Qué te ha hecho pensar que no soy yo? —entró en mi juego con una débil sonrisa.

—Porque me has llamado por mi nombre. Nunca me llamas por mi nombre.

Su sonrisa se extendió hasta mostrarme los dientes y me hizo entrar de inmediato en calor. Sí, indudablemente era el idiota de

Hunter.

—Por un momento me asustaste, brujita. Pensé que no me recordabas.

—Se me ocurren cosas más fáciles de olvidar que un armario empotrado de metro noventa que disfruta haciéndome rabiar —murmuré más para mí misma que para él, aunque por su carcajada no solo se enteró, sino que hasta le hizo gracia.

¡Ver para creer!

—No pretendía hacerte rabiar y mucho menos insultarte. Tu razonamiento estrambótico me vuelve loco y no dejas de sacarme de mis casillas, pero, si hay algo que he tenido tiempo de aprender durante estos últimos días, es que lo necesito como respirar. No hay descanso ni paz o futuro que pueda imaginar sin escuchar tus locuras.

—Eso suena serio —admití mordiéndome los labios.

Si se lo pedía, ¿seguiría hablando? Aquella era una de mis mayores contradicciones. Era capaz de exigirle que se arrodillara ante mí solo por ponerlo en su sitio e incluso me atrevería a retarlo cuando a todas luces estaba perdiendo el control de su bestia, pero era incapaz de pedirle algo tan sencillo como que siguiera compartiendo sus sentimientos conmigo, porque los necesitaba para apartar de mi mente los recuerdos y hacerme sentir real de nuevo.

—¿Cómo te encuentras, brujita? —entrelazó sus dedos con los míos.

Bajé la mirada para ver mi mano envuelta en la suya. Su simple contacto ya me hacía sentir mejor.

—¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Y por qué nadie me rescató antes? ¿Elisenda no podía encontrarme?

Hunter se presionó el puente de la nariz con un profundo suspiro.

—No me juzgues por lo que voy a contarte.

Negué en silencio, preparándome para lo peor, su rechazo y sus dudas.

—Cuando desapareciste sentí el vínculo resquebrajarse. —Su mano apretó la mía—. Me volví loco, loco de verdad. Habría hecho cualquier cosa por encontrarte, incluso iniciar una guerra y desencadenar el apocalipsis de haber sido necesario. —Hunter inspiró con fuerza y soltó el aire en un pesado suspiro—. Elisenda vio que, si me iba en aquellas condiciones a por ti, ambos acabaríamos muertos, por lo que avisó al Consejo. Vinieron a por mí, me detuvieron y me encerraron.

—¡No tenían derecho a hacer eso!

—Créeme, estaban en su derecho y tenían motivos más que de sobra. —Hunter me apretó la mano con delicadeza, aunque la gravedad en su rostro no cambió. El instante en que alzó la mirada, todo el dolor e impotencia de los últimos días me golpearon como un tsunami—. No me preocupaba estar encerrado o que me inmovilizaran con magia, ni tampoco la posibilidad de morir. Era el hecho de que estuvieras en peligro, sola y asustada lo que me volvía loco.

Era imposible no detectar el sufrimiento en su voz.

—¿Y por qué no me liberaron ellos si sabían donde estaba?

No quería acusar a nadie, pero la idea de que él fuera el único al que le importase lo suficiente como para liberarme dolió.

—Sé que va a sonar como si pretendiera disculparla por ser mi abuela, pero solo puedo ofrecerte la realidad que me dejaron conocer —explicó Hunter con cierto reparo—. En sus visiones, el único que podía salvarte era yo. Cualquier otra visión acababa con tu muerte.

Después de considerarlo, asentí.

—Si es lo que ella dice, imagino que debe ser cierto.

—Lo es, estoy seguro. A Elisenda le faltó tiempo para venir con Gwen y asegurarse de que estuvieras bien y garantizar tu recuperación. —Sus hombros se relajaron visiblemente—. No se separó de tu lado hasta diez minutos antes de que despertases.

—¿Y cómo es que al final te permitieron rescatarme?

—Fueron sus planes desde el principio. Te mantenían vigilada, aunque no lo supieras. No creo que siempre estén de acuerdo con tu forma de manejar la magia, pero es evidente que te respetan y que debes de tener algo que les importe lo suficiente como para correr riesgos contigo.

—Pero, entonces…

—Me sometieron a hechizos y entrenamientos para poner a resguardo la magia que sigo portando por ti. —Me mostró una piedra romboidal que pendía de su cuello. De forma instintiva toqué mi propio pecho y mi ramillete de muérdago volvía a estar en su sitio. El simple hecho de tocarlo consiguió que me relajase.

—¿Para qué sirve ese amuleto?

—Me ayudó a dominar la parte animal en mí. Mis emociones desbocadas eran peligrosas y tu magia amenazaba con superarme.

Por las líneas alrededor de sus ojos, el procedimiento no pudo ser fácil.

—Lo siento mucho.

Hunter negó.

—No lo hagas. Ha sido duro, pero ahora me siento más yo que nunca.

—¿Tuviste que sacrificar mucho poder o tu conexión con tu bestia? —pregunté a sabiendas de lo importante que era para él.

Por primera vez, Hunter sonrió relajado.

—En realidad, fue todo lo contrario. Estamos más unidos que nunca y hemos aprendido a trabajar juntos a un nivel que antes era impensable. No le recomendaría a nadie que se atreviera a enfrentarse a mí y, mucho menos, a tratar de dañar lo que es mío.

—Hunter —suspiré—, sabes que hoy en día ya no se debe decir eso de «mía» en una relación de pareja, es machista y retrógrado.

—Entonces búscale otro nombre. Eres tan mía como yo tuyo. Llámalo o etiquétalo como te dé la gana. Me da igual. Es lo que nos une, lo que compartimos y lo que me haces sentir. No se trata de que quiera atarte a mí o convertirte en mi prisionera, sino que estás dentro de mí, formas parte de mí. Además, te recuerdo que soy tu familiar. Algunos dirían que soy más tuyo y más esclavo de lo que piensas.

—Cierto. Debería encontrar el modo de devolverte la libertad…

—Ni lo pienses —gruñó Hunter.

—Para que puedas elegirme sin presiones —finalicé mirándolo fijamente.

—Ya te elegí. Lo hice incluso antes de saber que eras mi bruja. Tu magia puede haberme mostrado el camino hasta ti, pero nuestro vínculo jamás se habría cerrado de no haberte elegido y aceptado como mi bruja.

—Pero si no…

—Ahora, sí.

—¡Hunter! —Abrí los ojos tan horrorizada como feliz.

—¡Noelia! —imitó mi voz, divertido.

—¿Cómo pudiste cerrar el vínculo sin mi consentimiento?

—Jamás retiraste tu consentimiento después de que el vínculo se hiciese patente la primera vez. Solo me hizo falta aceptarlo.

—¿Por qué cambiaste de opinión?

—Porque en ese momento olías a galletas de Navidad, canela, dulce y todo lo bueno que hay en la vida.

Incrédula, bajé la cara hasta mi hombro y aspiré. De inmediato, arrugué la nariz.

—Creo que *olía* era la palabra clave en esa frase, ¿no? —resoplé.

Hunter rio.

—Muy, muy, muuuy en el fondo sigues oliendo a galletas y canela.

—¡Uuuff! —Salté de su regazo sujetándome a él cuando casi caí de nuevo de espaldas.

—¡Cuidado!

—Y aquí estaba yo queriendo que él me dijera cosas románticas mientras huelo como un saco de patatas rancias a la vinagreta. ¿Qué romanticismo es ese? Y él tal cual. No me dice nada y ahora cada vez que lo recuerde… ¡Dios con lo importante que son los olores!

—Cielo…

—Con la suerte que tengo, en el futuro el tufo de patatas rancias y pepinillos en vinagre le recordará a mí y a nuestro primer momento de sinceridad.

—Cielo…

—¿Por qué tenían que ser patatas rancias y pepinillos en vinagre y no palomitas de maíz o algodón de azúcar? Oye, que hasta un burrito habría olido mejor. Al menos habría sido algo más apetecible, algo a lo que hincarle el diente…

—Cielo… —repitió Hunter con una mezcla de diversión y eterna paciencia.

—¡¿Qué?!

—Deja de farfullar y ve a la ducha. Y solo para que conste, no hueles a patatas rancias, más bien a bosque húmedo tras una noche de lluvia.

Me detuve en medio de la habitación. No tenía muy claro que oler a bosque húmedo fuese un aroma que quisiera asociado a mí, pero tal y como lo decía sonaba hasta poético. Me habría lanzado sobre él para mostrarle cuán bonito me había parecido su descripción, antes de que se me ocurriesen un montón de adjetivos de cómo podía oler un bosque mojado: a moho, a setas podridas, a animales en descomposición....

—¡No te muevas, ahora mismo regreso!

Con una sonrisa, Hunter se tiró encima de la cama y descansó la cabeza en sus manos.

—Deja la puerta entreabierta. Necesito saber que estás bien, y llama si quieres ayuda con algo.

Hice lo que me pidió a pesar de que sabía que podía oírme de todos modos, pero el tenerla abierta seguramente le proporcionaba la misma sensación de cercanía y seguridad que yo experimentaba con su presencia.

En cuanto el agua caliente cayó sobre mí cerré los ojos. Los recuerdos de los días pasados me tomaron por asalto. Xavier, el impacto del agua helada del grifo, sus… Sacudí la cabeza y me froté

furiosa la piel con la manopla. No podía permitir que un loco y sus acciones me dominasen, no podía darle ese poder, no quería hacerlo. Estaba aquí, viva, y todo había pasado. Mi piel se volvió de un tono rosado de tanto frotar. Dejando caer la manopla, me apoyé contra los fríos azulejos de la ducha.

Me sobresalté cuando unos fuertes brazos me envolvieron y me apretaron contra su firme cuerpo desnudo, excepto por el bóxer que llevaba. Me relajé contra el pecho de Hunter y centré mi atención y mis pensamientos en él, usándolo como mi ancla para atarme al presente y al único problema importante que restaba por resolver: me estaba quedando sin excusas para negar mis sentimientos por él. ¿Quería siquiera hacerlo?

# Capítulo Cuarenta Y Dos

## NOELIA

Después de enjuagarme la cabeza y secarme, Hunter me dio una de sus camisetas y me dejó sola para que pudiese lavarme los dientes. Al salir me lo encontré tendido en mi cama. Era una visión en sí mismo, una diversión más que bienvenida de mis oscuros pensamientos.

Debería estar prohibido que los hombres como él se mostraran ante nosotras vestidos meramente con un pantalón de chándal gris, tentándonos con los músculos marcados de su torso y sus miradas llenas de intensidad. Solo de verlo, mis dedos cosquilleaban con la necesidad de recorrer los tatuajes y las cicatrices que recorrían su piel, sin contar la urgencia de descubrir dónde terminaba la V que comenzaba en la parte baja de su estómago.

Hunter no se movió del sitio y, aun así, sus pupilas no me perdieron de vista. Algo en él delataba al depredador que habitaba en su interior. Puede que fuesen sus pupilas tan dilatadas que apenas quedaba un estrecho aro verde dorado a su alrededor, o tal vez la seguridad que emanaba. Todo en él exudaba peligro y poder y, aun así, en vez de venir a cazarme como la presa que debería haber sido, dejó que fuese yo la que tomase la decisión de acercarme a él. Vacilé. ¿Me devoraría si lo hacía? Sonreí para mis adentros. Esperaba que sí.

Un estremecimiento le recorrió de forma visible y las aletas de su nariz se dilataron. ¿Podía percibir mis feromonas? Ladeé la cabeza.

—¿A qué huelo ahora?

—A promesas de días de verano, largas noches bajo las estrellas y la esperanza de tardes de pasión frente al fuego de una chimenea —respondió sin titubear.

Mi corazón duplicó el ritmo de sus latidos.

—¿Esas cosas tienen olor?

—Huelen a ti, a galletas de vainilla y canela, a helados de coco y

piña y a ese toque ligero y especiado que te identifica.

Nuestras miradas se mantuvieron atrapadas, y por el calor que se expandió en mi interior podría haber jurado que solo era cuestión de minutos que acabase estallando en algún tipo de combustión espontánea que, con bastante probabilidad, iba a sentirse de forma muy, muy similar a un orgasmo.

Me humedecí los labios ganando tiempo con la intención de insuflarme de valor.

—Soy una bruja.

—Aja.

—Y tú mi familiar.

—Aja.

—Y te deseo como jamás he deseado a nadie —le confesé.

Por la habitación resonó un largo y bajo ronroneo. Me habría reído y le habría preguntado si eso equivalía a otro «aja», pero era casi como si mis piernas respondieran a la vibración y comenzasen a temblar y amenazar con ceder bajo mi peso si no hacía pronto algo al respecto.

—No quiero que hagas el amor conmigo por la magia que nos une, ni porque creas que me lo debes o me tengas lástima —aclaré acercándome un paso a la cama.

El ronroneo cesó y, por unos segundos, el silencio fue tan tenso que temí que, aunque tratase de huir, la densidad del aire no me lo permitiría.

—Quítate la camiseta —su voz salió oscura, áspera e inhumana.

Vacilé, dividida entre los deseos que dominaban mi carne y la necesidad de hablar y aclarar las cosas entre nosotros.

—Hunter, yo…

—Quítate la toalla, ven aquí y obtendrás todas las respuestas que has estado buscando —me prometió una vez más con aquella voz que no parecía pertenecerle a él.

En cuanto mis dedos se acercaron al dobladillo, el seductor ronroneo comenzó a resonar de nuevo por la habitación, aunque esta vez mis piernas no fueron las únicas afectadas, y habría jurado que podía sentir la vibración incluso en mi clítoris y mis pezones.

Una sonrisa ladeada, tan peligrosa como él, estiró despacio sus labios. Hunter extendió el brazo invitándome hacia él. Subí a la cama, apoyándome en mis débiles rodillas, y escalé por su anatomía hasta mirarlo de frente con nuestras narices pegadas.

—¡Hunter!

Mi gritó ahogado duró un segundo, el tiempo exacto que él tardó en cogerme por la cintura, ubicarme a horcajadas sobre su

cara y mostrarme el hambre con el que había esperado a saquearme con su exigente lengua.

¡Madre del amor hermoso!

Mis dedos se aferraron al borde del cabecero, mis caderas se movieron por voluntad propia y, como si hubiese pulsado un detonador, el éxtasis explotó a través de mi vientre extendiéndose por mis venas y extremidades.

Una vez.

Y otra.

Y otra.

Con la cuarta, mi cuerpo parecía poco más que una masa gelatinosa sin consistencia. Hunter me bajó y me permitió descansar sobre su pecho.

—Si creyese que te lo debo, habría bastado con una sola vez —me murmuró al oído—. Y si te tuviera lástima… no se me ocurriría ni en sueños hacerte esto…

Mi mundo dio un giro cuando me tumbó sobre el colchón. Me mantuvo la mirada con su sonrisa depredadora, a la vez que se deshacía de sus pantalones, y se situó entre mis piernas dejándome sentir su dureza y calor. Esperó durante lo que pareció una eternidad, no sé si porque quería mi permiso para continuar o con la intención de ofrecerme una oportunidad de escapar, sin embargo, con cada segundo, con cada respiración que pasaba, la necesidad que había creado en mis entrañas se volvió más frenética, desesperada y angustiosa.

—Hunter…

Nuestros jadeos se entremezclaron cuando me embistió. Mis uñas se clavaron en sus hombros y mi grito se perdió entre sus labios. Me preparé para el siguiente envite, pero mis ojos nunca dejaron los suyos mientras me marcó como jamás nadie lo había hecho, como deseaba que lo hiciera, imprimiéndose en mi ser y hasta en mi esencia. Quería atraparlo en lo más profundo de mi interior, como si mi presente, futuro y mi vida misma dependieran de que él permaneciese unido a mí.

Su piel acabó húmeda, al igual que la mía, a medida que mis gemidos y jadeos aumentaban de frecuencia y volumen. No existía ni un solo lugar en el universo en el que quisiese estar en ese preciso instante más que allí.

La tensión en sus hombros aumentó, su espalda y nalgas se apretaron y su erección pareció ponerse más y más dura. Mis párpados se cerraron cuando el primero de los tsunamis de placer me atravesó y permanecieron así hasta que, en el último, los

gruñidos de Hunter vibraron a través de mí.

Nos abrazamos impactados, con nuestras frentes unidas y nuestras erráticas respiraciones entremezcladas.

—No sabes cuánto necesitaba esto. Pensé que moriría si no podía fundirme contigo.

—¿Fundirte? Mmm… ¿Eso es lo que acabamos de hacer? —pregunté tan satisfecha como una gata tras zamparse un bote de leche.

—No. —Hunter sonrió, iniciando un lento movimiento de caderas con el que rozó una zona en mi interior que parecía hacerse con el control de mi anatomía y mis pensamientos—. Fundirnos es lo que vamos a hacer ahora, mi pequeña brujita. ¿Recuerdas que aún tenías una pregunta por contestar?

Intenté recordar la pregunta, pero, a medida que nuestros cuerpos chocaban con un ritmo tierno y pausado y Hunter me recorría el cuello con los labios con la misma exactitud con la que sus dedos exploraban mis pechos y mis nalgas, apretándome contra él, cualquier pregunta o pensamiento habido o por haber se evaporó de mi conciencia, dejándome solo con las sensaciones que él me provocaba.

Era como si flotásemos mientras me llevaba a un lugar en el que nuestras almas pudiesen transformarse en una sola. Podía sentirlo dentro de mí, una unión, un nexo que trascendía de lo físico. Y algún tipo de ritmo primitivo guiaba nuestros movimientos y nuestros besos, con la única intención de mantenernos unidos.

—Noelia… —Era poco más que una palabra, mi nombre, y, sin embargo, sonaba a desesperación, plegaria y esa extraña sensación de felicidad, calor y hogar que se extendía más y más a través de nosotros—. *Te amo.* —Su voz resonó en mi mente como una cálida luz que me cubría. Estaba segura de que era en mi cabeza donde lo oía, porque nuestros labios se encontraban unidos devorándonos en una placentera exploración sin prisas.

—*Te amo* —respondí con la certeza de que me había oído a pesar de que jamás pronuncié las palabras.

—*La magia nos une, no puedo mentirte, pero lo que siento por ti es sincero.*

Pude sentir su honestidad, pude comprender a qué se refería, porque era exactamente lo mismo que experimentaba yo. En respuesta me abrí a él en cuerpo y alma, entregándome a aquel sentimiento de pertenencia, protección y amor que solo él podía ofrecerme.

—*Eres tú quien me completa* —murmuró en mi mente, al tiempo

que el placer que compartíamos nos fue llevando hacia el éxtasis de forma inexorable y certera, sin prisa y sin pausa, hasta que de repente mi universo entero explotó en un haz de luces que nos envolvió a ambos.

Fue su jadeo alarmado el que me devolvió a la realidad. Abrí los párpados para toparme con el terror escrito en los suyos.

—¡Sujétate a mí! —gritó en el mismo instante en que me di cuenta de que estábamos a punto de tocar el techo.

Caímos en picado y en el último segundo, Hunter consiguió girarnos en el aire y acabé cayendo sobre él en la cama. Si mis pulmones se habían quedado sin aire, no podía ni imaginarme lo que debía de haberle pasado a él con todo mi peso aplastándolo.

—¿Te encuentras bien? ¿Te he hecho daño? —le pregunté asustada, explorándolo con mis manos.

Hunter me abrazó, aprisionándome contra su pecho.

—Admito que sabía que hacer el amor contigo sería especial, pero desde luego no me imaginé de qué manera. Me alegra que esto nos haya sucedido en el dormitorio y no en el jardín —sonrió divertido.

—¡Dios! —exclamé cuando comprendí lo que hubiese ocurrido si hubiésemos estado flotando en el exterior en dirección a las nubes.

—Recuérdame que nunca te pida la luna o las estrellas —murmuró con un carcajeo bajo mientras me apartaba un mechón de la húmeda frente.

—¿Seguro? Mira que no encontrarás nunca a una bruja como esta para hacer realidad las cosas más descabelladas —bromeé.

La risa de Hunter brotó sin restricciones y pronto acabamos compartiendo nuestras carcajadas.

—*Ya me entregaste la luna y las estrellas, brujita.*

—¡Aún te puedo oír en mi cabeza! —Me alcé alucinada.

—Te lo dije, estamos unidos por magia y eso es algo que jamás podrá romperse.

Después de mirarlo largo rato me relajé y volví a ocupar mi lugar sobre su pecho, con mi oreja pegada a su corazón, que era justo el sitio al que pertenecía.

—¿Y te parece bien la idea de que estemos conectados por siempre? —pregunté.

—*No lo querría de ninguna otra forma. ¿Y tú?*

Había algo en sus contestaciones telepáticas que las diferenciaba de las palabras habladas, y era la profundidad, la sinceridad de las respuestas, como si viniesen de una parte de él ubicada más allá del consciente. Como si las respondiera desde el alma sin ningún tipo

de filtro.

Sonreí y dejé abierta esa conexión que parecía partir de mi pecho.

*—Esta era la forma en la que soñaba que fuese si alguna vez me enamoraba de alguien. Es lo que siempre he buscado. Sentía que me faltaba algo. Tú eres justo esa pieza que me faltaba.*

*—Con todas tus locuras, sueños imposibles y meteduras de pata, eras completa y perfecta antes de mí. No soy la pieza que te faltaba, solo la que te complementa, al igual que tú me complementas a mí ofreciéndome la luz que necesito en mi oscuridad.*

# Capítulo Cuarenta Y Tres

## NOELIA

Sentada en el taburete de su cocina, apoyé la barbilla en la palma y observé a Hunter con una sonrisa secreta. Hay algo sexi en un hombre que te prepara el desayuno y, si lo hace únicamente ataviado con un delantal, todavía más. Con disimulo giré el índice en el aire y, sin que él se diera cuenta, en su delantal apareció la inscripción:

«Todo lo que quiero para Navidad eres tú… *desnudo*».

Estuve tentada de sacarle una foto y subirla a mi cuenta de Instagram. Estaba convencida de que iba a volverse viral. ¿Qué clase de mujer podría resistirse a semejante estampa navideña?

Por puro instinto, me levanté y lo abracé desde atrás, dándole un beso en la espalda llena de pecas antes de apoyar mi mejilla contra su cálida piel. Repasé una débil cicatriz con forma de X en su paletilla. Fruncí el ceño. ¿Cómo no había reparado antes en ella? Hunter me dio un apretón en la mano, pero mis pensamientos estaban en otra parte, con el enorme y fiero felino que me había salvado la vida tomando aquella lanza por mí. De repente me puse rígida.

—¿Ocurre algo? —Hunter soltó la paleta con la que había estado revolviendo los huevos y se giró en mi abrazo.

Y ahí estaban otra vez, justo delante de mis narices: las pecas. Era imposible que fuese simple casualidad. Alcé los ojos para toparme con los suyos. Eran verdes con un círculo dorado en su interior, en un orden inverso a los del jaguar. Aun así…

—Eras tú, ¿verdad? El enorme felino que lo… El jaguar eras tú.

—Sí —Hunter no se tomó la molestia en negarlo.

—¿Y el águila?

—Era Ben, vino a ayudarme. Fuimos los únicos capaces de acercarnos sin hacer saltar las alarmas.

Asentí y me relajé. Debería haberlo adivinado nada más verlo. Hunter siempre estaría dispuesto a salvarme, fuese en la forma que fuese. Pasé los dedos por los tatuajes, repasando las líneas artísticas con las que un maine coon anaranjado y un jaguar se entremezclaban con los ojos de un búho, y de repente supe la verdad.

—Puedes transformarte en todos estos animales, ¿me equivoco?

Hunter encogió un hombro como si no le diera importancia, pero su mirada atenta nunca me abandonó.

—No, no te equivocas.

Fruncí el ceño en concentración al repasar de nuevo los trazos.

—Son los tatuajes, contienen magia, puedo sentirlo. ¿Quién te los ha hecho?

—Cada uno de ellos es un regalo.

—¿De quién?

—El gato es el de mi abuela. Es una tradición que la familia te obsequie con el primero de ellos. Normalmente se trata de animales de compañía habituales en el mundo humano y que son los que nos permiten acompañar a nuestras brujas en su vida cotidiana. En parte son los que definen también la herencia familiar. El búho me lo obsequió una bruja por salvar su vida. La capacidad de volar es un regalo muy apreciado entre los familiares, también bastante raro. Y el jaguar me lo regaló el aquelarre a cambio de los servicios que he prestado.

Me inundó el orgullo por lo que implicaban sus palabras. Sin duda se lo merecía, y lo primero que pensaba preguntarle a Elisenda cuando volviese a verla era si yo también podía obsequiar tatuajes como aquellos. No se me ocurría ningún regalo más íntimo que aquel para Hunter y, sin duda, Ben también se merecía uno.

—¿Por qué tengo la impresión de que no eres del todo feliz con ellos? —Ladee la cabeza.

—Al contrario, lo estoy, me encanta lo que puedo hacer gracias a ellos y la libertad que siento cuando me transformo.

—¿Entonces?

—No lo sé, imagino que en parte siempre he sentido que son una forma de mantenernos a los familiares contentos y educarnos para servir. Estos tatuajes son el equivalente a los tatus de pegatina o a los escudos que te van dando en los *boy scouts*.

—Voy a confesarte un secreto —le dije sin ocultar mi seriedad —. Pero no se lo puedes contar a nadie. Ven

Me senté sobre la encimera de la cocina y lo llamé con el dedo índice. Hunter apagó el hornillo antes de aproximarse.

—¿Sí? —Con una ceja arqueada se inclinó hacia mí para que pudiera hablarle al oído.

—Esos tatuajes son mucho más sexis que los de los *boy scouts*. No dejes que te los quiten.

—En ese caso, ten por seguro que no dejaré que nadie me los arrebate. Los defenderé a muerte por ti —prometió con fingida solemnidad.

—Lo digo en serio —admití—. Me encantan.

—Yo también —afirmó Hunter inclinándose hacia mí—. Me encantas tú.

Con suavidad me rozó los labios con los suyos, con cautela, como si temiera que fuese a apartarme de él. Cuando no lo hice, presionó para que me abriera a él y me cogió por la nuca con un gruñido áspero.

—¿Me considerarías un patán desconsiderado si te confesara que te deseo y que quiero hacerte el amor de nuevo? —me preguntó sin alzar la nariz de mi cuello.

—Ahora que lo dices —Me toqué los labios y los fruncí como si se estuviera planteándome algo—. Te consideraría un calientabragas si no terminas lo que has iniciado.

Hunter abrió la boca, la volvió a cerrar y sacudió la cabeza.

—No sé cómo lo consigues, pero haces imposible que uno se eche atrás o cambie de opinión.

—¿Y eso te molesta?

Una indolente sonrisa se extendió por su rostro masculino.

—En este momento no. Has dicho justo lo que necesitaba oír —murmuró antes de reconquistar mi boca devorando cualquier duda o pensamiento que aún me pudiese quedar.

# Capítulo Cuarenta Y Cuatro

## NOELIA

—¿Dónde está? —El grito de Mary apenas fue advertencia suficiente antes de que la puerta de la calle se abriese de un portazo.

Sobresaltada me escondí tras la encimera de la cocina y busqué a tientas la camiseta de Hunter, en tanto él se colocaba apresurado el delantal.

—¿Nadie os enseñó que hay que llamar a la puerta en casas ajenas antes de entrar —gruñó Hunter entre dientes.

¿Os? ¡Jolines! ¿Quién más había venido?

—¡Hunter, déjate de pamplinas! —exigió Mary con ese tono de reina de corazones dispuesta a cortar cabezas si alguien se atrevía a interponerse en su camino—. Tu abuela nos encerró en la tetería y no nos ha dejado salir hasta ahora.

—Sentaos delante de la chimenea. Veré si Noelia puede veros.

Me coloqué la camiseta con la sangre agolpándose en mis orejas. ¿Es que no podían haber elegido un momento más oportuno para las visitas? Si Mary al menos hubiese venido a solas…

—Quiero verla y comprobar que está bien —insistió Mary inflexible.

—Está perfectamente. —Hunter se lavó las manos en el fregadero y me entregó con disimulo un paño de cocina mojado.

—Entonces no hay problema para que la veamos.

Gemí para mis adentros y me limpié las manos y los muslos. ¿Cómo era posible acabar en una situación tan comprometida? Iba a ser imposible salir de allí sin que me vieran.

—Yo no he dicho que haya ningún problema, solo que esperéis sentados —Hunter señaló a los sofás del salón.

—¿Dónde está?

—A punto de veros.

—Más le vale después de que tu abuela nos obligara a cantar villancicos para satisfacer el hechizo que puso sobre los coches —

masculló Jadis disgustada.

—Nos llevamos todo el camino hasta este lugar perdido de la mano de Dios cantando *Baby It's Cold Outside*, porque era la única canción que Jadis se conocía —se quejó Cassandra.

—Y cada vez que parábamos se detenía el coche —añadió Selena.

—Mi abuela me obligaba todos los años a ver la película *Neptune's Daughter*. ¿En serio os extraña que deteste los villancicos? —Aún sin verla, podía imaginarme a Jadis lanzándole una mirada fulminante a las demás.

Por alguna razón me entró la risa tonta y me tuve que tapar la boca.

—Uhmm… Chocho, ¿no crees que deberías salir de ahí? —preguntó Rayan.

Al alzar la mirada me encontré con la de Hunter, quien estaba mirándome desde arriba con una ceja arqueada. El silencio en la cabaña debería haberme advertido que todos estarían esperándome cuando me levanté y asomé la cabeza. Por unos segundos, Joan, Jadis, Laurie, Selena, Cassandra, Mary y Ray se limitaron a contemplarme, hasta que de repente Mary salió corriendo, rodeó la encimera de la cocina y se abalanzó sobre mí.

De inmediato estuve rodeada de brazos que me achuchaban y apretaban, que me pasaban de unos a otros sin que me diese tiempo ni de verles las caras a sus dueñas.

—¡Dios! ¡Te odio! ¿Tienes idea de lo que he pasado cuando desapareciste y nadie podía decirme dónde estabas? —sollozó Mary.

—No vuelvas a darme un susto así —murmuró Ray—. No creo que sobreviva si te pasa algo. Eres nuestra familia, la que nos centra a todos y la que nos mantiene unida.

—Estábamos tan, tan preocupadas por ti —confesó Laurie con lágrimas en los ojos.

—Y los clientes de la tetería no paraban de preguntar por ti —añadió Joan—. Cuando se corrió la voz de que habías desaparecido y que no sabíamos donde estabas, muchos vinieron a ofrecernos su apoyo y ayuda.

—Y el aquelarre ha hecho un esfuerzo conjunto para comprar el edificio en el que están la tetería y vuestro apartamento —intervino también Selena.

—¿Qué? —alcé la cabeza con la garganta reseca.

Mary asintió.

—Lo han puesto a tu nombre, el mío y el de Ray, con la única condición de que él se quede aquí con nosotras.

—No podéis estar hablando en serio. —Miré de Ray a Hunter y de regreso a Mary.

—Cuando Ray se negó a regresar al trabajo hasta que estuvieras de vuelta, el muy cabrón de su jefe lo despidió.

—Pero… —Me quedé sin voz.

—En el aquelarre cuidamos de los nuestros. Rayan y Mary son familia y por tanto ahora también forman parte de la nuestra —respondió Elisenda que entraba acompañada por Gwen y Margot.

—¿Ray? —grazné con un nudo en la garganta.

Rayan me abrazó.

—No se me ocurre ningún otro sitio en el que pudiera ser más feliz que aquí con vosotras —respondió a la duda que yo no era capaz de poner en palabras—. Además, ¿en serio crees que quiero perderme todas tus aventuras y meteduras de pata con la magia?

—Hablando de magia. —Gwen tocó las palmas con una amplia sonrisa—. Ya que parece que te encuentras bien, es hora de recuperar el tiempo perdido y de ponerse a trabajar.

Riendo entre lágrimas me giré hacia ella.

—¿En serio? —bromeé—. No piensas darme ni siquiera un descanso.

No es que lo quisiera en realidad, prefería que me mantuvieran entretenida.

—¿De dónde crees que surge la magia navideña? —Gwen puso los brazos en jarras—. ¿De un tipo gordo con barba blanca?

—¡Ojalá!

Todos los ojos se volvieron hacía Hunter.

—¿Qué acabas de decir? —pregunté.

—¿Yo? —Hunter alzó las manos—. Nada. —Cuando seguimos mirándolo expectantes carraspeó—. Creo que mejor me voy arriba a vestirme.

No sé si la confianza con la que cruzó el salón hasta las escaleras era porque se le había olvidado que con el delantal se le veía el trasero o porque sabía que no tenía nada que ocultar. Le di un codazo a Rayan cuando prácticamente me babeó encima.

—Ese trasero ya tiene dueña —lo reñí en voz baja.

—Y ahora que estoy aquí y que el aquelarre me ha adoptado, ¿crees que podrían regalarme uno de esos por Navidad? —preguntó sin hacer ni el más mínimo intento por dejar de mirar.

—Yo me apunto —coincidió Mary.

—Solo por pedir ese deseo ya deberíais estar en la lista negra de Papá Noel. Creo que este año os va a tocar carbón.

—Dice la que estaba escondiéndose detrás del mostrador de la

cocina —se mofó Cassandra.

Puede que tuviesen razón. Probablemente era una suerte que el aquelarre estuviese a cargo de la magia, no tenía ni la más mínima intención de ser de nuevo una niña buena mientras Hunter permaneciera a mi lado.

# Capítulo Cuarenta Y Cinco

## NOELIA

*Cuarto domingo de Adviento.*

—¡Guau! —Me miré en el espejo y me giré para inspeccionarme de lado.

—¿Qué? ¿Te gusta? —preguntó Gwen con un espectacular vestido rojo, con bordes en pelo sintético blanco, muy similar al mío, aunque, donde el mío tenía un escote Bardot, el de ella era palabra de honor.

—Me encanta —admití con una sonrisa, moviéndome de un lado a otro para ver cómo caía la falda larga—. Aunque tengo que admitir que ni en sueños me habría esperado que para el ritual fuésemos a vestirnos con algo tan elegante y navideño.

—¿Y qué esperabas? ¿Un vestido negro y un sombrero de bruja?

Su burla consiguió que me subiesen los colores a los cachetes. Gwen rompió a reír cuando mi expresión le reveló que aquello era exactamente lo que había esperado de una celebración con el aquelarre.

—Nena, aquí hacemos las cosas con estilo —dijo colocándome un gorro de Papá Noel de la misma tonalidad que el vestido—. Es Navidad, somos las portadoras de magia y nos merecemos sentirnos guapas y especiales mientras repartimos alegría y felicidad.

Por más que nuestros vestidos nos convirtieran en una versión sexi de Mamá Noel, no había nada en su teoría que pudiera refutar. ¿Qué podía haber de malo en practicar magia estando guapa?

—Lista. —Gwen se separó unos pasos de mí para admirar su obra—. Estás perfecta. Hora de ir a por tu familiar para que te lleve al claro en el que celebraremos nuestro tradicional ritual navideño.

—Gracias, Gwen. El vestido es precioso. No sé qué habría hecho sin ti.

—¿No es para eso para lo que estamos las hadas madrinas? —preguntó ella con un guiño.

—Con respecto a eso de ser hada… —Mi voz se esfumó en el momento en el que ella me dio la espalda y dejó a la vista unas brillantes alas de libélula—. ¡Jolines! ¡Eres un hada de verdad!

Sus alas se deshicieron en humo mientras ella rio tanto que se le saltaron las lágrimas.

—Ojalá, cariñete, pero no. Se dice que las brujas tenemos sangre de hadas de nuestros ancestros. No tengo ni idea hasta qué punto eso pueda ser cierto o no, pero a día de hoy no nos parecemos en nada a las hadas. El título de «hada madrina» es solo eso, un título. Ahora ve. Tenemos que estar en el claro a más tardar a las ocho menos cuarto. —Gwen me cogió por los hombros y me empujó hacia la puerta—. Hunter te está esperando en el salón.

Bajamos juntas, saludando aquí y allá a las demás integrantes del aquelarre. Hasta la última de ellas vestía de rojo y blanco. La mansión de Elisenda al completo parecía una colmena de abejas por la actividad y energía que se desprendía por sus pasillos y rincones.

Tal y como había predicho Gwen, encontré a Hunter en el salón con una mano en el bolsillo. Si no hubiese sido por su expresión adusta me habría puesto a babear. El esmoquin le sentaba como un guante, casi tan bien como solían sentarle los delantales. Al acercarme a él lo abracé.

—¿Tus padres? —Señalé la fotografía que estaba contemplando sobre la repisa de la chimenea.

—Sí.

—¿Qué les pasó?

Hunter soltó el marco, aunque no apartó la mirada.

—Un familiar rebelde.

—Vaya, lo siento mucho.

—Fue hace mucho. —Cogiéndome la mano me inspeccionó de arriba abajo—. ¿Te he dicho alguna vez que eres la bruja más bella que he tenido el placer de conocer?

—¿Solo bruja? —Ladee la cabeza con un mohín.

—Las brujas poseen una belleza atemporal y única. ¿Por qué habría de compararte con nadie más? —preguntó con una leve sonrisa.

—¿Quiero saber dónde aprendiste a ligar? Eres un auténtico Don Juan. —Fingí un suspiro aunque por dentro sentía fuegos artificiales llenándome de felicidad.

Cogidos de la mano iniciamos nuestro camino hacia el claro del bosque a través del sendero iluminado por la cálida luz de los farolillos repartidos por sus márgenes.

—No soy ningún Don Juan. Ya no —se corrigió—. Pero puedes

preguntarme lo que quieras, cuando quieras.

Me mordí los labios y le eché una ojeada disimulada.

—¿Incluido el motivo por el que no te gusta la Navidad?

Tardó tanto tiempo en contestar que pensé que no lo haría. Cuando al fin lo hizo mantuvo la mirada al frente.

—Porque parece que todo lo malo ocurre justo en esta época.

—¿Cómo qué? —pregunté con suavidad.

No quería presionarlo, pero sentía la necesidad de conocer una parte de su vida que sospechaba que era relevante para él. Hunter soltó un pesado suspiro.

—Cuando era pequeño, mi madre era una bruja poderosa en el aquelarre, eso, junto al hecho de que era la hija de Elisenda, hizo que recayera en ella el papel de *Pythonissam pacis*, una especie de embajadora del Consejo Nacional de Aquelarres —explicó Hunter—. Era un puesto importante y conllevaba muchas responsabilidades, lo que implicaba que habitualmente estaba viajando durante fechas señaladas y festivos.

—Como las Navidades —completé por él, entendiéndolo al fin.

—Como las Navidades —confirmó.

—Antes hablaste de incidentes negativos en plural —dije cuando parecía que no iba a decir nada más.

—El ataque del rebelde que acabó con sus vidas fue el día de Navidad.

—Eso es… terrible.

Se detuvo y me colocó las manos en los hombros, obligándome a enfrentarlo.

—Tú también te fuiste unas Navidades.

Abrí y cerré la boca. Nunca llegamos a hablar de ello, pero había esperado que lo supiera.

—Al día siguiente del baile de Navidad, mi abuela murió. No tenía a nadie más aquí con quien quedarme, por eso me enviaron con mi familia paterna a España.

—Te fuiste sin despedirte. —A pesar de que su rostro era inexpresivo, sus ojos parecían buscar algo en mi semblante.

—No tenía ni idea de dónde vivías. Intenté llamarte por teléfono, pero siempre saltaba el contestador. Pensé que como no me había acostado contigo aquella noche del baile, decidiste pasar de mí.

—¿Qué? —Sus ojos se abrieron incrédulos.

—¿Qué te extraña? Mantuvimos una relación amor-odio durante años y las chicas se tiraban a tus pies.

—Jamás te habría dejado por querer establecer tu propio ritmo

en nuestra relación —masculló.

—¿Qué pasó entonces?

—Elisenda me castigó. En aquella época solía significar aislamiento total y tiempo para reflexionar. —Hunter soltó una carcajada seca—. Yo también intenté llamarte y te envié mensajes cuando me devolvió el teléfono. Nunca respondiste.

—En España tuve que cambiar de número. Ya sabes, por eso de las compañías y el *roaming*. Jamás me llegaron tus mensajes.

Hunter sacudió la cabeza con un resoplido.

—Ves, las Navidades nunca trajeron nada bueno.

# Capítulo Cuarenta Y Seis

## NOELIA

En cuanto llegamos al claro, nuestras confesiones pasaron a un segundo plano. Parpadeé dos veces para comprobar que aquel paisaje helado lleno de esculturas de hielo y globos de nieve, que brillaban a la luz de cientos de velas, era real y que no acabaría desvaneciéndose como una Fata Morgana.

—¿Qué es esto? —pregunté asombrada.

Había tantas brujas ataviadas con elegantes vestidos de noche rojos y hombres con esmoquin y pajarita que, de no ser porque con las esculturas no quedaba espacio, aquel evento podría haberse confundido con un baile o una gala.

—Iniciadas, posicionaos aquí, junto a mí, con vuestras madrinas y vuestros familiares —ordenó Elisenda.

Gwen nos llamó a su lado con una sonrisa.

—Todo esto es precioso —le susurré.

—No es nada comparado con lo que vamos a hacer a continuación —murmuró sujetándome de la mano con el mismo nerviosismo lleno de alegre energía que parecía estar afectando al resto de los asistentes.

Incluso Mary y Rayan, que se encontraban apostados en el círculo externo del claro como invitados, portaban ojos brillantes y amplias sonrisas.

—Iniciadas. —Elisenda esperó a que la mirásemos en silencio—. Vuestras madrinas os darán las explicaciones que necesitéis, os aconsejarán y tomarán control en el caso de que surgiera alguna complicación. Vuestros familiares permanecerán a vuestro lado. A través del contacto físico os ayudarán a canalizar la magia y a apoyaros en lo que necesitéis. Hoy no solo es el día en el que le demostraréis al aquelarre que sois un equipo y que habéis aprendido a manejar vuestra magia, sino también la bruja que sois en esencia.

—¿Qué significa eso? —pregunté cada vez más ansiosa.

¿Era yo la única que lo había entendido como un examen?

—Significa que es tu momento de demostrarle al mundo de lo que eres capaz —explicó Gwen.

—¿Y si es un desastre?

—No lo será. —Hunter posó sus manos sobre mis hombros y me besó la sien—. Yo y Gwen nos encargaremos de controlar la magia, tú dedícate solo a dejarte guiar por tu intuición y por tu corazón.

—¿Qué…?

A nuestro alrededor sonaron ocho campanadas. Elisenda tocó las palmas.

—¡A trabajar! El mundo espera vuestra magia. Es hora de difundir el espíritu navideño.

—¿Gwen? —Me giré aterrada hacia ella.

—Pasito a pasito, cariñete. Lo único que tienes que hacer ahora mismo es encontrar un globo de nieve que te atraiga.

—¿Encontrar un globo de nieve? ¿Eso es todo?

—Ves. Pan comido. —Gwen me guiñó un ojo—. Vamos.

Miré a nuestro alrededor, al resto de las brujas, a mis amigas, a las esculturas de hielo y… fui incapaz de mover mis pies del sitio.

—Cielo, relájate. —Hunter me abrazó desde atrás—. Imagínate que eres una especie de Papá Noel y que tienes la posibilidad de cumplir los deseos más profundos de la gente, de hacer realidad un sueño o de aliviar a alguien en su dolor y soledad. ¿No te gustaría hacerlo?

—¿Te refieres a que puedo hacer feliz a alguien? —Gwen y Hunter asintieron a la par.

—¿No es maravilloso? —preguntó Gwen tocando emocionada las palmas.

Fruncí el ceño.

—¿Solo a una persona?

—A todas las que puedas antes de que las campanas den las doce —me corrigió Gwen.

Mis ojos se abrieron horrorizados.

—¿Qué hora es?

Hunter miró su reloj inteligente.

—Las ocho y nueve minutos.

—¡Dios! ¿A qué estamos esperando?

Mis pies se movieron por voluntad propia y pronto comencé a sentir una vibración que tiraba de mí, guiándome entre personas y estatuas hasta que llegué al origen de aquella extraña e insistente llamada.

—¿Y ahora qué? —pregunté sin despegar la mirada del precioso

globo de nieve.

—Ahora mira dentro y averigua qué historia te está contando y de quién. Luego encuentra una solución al problema o a la situación. No tiene por qué ser algo material, puede ser cualquier cosa: un trabajo, conocer a su alma gemela, encontrar a una persona de su pasado…

Mientras Gwen me iba hablando, escruté el interior de la bola de cristal. De repente me sentí como si me absorbiera y, por unos segundos, entré en pánico al percatarme de que me encontraba en la habitación de un chico sentado de espaldas a mí, con un libro abierto sobre su regazo. Fui a hablarle, a pedirle ayuda, hasta que reconocí a la mujer que lo observaba desde el umbral con una mezcla de orgullo y angustia en su rostro.

—¿Señora Devito?

La mujer no pareció escucharme. La seguí por el pasillo hasta su dormitorio donde rompió a llorar. Al descubrir el sobre abierto tirado sobre la cama y leer el contenido de los documentos, no fue demasiado difícil sumar dos más dos.

Dos parpadeos más tarde, me encontraba de nuevo junto a Gwen y Hunter, que me miraban expectantes.

—¿Lo tienes? —preguntó él.

—Creo que sí. El hijo de la señora Devito tiene un trastorno de déficit de atención e hiperactividad, por lo que le cuesta más trabajo estudiar que a otros niños. Es muy inteligente y se esfuerza, pero el sistema educativo no le ayuda y en los exámenes no se refleja lo que sabe, por lo que sus notas no son lo suficientemente altas como para conseguir una beca para asistir a la universidad. Dado que su padre se ha desentendido de él, ella no sabe de dónde sacar el dinero para que él pueda cumplir su sueño.

—Muy bien, lo has hecho genial para ser tu primera interpretación —me alabó Gwen—. ¿Qué piensas hacer al respecto?

—¿Usar mi magia para conjurarle una beca?

—Podrías hacerlo, sería la solución más fácil, aunque también la más arriesgada.

—¿A qué te refieres?

—A que conjurar una subvención de cualquier índole suele entrañar una importante cantidad de dinero a lo largo de varios años, involucra documentos en una institución y rastros en entidades financieras. Sin contar que puede darse el caso de que perjudiques al auténtico merecedor de la beca a favor de tu protegido.

—No quiero quitarle la ayuda a alguien para dársela a otra

persona. ¿Pero qué puedo hacer entonces?

—Lo mismo que podrías hacer en la vida real, pero con la ayuda de la magia —instruyó Gwen—. Encuentra a un benefactor o una institución dispuesta a ayudarle, juega con el amor y las buenas intenciones de la Navidad, cruza sus caminos y dales un pequeño empujoncito. Recuerda que hoy solo tienes que ponerlo en marcha, tendrás la oportunidad de vigilar a tus protegidos durante los próximos días y también de reforzar tus acciones si fuese necesario para que lleguen a Nochebuena con los corazones llenos de ilusión y esperanza.

Para cuando a la señora Devito le llegó a su cuenta de Facebook el post de una conocida institución benéfica que tenía el plazo abierto para solicitar becas para jóvenes del perfil de su hijo, en el claro estaban resonando las diez campanadas que anunciaban cómo volaba el tiempo.

Los tres observamos cómo la señora Devito abrió el enlace que llevaba a las condiciones de la ayuda y cómo se tapó emocionada la boca.

—Enhorabuena. Tiene toda la pinta de que lo has conseguido, brujita. —Hunter me dio un beso en la mejilla.

—Sin lugar a dudas está en marcha —confirmó también Gwen con una sonrisa.

—¿Lo he hecho? ¡Lo he hecho! —Emocionada me lancé al cuello de Hunter, que me abrazó con una carcajada baja—. ¿Dónde está el siguiente globo de nieve? ¡Tenemos que darnos prisa!

# Capítulo Cuarenta Y Siete

## NOELIA

Si me había llevado casi dos horas resolver el caso de la señora Devito y su hijo, en la siguiente hora logré acelerar el proceso. Conseguí que un abogado retirado le llevara a una viuda desamparada la reclamación a la aseguradora que se negaba a pagarle los gastos de hospital de su difunto marido; que una nieta le encontrase a su bisabuela la hermana gemela que perdió durante la Segunda Guerra Mundial; o que un sargento retirado, en silla de ruedas, y sin ilusiones por seguir viviendo, se tropezase por *casualidad* con el gran amor (prohibido) de su vida: el cocinero de su antiguo batallón.

Para cuando sonaron las campanadas de las once, tenía la cabeza a punto de estallar, ya no me sentía los pies y, aún así, no podía dejar de sonreír. En ningún momento desde que había descubierto que tenía magia, ésta había tenido más sentido que la que tenía en aquel instante para mí. Tenía una función y yo un nuevo objetivo en mi vida.

—¿Qué estás mirando? —le pregunté a Hunter cuando se detuvo al lado de un globo de nieve.

—Esa es la señora mayor obsesionada con atacarme y mirarme de mala manera.

—¿La señora Reagan? —Me acerqué para mirar en la esfera de cristal.

—Supongo. Solo la conozco de vista.

—¿Quieres ayudarla?

—Yo no…

—Podríamos hacerlo entre los dos —le propuse antes de que pudiese poner una excusa.

Hunter titubeó.

—Sí, me gustaría —admitió al fin con una sonrisa avergonzada.

—De acuerdo, veamos qué podemos hacer al respecto —le ofrecí, cogiéndolo de la mano y llevándolo conmigo al pequeño

universo de la bola de cristal.

No tardamos en descubrir que la hija de la señora Reagan vivía en Canadá y que el sueño de la anciana era el de conocer en persona a la nieta que acababa de nacer. Dejé que fuese Hunter quien decidiese la línea de acción y me limité a prestarle mi magia para mover los hilos del área de cultura del Ayuntamiento para que su responsable decidiese organizar el vigésimo aniversario de la feria del libro local invitando a su autora más internacional, quien, no tan casualmente, era la hija de la señora Reagan.

Cuando regresamos a la realidad del claro, Hunter tenía un extraño brillo en los ojos, pero no comentó nada. Mi mirada cayó en Mary y Rayan, que seguían en los límites del claro.

—¿Gwen?

—¿Sí? —me preguntó caminando a mi lado.

—¿Es factible que empleemos algo de magia en las personas cercanas o es algo que debemos dejar para cuando acabe esta noche?

—Depende de lo que sea. No necesitas esta noche para poder hacerles un regalo, excepto que sea algo que requiera mucha magia. La presencia del aquelarre y la energía positiva que nos rodea ahora mismo, nos permite lograr casi de todo.

—¿En qué habías pensado? —indagó Hunter—. Te queda una media hora. Un deseo cumplido, puede que dos.

Mi mirada fue hacia Elisenda, acompañada por Ben en su forma gatuna, y luego hacia Rayan y Mary. Me mordí los labios.

—¿Podrás perdonarme si provoco a una de las brujas más poderosas del aquelarre?

—¡Noelia! —Hunter alzó la voz en advertencia—. ¿Qué piensas hacer?

Antes de que pudiese impedírmelo me acerqué a un globo de nieve, coloqué las manos encima y cerré los ojos.

—¡Noelia! Sea lo que sea lo que tengas pensado hacer, no lo hagas. ¡Noelia!

—Demasiado tarde —le repliqué con voz temblorosa.

—¿Qué has hecho?

Bajé la mirada a la esfera bajo mis manos, donde Elisenda y Ben ahora se encontraban sobre una playa tropical con una cabaña al fondo mirando confundidos a su alrededor.

—Dime que no has hecho lo que creo que has hecho —gimió Hunter.

—Estarán ahí encerrados hasta que hayan hablado y hayan llegado a un entendimiento —le aclaré.

Hunter se masajeó el puente de la nariz con una mueca adolorida.

—¿Tienes idea de lo que te hará cuando salga de ahí? Tendré que matarla para evitar que ella te mate primero. Es mi abuela, Noelia. ¿Cómo se te ha ocurrido provocarla de ese modo?

—Ya está hecho, ya no tiene solución —musité.

La noche había ido tan bien. ¿Por qué había tenido que arruinarla con mi estupidez? Hunter tenía razón, Elisenda no iba a pasarme por alto lo que había hecho.

Gwen carraspeó a mi lado.

—Está bien, siguen quedándote veinte minutos. ¿Qué más quieres hacer? Elige bien. Es posible que sea tu última decisión.

—¿Tú no piensas reñirme?

Ella encogió un hombro y miró la esfera de cristal, en la que Elisenda y Ben acababan de desaparecer en la cabaña.

—Elisenda se encargará de eso. Además, en el fondo creo que es lo que todos queríamos hacer, pero nadie se atrevió a llevarlo a cabo. Tampoco es como si cualquier bruja hubiese podido meter a Elisenda en una bola de cristal.

—Entonces, ¿qué hago ahora?

—¿A quién más pretendías ayudar? Pero, por favor, esta vez explícalo primero en palabras antes de llevarlo a cabo.

Miré a mis amigos, mi familia.

—Sé que no pueden convertirse en brujas si no estaban destinados a ello, pero, ¿sería posible que pudiese regalarles algo de mi magia a Rayan y Mary?

—Con nuestra ayuda, sí.

—¡Elisenda! —Me giré asustada hacia ella—. ¿Cómo has logrado salir tan rápido?

—Abuela, escucha… —Hunter se interpuso entre nosotras.

—Cierra el pico, Hunter. Se nos está acabando el tiempo.

—Abuela, ella…

—Solo quería lo mejor para mí, ya lo sé. ¿Crees que no lo vi venir? Deberías conocerme mejor a estas alturas. —Elisenda hizo un aspaviento con la mano—. Y la idea no habría estado mal si Ben y yo no hubiésemos hecho las paces el otro día. De todos modos, no os preocupéis, pienso llevarme esa bola y disfrutar de esa playa con Ben en cuanto acaben las fiestas. Nos merecemos unas buenas vacaciones.

—¿Tú y Ben habéis hecho las paces? —Hunter miró boquiabierto de ella a Ben, que había aparecido a su espalda y la abrazaba con una sonrisa divertida.

—Claro. El secuestro de Noelia nos hizo replantearnos algunas cosas.

—Pero tú y él llevabais años sin hablaros.

—Bueno, tampoco es como si ahora hablásemos mucho.

Ben a su espalda rio por lo bajo y le dio un beso en el hombro.

—¡Awww! ¡Abuela! —se quejó Selena que se había unido a nuestro grupo—. Tus nietos no necesitamos enterarnos de esas cosas.

—Créeme, los demás tampoco —murmuró Gwen.

—Bueno, basta de chácharas. Solo nos quedan nueve minutos. ¿Quién se apunta a darle a los amigos de Noelia un poco de magia? Formad un círculo.

Mis ojos se llenaron de lágrimas al ver a varias decenas de brujas y sus familiares dándose las manos para formar un círculo. Apenas escuché las instrucciones de Elisenda y repetí el estribillo junto a los demás sin apenas prestarle atención. Hunter me apretó la mano y me lanzó una mirada preocupada. Sonreí y negué. No había nada de lo que preocuparse. Mis lágrimas eran de felicidad, de esa que te emana del corazón y te calienta tanto por dentro como por fuera, de la que te hace ver el mundo lleno de brillantes colores, pero, sobre todo, de la que te hace amar y ser amada.

Me encantaban las navidades, siempre lo habían hecho, sin embargo, jamás había entendido la magia de la Navidad mejor que en aquel preciso instante.

# Capítulo Cuarenta Y Ocho

## NOELIA

*24 de diciembre, Nochebuena*

La casa de Elisenda se encontraba llena hasta los topes. El enorme comedor estaba ocupado por largas mesas que llegaban hasta los rincones y habría apostado mi postre a que la vieja bruja había usado magia para extender las dimensiones de las habitaciones con tal de que cupiéramos todos.

Cómo era posible que Elisenda reuniese a uno de los aquelarres más poderosos del país en una mansión, y que en vez de una casa del terror pareciera la versión elegante de la cabaña de Papa Noel era un misterio sin resolver.

Gwen me había avisado de que a estas fiestas no solo acudían las familias con sus hijos, nietos y bisnietos, sino que existía la posibilidad de que también se presentase algún que otro espíritu para celebrar con nosotros la Navidad y recordar viejos tiempos. Era algo que aún no me creía del todo, o puede que simplemente prefiriese no creérmelo. Por más tiempo que pasase, seguían existiendo cosas a las que aún me costaba acostumbrarme.

Con un último vistazo a la mesa de los postres, me aseguré de que todo estaba en orden y que habría suficiente surtido de pasteles, en especial de los que había preparado para animar la fiesta. ¿De qué servía ser bruja si no podías camuflar algunos polvorones capaces de soltar la lengua hasta contar chistes pasados de moda o brownies con esencia de arcoíris destinados a hacerte flotar? (En sentido literal, claro). Mary me había prometido tener la cámara lista para grabar a Ray cuando eso ocurriese. Todos necesitábamos acabar bien los últimos días del año, olvidarnos de los sustos y los malos ratos que habíamos pasado, y nos merecíamos un recuerdo extraordinario que nos durase hasta nuestra vejez.

—Mmm… —Elisenda apareció a mi lado e inspeccionó la bandeja con polvorones caseros envueltos en coloridos papeles de seda—. Doy por sentado que a esos de color rojo les has puesto un

hechizo para que solo puedan abrirlos parejas ya formadas y solteros mayores de treinta.

—Pues… eh… —Había usado un hechizo destinado a espantar a menores de dieciocho, por más que sus efectos le hubiesen alegrado el día a más de uno u otra de los actuales comensales jóvenes—. ¿Por qué mayores de treinta? —Desvié la conversación algo abochornada.

—Porque si no tienes pareja a los treinta, ya es hora de que la encuentres o al menos que disfrutes de la vida, pero no queremos ser responsables de que algunos o algunas pierdan su virginidad por nuestra culpa, ¿cierto? Sin contar que una de nuestras invitadas está a punto de conocer a su familiar, y la situación que se avecina puede resultar un poco… delicada —mencionó Elisenda.

—Creo que mejor los retiro entonces —murmuré preocupada.

Cada uno de los envoltorios llevaba puesto una etiqueta con los nombres («trocito de pasión», «camino hacia el arcoíris» …) y el aquelarre conocía mi talento, por lo que todos sabían lo que podía llegar a pasar si los probaban. Ahora me arrepentía de haberles puesto nombres sugerentes en vez de especificar claramente lo que podían provocar.

Elisenda colocó una mano encima de la mía para que dejase la bandeja donde estaba.

—Basta con un pequeño hechizo de protección… —Elisenda chasqueó los dedos—. Y habrá al menos tres parejas que te lo agradecerán antes de que termine el próximo verano.

—¿De verdad esa es la mejor opción? —le pregunté desconfiada, planteándome si no sería preferible quitar la bandeja, aunque solo fuese como medida de seguridad.

—Estoy convencida de ello. —Elisenda me guiñó un ojo y escondió dos polvorones en los bolsillos de su sofisticado mono de una sola pieza—. Por cierto, si buscas a Hunter, está escondido en el porche.

Estaba casi segura de que me acababa de manipular con una presión oculta que me empujase a salir en su busca, no obstante, fui de todos modos. No necesitaba que nadie realizase magia para que quisiese estar con él y ya llevaba un buen rato sin verlo.

Como había predicho su abuela, Hunter se encontraba en una mecedora del porche. Escondido tras una maceta grande con un botellín de cerveza casi vacío en la mano, llevaba el chaleco de Grinch con sombrero de Papá Noel y la inscripción:

«Grinch en proceso de rehabilitación».

—Espero que de quien te estés escondiendo no sea de mí —lo reté poniendo los brazos en jarras.

Con una leve sonrisa, tiró de mi muñeca y me acomodó sobre su regazo.

—De todos menos de ti, de ti nunca lo haría —me dijo envolviéndome en una manta que estaba doblada en un pequeño reposapiés al lado de la maceta.

Sin pensármelo mucho me acurruqué contra su pecho y compartí la manta con él.

—¿Por qué te escondes? Y dime la verdad.

Con un profundo suspiro, Hunter me apartó un rizo de la frente.

—Sé que no te has dado cuenta y no quiero asustarte, cielo. Pero ¿ves todas esas mujeres que hay ahí dentro? —Seguí su mirada a través de la ventana—. Son brujas —me comunicó con expresión grave.

—Uhmmm… ¿Te refieres a brujas como las que salen en los cuentos?

—No, esas son inofensivas, estas son mucho, mucho peores.

—Ehhh… ¿estás seguro? —Le seguí el juego—. A mí me parecen inofensivas.

—Completamente—afirmó—. Que parezcan mujeres normales solo forma parte de su disfraz. No te dejes engañar, engatusan a las víctimas inocentes.

—Estás empezando a asustarme. ¿Qué les hacen a sus víctimas? —Lo estudié más detenidamente. Me estaba tomando el pelo, ¿verdad?

El brillo divertido en sus ojos y el temblor de la comisura de sus labios me hicieron arquear una ceja.

—Les meten ideas en los sesos para que sienten la cabeza y se casen y luego tengan esas criaturas diminutas, que te miran con enormes ojos y consiguen convertirte en su esclavo mientras te babean y te manchan de barro y chocolate.

—Mmm, creo que entiendo el motivo por el que estás aterrorizado.

Hunter sacudió la cabeza y me miró a los ojos muy serio.

—Para mí ya es demasiado tarde, eres tú la que deberías huir.

Mi corazón dejó de latir por un segundo. ¿Eso significaba lo que pensaba que quería decir?

—¿Y si huimos juntos? —le propuse en un susurro—. Escapemos muy, muy lejos de aquí y no miremos atrás.

—Si nos vamos, se darán cuenta. —Hunter puso una mueca—. Elisenda ha puesto alarmas para que ningún incauto se atreva a

escapar de sus trampas y artimañas.

—A ti y a Elisenda se os ha olvidado un pequeño detalle —le susurré al oído.

—¿Y ese sería?

—Ven. —Cogiéndolo de la mano lo llevé a través de la parte trasera de la casa, lejos del comedor en el que la mayoría de los comensales ya estaban sentados, y lo llevé al salón donde se erguía el precioso árbol de Navidad que prácticamente llegaba al techo.

—¿Crees que porque nos escondamos detrás del árbol no nos verán? —se mofó Hunter divertido.

—¿Quién ha hablado de detrás del árbol? Nos esconderemos a plena vista. —Me coloqué al lado de la chimenea.

—¿Cómo…?

—Shhh… Cierra los ojos y confía en mí.

Mi pecho se llenó de calor cuando me obedeció sin dudarlo ni un segundo. Revisando la repisa de la chimenea encontré enseguida lo que estaba buscando. Tocando el globo de nieve que contenía una preciosa cabaña, me puse de puntillas y le di un beso a Hunter mientras recitaba el pequeño hechizo en mis pensamientos. En cuanto comprobé que había funcionado, me pegué a él y lo besé de verdad.

—Hey, nena, si sigues así, nos van a encerrar en… —Hunter se estiró y miró a nuestro alrededor. Sus ojos pasaron por la preciosa habitación con su chimenea roja, sus sillones y la alfombra frente al fuego—. ¿Dónde estamos?

—Mira bien —le dije señalando por encima de mi hombro.

Hunter se acercó a la ventana de la pequeña cabaña y miró más allá del paisaje nevado y los tres pinos que había a un lado.

—¡Whoa! Ese es el salón de Elisenda en plan gigante. —Hunter pegó la nariz al cristal—. ¿Por qué me suena el exterior de este sitio? ¿Estamos en el globo de nieve en el que encontré tu amuleto? —preguntó incrédulo.

—Mmm. No sé de qué estás hablando, pero supuse que te gustaría. Seguimos en casa de tu abuela, solo que con un poco más de intimidad.

Hunter me cogió en brazos y me giró, tanto que acabé chillando entre risas.

—Estar con una brujita tan inteligente y talentosa como tú tiene sus ventajas, y sabes qué —miró a su alrededor—, que me encanta. —Hunter bajó la cabeza y atrapó mis labios entre los suyos—. Aunque creo que se me ocurre algo mucho mejor que cenar esta noche —murmuró con un vistazo significativo hacia la alfombra

ubicada ante la chimenea.

Con un chasquido encendí un falso fuego que nos calentara y con otro chasquido me había quitado el vestido y a él, su chaqueta y la camisa.

—¡Whoa! ¡Quieta ahí, señora impaciente!

—Pensé que querías… —Mi vista regresó a la alfombra.

—¿Hacer el amor? —Hunter me sonrió tirando de mí para acercarme a él—. Definitivamente, pero me gustaría que por una vez me dejaras a mí crear la magia y eso significa despacio, sin chasquidos y sin prisas.

Sus brazos se estrecharon a mi alrededor, obligándome a recorrer los últimos centímetros que nos apartaban, y el brillo prometedor en sus ojos hizo el resto. No dudé ni un segundo en pegarme a él, amoldándome a su anatomía, mientras cerraba los párpados para saborear la sensualidad de sus besos.

—Mmm… —El carraspeo femenino a nuestra izquierda nos hizo separarnos sobresaltados y Hunter se situó de inmediato delante de mí protegiéndome con su cuerpo.

Los ojos gatunos de Elisenda lo estudiaron de arriba abajo como si tuviese que decidir si convertirlo en rana o ignorarlo.

—Abuela, ¿qué haces aquí? —gruñó Hunter impaciente.

—Estás en mi casa y es Nochebuena. He venido a traerte la cena, ¿qué si no? —Elisenda lo miró con una de esas miradas que te hacían dudar de tu inteligencia.

Cuando no reaccionamos, esperando que saltase o nos echase una riña, la mujer se apartó y dejó a la vista una mesa que era básicamente la versión para dos de las mesas y la decoración que tenía en el comedor principal de la casa y, por el delicioso olor, la comida era tan real como nosotros mismos.

—¿No vas a reñirnos y obligarnos a salir de aquí ni nada por el estilo? —preguntó Hunter cruzando los brazos sobre el pecho y estudiándola lleno de sospecha.

—¿Por qué iba a hacer eso? —preguntó su abuela con inocencia —. Sois jóvenes, estáis enamorados y es normal que queráis estar un rato a solas. Saber que estáis aquí conmigo, en mi casa, me basta. Por este año. —Elisenda se giró hacia la puerta de la diminuta cabaña de plástico—. Ah, casi se me olvida, vuestros regalos están justo ahí debajo del árbol, pero no los podéis abrir hasta mañana por la mañana —, se sacó del bolsillo los dos polvorones con envoltorio rojo que había robado antes, y los dejó con una sonrisa pícara sobre una de las bandejas.

Hunter y yo permanecimos un buen rato mirando el sitio en el

que desapareció fundiéndose con el aire.

—¿Por qué tengo la sensación de que hay gato encerrado? —me preguntó manteniendo los brazos cruzados y sin moverse.

—¿Aparte de por el felino enorme que tengo justo aquí a mi lado? —me mofé a pesar de que pensaba exactamente igual que él.

—Cuando dijo: «Saber que estáis aquí conmigo, en mi casa, me basta. Por este año». ¿Solo me sonó a mí como si fuese una amenaza? —preguntó con cautela.

Con un pesado suspiro, encogí un hombro.

—Nos ha dado permiso y nos ha traído la cena. ¿Quieres disfrutar de esta oportunidad que tenemos de estar a solas, o piensas amargarte la noche pensando en qué tiene planificado para impedir que nos salgamos con la nuestra en el futuro? —lo reté sentándome a la mesa.

En cuanto alcancé un pequeño canapé de foie, queso y nueces y solté un gemido de placer, Hunter se sentó frente a mí con una ancha sonrisa

—¿Debería sentirme herido en mi hombría? Ese bocadito acaba de hacerte gemir como si acabase de darte el orgasmo de tu vida.

Me tomé tiempo para chuparme los dedos antes de contestar.

—Sé que no dejarás que un aperitivo te gane y tienes toda la noche para demostrarme que nadie me hace gemir mejor que tú.

Hunter me ofreció una copa de vino y me sonrió burlón.

—Brindo por eso.

Si había algo que Hunter tenía de bueno era que siempre cumplía con su palabra. Después de la cena me llevó a la alfombra y, con las llamas artificiales calentando nuestra piel como suaves caricias, me hizo gritar hasta el punto en el que temí que de un momento a otro el fino cristal de bohemia de nuestra bola estallase. No lo hizo. Ni la primera, ni la tercera, ni la quinta vez.

El amanecer nos llegó del exterior cuando aún nos encontrábamos abrazados desnudos, bajo una manta frente a la chimenea, y no se me podría haber ocurrido ningún otro lugar en el mundo en el que hubiese preferido estar más allá de nuestro pequeño escondrijo.

—¿Eso significa que ya podemos abrir nuestros regalos? —pregunté cuando un rayo de sol iluminó el cristal haciéndolo brillar como si lo acabase de transformar en una estrella de Navidad.

—Yo diría que sí. De hecho, creo que nos conviene vestirnos si no queremos que alguno de los enanos que se quedaron anoche a dormir en la casa se nos adelanten cuando vengan en busca de sus regalos.

Me senté frente al árbol e inspeccioné los paquetes.

—No llevan escritos los nombres. ¿Los abrimos sin más a ver qué nos toca? —pregunté curiosa.

Hunter me sonrió con pereza y apoyó la espalda en el sillón apartándose el cabello de la frente. Estaba para comérselo con esa postura relajada y ese aire de bello durmiente.

—No te preocupes. Elisenda los ha colocado justo en la posición en la que sabía que acabaríamos cogiéndolos y repartiéndolos.

Satisfecha con su explicación, le entregué uno de los paquetes más grandes y pesados y elegí otro casi igual de grande para mí. Los abrimos entre risas y bromas y esa calma en la que no necesitas decir nada a sabiendas que la cercanía del otro es más que suficiente.

En cuanto abrí la caja final, parpadeé hasta que comprendí lo que significaba y mis ojos se abrieron horrorizados. Permanecí varios segundos paralizada, como si mi mundo entero se hubiese congelado en ese preciso instante.

Cuando Hunter tampoco reaccionó, lo estudié asustada. Lo encontré contemplando la caja que tenía sobre su regazo con la misma conmoción que debía estar reflejada en mi semblante.

—Creo que ya sé por qué Elisenda sabía que el año que viene no tendríamos el valor de volver a escondernos a solas aquí.

—Aja. —Hunter parecía seguir incapaz de reaccionar, más allá de pasar la mirada de su regalo al mío.

—Hunter, escucha, si no quieres…

Hunter soltó su caja, me quitó los pijamitas de bebé de la mano y me sentó sobre su regazo para acallarme con un beso.

—Si anoche me hubiese avisado de que esto ocurriría, habría hecho todo exactamente igual a como lo hicimos —me juró acariciándome la barriga con ternura.

—¿Seguro?

—Sí —confirmó sin la más mínima duda.

—¿Qué te ha regalado a ti? —pregunté señalando su caja con la barbilla.

Con un largo suspiro me besó la frente.

—Intenta no entrar en modo pánico.

—Ajá.

—Nos ha obsequiado con las invitaciones de nuestra boda con fecha, hora y lugar de celebración. Y un calendario de citas con los días en los que tenemos las reservas para probarnos la ropa, recoger los regalos y cualquier cosa que se te ocurra en relación al gran día.

—Imagino que hasta habrá adivinado qué flores y cosas me

gustan o habría elegido de haberme dejado.

—Probablemente, pero recuerda que no tenemos que hacer nada de lo que ella quiera o decida. Podemos escaparnos y…

—¿Al igual que lo hicimos anoche? Creo que debería haberme planteado cómo era posible que en su salón hubiese un globo de nieve con una imitación exacta de una acogedora cabaña con ambiente navideño —mascullé.

Hunter se limitó a gemir y a pasarse una mano por el rostro.

—Esa maldita bruja nos ha manipulado —gruñó.

—No tenemos que casarnos si no quieres —le ofrecí con sinceridad.

Hunter rompió a reír por lo bajo.

—¿Puedes alcanzarme mi chaqueta? —preguntó algo ronco. Cuando se la entregué, sacó un pequeño estuche del bolsillo—. Me temo que anoche tus polvorones me hicieron olvidar las intenciones que tenía antes de que hiciéramos el amor, o después de la segunda vez, o la tercera o… Bueno, creo que ya pillas la idea —acabó abriendo el estuche y mostrándome un anillo con un diamante rodeado por rubíes.

—¿Ibas a pedirme que me case contigo? —Lo miré incrédula.

—Te advertí anoche que para mí ya era demasiado tarde para escapar —me recordó con un guiño cargado de ternura—. Aunque teniendo en cuenta que tú has sido la responsable de atarme a ti por el resto de mi vida como algo más que solo tu familiar, no sé si será apropiado que encima te pregunte si quieres casarte conmigo.

—Mmm… deja que me lo piense —murmuré mordisqueándole los labios—. ¿Para cuándo es la boda?

Hunter cogió una de las invitaciones.

—El seis de enero a las doce de la mañana.

—Sí, creo que aceptaré, aún no tengo planes para esa fecha —me burlé de él sonriendo satisfecha en mi interior, cuando me castigó invadiendo mi boca hasta dejarme sin respiración.

Fue mucho, mucho más tarde, cuando nos encontrábamos aún desnudos frente a la chimenea, que admiré mi anillo de prometida.

—Al menos tu abuela aún no ha sido capaz de adivinar el sexo de nuestro bebé —medio reí ante la situación tan extraña en la que nos vimos.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Hunter curioso.

—Porque hay un pijamita de color rosa y otro azul. —Cuando no me contestó me erguí para mirarlo a los ojos—. ¡Hunter!

—Mi abuela nunca se equivoca con esas cosas, brujita.

—¡No! No, no, no… —repetí una y otra vez mientras él

permanecía estoico a la espera de que se me fuese pasando la impresión.

¡Mellizos, iba a tener mellizos! ¡Dos a falta de uno!

—Brujita, ¿estás bien?

—¡Por los cojines de mi abuelo que no vuelvo a encerrarme contigo en un globo de nieve por el resto de la eternidad! —mascullé.

—Eso es justo lo que me temía —replicó Hunter resignado.

Acomodándome entre sus brazos restregué la nariz contra su pecho, recreándome en la calma que me transmitía incluso en los momentos más aterradores de mi vida.

—El año que viene, le dejaremos los niños a tu abuela para que aprenda a no interferir en nuestras vidas. Eso sí, llénate los bolsillos de preservativos antes de que nos escondamos en la dichosa bola —murmuré al fin, animándome con la idea de mi venganza.

Mi cuerpo vibró cuando Hunter rio.

—Podría acostumbrarme a celebrar la Navidad así. —Sus labios rozaron mi frente—. ¿Cómo es que ya no puedo imaginarme la vida sin ti, brujita?

—Sencillo, porque estabas muerto de aburrimiento hasta que me conociste —resoplé.

—Justo lo que estaba pensando. Debería haberme casado contigo en el segundo en que me clavaste tu dedo manchado de tarta en el pecho dejando mi abrigo hecho unos zorros, porque supe en ese preciso instante que mi vida nunca volvería a ser la misma.

—¿Ves?, eso es lo que siempre me ha gustado de ti. Eres un chico listo que sabe reconocer sus derrotas.

—¿Y eso es lo único que te gusta de mí? —ronroneó junto a mi oído.

—Y tu cuerpazo, tus ojos, y tu forma de hacerme temblar por dentro y…

Sus labios se posaron sobre los míos determinados, tiernos, posesivos, y al mismo tiempo reverentes, tan llenos de sentimientos que no hicieron falta más palabras. Sabía lo que trataba de hacerme entender y, aun así, me lo dijo.

—Te amo, brujita. Aun cuando pongas mi mundo del revés, eres todo lo que necesito para vivir.

# Epílogo

## HUNTER

*31 de diciembre…*

No debería haber estado nervioso. ¡Joder, era mi cabaña, mi hogar, al fin y al cabo! Pero, aunque parecía igual desde el exterior, todo había cambiado. Noelia me esperaba y lo hacía para quedarse. La dulzura de su característico olor ya se entremezclaba con el de los abetos a nuestro alrededor.

—Deberías alegrarte. —El crujido de sus botas en la nieve precedió la mano de Josh sobre mi hombro mientras estudiaba mi cabaña, la misma de siempre, con la excepción de algunas macetas que había añadido a modo de bienvenida para la mujer que ahora formaba parte de mi vida—. Al menos, no te ha hecho ayudarla con la mudanza. Recuerdo la de la novia de mi hermano, que era una humana y, créeme, fue una auténtica pesadilla.

—Da igual que sean humanas o brujas, todas por igual se apropian de nuestras casas. Si me hubieras echado cuenta, podrías haber hecho algo de control de daños —gruñó Al sacando una caja de cervezas del maletero.

—No sé de qué os quejáis si al final del día todos somos felices si ellas lo son —argumentó Brad acercándose.

Reprimí una sonrisa secreta. Brad tenía razón. Podía tener miedo a lo que iba a encontrarme, pero me excitaba y fascinaba a partes iguales.

—Lo que es raro es que no estemos oyendo a ninguna de ellas desde aquí. A estas alturas, y con la media docena de botellas de Martini que trajo Gwen, deberíamos haber sido capaces de oírlas desde cinco kilómetros a la redonda —comentó Marcos con los ojos entrecerrados.

Nos pusimos tensos, soltamos lo que llevábamos en brazos y nos lanzamos hacia la puerta. Cuando irrumpimos en el salón todo estaba desierto. No había nadie y ni un solo mueble o mota de polvo estaban fuera de su sitio. Intercambiamos una mirada preocupada.

—No está ninguna —murmuró Ren estableciendo lo obvio.

—Ha debido ocurrir algo —masculló Al revisando la casa de forma metódica cuando sus ojos se fueron encendiendo desde el interior con una luz cuya intensidad aumentaba con cada segundo que iba pasando.

Fui incapaz de moverme. Recordar la pesadilla del secuestro de Noelia y cómo la había encontrado encerrada de forma inhumana en aquel tarro sucio, consiguió que mi jaguar quisiera salir para destrozar el universo pidiéndole responsabilidades hasta a Dios si hacía falta.

—Eh… Hunter… —murmuró Ren cauteloso—. ¿Desde cuándo está ahí esa puerta? No la recuerdo.

Con la mano sudorosa apreté el pomo antes de que a los demás les hubiese dado lugar de parpadear. Ni el terror a una nueva pérdida de Noelia o la preocupación que se había adueñado de mis pensamientos me prepararon para lo que encontré al otro lado del umbral.

—¡Mierda! —soltaron los demás al unísono, reflejando exactamente lo que estaba pensando.

—¿Estoy viendo alucinaciones o esto es de verdad? —preguntó Josh boquiabierto.

—Madre del amor hermoso —coincidió Brad, que miró un segundo a su espalda, donde habíamos dejado atrás mi salón rústico, decorado en diferentes tonos tierra, para mirar el amplio salón de estilo mediterráneo en tonos blancos y beige, interrumpido solo por las oscuras vigas de madera en el techo, los tonos rojizos de los azulejos artesanales y algunos cojines y objetos decorativos esparcidos aquí y allá.

Parecía sacado de una revista de decoración. Casi habría jurado que alguna vez vi algo muy similar en la revista que ojeé en la consulta de mi abogado el mes pasado. No recuerdo el nombre de la publicación, pero sí su título, que decía algo como *las casas de tus actores favoritos*, ¿o era de los famosos?

El silencio, que hacía unos momentos, me había parecido mortal, había dado paso a una algarabía compuesta por música disco, risas femeninas, gritos de ánimo y el burbujeó constante de agua.

Seguimos el origen del escándalo como una máquina bien engrasada y nos llevó a la terraza.

¡La madre que me parió!

—Y yo que pensé que nada más podría sorprenderme hoy. —Brad, a mi lado, quedó tan pasmado como yo al ver el paisaje cubierto de nieve y brillantes estalactitas de hielo, que rodeaban la enorme piscina con toboganes que había aparecido en lo que una vez fue mi sencillo jardín trasero, y que ahora se encontraba delimitado por abetos y árboles frutales con coloridas… parpadeé dos veces. ¿Eso eran…? No, no podía ser. Definitivamente no podía ser…

—¿Soy el único que se siente amenazado por esos dildos que nos rodean por todos lados? —preguntó Al pasándose una mano por la nuca, como si estuviera decidiendo si reír o salir huyendo.

—¡Cuidado! ¡Fuera de mi camino! —gritó una voz femenina justo antes de que una racha de viento nos dejara sentados sobre nuestros traseros.

—¡¿Qué demonios ha sido eso?! —gruñó Marcos, dándole forma a los pensamientos que cada vez parecían esconderse a más profundidad en el interior de mi cráneo.

—Siempre supuse que eso de que las brujas volaban en escobas formaba parte de los cuentos de hadas y las fábulas —murmuró Josh cuando una segunda bruja en bikini pasó sobre nosotros en su vehículo improvisado con una copa entre las manos.

—¿Esta es la definición de jardín de las delicias invernales para mujeres? —Ren aparentaba haberse recuperado y hasta parecía divertido.

Otra escoba dejó una ráfaga de viento tras de sí, resecándome los ojos cuando se mantuvieron abiertos como platos.

—¿Esa bruja buenorra en tanga no es tu abuela Elisenda? —Al se apartó de mí con los brazos alzados cuando le gruñí y le mostré los colmillos extendidos.

En alguna parte dentro de mí sabía que no era culpa suya, pero ¡joder! ¡Acababa de ver el trasero de mi abuela con poco más que una cuerdecilla escondida por entre sus nalgas!

—¡Noeliaaaaa! —grité, cuando la culpable de todos mis males no aparecía por ningún lado de aquel paisaje, que me perseguiría en mis pesadillas durante el resto de mis días.

—¡Hola! Llegáis justo a tiempo. No es típico que los chicos participéis en una despedida de soltera, aunque ya que estáis… —Noelia se puso a repartir bebidas coloridas con cañitas.

Mis compañeros intercambiaron incómodas miradas cuando se

dieron cuenta de que los hielos tenían forma de pene. Centré mi esfuerzo en mantener la vista sobre Noelia hasta que ella reconociera mi existencia y, por supuesto, mi enfado.

Nada de eso ocurrió. Noelia se enganchó a mi brazo y me dio un beso en la mejilla, como si no la estuviera fulminando con la mirada mientras mi abuela y sus amigas seguían volando y gritando medio desnudas en algún tipo de ridícula competición.

—¿No es maravilloso el regalo que me han hecho las chicas? —preguntó Noelia como si toda aquella locura fuese normal—. Les dije que me daba apuro invadir tu espacio sin más o cambiar tus cosas y me han ayudado a construir esta parte de la casa. Pensamos que sería bueno disponer de más sitio para cuando lleguen los mellizos. Espera a ver la sala de juegos que hemos diseñado.

—¿Esta casa tiene sala de juegos? —Los ojos de Ren se abrieron como los de un cachorrillo al que acabasen de mostrar un palo para jugar con él.

—Con billar, mesa de póker, dardos, pantalla de cine, sistema completo de videojuegos y bar —prometió Noelia con una brillante sonrisa—. Salón del sótano, segunda puerta a la derecha. Podéis darle las gracias a Rayan.

—¡Necesito verlo! —gritó Al arrastrando a Josh tras él.

—Y justo al lado, está el gimnasio con ring incluido —siguió Noelia echándole un vistazo a Marcos.

El muy traidor me dedicó una mirada de disculpa antes girarse sobre sus talones y desaparecer. Si no hubiese estado tan enfadado, lo habría comprendido y probablemente hasta habría corrido tras los cabrones desertores de mis compañeros.

—¿Acabas de deshacerte de mis amigos? —Entrecerré los ojos y la estudié con los brazos cruzados.

—Sí, porque hay algo que quiero enseñarte sin ellos. —Ignorando mi ceño fruncido y la forma en que mis pies se arrastraban por el suelo, Noelia tiró de mí para subir las escaleras.

Mi interés se transformó cuando entramos en lo que solo podía suponer que era nuestro dormitorio, a deducir por la enorme cama de dosel y la pared de espejos justo a su izquierda. Como por arte de magia, en mi mente apareció una completa lista de posibilidades para estrenar aquella cama. Las opciones eran múltiples: atar a Noelia a los postes, ponerla a cuatro patas frente al espejo…

—¿Piensas venir o no? —preguntó Noelia desde algún punto del exterior de la terraza, haciéndome consciente de que me había parado en medio de la acogedora estancia.

Al salir tuve que mirar dos veces por miedo a que se hubiese

caído por el balcón, antes de descubrir el pequeño nicho, creado por plantas trepadoras que rodeaban un jacuzzi, escarbado en piedra natural, del que salía un invitador vapor caliente.

Caí en la cuenta de que, mientras que en el jardín la temperatura había sido artificialmente cálida y casi veraniega, aquí las temperaturas eran las normales que correspondían a la época.

—Ven a estrenar el jacuzzi conmigo —ronroneó Noelia seductora, deslizando los tirantes de su bikini por los hombros y abriendo el cierre de su espalda.

Mi garganta se secó cuando lo dejó caer al suelo. En cuanto la parte baja del bikini se unió a su pareja en un montón sobre el suelo, me costó recordar el motivo por el que estaba enfadado y por el que Noelia se merecía una riña.

—Ah, no, ni se te ocurra hacer lo que sea que estés pensando —le advertí en un último arrebato de lucidez.

—¿Qué es lo que crees que estoy pensando? —preguntó ella con uno de esos pucheros inocentes que me hacían querer besarla para borrarlos de su rostro y darles un uso mucho, mucho, más morboso.

—No lo sé, pero, cuando frunces la nariz y levantas el índice en el aire, no puede ser nada bueno.

—¿Te refieres a esto? —Noelia frunció la nariz, trazó un círculo en el aire con el dedo y luego arqueó divertida una ceja, mientras yo contemplaba horrorizado cómo mi piel desnuda comenzaba a cubrirse de piel de gallina.

—Deberías meterte conmigo en el agua caliente —sugirió la muy bruja mientras trataba de ocultar su risa de mí.

Con un gruñido metí el pie y me sentí aliviado de inmediato por la calidez que me rodeó.

—Si crees que esto me hará olvidar todo lo que has hecho hoy, estás muy, pero que muy equivocada. Bruja o no, es hora de que establezcamos algunas normas —gruñí con firmeza mientras me hundía en el agua caliente.

—Tienes razón, ven, siéntate aquí. Vamos a hablar —murmuró poniéndose cómoda sobre mi regazo y rodeándome con sus piernas mientras sus pechos flotaban justo a la altura de mi boca, tentándome a atrapar sus rosados pezones con mis dientes.

—¿Hunter?

—Mmm…

—Acabo de decir que soy toda oídos.

Parpadeé.

¡Demonios!

—¡Eres una maldita bruja y lo sabes! —gruñí.

Ella se limitó a sonreír.

—Y espero seguir siéndolo durante mucho tiempo más —confesó antes de posar sus labios sobre los míos, dejando que nuestros cuerpos se amoldaron el uno al otro.

*Y yo también*, suspiré para mis adentros. Podía imaginarme toda una vida así, con ella.

*Fin.*